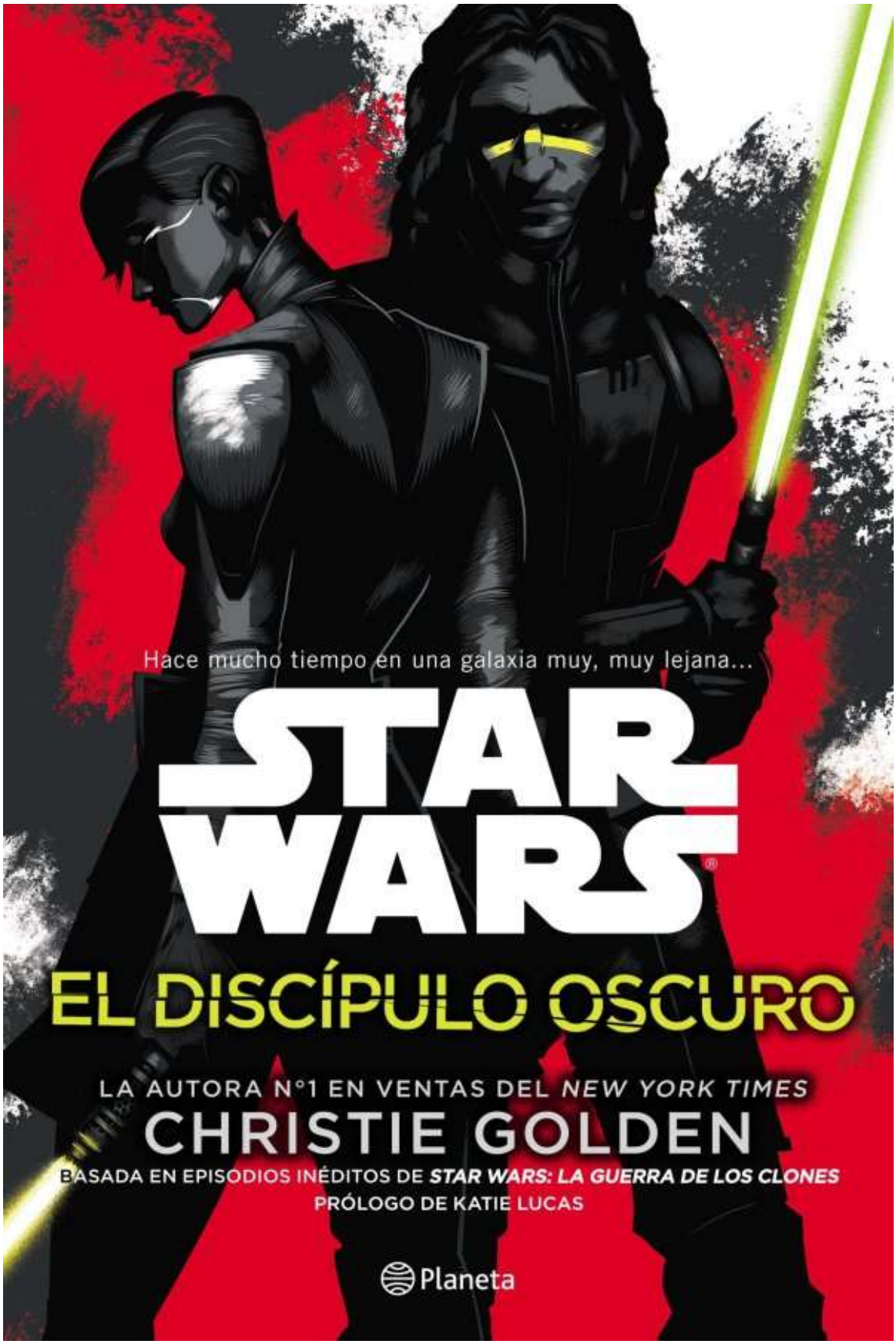

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana...

STAR WARS®

EL DISCÍPULO OSCURO

LA AUTORA Nº1 EN VENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

CHRISTIE GOLDEN

BASADA EN EPISODIOS INÉDITOS DE ***STAR WARS: LA GUERRA DE LOS CLONES***

PRÓLOGO DE KATIE LUCAS

Planeta

La única manera de derrotar al más peligroso de los Sith quizá implique unir fuerzas con el lado oscuro.

El discípulo oscuro

Christie Golden

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Dark Disciple*

Autora: Christie Golden

Basada en *Star Wars: The Clone Wars*

Creada y producida por George Lucas

Director de supervisión: Dave Filoni

Producida por Cary Silver.

«Alianza letal», «La misión», «Conspiradores», «Oscuro discípulo», «Salvar a Vos - Partes I y II», «Traidor» y «El sendero».

Escritas por Katie Lucas, Matt Michnovetz y Dave Filoni

Traducción: Julio Sierra

Arte de portada: Matt Taylor y Scott Biel

Publicación del original: julio 2015

19 años antes de la batalla de Yavin

Digitalización: Bodo-Baas

Revisión: Satele88

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

27.03.16

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

«—Dooku continúa con sus ataques. Detenerlo debemos, —dijo Yoda solemnemente…

Finalmente Mace habló.

—La cuestión ante nosotros ahora es: ¿quién dará el golpe mortal?».

En la guerra por el control de la galaxia entre los ejércitos del lado oscuro y de la República, el ex maestro Jedi convertido en el despiadado Lord Sith conde Dooku se ha vuelto cada vez más brutal en sus tácticas. A pesar de los poderes de los Jedi y de la destreza militar de su ejército de clones, el gran número de víctimas mortales se está cobrando un alto precio. Cuando Dooku ordena la masacre de una flota de refugiados indefensos, el Consejo Jedi entiende que no tiene más remedio que tomar medidas drásticas, dirigidas al hombre responsable de tantas atrocidades en la guerra, el mismo conde Dooku.

Pero el siempre escurridizo Dooku es una presa peligrosa, incluso para el cazador más hábil. De modo que el Consejo toma la audaz decisión de unir ambos lados del poder de la Fuerza: pone juntos al impetuoso caballero Jedi Quintan Vos y a la infame y otrora seguidora Sith, Asajj Ventress. Aunque la desconfianza de los Jedi por la astuta asesina que alguna vez sirvió al lado de Dooku todavía es profunda, el odio de Ventress por su antiguo maestro lo es todavía más. Ella está más que dispuesta a brindar sus abundantes talentos como cazadora de recompensas y asesina, a la búsqueda de Dooku.

Juntos, Ventress y Vos son la mejor esperanza para eliminar a Dooku, siempre y cuando los sentimientos que surgen entre ellos no comprometan su misión. Pero Ventress está decidida a vengarse y por fin librarse de su oscuro pasado Sith. En la búsqueda de un equilibrio entre las complicadas emociones que siente por Vos con la furia del espíritu de guerrera que la identifica, resuelve obtener la victoria en todos los frentes… Voto que será puesto a prueba sin piedad por su enemigo mortal… y la propia duda que la invade.

Este libro está dedicado a todos los que nos dimos cuenta muy pronto de que *Star Wars* era mucho, mucho más que simplemente otra película de ciencia ficción… y la amamos apasionadamente por eso.

LA HISTORIA DE

STAR WARS

I LA AMENAZA FANTASMA

II EL ATAQUE DE LOS CLONES

III LA VENGANZA DE LOS SITH

IV UNA NUEVA ESPERANZA

V EL IMPERIO CONTRAATACA

VI EL RETORNO DEL JEDI

VII EL DESPERTAR DE LA FUERZA

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que contribuyen para hacer que un libro sea lo que es, desde el primer chispazo de una idea hasta la obra terminada. Me gustaría dar las gracias, en primer lugar y siempre, a mis maravillosos lectores, que hacen posible que yo pueda trabajar con el corazón.

Especiales expresiones de agradecimiento a mi siempre fantástica editora, Shelly Shapiro, y a Erich Schoeneweiss, que ofrecieron su entusiasmo por la novela y también su crítica perspicaz para que fuera mejor. Le estoy agradecida a Dave Filoni, por su fantástico trabajo con *La guerra de los clones* y por dejarme usar dos de los personajes más ricos (y más divertidos) que he tenido el privilegio de conocer. Un agradecimiento extra a Katie Lucas, Matt Michnovetz y Dave Filoni, cuyos guiones proporcionaron una base muy sólida para una gran historia. A Pablo Hidalgo y Leland Chee, gracias por ayudarme a mantener la precisión y las cosas en su lugar en esta nueva encarnación de un viejo amigo. Y a Jennifer Heddle, que me ha ayudado en mi carrera de muchas maneras, incluyendo ésta.

Por último, el inmenso agradecimiento a George Lucas, quien, hace casi cuarenta años, le dio a este mundo uno de sus más amados universos.

¡Gracias a todos!

PRÓLOGO

Star Wars siempre ha ocupado un lugar de gran importancia en mi vida. Sencillamente no recuerdo un tiempo sin ella.

Empezamos a filmar las precuelas cuando yo tenía ocho años y terminamos cuando tenía quince. Pasé algunos veranos adolescentes como asistente en los escenarios de las precuelas, observando y aprendiendo. Recuerdo a mi hermano menor entrenando día tras día con Nick Gillard para ejecutar una elaborada escena de acrobacia como un joven y valiente padawan. Cuando filmó esa escena, la mayoría de los actores se acercaron al set para felicitarlo. Hayden y Nick se sentían muy orgullosos de él. El elenco y el equipo técnico se convirtieron en algo así como una familia. Sobre eso se construyó *Star Wars*, sobre la colaboración y el apoyo de todo un grupo de personas apasionadas y con talento.

A los diecisiete años fui honrada con la oportunidad de unirme a esa misma comunidad cuando escribí mi primer episodio de *La guerra de los clones*, «Choque de Jedis». La respuesta positiva de los seguidores de la serie me llevó a considerar el ejercicio de la escritura de guiones de manera más seria. Mi carrera como escritora en *La guerra de los clones* terminó durando casi diez años. En todo ese tiempo tuve el placer de escribir para algunos de los más emocionantes personajes del ciclo, sin olvidar a aquellos moralmente oscuros: Aurra Sing, Savage Opress, Darth Maul y, por supuesto, mi favorito, Asajj Ventress.

Siempre me he sentido atraída por personajes femeninos fuertes ya que crecí viendo obsesivamente *Buffy, la cazavampiros y Ventress* fue la perversa guerrera de mis sueños. Su fuerza y vulnerabilidad encontraban profundas resonancias en mí. Me sentí fascinada cuando me asignaron los episodios de *El discípulo oscuro* y disfruté ampliamente el tiempo que pasé escribiéndolos. Pasaba un momento difícil por una separación amorosa y escribir para los personajes de Ventress y Vos resultó ser sumamente catártico para mí.

Me sentí muy triste cuando supe que *La guerra de los clones* fue cancelada antes de que estos episodios fueran puestos en el aire, pero me sentí aliviada cuando supe que Ventress finalmente sería reivindicada con la publicación de esta novela. En su esencia, *El discípulo oscuro* es una historia de redención; una historia de cómo la gente puede destrozarse de manera increíble, y sin embargo, encontrar una manera de reconstruirse a pesar de las adversidades. A todos nosotros se nos dan una y otra vez posibilidades para transformar nuestras vidas, y es nuestra responsabilidad aprovechar esas oportunidades antes de que desaparezcan.

Haber trabajado con los excepcionales escritores de *La guerra de los clones* y el incomparable Dave Filoni será siempre uno de los mejores momentos de mi carrera. *La guerra de los clones* me dio las herramientas para avanzar en mi propio camino y, lo más importante, me brindó la oportunidad de estar al servicio del universo de *Star Wars* por un breve tiempo.

Mientras viva, nunca olvidaré los momentos en los que mi padre y yo nos escabullíamos a la parte de atrás de un cine a oscuras mientras el inolvidable tema de

John Williams resonaba desde los altavoces, tomados de la mano mientras la multitud rugía, levantando sus sables de luz en el aire cuando el logo de *Star Wars* brillaba en la pantalla. Nunca he visto a mi papá más feliz.

Que la Fuerza esté siempre con ustedes.

Katie Lucas

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana…

El conflicto que abarcó toda la galaxia, conocido como «la guerra de los clones», se prolongaba desde hacía años. La lucha entre el gobierno legítimo de la República Galáctica y la Confederación de Sistemas Independientes había costado incontables miles de millones de vidas.

Los dominadores de la Fuerza, los Jedi que durante milenios fueron los guardianes de la paz en la Galaxia, habían sido superados en casi todas las ocasiones por los separatistas y su líder, el Lord Sith conde Dooku.

Con la guerra sin dar señales de terminar, y las bajas creciendo día a día, los Jedi deben considerar todos los medios posibles para derrotar a su astuto enemigo. Si algunos de esos medios resultan demasiado inimaginables —y algunos aliados demasiado poco confiables— está aún por verse…

CAPÍTULO UNO

Ashu-Nyamal, primogénita de Ashu, hija del planeta Mahranee, se acurrucaba con su familia en la bodega de una fragata de la República. Nya y los otros refugiados mahranos se preparaban para resistir los efectos de la encarnizada batalla que se desarrollaba afuera. Las sensibles y erguidas orejas mahranas captaban los sonidos de las órdenes pronunciadas y respondidas por los clones, la misma voz que salía de diferentes gargantas; las sensibles narices percibían el leve olor del miedo que salía de los altavoces.

La fragata se estremeció con una nueva explosión. Algunos de los más pequeños gimieron, pero los adultos transmitían calma. Rakshu acunaba a los dos hermanos menores de Nya. Sus pequeñas orejas se aplastaban contra sus cráneos, y se estremecían aterrorizados apretándose contra el cuerpo caliente y suave de su madre, pero sus hocicos azules estaban bien cerrados. No emitían gemido alguno; estirpe orgullosa, la de los Ashu. Le había dado a los mahranos muchos grandes guerreros y sabios estadistas. La hermana de Nya, Teegu, segundo vástago de Ashu, tenía un don para calmar cualquier disputa, y Kamu, el más joven, estaba en camino de convertirse en un gran artista.

O lo había estado, hasta que los separatistas redujeron a escombros la ciudad capital de Mahranee.

Los Jedi habían acudido en respuesta a la llamada de socorro, tal como los mahranos sabían que lo harían. Pero habían llegado demasiado tarde. Enojados con el gobierno de Mahranee por su negativa a cooperar, los separatistas habían decidido que el genocidio, o algo lo más parecido posible, iba a resolver el problema de como apoderarse de un mundo tan rico en recursos.

Nya apretó los puños. ¡Ojalá tuviera una pistola bláster! Era una excelente tiradora. Si algún enemigo trataba de abordar la nave, ella podría ser de utilidad para los valientes clones que en ese momento arriesgaban sus vidas para proteger a los refugiados. Mejor aún, Nya deseaba poder atravesar a algún miembro de la escoria separatista con su aguijón, a pesar de que…

Otra explosión, esta vez peor. Las luces parpadearon y se apagaron para ser reemplazadas casi al instante por el tono rojo sangre de la luz de emergencia. El metal gris oscuro de los mamparos parecía acercarse ominosamente. Algo hizo clic dentro de Nya. Antes de siquiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, se puso de pie de un salto y atravesó corriendo la bodega en dirección a la puerta rectangular.

—¡Nya! —La voz de Rakshu era tensa—. ¡Nos dijeron que permaneciéramos aquí!

Nya giró. Sus ojos brillaban.

—¡Estoy siguiendo el camino del guerrero, madre! No puedo quedarme sentada aquí sin hacer nada. ¡Debo tratar de ayudar!

—Sólo estarás en el… —La voz de Rakshu se apagó cuando Nya le sostuvo la mirada. Las lágrimas se deslizaron silenciosamente por el hocico de Rakshu, brillando en la luz carmesí. Los mahranos no eran telépatas, pero aun así, Nya supo que su madre podía leer sus pensamientos.

«No puedo hacer ningún daño. Ya estamos perdidos».

Rakshu también lo sabía. Asintió con la cabeza y luego dijo, con voz henchida de orgullo por su primogénita:

—Aguijonea bien.

Nya tragó saliva ante la contundente bendición. El aguijón era algo propio de los mahranos y cuando se usaba, era su sentencia de muerte. El veneno que hacia caer de rodillas a un enemigo, también viajaba al corazón de su verdugo. Los dos enemigos siempre morían juntos. Aquellas palabras se le decían a aquel que nadie esperaba que regresara con vida.

—Adiós, mamá —susurró Nya en voz demasiado baja como para que su madre oyera. Golpeó con una palma el botón y la puerta se abrió. Sin detenerse, corrió por el pasillo, el camino marcado por una tira de iluminación de emergencia; patinó hasta detenerse cuando el pasillo se abrió en dos direcciones separadas, eligió uno y corrió directamente hacia uno de los clones.

—¡Alto ahí! —ordenó éste, no sin amabilidad—. Se supone que no debes estar aquí, pequeña.

—¡No pienso morirme acurrucada de miedo! —espetó Nya.

—Eso no va a ocurrir —dijo el clon, tratando de mostrarse tranquilizador—. Ya hemos superado a saltacharcos como éstos antes. Regresa a la zona de bodegas y sal de nuestro camino. Esto lo tenemos dominado.

Nya olió el cambio en su sudor. Él estaba mintiendo. Por un momento, sintió compasión por él. ¿Cómo había sido su vida cuando era un jovencito? No había habido nadie para abrazarlo o para contarle cuentos, sin manos amorosas de padres para calmar las pesadillas de la infancia. Sólo los hermanos, idénticos en todos los sentidos, que habían sido criados tan clínicamente como él.

Hermanos, deber y muerte.

Se sintió extrañamente mayor que el clon, y agradecida por su propia vida única que estaba a punto de terminar. Nya sonrió, sacudió la cabeza y corrió alejándose de él.

Él no la persiguió.

El pasillo terminaba en una puerta. Nya apretó el botón. La puerta se abrió y allí estaba la cabina del piloto. Ella quedó sin aliento.

Nunca antes había estado en el espacio, de modo que no estaba preparada para el panorama que ofrecía la ventanilla de cinco secciones. Destellos brillantes y rayas de fuego láser se batían en duelo contra un campo estelar de aspecto incongruentemente pacífico. Nya no estaba suficientemente informada como para poder distinguir una nave de otra, salvo las naves de su propio planeta, que se veían viejas, pequeñas y desesperadas mientras trataban de huir con su preciosa carga de familias iguales a la de ella.

Un clon y el general Jedi, el achaparrado reptil Aleena que había dirigido el rescate de la gente de Nya, ocupaban los dos asientos de la cabina. Sin previo aviso, otra explosión

sacudió a la nave. Nya cavó sobre el respaldo del asiento del clon, haciendo que éste saltara hacia adelante. El clon se volvió hacia ella, los ojos oscuros de ira, y espetó:

—Sal de…

—General Chubor —dijo una voz suave.

La piel de Nya se erizó. Se dio vuelta, gruñendo en silencio. Vaya, ella conocía esa voz. Los mahranos la habían oído proferir todo tipo de bonitas mentiras y promesas que nunca estuvieron destinadas a ser cumplidas. Ella se preguntó si quedaría alguien en la galaxia que no reconociera los suaves tonos de la voz del conde Dooku.

Apareció en una pequeña pantalla en la parte superior de la ventanilla principal. Una sonrisa de cruel satisfacción retorcía los rasgos patricios de Dooku.

—Me sorprende que se haya puesto en contacto conmigo —continuó su imagen—. Según recuerdo, los Jedi prefieren ser considerados fuertes y silenciosos.

El clon se llevó un dedo a los labios, pero la advertencia era innecesaria. Los afilados dientes de Nya estaban apretados, la piel erizada, y todo su ser se concentraba en el odiado rostro del conde, y ella sabía que no debía hablar.

El general Chubor, sentado al lado del clon en el asiento del piloto, tan bajo que sus pies no llegaban al suelo, tampoco mordió el anzuelo.

—Ya tienes tu victoria, Dooku. —Su voz ligeramente nasal, aguda, estaba cargada de tristeza—. El planeta es tuyo… permítenos llevarnos a la gente. Tenemos familias enteras a bordo. Hay muchos heridos. ¡Son inocentes!

Dooku se rio entre dientes, como si Chubor hubiera dicho algo terriblemente divertido mientras tomaba una buena taza de té caliente.

—Mi querido general Chubor. Deberías saber ya que en una guerra no existe cosa alguna que sea inocente.

—Conde, repito, nuestros pasajeros son familias civiles —continuó el general Chubor con una tranquilidad ante la que Nya sólo podía maravillarse—. La mitad de los refugiados son infantes. Permíteles a ellos, al menos, que…

—Infantes cuyos padres, imprudentemente, optaron por aliarse con la República. —Atrás había quedado el ronroneo civilizado de Dooku. Su mirada se posó en Nya. Ésta no se inmutó ante su escrutinio, pero no pudo reprimir un suave gruñido. Él la miró de arriba abajo y luego la ignoró como algo de poco interés—. He estado monitoreando sus transmisiones, general, y sé que esta pequeña charla está siendo enviada al Consejo Jedi. De modo que permítanme dejar una cosa perfectamente en claro.

La voz de Dooku se había vuelto dura y sin matices, tan fría y despiadada como el hielo de los casquetes polares de Mahranee.

—Mientras la República me resista, los «inocentes» seguirán muriendo. Cada muerte en esta guerra es responsabilidad de los Jedi. Y ahora… es hora de que usted y sus pasajeros se unan a las filas de los caídos.

Una de las naves mahranas más grandes se convirtió silenciosamente en una flor amarilla y roja que se desintegró en mil pedazos.

Nya no supo que había gritado hasta que se dio cuenta de que su garganta se había puesto áspera. Chubor giró en su asiento.

Su mirada de grandes ojos quedó fija en la mirada de ella.

Lo último que Ashu-Nyamal, primogénita de Ashu, iba a ver en su vida fue la abatida expresión de la desesperación en los ojos del Jedi.

—

«La parte más triste de ser un Jedi», pensó el maestro Obi-Wan Kenobi, «es cuando fallamos».

Había sido testigo de escenas como la que se desarrollaba ante el Consejo Jedi demasiadas veces como para poder contarlas y, sin embargo, el dolor no disminuía. Esperaba que eso nunca ocurriera.

Los aterradores momentos finales de miles de vidas se desarrollaron delante de ellos, luego la sombría grabación holográfica parpadeó y desapareció. Por un momento, se produjo un pesado silencio.

Los Jedi cultivaban una práctica del desapego que siempre les había sido muy útil. Sin embargo, pocos entendían que si bien los lazos individuales como el amor romántico o la familia estaban prohibidos, los Jedi no se avergonzaban de la compasión. Todas las vidas son valiosas y cuando tantas se perdían de esa manera, los Jedi sentían el dolor por ello en la misma Fuerza, así como en sus propios corazones.

Por fin, el maestro Yoda, el diminuto pero extraordinariamente poderoso jefe del Consejo Jedi, suspiró muy hondo.

—Apenados estamos todos al ver a tantos sufrir —dijo—. Coraje, la jovencita tuvo al final. Olvidados ella y su pueblo no serán.

—Espero que su valentía le haya brindado consuelo —agregó Kenobi—. Eso es algo que los mahranos valoran. Ella y los otros son ahora uno con la Fuerza. Pero mi deseo más ferviente es que esta tragedia sea la última que la guerra exija.

—Como lo deseamos todos nosotros, maestro Kenobi —aprobó el maestro Mace Windu—. Pero no creo que ese deseo se haga realidad en el corto plazo.

—¿Alguna de las naves pudo escapar con sus pasajeros? —quiso saber Anakin Skywalker. Kenobi le había pedido al joven, todavía sólo un caballero Jedi, que lo acompañara a esta reunión, y Anakin estaba de pie detrás del asiento de Kenobi.

—Informe alguno nadie ha enviado —respondió Yoda en voz baja—. Pero esperanza siempre hay.

—Con todo respeto, maestro Yoda —intervino Anakin—, los mahranos necesitaban algo más que nuestra esperanza. Necesitaban nuestra ayuda, y la que hemos podido darles no fue suficiente.

—Y, por desgracia, no son los únicos a los que nos hemos visto obligados a prestar poca atención —remató Windu.

—Casi tres años completos hace que esta guerra se desarrolla —sentenció Plo Koon, el miembro kel dor del Consejo. Su voz estaba ahogada por la máscara que llevaba sobre la boca y la nariz, un requisito para su especie en esa atmósfera—. Apenas si podemos calcular el número de caídos. Pero esto… —Sacudió la cabeza.

—Todo debido directamente a la ambición y la maldad de un solo hombre —sintetizó Windu.

—Es cierto que Dooku es el líder de los separatistas —intervino Kenobi—. Y nadie va a discutir que es tan ambicioso como maligno. Pero no lo ha hecho él solo. Estoy de acuerdo en que Dooku puede ser responsable de todas las muertes en esta guerra, pero no produjo activamente cada una de ellas.

—Por supuesto que no —aceptó Plo Koon—, pero es interesante que uses casi las mismas palabras que Dooku. Él nos atribuyó la culpa de las bajas directamente a nosotros.

—Una mentira, eso es —exclamó Yoda. Agitó una pequeña mano con desdén—. Tontera sería que lo creyéramos siquiera por un momento.

—¿Lo sería en verdad, maestro Yoda? —preguntó Windu con una dura expresión en su rostro. Como miembro de alto rango del Consejo, era uno de los pocos que se atrevía a cuestionar al maestro Yoda. Kenobi levantó una ceja.

—¿Qué quiere decir, maestro Windu? —preguntó Yoda.

—¿Acaso los Jedi hemos explorado realmente todas las opciones? ¿Podríamos haber terminado esta guerra antes? ¿Podríamos, de hecho, acabarla en este momento?

Algo se erizó en la nuca de Kenobi.

—Habla claramente —le pidió.

Windu miró a sus compañeros. Parecía estar sopesando sus palabras. Finalmente habló.

—El maestro Kenobi tiene razón… Dooku no podría haber hecho esto totalmente solo. Miles de millones lo siguen. Pero también me atengo a mi observación de que esta guerra es creación de Dooku. Los que le siguen, lo siguen a él. Todos los actores están controlados por el conde; toda conspiración se remonta hasta él.

La frente de Anakin se frunció.

—No nos dice nada que no sepamos ya, maestro.

Windu continuó.

—Sin Dooku, el movimiento separatista se vendría abajó. No habría una figura única y aparentemente invencible para guiarlo. Los que quedaran se eliminarían entre ellos mismos en una lucha frenética por tomar su lugar. Si cada rio es una rama de una sola y poderosa corriente… entonces detengamos esa corriente. Cortemos la cabeza y el cuerpo caerá.

—Pero eso es lo que hemos estado… oh. —Los ojos azules de Anakin se abrieron al comprender súbitamente.

«No», pensó Kenobi, «seguramente Mace no está sugiriendo…».

Las orejas de Yoda se enderezaron a la vez que él se erguía.

—¿Asesinato es lo que quieres decir?

—No. —Kenobi habló antes de darse cuenta de lo que iba a hacer, y su voz sonó fuerte y segura—. Algunas cosas simplemente no están dentro del ámbito de lo posible. No —agregó bruscamente, mirando a Mace— para los Jedi.

—La verdad, el maestro Kenobi dice —señaló Yoda—. Hacia el lado oscuro este tipo de acciones conducen.

Mace levantó las manos en un gesto tranquilizador.

—Aquí nadie quiere comportarse como un Lord Sith.

—Pocos lo desean, en un primer momento. Un pequeño paso es el qué determina a menudo el destino.

Windu miró a Yoda y luego a Kenobi, y su mirada de ojos marrones se detuvo en Kenobi.

—Respóndeme a esto. ¿Con qué frecuencia este Consejo se ha reunido para sacudir la cabeza, diciendo: «Todo conduce a Dooku»? ¿Algunas pocas docenas de veces? ¿Unos pocos cientos?

Kenobi no respondió. Junto a él, Anakin se movió inquieto. El joven Jedi no miraba ni a Kenobi ni a Windu, y apretaba los labios para formar una delgada y poco feliz línea en su rostro.

—Hay que dar un golpe definitivo —propuso Mace. Se levantó de su sitio y achicó la distancia entre él y Kenobi. Mace tenía la ventaja de la altura, pero Kenobi se puso de pie con calma y miró fijo a Windu.

—Dooku va a seguir haciendo exactamente lo que ha estado haciendo —continuó Windu en voz serena—. Él no va a cambiar. Y si nosotros no cambiamos tampoco, entonces la guerra seguirá asolándonos hasta que esta torturada galaxia no sea más que desechos espaciales y mundos muertos. ¡Nosotros, los Jedi y los clones que comandamos, somos los *únicos* que pueden detenerlo!

—El maestro Windu tiene razón —intervino Anakin—. Creo que es hora de dar paso a ideas que antes nunca habríamos tenido en cuenta.

—Anakin —le advirtió Kenobi.

—Con todo respeto, maestro Kenobi —continuó Anakin sin detenerse—, la caída de Mahranee es terrible. Pero es sólo el crimen más reciente que Dooku ha cometido contra un mundo y un pueblo.

Y Mace añadió:

—Los mahranos que murieron hoy ya cuentan con más que suficiente compañía. ¿Queremos incrementar esos números? La vida de un hombre debe ser sopesada contra la de los potencialmente millones de inocentes. ¿No es la protección de los inocentes la definición misma de lo que significa ser un Jedi? Le estamos fallando a la República y a sus ciudadanos. Debemos detener esto, ya mismo.

Kenobi se volvió hacia Yoda. El anciano maestro Jedi miró a todos los presentes, con presencia física u holográfica, como Saesee Tiin, un maestro iktotchi; la togruta Shaak Ti, con su expresión serena pero llena de tristeza; las imágenes de Kit Fisto, Oppo Rancisis y

Depa Billaba. Kenobi se sorprendió al ver la tristeza y la resignación que se manifestaban en el rostro verde y arrugado de Yoda. El diminuto Jedi cerró los enormes ojos por un momento y luego los abrió.

—Muy pesado, mi corazón por tan graves asuntos está —dijo. Usando su bastón, se levantó y se acercó a la ventana. Todos los ojos lo siguieron. Debajo se extendía Coruscant, una infinidad de pequeñas naves personales pasaban veloces y el sol alumbraba todo eso mientras las nubes flotaban lánguidamente.

Yoda extendió una mano de tres dedos señalando ese panorama.

—Cada vida, una llama en la Fuerza es. Hermosa. Única. Brillante y preciosa se yergue, emitiendo con valentía su propia pequeña luz contra la oscuridad que podría consumirla. —Yoda alzó su bastón, apuntando a una nube que era más gris y más grande que la mayoría de sus compañeras—. Pero crece, esta oscuridad, con cada minuto que Dooku continúa con sus ataques. —Yoda quedó en silencio. Nadie interrumpió mientras la nube seguía su camino, avanzando para ocultar la cara del sol. Su sombra absorbió toda la vibración de la ciudad debajo de ella, convirtiendo su brillo en opacidad, sus colores brillantes en una paleta apagada, sombría. Sólo se trataba del sol y la sombra, pero de todos modos Kenobi sintió que su corazón se sobresaltaba dentro de su pecho.

—Detenerlo, debemos —anunció Yoda solemnemente. Cerró los ojos e inclinó la cabeza. El momento pareció eterno y pareció que todo el mundo se negaba a interrumpirlo.

Finalmente Mace habló.

—La cuestión ahora ante nosotros es… ¿quién dará el golpe mortal?

Kenobi suspiró y se frotó los ojos.

—Yo, este… puedo hacer una sugerencia…

CAPÍTULO DOS

Las cosas iban muy bien para el comerciante de Koorivar, Sheb Vahad. Muy bien ciertamente. Había llegado al Centro Otor —sin duda el lugar adecuado para estar si uno comerciaba con cierta mercadería—, un año antes de que estallara la guerra. Mientras otros se apresuraban a elegir de qué lado iban a estar, Sheb se había convertido a sí mismo en un «amigo poderoso» de ambos contendientes. A todo el mundo le gustan las baratijas: joyas, pinturas, estatuas, elaborados narguiles hechos de materiales exóticos y tachonados con gemas de mundos lejanos. Y si los creadores de tan exquisitas piezas habían encontrado destinos desagradables, bueno, eso simplemente hacía que lo que habían creado fuera todavía más valioso. Muchas veces, Sheb esperaba que los destinos desagradables se cumplieran y lo dejaran en posición de beneficiarse. En otras ocasiones él adoptaba un enfoque… más directo.

Oh, no, él mismo, no, no. Sus manos estaban hechas para manejar dinero y acariciar objetos de valor. Había un montón de otras personas dispuestas a aceptar sus créditos para hacer el trabajo sucio a fin de aumentar el valor de ciertos objetos. Se acomodó en su sillón y aspiró por la boquilla de su narguile, con aire ausente, llevando su mano a acariciar las elaboradas tallas en el cuerno que sobresalía de su cráneo.

«Un cuerno de koorivar es el orgullo de un koorivar», le había dicho su padre. Eso le decía al mundo todo lo que necesitaba saber sobre el individuo que lo lucía. El cuerno de Sheb era grande, retorcido y ricamente decorado. Grandes —y fallecidos— artesanos habían tallado su trabajo en él, y las piedras preciosas atrapaban la tenue iluminación en la trastienda llena de humo de su «tienda».

Se sirvió uno de los delicados pasteles que eran la especialidad de su chef privado, luego le hizo una señal al droide de protocolo de color azul de pie junto a la puerta. Alguien más estaba también allí, firme, el siempre fiable Thurg, un corpulento gamorreano.

—Haz pasar a nuestro invitado, Azul —ordenó Sheb.

—Por supuesto, mi muy glorioso amo. —Sheb se había decidido por una versión personalizada de la unidad de protocolo más reciente. Azul venía equipado con dos programas especializados: «Adul-8» y «B-Pequeño». El primero calmaba a Sheb, y el otro había mostrado ser muy entretenido.

Azul salió por la puerta con cortinas hacia la sala de espera que había al otro lado, mientras Thurg, con aspecto un tanto aburrido, escarbaba sus grandes y amarillentos dientes. Sheb esperaba que Azul lo sorprendiera haciendo eso. El reto que el droide le daría a Thurg sería sin dudas una delicia. Aunque probablemente Azul se mostraría agradecido de que sólo fueran los dientes lo que el gamorreano estaba escarbando y no las fosas nasales porcinas del guardaespaldas.

—¿Amo Tal? —dijo el droide con su voz precisa y certera—. El muy honorable, respetable y muy razonable comerciante de objetos de valor y artefactos de alta calidad, Sheb Valaad, ha accedido amablemente a conceder su petición de una audiencia.

—¡No, no! —se oyó la alegre voz de Tal. Sheb tomó otro pastel, sonriendo, y sirvió el té para su cliente. En los dos últimos meses Tal se había convertido en un cliente habitual, y Sheb se preguntó qué reservaba hoy la lengua locuaz de Tal para el pobre Azul—. Veo que estás preparado con una sobrecarga verbal, Azul. Ya te lo he dicho, no me llames «amo».

—Me temo que el ajuste del programa de hoy no me permitirá anular esa designación, amo Tal. —El droide se dirigió hacia la cortina y amablemente la sostuvo a un lado para que Tal pudiera entrar sin dificultad.

Tal Khar era un hombre alto, un bien musculoso espécimen kiffar que se movía con una gracia fácil. Como siempre, sus ojos brillaban con buen humor sobre el estrecho tatuaje de color amarillo que le atravesaba la cara en todo su ancho. Thurg le cerró el paso con un gruñido y permaneció a la expectativa.

Tal miró hacia arriba.

—Sheb, llama a tu bantha. Nunca he traído un arma hasta ahora. —El gamorreano vaciló, mirando a su amo, confundido.

—Thurg, tú conoces las reglas.

Tal le sonrió a Thurg.

—Adelante. Pero tú sabes que no traigo armas.

—Sé que no tienes armas —dijo Thurg en un básico gutural, palpando a Tal de arriba abajo para luego retroceder—. Está desarmado.

—Ahora puede ingresar a la presencia radiante de mi magnífico amo —anunció Azul, tocándole el brazo por si acaso.

—Eh, Azul —preguntó Tal—, ¿cuántos sinónimos de tu nombre existen?

—En básico, hay…

Tal hizo un gesto con la mano.

—No, no, en todos tus idiomas. ¿Y puedes decirme cuáles son?

Un sonido un tanto ahogado salió del droide, y se lo vio abrumado. Luego:

—Azul: mis bancos de datos registran cuarenta mil, once millones, setecientos cuarenta y dos mil novecientos ochenta y tres sinónimos aceptados para el color azul. Comenzando con básico, son, en orden alfabético: *ao, aqua, azure…*

—No tienes que obedecer esa instrucción, Azul —intervino Sheb.

—Oh, gracias, mi más maravilloso amo, estoy extremadamente agradecido.

Sheb señaló la fuente de pasteles.

—Tal, Tal —dijo con un suspiro—. ¿Estás tratando de producir un cortocircuito en mi droide?

—… Podría ser —respondió Tal, con la boca llena.

—Bueno, si alguna vez lo logras, espero que me indemnices por las reparaciones —replicó el comerciante—. Ahora límpiate las manos. Hoy tengo algo muy extraordinario para ti.

Tal obedeció con el entusiasmo de un niño a la espera de un regalo, mirando expectante a Sheb. Éste le hizo una seña a una de sus ayudantes. La mujer twi'lek acercó

una bandeja, sobre la que había algo cubierto por un trozo de tela. Con gesto teatral Sheb descubrió su más reciente tesoro.

El invitado lanzó un suspiro de gran satisfacción, lo que no sorprendió a Sheb de ninguna manera. El objeto en la bandeja era milenario, pero parecía haber salido del taller del artista apenas unos momentos antes. Era una pequeña estatuilla de una criatura acuática, todo rastro de su especie ya olvidado, que alguna vez había retozado —presumiblemente había retozado, si el movimiento Indico capturado por la talla de piedra era fiel al modelo— en los océanos de un mundo que igualmente se había perdido en el tiempo. Pequeñas gemas servían de ojos, y su cola se curvaba debajo de su cuerpo de cuatro aletas que se fusionaban con una base que parecía la cresta de una ola.

Tal estiró la mano hacia ella, luego se detuvo, alzando las cejas a manera de interrogación. Sintiéndose como una deidad benevolente, Sheb le concedió su permiso para tomar el precioso artefacto. Tal lo hizo, con gran cuidado.

—Jefe, esta escoria dice que tiene que verte. —Thurg se abrió paso por entre las cortinas. Sus grandes manos sujetaban los peludos brazos de un mahrano, que no se resistía de ninguna manera. Miraba a su alrededor, observándolo todo.

—Lindo, muy lindo —dijo. Su mirada se posó en Tal.

Tal lo miró por un momento, luego dejó escapar un suspiro.

—Desh. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine a buscarte.

—Bueno, estoy ocupado.

Aunque sujetado por el gigantesco gamorreano, el mahrano que, al parecer, conocía a Tal, y cuyo nombre era, al parecer, Desh, logró encoger los hombros.

—Lo siento.

—Qué… —Sheb no encontraba las palabras adecuadas, tratando de dar sentido a la absurda situación—. Tal, ¿conoces a este…?

—Lo conozco… desde hace mucho. Se supone que no debería estar aquí todavía. Bueno, supongo que lo hecho, hecho está. —Sacudiendo sus largas rastas de pelo negro, delicadamente Tal puso la estatuilla en la mesa, deslizándola para alejarla de sí. Se puso de pie—. Lástima. Me gustaron los pasteles.

Extendió una mano en dirección a Sheb, luego la sacudió hacia arriba. El comerciante dejó escapar un grito agudo de sorpresa cuando se encontró retorciéndose en el aire. En el mismo instante el mahrano se retorció y levantó los brazos, liberándose del agarre de Thurg como si ello no fuera nada, luego agarró el brazo del gamorreano y lo derribó.

—Oh, qué es esto —chilló Azul en pánico, se dirigió a la puerta con los brazos en alto—. Socorro… socorro…

Cuatro guardaespaldas armados entraron veloces. Los rodianos, con sus enormes ojos negros fijos en Tal, atropellaron al desventurado droide. Azul rodó ruidosamente hasta un rincón, y los rodianos comenzaron a disparar contra los intrusos.

—¡No, nada de blásteres! —gritó Sheb, pensando en los irremplazables objetos expuestos en la sala, pero no le hicieron caso. El rojo fuego láser silbaba por todo el

lugar, y Sheb, todavía suspendido en el aire, gritaba en medio de los disparos, primero dolorido al ver destrozada su hermosa mercancía, y luego otra vez cuando un rayo le atravesó los ropajes que flameaban, peligrosamente cerca del torso.

Había también otras dos luces que brillaban en medio de todo aquello, de un metro de largo, una verde, una azul, que Tal y el intruso manejaban como si fueran espadas. ¡Sables de luz! Eso quería decir…

Tal mantuvo una mano extendida, sosteniendo a Sheb en el aire, y con la otra atajaba y devolvía los rojos disparos con una facilidad casi de indiferencia. ¿Estaba ese hombre… tarareando?

—¡Ay! —exclamó el koorivar cuando una explosión le quemó un muslo.

Tal hizo un gesto de dolor.

—Lo siento —se excusó, sonriéndole tímidamente a Sheb, al mismo tiempo que daba una voltereta hacia atrás que terminó en una fuerte patada, perfectamente dirigida al centro del cuerpo de un guardaespaldas. El gamorreano trastabilló para caer cuando Tal le asestó un golpe en la sien con la empuñadura del sable dé luz.

—Yo no había terminado todavía —dijo Tal, dirigiendo su atención a Desh. El más pequeño y más delgado de los Jedi (pues Sheb se dio cuenta de que ambos tenían que ser Jedi) estaba sobre la mesa en ese momento. Extendió su mano de cuatro dedos y levantó al rodiano en el aire. Por un loco instante, él y su patrón flotaron mirándose a los ojos, con el hocico tubular del rodiano que se movía lanzando protestas, y luego el guardaespaldas de piel verde se estrelló contra la pared.

—Bueno, no culpes al mensajero —dijo el mahrano. Ni siquiera respiraba con dificultad—. Me dijeron que ibas a ser reasignado.

—Dos semanas más y habría completado la operación —se quejó Tal. También él hablaba con gran calma, como si todo este diálogo se estuviera produciendo en su propia casa, compartiendo tragos con amigos—. ¿No podía el Consejo esperar ese tiempo?

—Parece que no, —Desh bajó de la mesa al suelo dando un salto hacia atrás, tomando dos sillas en el proceso y lanzándolas al aracnoide de cuatro ojos aqualish que seguía disparándole sin parar a Tal, aunque infructuosamente. Los muebles golpearon con precisión al guardaespaldas, que cayó despatarrado al suelo, brazos y piernas enredados en el respaldo y las patas de la silla en ángulos que seguramente eran dolorosos. Su pistola bláster salió volando de sus manos.

El mahrano la atrapó sin esfuerzo. Silbó al examinarla.

—Hermosa.

—Oh, no, no lo hagas, Azul —dijo Tal. El droide de protocolo se había apresurado a llegar junto a uno de los guardaespaldas caídos y agarró un intercomunicador. Sin dejar de sostener con una mano a Sheb, el Jedi saltó hacia el droide y cortó la mano de Azul desde la muñeca. El droide lanzó un agudo chillido—. Oh, vamos, eso puede arreglarse —exclamó Tal—. No te portes como un bebé.

—¿Así que yo arruiné toda la misión? —preguntó Desh. Apretó la empuñadura del sable de luz con el pulgar y con un chasquido la hoja quedó desactivada.

—No toda la misión. Sólo la parte placentera de verdad del cierre. —Milagrosamente, la estatua de la criatura oceánica había sobrevivido intacta. Tal la tomó, sonriendo—. Pero con esto bastará. Tengo un montón de información útil sobre un montón de tipos muy desagradables que tomé de esta figurilla.

—Eso que haces de tocar las cosas y sentir algo resulta muy práctico.

—Se llama psicometría, muchas gracias.

Mientras escuchaba, Sheb se dio cuenta de por qué Tal —que, por supuesto, de ninguna manera era su nombre Jedi— siempre se había mostrado tan ansioso por tocar todo antes de comprar algo. Ahora que uno lo piensa, no había comprado mucho, pero ciertamente había tocado… Sheb gimoteó.

—Tú lo sabes todo —dijo, con la voz tensa.

—Bueno, no todo —replicó Tal que no era Tal—. Quiero decir, no sé todos los sinónimos de «azul», por ejemplo. Azul, ¿qué te parece?

—Santo cielo —chilló el droide.

—Y en cuanto a ti, Sheb; ha sido un placer hacer negocios contigo. Esto puede doler un poco, pero estoy seguro de que los Jedi que estarán aquí por un momento se ocuparán de ti.

Tal levantó la mano. Y mientras el miserable droide de protocolo comenzaba a hacer la lista de los miles de millones de sinónimos de su nombre, Sheb casi pensó que le vendría bien la inconsciencia que estaba a punto de caer sobre él mientras Tal, con expresión de pedir disculpas, retiró su mano para enviar al comerciante del mercado negro a toda velocidad contra la pared.

CAPÍTULO TRES

No era precisamente su lugar de nacimiento, pero el Templo Jedi era donde Quinlan Vos había crecido. Había correteado por sus pasillos, se había escondido detrás de los enormes pilares, había encontrado la paz en la sala de meditación, había terminado —y comenzado— peleas en salas destinadas a darse golpes y en otras que no, y se había echado siestas furtivas en la biblioteca. Todo Jedi iba a ese lugar en algún momento de sus vidas; Quinlan, por su parte, siempre sentía que regresaba al hogar cuando subía rápidamente la escalinata y entraba al enorme edificio, como lo estaba haciendo en ese momento.

Había disfrutado desbaratar las operaciones en el mercado negro de Sheb junto con su viejo amigo, pero aquel placer quedó casi de inmediato opacado al regresar a la nave de Desh. En el viaje de regreso a Coruscant, Desh, cuyo nombre formal era Akar-Deshu, le había informado sucintamente sobre el devastador ataque de Dooku a Mahranee. Vos no supo qué decir para ofrecerle consuelo. El planeta ya estaba controlado por los separatistas, quienes habían dejado en claro que todo mahrano sería considerado extremadamente hostil y asesinado en el acto. Un mundo y su gente habían caído en el espacio de unas pocas horas.

La voz normalmente modulada de Obi-Wan Kenobi había tenido un ligero tono de urgencia cuando Vos y Desh se presentaron, y fue eso, más que las crípticas palabras, lo que hizo que Vos decidiera renunciar a todo lo que se asemejara a formalidad. Bueno, a algo parecido a la vestimenta apropiada, si estaba siendo honesto. Después de la vigorizante pelea, tanto su ropa como él mismo podrían haberse beneficiado con una buena cantidad de agua, pero pensó que ya tendría ocasión de lavarse una vez que hubiera hablado con Obi-Wan para saber qué diablos estaba pasando.

Todo el mundo allí lo conocía, incluso en esa etapa, en la cual con frecuencia se ausentaba durante meses, a veces incluso hasta un año. Vos sonreía feliz al ver caras conocidas e intercambiar tantos abrazos, tantas palmadas en la espalda y tantos apretones de manos que le preocupaba tener que llegar…

—Tarde, como siempre —le dijo Kenobi en su habitual tono de superioridad.

Vos levantó la vista y sonrió, usó la Fuerza para saltar una docena de escalones y aterrizó con gracia ante el maestro Jedi.

—¡Encantado de verlo, también, Obi-Wan! Estoy seguro de que me ha extrañado.

—No demasiado —respondió Kenobi, pero sonrió mientras lo decía—. No recuerdo nuestra última aventura con especial cariño. Por desgracia, no creo que esta próxima misión vaya a ser ni remotamente tan agradable, aunque espero que sea más exitosa. —La última vez que los dos maestros Jedi habían trabajado juntos fue para localizar a un hutt fugitivo llamado Ziro. Por desgracia, alguien se les había adelantado para encontrar al hutt, con resultados fatales para el desagradable Ziro.

Obi-Wan, como correspondía a un Jedi, era un experto en ocultar sus sentimientos en la Fuerza cuando así lo deseaba. Pero en ese momento no lo hizo, e incluso alguien no sensible a la Fuerza podría haber visto la preocupación en sus ojos azul grisáceo.

—Esto no va a ser bueno, ¿verdad? —preguntó Vos en voz baja.

—No, viejo amigo —confirmó Obi-Wan con un suspiro—. Está muy lejos de ser bueno, en realidad. —Lo escucho. Kenobi sacudió la cabeza.

—No… creo que voy a dejar que el Consejo explique todo como mejor les parezca.

Mucho era lo que decían el comportamiento y la elección de palabras de Kenobi, y Vos no insistió más. Tenía un mal presentimiento sobre esto.

—

Kenobi descubrió que no era más fácil ver el holograma por segunda vez. En lugar de ello, se concentró en observar cómo reaccionaba Vos. El otro Jedi rara vez optaba por ocultar sus emociones, aunque podía hacerlo cuando era necesario, y el dolor aparecía en los ojos marrón oscuro de Vos mientras se desarrollaba la tragedia. Y tal como ocurrió antes, el silencio se apoderó de ellos cuando el holograma terminó.

Vos exhaló y apretó los labios.

—Desh me contó sobre el ataque, pero no tenía ni idea de que ésta era la razón por la que me pediste que viniera aquí. ¿Qué desea el Consejo de mí?

—Un curso de acción que de mala gana consideramos necesario —dijo Mace. La mirada de Vos se dirigió a Yoda, sin duda curioso por saber por qué Windu hablaba en lugar del jefe del Consejo—. No hay manera de expresar esto como no sea hacerlo sin rodeos. Maestro Vos: el Consejo quiere que asesine al conde Dooku.

Quizá por primera vez desde que Kenobi conocía a Vos, el otro Jedi había quedado totalmente sin palabras. Miró primero a Windu, luego a Yoda y a continuación, finalmente, a Kenobi. Abrió la boca, posiblemente para protestar o exigir una explicación, y luego se quedó en silencio por un momento. Cuando habló, dijo en voz baja:

—Creo que entiendo. Pero… ¿cómo propone que yo lo haga?

—A él usted se acercará —explicó Yoda.

—¿Suficientemente cerca como para matarlo? ¿Cómo se supone que voy a hacer eso? No puedo con toda sencillez entrar a su palacio.

—Usted ha servido bien a la República en misiones encubiertas anteriores —dijo Windu.

—Bueno, sí… he detenido algunos cargamentos del mercado negro y he eliminado a algunos contrabandistas, pero esto… No es un trabajo para un solo hombre.

—En lo cierto está, maestro Vos.

Kenobi levantó una ceja castaño rojizo. El plan había sido que aquélla fuera una misión de un solo hombre, pero Yoda se mostraba tranquilo mientras hablaba, como si ésta hubiera sido la intención desde el principio.

—Solo no irá. Más de uno se va a necesitar, para matar a Dooku.

—Maestro Yoda, me ofrezco para ayudar al maestro Vos —se ofreció Anakin de inmediato. Antes de que Kenobi pudiera protestar, sabía muy bien que poner a Anakin y a Quinlan juntos en una misión era, simplemente, buscar problemas. Yoda sacudió la cabeza.

—Uno hay, que lo ha intentado y ha fracasado —dijo el anciano maestro Jedi—. Pero ella más cerca ha llegado que cualquier otra persona a estar a punto de matar al conde Dooku.

Entonces fue el turno de Kenobi de mirar al ajado líder del Consejo.

—¡No se estará usted refiriendo a Ventress!

—¿Ventress? —repitió Vos—. ¿No la Ventress aprendiz de Dooku? ¿La que ha sido una espina en nuestra piel durante años?

Yoda asintió serenamente.

Asajj Ventress había, efectivamente, sido alguna vez aprendiz Sith del conde Dooku y su asesina favorita. Kenobi y Anakin habían cruzado sus sables de luz con ella en más de una ocasión. Alta, esbelta, excepcionalmente experta en la Fuerza, la ex Hermana de la Noche era una enemiga formidable. Pero si alguien odiaba a Dooku, ésa era ella; el antiguo maestro de Ventress había intentado matarla. Se rumoreaba que ella había intentado más de una vez devolverle el favor.

—Un momento, un momento. Seguro que escuché mal —interrumpió Vos—. ¿El Consejo Jedi quiere que yo trabaje con una Sith?

Kenobi se movió inquieto en su asiento. Absurda como parecía la idea, si uno dejaba de lado el hecho de que era algo inesperado, en realidad tenía mucho sentido.

—Una Sith fallida —corrigió Kenobi—. Yo no iría tan lejos como para considerarla confiable, pero… es cierto que nuestros deseos coinciden en este punto. Y nadie lo conoce tan bien como lo conoce ella. Tengo que estar de acuerdo con el maestro Yoda. Asajj Ventress sería un gran elemento, y uno que podría resultar vital para el éxito de esta misión.

—Interesante haber elegido la palabra «fallida», considerando que Ventress ha fallado en algo más que en ser una Sith perfecta —espetó Windu. Parecía sorprendido por las palabras de Kenobi—. Ella intentó matar a Dooku en repetidas ocasiones y, obviamente, no lo logró.

—Ella actuó sola, antes —precisó Kenobi. Se volvió hacia Vos—. Esta vez no será así. Ella te tendrá a ti.

El entrecejo fruncido de Vos se suavizó y sus ojos oscuros se arrugaron con su habitual picardía por encima del tatuaje amarillo que le cruzaba el rostro.

—No sabía que eras tan romántico, Kenobi. ¿Seguro que no estarás celoso? —Poniéndose más serio, preguntó—: ¿Cuánta ayuda podría brindar ella? No ha estado cerca de Dooku por un tiempo. ¿Y por qué iba a querer trabajar con nosotros, de todos modos? No va a estar muy dispuesta a ayudar a los Jedi.

—El mismo hombre, nuestro enemigo es —precisó Yoda—. Ayudarnos, ella puede, aunque no debe saber que lo está haciendo. La personalidad de él, la forma de pensar de él, los lugares que él conoce y en los que se retira… todo esto, Ventress lo sabe. —Se inclinó hacia delante, con sus grandes ojos mirando a Vos desde abajo de su frente profundamente arrugada—. Ignorar tus intenciones, tu presa debe, por supuesto. Y también ignorar debe Asajj Ventress que está ayudando.

—Esto se está poniendo muy complicado —observó Vos—. Tal vez este sea un trabajo para un solo hombre. Con todo respeto, pero si voy a hacer esto, voy a hacerlo solo, claro y sencillo. Ella sólo servirá para obstaculizar el camino.

La cara de Yoda se relajó en una combinación de dulzura e implacabilidad.

—Sabe el Consejo que siempre usted opera solo —dijo—. A Ventress la subestimas. Hábil ella es. Su ayuda debes buscar, o fallarás.

Kenobi sintió un escalofrío para nada desagradable mientras Yoda pronunciaba esas palabras. Sabía lo que eso significaba. Pocos eran más fuertes que Yoda en la Fuerza y aunque el pequeño maestro de piel verde era siempre humilde y advertía que uno nunca podía predecir el siempre cambiante futuro con total exactitud, había algunas cosas que, simplemente, él sabía que eran el camino correcto. Esta era una de ellas.

La ondulación de la Fuerza le dijo a Kenobi que sus compañeros, los miembros del Consejo, todos los cuales estaban familiarizados con la perspicacia única de Yoda, también habían percibido eso.

Al percibir el cambio energético en la sala, Vos suspiró.

—Está bien. Acepto la misión. Encontraré a Ventress y conseguiré su colaboración… de alguna manera. Y voy a asesinar al conde Dooku. Pero no puedo prometer que Ventress sobreviva a esto más que Dooku, una vez que haya terminado con él.

—Ver todos los finales, no se puede, joven maestro —sentenció Yoda.

—Puedo ver el final de esta sesión, maestro Yoda —continuó Vos—, y termina conmigo haciendo una reverencia, para ir a darme una ducha y a comer, y probablemente para obtener más detalles, supongo, del maestro Kenobi.

Algunos fruncieron el entrecejo ante la impertinencia de Vos, pero los ojos verde dorados de Yoda reflejaban calidez y diversión.

—Razón tienes, en todos los aspectos —dijo—. Incluso el orden correcto has determinado. —Se puso serio—. Al espíritu levanta, el humor; incluso en los momentos más oscuros. Pero seria esta tarea es, y de peligros llena está. Que la Fuerza te acompañe, Quinlan Vos.

—

La ducha fue muy bienvenida y la comida en el comedor del grupo lo fue todavía más. Todos los padawan Jedi comenzaban su formación a edades tempranas, con poco o ningún recuerdo de sus familias. Vos, que había sido llevado al templo aún más joven

que la mayoría, sentía que tenía cientos de hermanos y hermanas, y parecía que cada vez que entraba al salón comedor se encontraba con al menos la mitad de ellos.

Era maravilloso.

Admiración. Adulación. Un Jedi, como Yoda podría haber dicho, no ansiaba esas cosas. Tampoco Vos, de verdad. Pero lo hacía feliz ver a sus compañeros, encontrarse con los padawan más solemnes y con los inquietos jovencitos, y fue de mala gana que partió para dirigirse a su próxima misión. A menudo pensaba que era su capacidad para disfrutar dondequiera que estuviera y la compañía de quienquiera que estuviese con él lo que hacía —quizá irónicamente— que fuera tan exitoso en los trabajos que lo llevaban a los peores lugares y lo ponían en compañía de los peores sujetos.

Pues Quinlan Vos siempre se había aventurado a recorrer sin compañía espacios cerrados y sofocantes, oscuros callejones y aislados puestos de avanzada. Nadie a quien seguirle el rastro, ni perder de vista, ni de quien preocuparse. Una vez que se daba cuenta de que todos aquellos con los que se relacionaba estaban, en potencia, encantados de apuñalarlo literalmente por la espalda, todas las preocupaciones… sencillamente desaparecían. Simple, limpio. Sin complicaciones.

Por todo lo que había escuchado, Asajj Ventress era tan complicada como cualquier otra persona. Obi-Wan, Anakin y Yoda, todos se habían enfrentado con ella. Estaba claro que había algo acerca de esa mujer que, en algún nivel, ellos respetaban.

—Bueno, estás aquí el tiempo suficiente como para ducharte y comer —dijo Desh mientras depositaba una bandeja y se sentaba frente a Vos.

—¡Tal vez incluso para dormir! —replicó Vos, sonriendo mientras abría un fruto jogano color púrpura con rayas blancas.

—¡Qué lujo! —Desh guiñó un ojo y se zambulló en una generosa porción de carne—. No te acostumbres a esto.

—Nunca lo hago —dijo Vos.

—Supongo que no puedes hablar de ello, ¿no?

—¿Puedo alguna vez?

Desh lo pensó y luego sacudió la cabeza.

—Por lo general, no. Pero hay algo que te preocupa.

—Estos son los peligros con los viejos amigos —sentenció Vos con un suspiro—. Voy a tener un socio.

—Sé que prefieres trabajar solo, pero los Jedi a menudo trabajan en pareja —reflexionó Desh.

—De eso se trata, precisamente. Ella no es un Jedi, y se supone que ni siquiera debe saber que yo soy uno de ellos. Además —agregó Vos—, esta misión que se supone debemos emprender juntos, es extremadamente delicada y peligrosa. No me gusta estar preguntándome si mi pareja no será más peligrosa que el mismo objetivo.

—Bueno —dijo Desh—, el Templo no nos puede preparar para todo. Eso es parte de la diversión.

—¿Y en qué aspecto el Templo te está fallando en este momento, maestro Vos? —Era Kenobi, que sonreía agradablemente al unirse a ellos.

—¿Sabes que me alegra que lo preguntes? —dijo Vos.

—Vaya. —Kenobi suspiró.

—Sé cómo trabajar con mis compañeros Jedi y con los civiles —explicó Vos—. Yo sé cómo tratar a la escoria del inframundo y sus compañeros. Pero tú y yo sabemos que este «socio» es único, y yo tengo que saber qué tipo de interacción ella va a esperar.

—Ah —reaccionó Kenobi—. Desh, ¿nos puede disculpar? Vos sale para su misión mañana temprano, y hay algunas… —vaciló—… cosas que debe saber sobre ella.

—Por supuesto, maestro Kenobi —respondió Desh—. ¡Hasta luego, Vos! —Tomó su bandeja y los dejó solos.

Kenobi se volvió hacia Vos.

—Más bien igual que tú, Ventress parece operar sola. Francamente, no sabemos cómo va a reaccionar —explicó Kenobi—. Pero me he enterado de algunas cosas sobre su personalidad. Es decidida, tiene objetivos claros y odia a Dooku. Una vez que te hayas ganado su confianza, y ella vea una real oportunidad de matar a su antiguo maestro, creo que podrás confiar en ella por completo.

—Bien, eso es bueno. Pero ¿cómo puedo llegar a esa parte?

—Asajj Ventress es muy inteligente y no soporta fácilmente a los tontos. La habilidad y la competencia la impresionan. —Kenobi vaciló—. Es también una mujer muy atractiva, físicamente. Podría alejarse si tú… mmm… no muestras sentirte atraído por ella… Y le gusta intercambiar dardos verbales.

Vos tomó una raíz de kajaka frita del plato de Obi-Wan y se la llevó a la boca.

—¿Luchabas con ella y charlabas al mismo tiempo?

Kenobi asintió.

—Es… —Buscó la palabra—. Cháchara.

—¿Coqueteaste con ella?

—Vamos, Vos, no me dirás que te las arreglaste para andar de incógnito por todo tipo de lugares sombríos sin coquetear. Con Ventress se trata de un juego de poder, una forma para que ella tenga el control. Te será útil engancharte con ella en esos juegos.

Vos se golpeó el pecho.

—Je-di —dijo exageradamente—. No hay apegos, ¿recuerdas? ¿Qué tan lejos es demasiado lejos?

—Olvida un poco los modales. Mírala lascivamente de tanto en tanto. Ella va a dejar en claro que no está interesada y le va a gustar decírtelo. Lo verá como una victoria. Vos suspiró.

—Creo —dijo, tomando otra tira frita de raíz del plato de Kenobi—, que matar a Dooku va a ser la parte más fácil.

Kenobi no lo contradijo.

CAPÍTULO CUATRO

El nivel 1313 se llamaba así porque estaba a mil trescientos trece niveles de distancia del núcleo del planeta. Vos sospechaba que era más fácil pensarlo de esa manera en lugar de centrarse en el peso de los otros casi cuatro mil niveles entre uno y la superficie. La diferencia entre el «submundo», en sentido literal y metafórico, de Coruscant y el que veía el sol era tan completa que casi podrían estar ubicados en dos sistemas diferentes. Crímenes que se considerarían atroces arriba eran hechos cotidianos abajo. El Jedi se preguntó, no por primera vez, cuántos habrían nacido, vivido y muerto ahí sin haber jamás echado un vistazo al sol y mucho menos a las estrellas. Pasó junto a figuras temblorosas con las manos extendidas sobre pequeños fuegos que ardían en tambores metálicos. Se escuchaban voces que se dirigían a él: «Por favor, señor, ¿tiene algo para comer o algunos créditos de sobra?»; «Oye, guapo, yo sé lo que quieres». «Pase por aquí, tenemos lo que está buscando, artículos exóticos de toda la galaxia…».

Con un suave movimiento de la Fuerza, un simple movimiento de un dedo, y una sonrisa sin compromiso, Vos hacía que aquellos indigentes olvidaran que lo habían visto y él se concentraba en su objetivo: un bar que se parecía… bueno, que se veía más o menos como cualquier otro bar que Vos hubiera frecuentado en los últimos años.

Le encantaba esta parte de una misión: cuando cualquier cosa o todo podía suceder, cuando todo era nuevo y emocionante y, sin embargo, no se había convertido en algo sucio, complicado y por lo general demasiado banal.

La puerta se abrió con un zumbido para dejarlo entrar. Aunque el aire se veía nebuloso con el humo de varias sustancias que se estaban quemando, Vos pudo, de todos modos, distinguir las formas de las hembras de varias especies que daban vueltas al ruidoso ritmo de una música primitiva. Rápidamente recorrió con su mirada el lugar, en busca de los individuos que había venido a buscar.

Uno, un repitiliano trandoshano de piel color verde vestido con un overol de vuelo amarillo, estaba sentado en el bar. Vos descubrió a los otros, ubicados más lejos en los más oscuros rincones del establecimiento, aunque esos vendrían después.

Casi todos los clientes estaban enfrascados en alguna conversación, pero había un espacio vacío cerca del trandoshano. Vos caminó hacia allí, le hizo una seña al droide camarero y, señalando a lo que parecía ser la bebida preferida en el establecimiento, dijo alegremente a nadie en particular:

—¡Hola! ¿Cómo va todo?

Algunos pocos clientes le dirigieron miradas de reojo, pero nadie respondió. Sin desanimarse, Vos se sentó, hizo un movimiento de cabeza al droide, que deslizó una copa llena de algo espeso y oscuro en su dirección, y continuó.

—Caballeros, ¿tienen ustedes algún dato sobre algún trabajo?

El trandoshano («Bossk», recordó Vos, «conocido por cazar wookies con tal maldad y minuciosidad que superaba incluso a las de la mayoría de los trandoshanos; miembro del Gremio de Cazarrecompensas»), siseó divertido o tal vez molesto, o quizás ambas.

—Esto no es un servicio de hospitalidad, amigo. O lo sabes o no. Y claramente… claramente no lo sabes. —Con este escueto comentario, volvió a ocuparse de su copa, sintiendo de manera visible que había dicho todo lo que había que decir.

Vos esperó un instante, vació su copa como si disfrutara del horrible sabor ácido y luego dijo sin dirigirse a nadie:

—Supongo que la bruja calva de la *Banshee* les está robando los trabajos a todos últimamente.

El murmullo constante de voces, el ruido metálico de platos y vasos de cerámica y de los cubiertos se detuvo entre los que estaban más cerca. Bossk se volvió para mirar de nuevo a Vos, se quedó observándolo fríamente por un momento, luego se rio.

—¡Esa mujer significa problema! —Le dio a Vos una palmada en el hombro con una mano de tres dedos en forma de garras, e hizo un gesto al droide camarero—. Dale a mi nuevo amigo otro de lo que sea que esté bebiendo. Invito yo.

Vos le dio las gracias.

—Así que —presionó Bossk— ella te robó un trabajo, ¿eh?

En lugar de responder directamente, Vos le preguntó:

—¿Dónde está ella por estos días? —Los ojos del trandoshano se estrecharon ligeramente.

—Ni idea.

Suavemente, sutilmente, Vos extendió una sensación de camaradería en la Fuerza mientras hablaba.

—Me gustaría tener una pequeña revancha. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Bossk lo miró por un momento más, luego pareció tomar una decisión.

—Conozco a alguien que podría saber dónde está. Vamos.

Se levantó y empezó a atravesar el salón, abriéndose camino a los empujones, sin la menor consideración y con gran confianza. Vos siguió a su nuevo mejor amigo hacia un reservado en el fondo, en uno de los rincones más oscuros del bar. Un anooba, su larga cola enroscada casi dos veces en torno a su forma canina a rayas pálidas, dormía debajo de la mesa. Se despertó cuando Vos se acercó y empezó a gruñir.

Con un ligero movimiento de su mano, Vos lo calmó lo suficiente. No sería prudente que la bestia se volviera de repente demasiado amable, pero un ataque no ayudaría a su misión, tampoco. Olfateó el aire y su gruñido se convirtió en un gemido mientras se relajaba, aunque sus orejas y ojos indicaban que permanecía en alerta.

Sentados en el reservado, estaban una cazadora de recompensas theelin con pelo rubio rojizo peinado engañosamente en coletas de aspecto inocente («Latts Razzi: arma preferida, la boa de enganche»), un hombre kyuzo con un enorme y sin duda pesado sombrero metálico («Embo, utiliza el “sombrero” como arma y también como transporte; es tenido en alta estima entre sus compañeros cazadores de recompensas, propietario del anooba *Marrok*»), un droide («Highsinger: muy eficaz cazador de recompensas, que se cree único»), y un hombre joven de aspecto honesto y cabeza afeitada, que debía ser…

—Hola, Boba —lo saludó Bossk—, este chico está buscando a Sin Nombre, la novata.

Boba Fett era joven, con aspecto de estar apenas al final de su adolescencia.

—¿Novata? —Fett resopló—. No lo creas. Esa mujer sabe exactamente lo que está haciendo.

—Y lo que está haciendo es…

—Está estafando gente. ¿Para qué quieres saberlo, de todos modos? —Fett se concentró en su bebida, negándose a dar detalles. Claramente, Ventress era un tema delicado. A Vos no le sorprendió.

—Al igual que a ti, me estafó con un par de grandes pagos —contó.

—Ella no nos engañó —Latts Razzi elevó la voz. Ella hizo girar su cóctel, sus ojos brillantes de buen humor mientras miraba a Vos—. Tuvimos nuestra paga. Pero… no como al jefe aquí le gusta.

—Es cierto —murmuró Fett—, y no me gusta su estilo. —Terminó su bebida para dar más énfasis.

—Estoy de acuerdo —dijo Vos suavemente. No trató de influir directamente sobre ninguno de los cazadores de recompensas. No habían conseguido su reputación por ser débiles mentales. Simplemente se quedó ahí, exudando un buen humor que no era simulado.

Fett miró a Vos de arriba abajo.

—¿Crees que puedes darle un disgusto? ¿Crearle a ella algún problema?

—Estoy seguro de ello.

Fett asintió, aparentemente satisfecho.

—Correcto. Me llegó el dato de que tomó un trabajo en Pantora, persiguiendo a un volpai llamado Moregi. —Sacó un proyector holográfico de su bolsillo, y la pequeña imagen de un humanoide de cuatro brazos saltó a la vida sobre la palma de su mano extendida. La expresión de Fett se oscureció al contemplar la figura—. Yo iba a tomar ese trabajo para mí, hasta que me enteré que ella se involucró. ¿Crees que puedes manejarla? Ahí la tienes. —Le arrojo el holoproyector a Vos, como si se tratara de un chip de sabacc descartado. Vos lo atrapó con destreza.

Bossk le sonrió.

—Esperemos que seas lo suficientemente hombre.

Vos dejó el holoproyector en su palma, le guiñó un ojo y se fue. Pero no antes de oír lo que Boba Fett consideró, sin duda, que era la última palabra sobre el tema:

—No tiene ni idea de en lo que se está metiendo.

«Es bastante cierto», pensó Vos con un encogimiento de hombros mental. «Nunca lo sé».

Y eso era parte de la diversión.

—

Pantora era la luna primaria en órbita alrededor del planeta Orto Plutonia. La luna era tan templada como el planeta era helado y hostil, y tenía un paisaje urbano elegante con el patrón repetido de cúpulas con forma de lágrimas o, menos poéticamente, con forma de cebollas. Los pantoranos, por alguna razón, se mostraban excesivamente aficionados a construir en varios niveles. Parques, pasarelas y otras variedades de construcciones decorativas adornaban lo que en otros mundos serían anodinos tejados.

Asajj Ventress no era una mujer poética, y la arquitectura de Pantora le preocupaba sólo en la medida en que le dificultaba localizar a su presa. En ese momento, estaba parada encima de una versión aplanada de esas cúpulas en forma de lágrima, con anteojos de visión mejorada que zumbaban y hacían clic al ir reajustándose.

Le habían informado que su presa prefería esta parte de la ciudad capital, a la que iba simplemente a pasear. Un sitio específico hubiera sido más útil, como un bar, un burdel o incluso una estatua en particular, pero Ventress había aprendido a cultivar la paciencia en los últimos meses.

Su visión aumentada recorrió los decorativos edificios y los árboles multicolores que interrumpían las extensiones de piedra roja con la que los pantoranos preferían decorar sus espacios públicos. El día era agradable, y muchos pantoranos estaban disfrutando del sol. Los deslizadores pasaban veloces por arriba, aunque sin la urgencia frenética de los que recorrían las rutas aéreas de Coruscant. Había grupos de unidades familiares, desde adultos hasta niños de pecho, haciendo picnics a la sombra de los árboles, mientras sus miembros más jóvenes se movían felices de un lado a otro. También se veían jóvenes amantes que paseaban con las cabezas inclinadas una junto a otra.

La mirada de Ventress se detuvo un momento en una familia, un macho y una hembra mirialanos con tres crías de diferentes edades. El macho estaba paseando a uno de ellos montado en la espalda, y el muchacho estaba claramente encantado. La hembra adulta, presumiblemente la madre, los miraba sonriendo con cariño.

Con un juramento de autocastigo entre dientes, Ventress volvió a su búsqueda. Pero no podía deshacerse de esa imagen. Alguna vez, ella había pertenecido a una familia, a una hermandad, fuerte y orgullosa. Ya todos habían muerto y ella nunca iba a tener en brazos al hijo de una hermana, todo por culpa de Dooku.

Esos mirialanos eran tontos. No entendían que un solo momento podía destruirlo todo con gran facilidad y completamente. Que se rían en su ignorancia y jueguen con sus crías mientras puedan.

Lentamente, Ventress movió la cabeza, en ese momento de pelo corto y rubio pálido. Recorría las áreas abiertas. Unos pocos ciudadanos solitarios estaban sentados en los escalones de varios edificios, comiendo sus almuerzos. Algunos arrojaban trozos de su comida a varias criaturas pequeñas, que sobrevivían mostrándose atractivas para seres inteligentes aburridos que…

Ventress se detuvo, ajustó un poco los anteojos electrobinoculares y una sonrisa curvó sus labios.

Él estaba agachado, sus cuatro ojos parpadeaban lentamente, con un sándwich en una mano. Un segundo brazo sostenía un vaso, mientras que los otros dos rompían una corteza para arrojarles algo a las pequeñas criaturas que parecían roedores, cuyas colas se movían vigorosamente mientras consumían la comida.

«Moregi».

—Ahí está mi volpai —se dijo Ventress en voz baja, una voz que era un ronroneo satisfecho. Calculó rápidamente la mejor manera de acercarse, disparó un cable de energía plasma desde el techo donde se encontraba hacia otro más bajo, luego enganchó el arco en él y se deslizó hacia abajo.

Aterrizó con gracia y se enderezó, mirando hacia abajo a su presa. Como si la percibiera, el volpai dejó de alimentar a los animales y lentamente volvió la cabeza.

Sus miradas se encontraron. A Ventress no le importó haber sido descubierta. Ninguna recompensa se le había escapado hasta ese momento. Cayó al pavimento y caminó hacia él tranquilamente, sonriendo mientras él se ponía de pie de un salto y le gritaba, para luego alejarse.

«Que comience la persecución».

Moregi empujaba deliberadamente a los transeúntes, haciéndolos caer detrás de él para bloquear la persecución de Ventress. Los cuatro brazos le daban una destreza adicional al saltar sobre las estatuas, balancearse desde los voladizos y asustar a varias monturas y sus jinetes. Aunque el caos le impedía a Ventress lograr la visión despejada que quería, lo que habría puesto fin a la caza en un tiempo récord, ella no era reacia a la persecución. La Fuerza la impulsaba y la guiaba, y la presa no era tan inteligente como para ser del todo impredecible a los agudos sentidos de ella. Moregi tenía que utilizar su pura fuerza física para abrirse camino a través de la multitud; Ventress, cuya amiga era la Fuerza, conservaba su energía para la captura final, simplemente elevándose sobre los numerosos peatones asustados y caídos con algunos saltos bien calculados.

Pensó que lo tenía cuando el volpai corrió para abandonar los techos. Moregi vaciló, mirando hacia atrás, a Ventress. Luego tomó velocidad para saltar y de alguna manera llegó al siguiente tejado.

—No está mal —concedió Ventress mientras sin esfuerzo daba ella misma ese salto. Dejó que la Fuerza le dijera qué haría luego Moregi y siguió su guía cuando lo perdió de vista por un momento. Acortó camino por una esquina en uno de los tejados cuando él trató de perderla corriendo por las calles. Ella sonrió para sí mientras lo vio emerger y, arqueando su cuerpo, se lanzó hacia él.

Golpearon con fuerza en el suelo. El impacto la obligó a caer lejos de él y saltó con agilidad para quedar de pie delante de él. La recompensa era mayor si lo llevaba con vida, de modo que mientras Moregi la miraba, jadeando, Ventress calculaba la mejor manera de derribarlo.

De repente, ella percibió un movimiento por el rabillo del ojo y una figura atravesó su campo de visión. Su volpai desapareció debajo de ella.

Ventress quedó tan sorprendida que se limitó a mirar con asombro cómo ambos se unían. Al recuperarse, preguntó:

—¿Qué es esto?

El humanoide de pelo oscuro, esforzándose con sus dos brazos para inmovilizar los brazos de un ser que tenía cuatro, volvió la cabeza y le lanzó una sonrisa.

—Se llama «taclear».

CAPITULO CINCO

La furia surgió dentro de Ventress y su voz cayó a su timbre más bajo y peligroso.

—Quién eres tú.

Moregi todavía se revolvía contra el intruso. El hombre, sin embargo, le sonrió a Ventress otra vez.

—Relájate. Tengo a éste, cariño. —Y le dirigió un guiño de verdad.

—¿*Cariño*?

Asajj Ventress dio un paso adelante, separó el rayo láser mental que sujetaba a su presa y le dio un puñetazo directo a la mandíbula al intruso.

Con un gruñido de satisfacción, cayó despatarrado, mirándola incrédulo mientras se llevaba una mano a la boca. Moregi, igualmente incrédulo, pasó su mirada salvaje de Ventress al intruso. Luego, con un cacareo de placer, se levantó de un salto y partió raudo en un santiamén.

Ventress partió en su persecución y su indignación le daba más velocidad. No se molestó en dirigirle otra mirada al intruso. Fuera cual fuese el objetivo del idiota, ya sea un serio intento de robarle su recompensa o simplemente una excesiva y desafortunada exhibición de superioridad masculina, sólo había demorado lo inevitable.

Moregi tenía ya un par de segundos de ventaja sobre ella. Un perseguidor ordinario lo habría perdido en medio de la innecesaria y molesta arquitectura de los techos, pero Ventress pudo mantenerlo a la vista hasta que él se lanzó a un grupo de árboles en otra área de parque. Ella se detuvo para recuperar el aliento, tratando de apelar a la Fuerza para encontrarlo, pero había tantas formas de vida en las proximidades que no fue posible. En silencio, deambuló de un lado a otro con todos los sentidos atentos. Estaba bastante segura de que no había saltado a otro techo arbolado; la brecha habría sido demasiado grande para que cualquiera que no tuviera acceso a la Fuerza pudiera hacerlo sin necesidad de herramientas, y el volpai no tenía ninguna.

¿Algún mundo realmente necesitaba esta cantidad de árboles en sus tejados? Si no hubiera sido por la interferencia del desconocido, ya habría detenido a Moregi tres veces a esa altura. Por supuesto, ella había sido la que perdió la calma y se había rendido al impulso de golpear al tonto engreído.

Sintió una presencia detrás de ella y cerró los ojos, reuniendo fuerzas.

—¿Normalmente vas por ahí robando las presas de otra gente? —le espetó cuando el idiota de pelo oscuro se deslizó a su lado, pistola bláster en mano—. ¿O éste fue sólo mi día de suerte?

Él dio un paso adelante, moviéndose con gracia y destreza mientras miraba a su alrededor por entre los árboles.

—Las recompensas son blancos libres. Debes ser nueva en esto. —Ella arqueó una ceja. Él sonrió—. ¡Juega bien, puede que tengas suerte después!

El intento de coqueteo era tan atroz que Ventress ni siquiera podía encontrar en ella las fuerzas para sentirse ofendida.

—Tienes suerte de que no te mate ahora mismo —murmuró ella, deslizándose alrededor del tronco de un árbol. No se veía al volpai por ningún lado.

—Suerte es exactamente lo que vas a necesitar para matarme —respondió.

Crac.

Fue un ruido débil, pero ambos se pusieron tensos. Moregi debía de haber pensado que estaban tan ocupados con el intercambio de burlas que podía moverse y pasar junto a ellos. El respeto de Ventress por el anónimo ladrón de recompensas subió un poquito. Pocos oídos eran suficientemente agudos como para haber detectado el suave ruido. Era el momento de poner fin a esto. Su paciencia —tanto respecto del idiota como de su presa— se había agotado.

Ventress se concentró en la fuente del sonido, tendió una mano, y sin esfuerzo arrancó el árbol detrás del cual Moregi se había estado escondiendo. Éste la miró, sus cuatro ojos muy abiertos por la sorpresa, y luego huyó hacia el borde del techo.

Ventress lo siguió, y también lo hizo el idiota. Ella lo empujó a un lado, irritada.

—Ni siquiera lo pienses —le espetó—. Es mío.

Se preguntó qué tendría Moregi en mente, si es que tenía algo. No iba a poder saltar a la siguiente azotea y la caída era…

Saltó.

Ventress y el idiota se detuvieron en el borde y se asomaron para ver al volpai balanceándose con agilidad en los letreros colgantes de varias tiendas, usando sus dos brazos extra de manera excepcional. Con la habilidad de un wookie, pasó de SOMBREROS FINOS OGGSOR a MODAS DE F'JLK, y luego a UNA MEDIDA PARA TODOS LOS PIES mientras Ventress y el idiota lo seguían desde lo alto del tejado. La persecución los había llevado desde los parques públicos hasta lo que era claramente una zona comercial de alta moda, y Ventress dedicó un momento para divertirse con los atuendos de los pantoranos ricos y bien vestidos mientras seguía nerviosamente las piruetas del volpai.

Habiendo quedado sin asideros convenientes, Moregi colgaba del cartel oscilante que proclamaba ESTAMPADOS DE CACHEMIRA PIKOBI, y mientras vacilaba acerca de dónde saltar luego, Ventress se lanzó directamente hacia él. Sus manos se agarraron de la camisa de él. Su impulso los llevó hacia adelante, para chocar con otro cartel con imágenes de postres diversos.

Ventress estiró una mano y se agarró de una tubería que recorría todo el ancho del edificio. La camisa de Moregi se rasgó y él se desprendió de las manos de ella, pero Ventress extendió la mano por segunda vez y se apoderó de la mano de él. Éste se aferró a ella, dispuesto a correr el riesgo en lugar de caer varios pisos hasta el implacable pavimento.

Ventress usó la Fuerza para bloquear sus dedos agarrados a la tubería, y reforzó su control sobre la mano de Moregi. Pero la mano de él estaba sudorosa de tanto correr y comenzó a deslizarse inexorablemente hacia abajo.

—¡Tú, resbaladiza bola de baba de cuatro brazos! —gritó.

Él cayó, seis extremidades agitándose frenéticamente como un insecto, con la boca abierta en un grito.

Ventress ya estaba moviendo sus dedos para atraparlo con la Fuerza cuando Moregi golpeó abajo, en el capó de un deslizador que pasaba. Ella se quedó boquiabierta, sorprendida ante la increíble buena suerte del volpai, mientras él trepaba en busca de un mejor agarre a bordo del vehículo. Estiró el cuello y levantó uno de sus brazos en un gesto grosero.

—*¡Me juez ku, wermo!* —«¡Nos vemos, cabrones!».

«Tienes que estar bromeando», pensó Ventress. Increíble. Bien, no había más remedio que empezar la persecución. Por cuarta vez. Ventress cayó ágilmente al nivel de la calle y comenzó a correr. Ella era fuerte y estaba en forma, pero estaba empezando a pensar que aquella podría ser una persecución excepcionalmente larga, de modo que emuló a su presa y saltó a la parte posterior de un vehículo rojo brillante que pasaba vetos por ahí. Mantenía la mirada fija en el aerodeslizador azul al que se aferraba su presa como un piojo a un bantha.

Al doblar una curva, el deslizador desapareció de la vista de Ventress por el espacio de un instante, y cuando su «propio» deslizador giró, la superficie azul brillante del vehículo estaba claramente libre del volpai polizonte.

Su mirada saltó a las aceras, donde pudo ver algún movimiento, y ágilmente saltó de la parte posterior del deslizador que había robado. Pero para cuando terminó de rodar para ponerse de pie, su presa había desaparecido entre la multitud.

Ventress suspiró. Desaceleró su marcha a un ritmo menos llamativo y se movió entre la gente, siempre buscando a Moregi. Parecía que había algún festival callejero de algún tipo en la zona ese día, si la profusión de comerciantes y el olor apetitoso de los alimentos eran indicadores confiables.

Salió a la plaza principal de la ciudad, cuyo centro estaba dominado por una enorme estatua. El hombre de barba, con un rostro de amabilidad paternal, había adoptado una pose dramática encima de un pilar. Cuatro narglatches de piedra, depredadores temibles con una melena de espinas carnosas, rugían en silencio en la base.

Ventress detectó al molesto intruso detrás de ella otra vez y, cruzando los brazos, se volvió para mirarlo. Era agradable a los ojos, con esa melena de rastas negras, rasgos fuertes con el poco usual tatuaje de una franja amarilla, y un cuerpo esbelto y a la vez musculoso. Pero su aspecto agradable no disminuyó un ápice su ira.

—Tú no sabes cuándo abandonar, ¿verdad?

—Sabes, esto sería mucho más fácil si trabajamos juntos —dijo él, como si ella ni siquiera hubiera hablado. Extendió una mano, listo para tomar la de ella. Ella la apartó bruscamente.

—Yo trabajo sola.

—¡Muy bien, compañera! —respondió él alegremente.

—¡Yo no soy tu compañera! —replicó ella, adelantándosele, y saltó al escalón superior del monumento. Su mirada recorrió la gente que había por allí.

—Sin duda, eres muy aplicada —comentó él detrás de ella.

Ventress le apuntó directamente a la cara con el dedo índice tieso.

—No me pongas a prueba… —Le sostuvo la mirada por un momento, y luego volvió a su búsqueda.

—Mira, no es mi culpa que lo hayas perdido.

Ese fue el límite.

Ella se dio la vuelta y le puso la mano sobre la boca.

—No te metas en mi camino —le advirtió. Sintió que los labios de él se movían contra su mano y apretó más, sacudiéndolo por la mandíbula como a un perro amordazado—. Lo digo en serio.

Otra vez él movió los labios, pero sus ojos no la miraban a ella, y levantó una mano para señalar.

—Mmmmm —dijo.

Ella se volvió para ver que Moregi había emprendido otra carrera. Sin soltar la boca cerrada del idiota, Ventress dijo:

—Parece que eres útil después de todo. —Lo empujó hacia atrás, saltó sobre el lomo de un narglatch de piedra, y luego se lanzó sobre un deslizador de una sola plaza allí estacionado. El rodiano en los controles protestó, pero Ventress le dio una patada en el pecho y él cayó al pavimento, recuperándose lo suficiente como para insultarla mientras ella partía tras su presa.

Ella redujo la brecha entre ellos rápidamente. Antes de que él pudiera saltar a otro vehículo, Ventress se levantó en su asiento y preparó su arco. Aun en movimiento, no podía fallar a esa distancia.

Moregi la sorprendió, no salió huyendo, sino que saltó directamente hacia ella. Ventress se encontró acostada boca arriba en la parte posterior de un vehículo estrecho que se movía a toda velocidad con el volpai de cuatro brazos encima de ella, tratando de aplastarle la tráquea con su propio arco. Cayeron fuera de su deslizador robado sobre el capó de otro. Ventress gruñó, el aire abandonó sus pulmones otra vez por el peso del sorprendentemente vigoroso Moregi. Ella empujó hacia arriba, pero él le arrancó el arco de sus manos y lo arrojó lejos.

Para Ventress, la hora de las delicadezas había terminado: ese arco se lo habían regalado sus Compañera de la Noche. Gruñendo como un animal, usó la Fuerza para aumentar su propia fuerza, por cierto nada desdeñable, dio vuelta al volpai y se sentó a horcajadas sobre él. Le había inmovilizado dos brazos, pero el segundo par y sus poderosas piernas trabajaron juntos para inmovilizarla y luego patearle la cabeza.

Ella casi se cae fuera del vehículo —cuyo conductor pantorano estaba muy probablemente desesperado, lamentándose de su decisión de salir esa mañana— pero levitó para volver a quedar sobre el vehículo. Una pierna volpai le dio una patada y cuando ella rodó a un costado, uno de los dos brazos inferiores en movimiento la golpeó en las costillas; solamente sus instintos agudamente afilados le permitieron prepararse para recibir lo peor del golpe. Se puso de pie de un salto y reaccionó con un buen gancho,

pero incluso utilizando la Fuerza para anticipar los movimientos de Moregi, ella estaba en desventaja luchando contra alguien que tenía cuatro puños. Se agachó para esquivar otro golpe, lo golpeó en el hombro para desequilibrarlo y la sacudió por un gancho de izquierda que llegó directamente a su mandíbula. Mientras se esforzaba para recuperar el equilibrio, ella seguía apretando el puño que lo agarraba a él, sintió que un pedazo de la armadura del hombro se soltaba para quedar en su mano y luego se encontró cayendo.

El aire pasaba zumbando junto a ella. La cabeza todavía le seguía girando después del golpe de Moregi y recurrió a la Fuerza para frenar su caída…

… entonces fue atrapada por una mano fuerte que apareció veloz de la nada.

Colgada a pocos metros por encima de la calle, Ventress miró hacia arriba para ver al idiota que la miraba desde otro deslizador. Hábilmente hizo bajar su vehículo para soltarla, haciendo que cayera de forma segura sobre el pavimento, y luego llevó su deslizador robado al suelo.

Ventress se tocó la boca y movió la mandíbula con cautela. No estaba rota, pero dolía muchísimo.

—Es el cuarto brazo el que siempre te golpea —murmuró ella. Miró al idiota, esperando el inevitable comentario frívolo.

En cambio, él apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Lo habríamos atrapado si me hubieras dejado ayudarte.

Ella frunció el entrecejo. Le dolía la boca.

—Ya te lo dije, ¡yo no necesito tu ayuda!

—Bueno —dijo él, estirando la mano hacia atrás—. No parecía ser así hace solo un momento. —En su mano sostenía el arco de ella. Ventress miró el arco y luego lo miró a él. Le sacó el arco de la mano.

—¿Se supone que debo estar agradecida por tu intervención? ¡Mientras tanto, dejaste que la presa escapara!

—Eh… No fui yo quien lo dejó escapar.

Ventress se adelantó con fría determinación.

—Deberías dejar de hablar. En este mismo momento —dijo. El idiota retrocedió cuando ella se le acercó—. O te juro que te haré volar de vuelta a dondequiera que sea el agujero del que saliste. —Le puso una mano en el pecho, la dejó allí el tiempo suficiente y luego lo empujó para sacarlo del camino.

Sintió que él la observaba mientras ella se alejaba. No le importaba. Que mire todo lo que quiera. Su espalda sería todo lo que iba a ver alguna vez.

Su presa se había escapado, estaba cansada, su mandíbula estaba en llamas, y había tenido que lidiar con alguien que resultó ser el hombre más molesto que ella jamás hubiera conocido.

Decididamente, tenía que tomar un trago.

CAPÍTULO SEIS

Vos estaba acostumbrado a que le dijeran que no sabía cuándo abandonar. Pero los que le decían eso estaban equivocados. Él sí sabía cuándo hacerlo. Aquélla, por ejemplo, era una excelente ocasión para retirarse. Por poco tiempo, de todos modos. La nariz aguileña de Ventress estaba demasiado fuera de lugar como para poder esperar progreso alguno. Le daría algo de tiempo para que todo se enfriara y volver a intentarlo.

Vos estaba más que un poco confundido. Le gustaba el personaje que había creado para esta misión. Era gallardo, ingenioso, fuerte y galante. Bueno, el personaje era realmente más o menos como él mismo. A excepción de la parte galante.

Pero ¿qué otra cosa se suponía que debía hacer? Ventress —aunque más que un poco siniestra, incluso Vos tenía que admitirlo— era una mujer atractiva, delgada pero engañosamente fuerte, con poco habituales ojos azul hielo y, bueno, un montón de otras cosas que la gente puede advertir razonablemente. Por supuesto, ella obtenía mucha atención, no deseada, obviamente, pero sin duda había llegado a esperarla. E incluso Kenobi había señalado que Vos no podía permitirse destacarse demasiado. Él ya estaba presionándola al simplemente intentar aliarse con ella, de eso ya podía darse cuenta.

Vos siguió a Ventress con facilidad, asegurándose de que ella no lo viera. Era aquélla una práctica que había dominado hacía mucho tiempo. Esa parte de vivir de incógnito, al menos, la conocía muy bien. Ella no tenía deslizador y se trasladaba a pie, de modo que él se libraba de la necesidad de usar la Fuerza para convencer a alguien a fin de que se desprendiera de su vehículo, o de simplemente robar otro.

Su estómago rugió. Perseguir al ágil Moregi le había despertado el apetito. Compró un sándwich de verduras asadas locales y comió mientras seguía los pasos de ella, como era su misión. Una o dos veces, pensó que ella lo había descubierto y se había metido en un portal o detrás de algún viandante convenientemente voluminoso. Para cuando terminó su merienda, deseando haber comprado alguna bebida para acompañarla, Ventress estaba cerca de un bar.

—Justo a tiempo —murmuró y sonrió. Su paseo de media hora debería de haberle dado espacio suficiente para enfriar su ira y tal vez dejar que su guardia bajara un poco.

Se deslizó en el asiento al lado de ella y arrojó un crédito sobre la barra. Ventress se volvió hacia él, y su consternación habría sido cómica si no hubiera sido tan obviamente sincera.

—¿No puedo tener un momento de paz? —exclamó, lanzando sus manos al aire para luego apoyar su rostro en ellas.

—¿Por qué quieres un momento de paz? Pensé que estabas ardiendo por ir a buscar a ese volpai. —Él señaló una jarra de… algo junto al codo del cantinero.

—Tuve al volpai, hasta que te sentiste obligado a hacerle un tacle —ella le recordó—. Tu idiotez me costó veinticinco mil créditos.

Vos aceptó la copa con un gesto de agradecimiento.

—Si hubiéramos trabajado juntos, estaríamos dividiendo esos créditos en este momento —advirtió él.

—Me acuerdo de algo —dijo ella. Su voz ronca se hizo aún más profunda por el desagrado—. Recuerdo haberte dicho que la recompensa era mía, que no necesito tu ayuda y que no te interpusieras en mi camino.

—Es curioso, yo recuerdo que me dijiste que podía ser útil.

—Y —continuó ella, como si él no hubiera hablado— también te dije que yo no era tu compañera y que trabajo sola.

Vos imaginó que sólo el veneno en sus palabras habría acobardado a cualquier hombre común. Afortunadamente, él no era uno de esos.

—No tiene por qué ser de esa manera.

Ella abrió la boca. En ese preciso instante una pequeña luz en su brazal derecho comenzó a parpadear. «Muy mal momento, Kenobi», pensó. Y luego, razonó: «En realidad, probablemente sea un momento excelente». Levantó un dedo y dijo:

—No sigas. Estoy seguro de que va a ser urgente. Regreso de inmediato.

Ella pareció decepcionada. No, él lo sabía, por el hecho de que él se fuera, sino por el hecho de que no podía disparar otra andanada de insultos hacia él. Suspirando, Ventress se contentó con decir:

—No me importa.

Si a ella realmente no le importaba, no iba a tratar de irse, y si intentaba escapar a hurtadillas, él la seguiría. Vos asintió con un gesto y salió al bullicio de la calle. A una distancia segura, activó el holoproyector.

Un pequeño y azul Obi-Wan Kenobi lo miraba con una ligera sonrisa.

—Debo decirlo, me siento aliviado de ver que sigues vivo —dijo—. ¿Cómo van saliendo las cosas? ¿Cómo responder a eso?

—Ella es todo lo que tú describiste… y más —confirmó Vos. Kenobi pareció satisfecho.

—Ah, ¿entonces te has ganado su confianza? ¿Ella está dispuesta a trabajar contigo?

Vos lo pensó, recordando los incidentes de la última hora.

—Yo no diría tanto como trabajar conmigo… más bien diría que me permite estar en la vecindad general de ella.

—No puedo decir que estoy sorprendido. Nadie esperaba que esto fuera una misión fácil. Algo es mejor que nada en absoluto.

—Tu falta de fe me hiere. La voy a tener comiendo de mi mano en cualquier momento.

—Con la Fuerza, todo es posible —sentenció Kenobi, y añadió—: salvo eso.

—Bueno, tal vez exageré un poco.

Kenobi tenía esa expresión conocida, un poco dolida, como la que tenía a menudo cuando Anakin salía con algo estrafalario, pero emocionante.

—Apenas un poco, estoy seguro. Mantennos informados de la situación al Consejo y a mí.

—Lo haré.

—Que la Fuerza esté contigo. Sin duda la vas a necesitar. —A pesar de que el holograma tenía sólo unos pocos centímetros de alto, Vos podía ver el brillo en el ojo de Kenobi. No obstante lo desesperado de la misión, el otro Jedi lo estaba disfrutando.

—Ja, ja. —Vos desactivó el holotransmisor y se lo metió de nuevo en el bolsillo. Obi-Wan no lo había dicho, pero Vos sabía que estaba implícito: tenía que sellar el acuerdo con Ventress, y rápidamente.

Todavía estaba allí cuando él se paseó de nuevo por el bar y le concedió una breve mirada antes de volver su atención a una pieza verde de metal enchapado.

—Sabes algo curioso —reflexionó, como si acabara de ocurrírsele—, ni siquiera sé el nombre de la mujer que ha sido un verdadero incordio todo el día.

El fantasma de una sonrisa tocó los labios carnosos de ella.

—¿Nada más que eso?

Se encogió de hombros, y por primera vez en el día la sonrisa que le dirigió a ella fue genuina.

—Bueno, por ahora.

Ella le sostuvo la mirada, sus ojos de hielo lo miraban, no con ira y desagrado en esta ocasión, sino evaluándolo. Vos había sido criado en el Templo Jedi. Había sido constantemente probado, juzgado y criticado durante su juventud, y sabía que cada vez que se presentaba ante el Consejo Jedi estaban considerando su idoneidad para cualquier misión que le estuvieran encargando. Ser examinado no era una nueva experiencia para él. Pero ésta era diferente.

Kenobi le había dicho que Ventress no toleraba a los tontos. Y sin embargo Vos sabía que se había estado comportando como uno ante ella desde que se conocieron. Ese era el momento, se dio cuenta, en que su misión o bien tendría éxito, o bien fracasaría de manera espectacular. Kenobi también le había advertido que no tratara de utilizar la Fuerza para manipular a Ventress de ninguna manera. «Ella es extraordinariamente empecinada y tiene más experiencia en la Fuerza que muchos caballeros Jedi», le había dicho.

Vos se relajó ante la evaluación. Comenzaba a respetar a Asajj Ventress. Había demostrado que ella era buena en lo que hacía. Y ya le había dicho que pensaba que ella era una molestia, un incordio. Estos eran sentimientos reales, verdaderos, y él se sentía cómodo con ambos. Había arrojado los dados y había llegado el momento de ver el resultado. La miró a los ojos con firmeza y esperó.

—Ventress —dijo ella, finalmente.

—Vos. —Extendió una mano. Ella lo miró y luego la tomó. Era la primera vez que lo tocaba sin ira o, por lo menos, sin sentirse molesta.

Hizo un gesto hacia el metal enchapado que había estado examinando.

—¿Qué es eso?

Ella hizo una mueca agria y tomó un trago de lo que estaba bebiendo.

—Ah, se lo saqué al volpai. «Bingo».

—¿Puedo verlo?

Ventress lo miró con una ligera curiosidad y luego se encogió de hombros.

—Toma. No sirve para nada, de todos modos.

Mantuvo él también una expresión de leve curiosidad en su rostro y Vos se sumergió en la Fuerza, cerrando los dedos alrededor del objeto que «no sirve para nada» y abriéndose a lo que éste pudiera decirle. No le preocupaba revelarse a sí mismo ante Ventress. La protección para la psicometría estaba tan bien integrada en la Fuerza que nadie, ni siquiera los colegas maestros Jedi, habían podido detectarla. El bar, con su música, las conversaciones y el tintineo de las copas se retiraron, haciéndose más débiles y distantes. Vos sentía como si estuviera cayendo hacia adelante en un agujero, pero la sensación le resultaba familiar y confortable. Las imágenes empezaron a aparecer: una hembra rodiana, con la piel verde gris, sosteniendo una cría azul. Ésta saltaba hacia arriba y abajo en el regazo de su madre con entusiasmo, agarrando un pequeño juguete de peluche. Balbuceó cuando apareció una mano que le acarició la pequeña mejilla, y una cara apareció ante Vos.

Era el rostro de Moregi. Sólo un vistazo, pero fue suficiente; los movimientos del volpai eran suaves y lentos, y su expresión era amable. De vez en cuando Vos podía sentir emociones, así como ver y oír, y su propio corazón repentinamente se calentó con el amor de Moregi tanto por la madre como por el niño.

Vos se desconectó mentalmente de los sentimientos del volpai y manipuló la imagen en el ojo de su mente, retrocediendo para abarcar el resto de la habitación. Se concentró en los detalles, memorizándolos rápidamente: una ventana estrecha en forma de campana con una planta con flores en maceta y cortinas de color azul y amarillo. La vista por la ventana mostraba los trazos enojados de los grafitis en pintura verde y púrpura, en un idioma que no conocía.

La imagen se desvaneció, y las vistas y sonidos del bar regresaron.

Sólo unos pocos segundos habían pasado. Le entregó el objeto, después de todo sumamente útil, a Ventress con gesto inexpresivo.

—No creo que Moregi haya dejado el planeta. Yo podría saber dónde está.

Ella lo miró con escepticismo.

—¿En serio? —reaccionó ella—. ¿Y por qué podrías saberlo?

—Tengo una pista.

—Podrías haberlo dicho antes.

—Bueno —explicó Vos—, sólo comparto esa información con mis socios.

—Entiendo.

Él se levantó.

—¿Vienes?

Una vez más, el minucioso escrutinio. Luego Asajj Ventress arrojó un par de créditos sobre el mostrador, se levantaron y lo siguió.

—

—Esta pista no debe de haber sido muy buena —observó Ventress aproximadamente media hora más tarde, parados, una vez más, en una azotea—. Parece que estás dando vueltas sin rumbo.

Vos frunció el entrecejo. Su don era útil, pero lejos de ser perfecto. No llegaba a seleccionar lo que le revelaba, aunque podía dirigirlo un poco. Habría sido mejor si hubiera podido elegir una dirección en una calle, pero sólo tenía un breve vistazo de edificios en ruinas para seguir adelante. Por supuesto, no podía decirle eso a Ventress.

—Sólo me estoy… acercando al lugar correcto —explicó con la mayor confianza que pudo reunir. Recordaba los detalles y se concentraba en buscar un…

… grafiti púrpura y verde.

—Creo que es allí. —Señaló arriba, a una ventana en un piso alto, en un edificio estrecho. Las cortinas azul y amarillo estaban cerradas.

—Vamos a ver, ¿de acuerdo? —Ventress levantó el arco. Tanto la cuerda como el arco tenían un brillo color rosa. Cuando ella disparó, Vos se dio cuenta de que estaban hechos de energía plasma, como el cable que serpenteaba a través de la distancia entre los dos edificios.

—Ah, qué bien, eso sí que es muy útil —observó Vos.

—Sí —Ventress estuvo de acuerdo—, lo es. —Puso el arco encima del cable de plasma, agarró cada uno de los extremos del arma y se deslizó por el cable hasta el suelo sin decir nada más. Vos la miró, suspiró apenas molesto. Él tenía que bajar a la manera antigua, trepando como alguien que no podía usar la Fuerza para que ella no se diera cuenta. Ventress lo esperaba impaciente.

La puerta de la entrada principal se deslizó a un lado con un toque y tomaron un ascensor desvencijado hasta el cuarto piso. Cuando llegaron a la puerta del departamento, Vos, actuando como el autoritario y resuelto cazarrecompensas que se suponía que era, se puso delante de Ventress y golpeó a la puerta.

—¡Abre! —ordenó. Silencio. Podía sentir formas de vida al otro lado de la puerta; sin duda, Ventress también las estaba sintiendo—. ¡He dicho que abran!

No hubo respuesta. Los segundos pasaban. Un poco desconcertado, Vos le hizo una señal a Ventress.

—Mmm… Ábrela.

La ex seguidora de los Sith movió los ojos, cargó una flecha y la disparó al panel de control. Del panel salieron chispas y éste crepitó mientras la puerta se abría.

CAPITULO SIETE

Vos sabía a quién iba a ver y estaba a punto de avanzar cuando Ventress, gruñendo, saltó hacia adelante y pateó a Moregi de lleno en la mitad del cuerpo. Totalmente con la guardia baja, el volpai se tambaleó hacia atrás, pero no corrió. En cambio, saltó para quedar delante de la pareja de rodianos que Vos había visto en su visión —una madre y su hijo— y extendió sus cuatro brazos lo más ampliamente posible en el muy antiguo gesto de defensa. —¡No les hagas daño!

El bebé chilló, aterrorizado, y la madre lo apretó contra su pecho. Sus ojos, siempre grandes y expresivos en los rodianos, le parecieron enormes a Vos mientras ella los miraba detenidamente a él y a Ventress. Sintió una punzada de remordimiento.

—¡No he hecho nada malo! —exclamó Moregi.

Por lo que Vos recordaba, la defraudación era considerada generalmente algo bastante «malo» en la mayoría de los círculos. Pero todos decían siempre que no habían hecho nada malo. «Eso es lo que por lo general viene primero: protestas de inocencia».

—No me importa —respondió Ventress. Ella había sacado su arco y apuntaba con una flecha al amplio pecho de Moregi. Vos tenía su bláster apuntando al volpai—. El Clan Rang puso a tu cabeza un precio tan grande, que tengo suerte de haberte encontrado primero —continuó Ventress.

—Nosotros lo encontramos —le recordó Vos—. Nosotros. —Hizo una pausa, y luego añadió—: Juntos.

Ventress cerró los ojos por un momento. Afortunadamente, Moregi estaba demasiado angustiado como para tratar de sacar ventaja de eso.

—Si es dinero lo que quieren, ¡tengo un montón!

«Soborno. Eso viene en segundo lugar».

—Lo sé —dijo Ventress—. Pero nos están pagando lo suficientemente bien como para llevar ese dinero a su legítimo dueño.

No había puesto ningún énfasis particular en las palabras «nos están», pero Vos se iluminó.

—Gracias.

—Yo no soy el villano aquí —espetó Moregi—. ¿No lo ven? Estaba tratando de hacer lo mejor para mi familia. ¡Para mi hijo!

Vos se estremeció interiormente ante esas palabras. El bebé no era hijo biológico de Moregi; el niño parecía ser un puro rodiano, pero eso no importaba. «Mi familia. Mi hijo». Como todo buen compañero y padre de familia, Moregi simplemente quería lo mejor para los que amaba. No vivían en un palacio; la familia obviamente tenía apenas lo suficiente como para sobrevivir. Moregi había estado desesperado por cambiar eso, y Vos no podía culparlo. No todo el mundo había sido criado con esmero y cariño en un Templo, con mucho para comer y un techo sobre su cabeza.

El Clan Rang le resultaba vagamente conocido a Vos, y sabía que Moregi tenía razón. A pesar de que el volpai había tomado dinero que no era suyo, él no era el villano.

—Muy conmovedor. —La voz aburrida de Ventress le sonó a Vos aún más fría que de costumbre—. Pero me temo que no puedo ayudarte.

Rápidamente, antes de que las cosas pudieran llegar a la violencia alrededor de ellos, Vos bajó un poco la pistola bláster y tomó a Moregi con su otra mano.

—Tú vienes con nosotros.

Moregi arremetió. Alzó dos brazos. Uno sacó la pistola bláster de la mano de Vos. Un segundo brazo propinó un desagradable golpe a la mandíbula del Jedi. Los otros dos brazos empujaban. Con fuerza.

—¡Basta! —Vos se tambaleó hacia atrás y casi derriba a Ventress. Ella lo esquivó hábilmente.

Moregi miró a su esposa, sus cuatro ojos llenos de angustia. Ella envolvía a su hijo con los brazos.

—Corre —suplicó ella—. Ya. Corre. —«Te amo». Las palabras no necesitaron ser dichas para llenar la habitación.

Moregi corrió, saltando sin dudarlo un segundo a través de la ventana en forma de campana, rompiendo el cristal. Vos corrió hacia la ventana rota justo a tiempo para ver a Moregi que se ponía de pie, se sacudía y salía corriendo.

—Por cierto que tenías razón acerca del cuarto brazo —murmuró Vos, frotándose la barbilla.

—¡Idiota! —Los puños de Ventress estaban apretados, y Vos se preparó para otro de sus memorables puñetazos. Pero ella no iba a perder tiempo en él. Saltó a la acera y partió veloz tras su presa.

Moregi había incautado un deslizador terrestre rojo brillante. El único problema era que estaba orientado en la dirección equivocada. Levantó la mirada para ver a Ventress que corría tras él a pie. Golpeó frenéticamente los mandos y, mirando atrás, hizo retroceder el deslizador por la calle. Ventress achicó la brecha entre ellos.

Vos emuló a su ojalá futura socia, saltando desde el departamento y usando la Fuerza para ayudarlo a aterrizar suavemente. Miró a su alrededor y divisó una moto deslizadora convenientemente sin dueño, con manillar largo y un asiento bajo flanqueado por vainas propulsoras y estabilizadores, que tomó prestada. Alcanzó a Ventress, que seguía corriendo mientras Moregi hacía girar el deslizador y partía veloz. Ventress bajo la velocidad y se detuvo, envuelta en una nube gris de humo. Apretó los puños y gruñó frustrada.

—¿Necesita que alguien la lleve, compañera? —ofreció Vos con una sonrisa al detenerse junto a ella.

Ella lo miró con furia, suspiró profundamente y subió de un salto.

Ventress estaba harta de Moregi. Vos podía sentirlo a través de la Fuerza que salía de ella en oleadas, una determinación sombría, atemorizante que hizo que él se alegrara de no ser el objetivo principal de ella. Movió la moto deslizadora, altamente maniobrable a pesar de su pesada apariencia, para hacerla deslizar por debajo del vehículo más grande, luego se alzó justo delante de él. Moregi jadeó. Ventress saltó con la suavidad de un

clavadista del aire: su cuerpo largo y esbelto era un arco perfecto. Fue una obra de arte cuando sus brazos golpearon a Moregi en el pecho y lo empujó. El impulso de ella los arrastró a ambos fuera del deslizador para caer rodando sobre el pavimento abajo.

Moregi se levantó y volvió a huir, pero Vos estaba allí, bloqueándole el camino. Lloriqueando, el volpai se volvió para ver a Asajj Ventress triunfante, con un resplandeciente sable de luz amarillo en la mano derecha.

—Manos arriba —ordenó ella y agregó—: Las cuatro.

Al igual que un animal acorralado, incluso en ese momento Moregi intentó escapar. Se dio vuelta y corrió… para encontrarse con un poderoso puñetazo de Vos. La fuerza del golpe hizo girar al volpai sobre sí mismo y cayó al suelo. Comenzó a levantarse, sólo para encontrarse mirando un sable de luz y una pistola bláster, ambos a centímetros de su cara.

—Se acabó, Moregi. Te tenemos.

Moregi miró, angustiado. Lo intentó una última vez.

—Por favor… mi familia me necesita. Les daré el triple de lo que les están pagando.

—Ya te lo dije, no funciona de esa manera —replicó Ventress. Sus ojos se entrecerraron—. Y me has hecho perder tiempo haciéndome correr por toda esta ciudad. El triple ni siquiera cubriría mis honorarios.

—Nuestros honorarios —le recordó Vos—. Vámonos.

—

—No es para echar una sombra sobre esta captura espectacular, pero vamos a hablar del pago.

Vos estaba apoyado contra un lado de la nave de Ventress, llamada *Banshee*, como los espíritus femeninos que anuncian la muerte, mirándola mientras ella bajaba. Cuando ella le había dicho cuál era el nombre de su nave, a él le divirtió advertir que evidentemente ella se había enterado de que la llamaban así, por lo que había decidido adoptar la referencia. *Banshee*, la nave, era un vehículo chato de persecución en forma de disco. Sus dos góndolas con motores eran poderosas, pero con una cabina de nariz chata y erizada de armas, no era particularmente agradable desde el punto de vista estético. Tenía un triple desintegrador montado en una torreta encima de ella, y la cabina tenía dos blásteres antipersonales y dos cañones láser pesados más. La *Banshee* estaba hecha con dos objetivos en mente: golpear duro y alejarse rápidamente. Eso era suficiente para ella.

Moregi no había ofrecido más resistencia y estaba sentado en la bodega, atado y vencido. Ventress simplemente podría haber retraído la rampa y partido, pero en cambio se encontró observando al intruso.

—Creo que es una división en partes iguales —continuó Vos. Él le dedicó una de sus sonrisas ganadoras— Después de todo, hacemos un buen equipo.

Ella entrecerró los ojos y lo examinó, pensando. Él era bastante atractivo, pero muchos hombres lo eran. Era fuerte y rápido, y podía ser más fuerte y más rápido. Era

realmente divertido, lo cual era raro, y ella sospechaba que era más inteligente que lo que sugería el apodo que ella le había dado en privado; Idiota. Y no era fácil desalentarlo. En el campo de los cazadores de recompensas, eso era muy importante.

Así que, en lugar de un rechazo claro y directo, Ventress se puso las manos en las caderas y preguntó:

—¿Por qué estás tan interesado en ser parte de un equipo? ¿Necesitas a alguien para empujarte en tu haraganería?

Los ojos marrones de él se abrieron más grandes y se puso una mano en el pecho.

—¿Yo? ¿Estás bromeando? Soy yo quien hace el trabajo pesado.

Ella esperó.

—Bueno, es un montón de trabajo para una sola persona —continuó él—. Incluso tú tienes que admitirlo.

Ventress se mantuvo en silencio. La sonrisa de superioridad de él, que había sido permanente hasta ese momento, se transformó un poco, y él miró hacia otro lado.

—Es que… me estoy cansando de ser un solitario. Si es que eso tiene algún sentido.

Inesperadamente, los recuerdos inundaron a Ventress. La mayor parte de su vida, ella había estado con alguien, sólo para perderlos inevitablemente de la más cruel de las maneras. Primero su maestro, Ky Narec, luego la madre Talzin y sus hermanas. Ya muertos, todos ellos; la habían amado y fueron asesinados.

Pero Dooku no la había amado. Ella había pensado que sí, que la había amado, no como mujer, por supuesto, ni siquiera como una hija, sino como aprendiz. Alguien que prometía, a quien le gustaba el entrenamiento y la formación. Siempre ansiosa por aprender, para servirlo, para obedecer. Hasta que él la desechó rápidamente. Ella había significado algo para él sólo cuando él podía usarla. Hubo, Ventress pensó con amargura, algo terriblemente torcido en un universo en el que, de todos sus aliados y mentores, Dooku estaba vivo y los otros ya no respiraban.

La dolorosa ensoñación duró sólo un momento. Ventress conocía sus debilidades y sabía cómo eludirlas. Eran desventajas con las que se había enfrentado más de una vez en su carrera solitaria como cazadora de recompensas; una vez con Pluma Sodi, una joven kage que había sido secuestrada de su familia para ser una novia renuente y también, cada vez que la familia de un objetivo había enturbiado las aguas, como lo ocurrido recientemente.

Debía decirle que no al divertido idiota que estaba delante de ella; debía mantenerse bien lejos de socios, de enredos y de la confianza.

En cambio, Ventress se encontró diciendo:

—Está bien. Acepto. Lo dividiremos.

La posición adoptada por Vos se desbarató. Hábil con el cuerpo como había visto que él era antes ese mismo día, se deslizó un poco sobre el metal curvado en que se apoyaba. Se recompuso rápidamente.

—¿En serio?

Ante esa alegría desenfadada y esa sorpresa, una luz de advertencia se elevó en algún lugar profundo dentro de ella: «Protégete». Pero ya era demasiado tarde, sin embargo. Su voz fue dura al responder.

—Pero no hay manera de que te lleve. —Ella le golpeó deliberadamente con un dedo rígido su amplio pecho—. Si quieres asociarte conmigo, tienes trabajo que hacer. Esto no es un juego; esto es un trabajo. Vas a tener que aprender a correr más rápido y a luchar con más fuerza. No hay errores tontos. Nada de presas perdidas porque quieres hacer un gran gesto. No voy a tolerar la pereza ni la estupidez. ¿Comprendes?

La sorpresa, rápidamente ocultada, brilló en los ojos de él. La sonrisa volvió a surgir en su brillo deslumbrante.

—Siempre guerrera. Pero puedes ser una pareja decente, todavía.

—Tú podrías entrenarte un poco más. —Ella entró por la rampa y comenzó a subir la escalerita.

Él la siguió.

—Creo que encontrarás que estoy… a la altura de mis obligaciones —dijo.

Ventress miró hacia abajo para advertir que él le estaba mirando con admiración el trasero.

—Eso no va a ocurrir —le dijo secamente—. Yo no mezclo los negocios con el placer.

—No sabes lo que te pierdes —insistió él.

—Entonces voy a tener que permanecer felizmente ignorante. Y tú seguirás con vida. Por ahora, al menos. Si vas a obtener la mitad de la paga, tendrás que hacer la mitad del trabajo y tendremos que conseguir el doble del trabajo. Vamos.

—Muy bien, ¡socia!

Mientras subía rápidamente con Vos detrás de ella, Ventress se descubrió a sí misma escondiendo una sonrisa.

CAPÍTULO OCHO

Vos había pensado que Ventress le había estado tomando el pelo con todo eso de «correr más rápido, luchar con más fuerza, necesitas un poco más de entrenamiento». Así que cuando, apenas pasada una hora de haberse asociado, ella le entregó una lista de los tiempos de carrera para superar y pesos para levantar, y le insistió para establecer un régimen diario de combate cuerpo a cuerpo con ella, se rio a carcajadas.

—Estás llevando la broma demasiado lejos —le dijo a la vez que le lanzaba el anotador de nuevo a ella. Ventress lo recibió y volvió a arrojárselo.

—Yo casi nunca bromeo.

Vos la miró.

—Pensé que mi «prueba» con Moregi había salido bastante bien.

—Salió bien. Por eso estuve de acuerdo en aceptarte. Pero tienes algunas cosas que aprender antes de que estés listo para participar.

A él no le gustó que ella dijera eso, ya que estaba demasiado cerca de la verdad. Vos había tenido cuidado de no utilizar la Fuerza cuando ella estaba cerca, y había estado físicamente entrenado desde que aprendió a caminar. ¿Era que Ventress trataba de imponerse sobre él, como Kenobi le había advertido que podría hacer, o realmente no se daba cuenta de lo bueno que era él?

¿O ella ya sospechaba que él era un Jedi?

—Estoy bien, gracias —dijo.

Ventress cruzó sus delgados brazos.

—Hagamos una cosa. Si puedes dejarme fuera de combate, puedes olvidar el entrenamiento extra.

«Oh, no hay manera de que esto vaya a terminar bien».

—No me gusta golpear a una mujer.

—Entonces cada mujer con la que luches te va a ganar. Un enemigo es un enemigo, Vos, independientemente de su tamaño, especie… o género.

No había manera de escapar de ella. Mientras la *Banshee* los llevaba a través del hiperespacio, bajaron a la bodega de carga. Vos precalentó y se aflojó el cuello, y mientras él se ubicaba en su posición, ella saltó. Él saltó hacia la derecha, y su mano se cerró en el tobillo de Ventress. Hábilmente, ella se retorció en el aire. Vos casi esquivó el otro pie de ella mientras descendía sobre su rostro, pero se recordó a sí mismo ser más lento de lo normal y no usar la Fuerza. Sin embargo, volvió la cabeza para que su patada le golpeara la mejilla y no la nariz. Su tropiezo fue exagerado, pero el gruñido de dolor no lo fue.

Ventress lo dejó «recuperar el aliento», y se movieron en círculos.

—Reacción rápida, la de agarrarme el pie —dijo ella de mala gana. Interiormente, él hizo una mueca al ver que eso no había escapado a su atención. Kenobi había dicho que ella era aguda.

Él sonrió con aire de superioridad, esperando parecer demasiado confiado.

—¿Ves? Soy mejor que tu… —Él bloqueó el golpe, rápido como el rayo, pero retuvo el suyo. Esto estaba resultando ser más difícil de lo que esperaba. ¿Cuán fuerte era un golpe demasiado fuerte para ella? ¿Debía él realmente tratar de dejarla fuera de combate? Mientras Vos evaluaba la situación, llevando su puño hacia atrás para un nuevo golpe, Ventress le tomó el otro brazo y tiró. Vos decidió dejar que todo el lío terminara y permitió que lo derribara. Honestamente, tenía que admitirlo, no fue tan difícil; Ventress estaba usando la Fuerza con discreción. Un oponente común nunca lo habría notado.

Aterrizó en el duro metal del piso de carga y tenía la rodilla de ella en la garganta. Ventress puso los ojos en blanco y luego le tendió una mano para ponerlo de pie.

—Supongo que no podré evitar el entrenamiento extra —dijo Vos, masajeándose la garganta.

—Estuviste mejor de lo esperado —respondió. Tomó el anotador con sus instrucciones y se lo arrojó—. Pero se puede mejorar.

—

De modo que a partir de entonces, Quintan Vos, maestro Jedi, volvía a entrenarse una vez más. Después de las primeras sesiones, se sintió de verdad contento por ello. Ventress no sólo peleaba sucio y sin piedad, sino que lo hacía extraordinariamente bien. Él había visto mucho de eso en la primera cacería que hicieron juntos, pero sólo había sido la punta del iceberg. Vos suponía que era lo menos que se podía esperar de alguien entrenado por el conde Dooku. Muchas veces se había preguntado cómo era posible que tanto Kenobi, un luchador excelente, como Anakin, quien también era excelente aunque un poco imprudente, no habían podido derrotarla. En ese momento lo comprendió.

Vos se propuso usar los movimientos que ella le había enseñado en su próxima cacería conjunta, para que viera lo mucho que él había «aprendido». Los trabajos no eran particularmente interesantes en sí mismos; la rutina habitual de un tipo despreciable o *sleemo* (como se decía en huttés) del submundo que le pone precio a la cabeza de otro *sleemo* de ese mismo mundo. De todos modos, Vos descubrió que cazar junto a Ventress —y mostrarle todo lo que él había «aprendido»— era muy divertido.

Sólo había habido una vez en que él había estado cerca de revelar su verdadera identidad. Estaban persiguiendo una presa, corriendo tras ella en las oscuras, peligrosas y muy sucias calles del Nivel 1313 de Coruscant, cuando los emboscaron. Bueno, Ventress sostenía que habían sido emboscados. Vos se preguntaba en privado si algunos de los habitantes del mundo subterráneo estaban simplemente aburridos esa noche.

No era tanto que sus atacantes fueran excelentes luchadores, sino que simplemente había muchos de ellos que aparecían de los rincones oscuros. Vos y Ventress no daban abasto y en un momento Vos vio que un weequay con máscara de cuero al que Ventress pensaba haber eliminado se había despertado y la estaba apuntando con una pistola bláster. Vos no tenía otra opción. Usó la Fuerza para sacar el arma de la mano del weequay, al mismo tiempo que saltaba para achicar la distancia entre él y el atacante.

Cuando Ventress se dio vuelta, Vos estaba lo suficientemente cerca como para, más tarde, asegurarle que él le había pateado la mano para sacarle la pistola bláster. Ventress lo había mirado fijo y luego se aseguró de que el weequay estuviera muerto, y no le volvió a preguntar nada a Vos. Desde entonces, ella le había devuelto el favor más de una vez.

Vos iba alternando entre flexiones de brazos con el cuerpo en vertical y hacer equilibrio sobre una sola mano —concentrándose para no usar la Fuerza— cuando oyó que se extendía la rampa. No detuvo sus ejercicios cuando le dijo:

—Oye, ¿ya conseguiste algo para nosotros?

Ventress apareció, al revés según su perspectiva, y lo miró críticamente.

—Tal vez —respondió ella—. Probemos esto con un poco más de peso. —Lo agarró de los pies y comenzó a transferir su peso a sus propias manos, doblando las rodillas y apoyándose en el movimiento. Él gruñó. Le temblaban las piernas—. Oh, vamos, no estoy poniendo tanto peso sobre ti. Continúa.

—Uhhhhhgggh —protestó, pero obedeció, todavía sin usar la Fuerza.

Ventress le sonrió con malicia, con su corta melena de pelo rubio cayéndole sobre la cara.

—Vamos a trabajar con los piratas —le informó.

—¿Con ellos? —Gruñó mientras se esforzaba por hacer una flexión más—. ¿Es eso prudente?

—He trabajado con ésta antes. Ella tiene su propio código de honor y nada en la galaxia puede ayudarte si uno lo viola.

Ventress puso más de su peso en sus manos. Si Vos hubiera podido usar la Fuerza, ella podría haber hecho la vertical sobre los pies de él, pero por supuesto él tenía que usar sólo los músculos. Le ardían los brazos cuando bajó de nuevo.

—¿Ella?

—¿No me digas que nunca has oído hablar de Lassa Rhayme?

—… no.

—¿La Orden del Hueso y la Sangre?

—Oh… de esos sí he oído hablar. ¿Así que ésa es la tripulación de Rhayme?

—Sí. Es muy igualitaria. La votaron para el cargo y pueden votar para que lo abandone en cualquier momento. Nadie lo ha hecho, hasta ahora, y es poco probable que eso ocurra. —De repente, Ventress puso casi todo su peso sobre los pies de él por un momento. Vos emitió un sonido de asfixia—. Continúa —le ordenó ella, pero redujo la presión. Por el momento—. Ella divide todo en partes iguales. No hay engaños entre la tripulación, sin peleas en la nave. La siguen a cualquier parte.

—No se admiten deserciones, supongo.

—Al contrario. Cualquier persona es libre de irse, pero la mayoría reconoce lo bueno cuando lo ve. Nuestra presa, por así decirlo, se alejó con malas artes.

Una vez más, ella aumentó el peso sobre él.

—¿Mmm? Ah… Ventress…

—Su primer oficial (que también era su primer hombre) huyó hace tres días con el último objetivo previsto de Rhayme.

—¿El rescate?

—El rescate y también la heredera de quien tenían la intención de tomarlo.

—Ya veo. Ventress…

—La capitana Rhayme está tomando esto de manera muy personal. Tanto es así que hay una importante y lucrativa recompensa por su cabeza. —Ventress parecía ignorar el inminente colapso de Vos.

—¿Qué… uhhng… pasará con él?

—Ni siquiera a mí me interesa particularmente averiguarlo. Piensa en la justicia pirata combinada con una amante despechada.

—Me hago una idea. Ventress, realmente deberías…

Ella lo soltó, pero no sin antes darle un tirón en el pie. Con un grito, Vos se derrumbó desordenadamente.

—Ay… —exclamó.

—Mejor haces unas pocas más.

—Sólo te gusta verme —dijo él mientras se reacomodaba.

—Nunca dije lo contrario —respondió ella.

—Podrías hacer más que mirar —replicó él y le guiñó un ojo. Por un terrible momento, ella no respondió, y él pensó que estaba considerando su fanfarronada.

Entonces ella puso los ojos en blanco.

—Ya que lo mencionas… es hora de que te familiarice con una nueva estrategia. Es fácil. Este antiguo amante de Rhayme tiene buen ojo para las mujeres. Así que le pondremos un cebo.

A Vos le tomó un segundo imaginar a qué se refería.

—¿Te refieres… a ti misma? —Apenas lo dijo, se dio cuenta de que podría haber sonado como un insulto, lo cual no era en absoluto lo que él había querido decir. Afortunadamente, Ventress pareció dejarlo pasar.

—Tengo dos enfoques que me gusta usar —continuó ella—. El sutil, que yo llamo el movimiento de cabeza y el guiño. Eso es para los objetivos más sofisticados o para uno que quiere ser discreto. El otro es la estrategia completa, que es una invitación obvia. Siempre he sido más que capaz de manejarlos yo sola, pero con este enfoque, tener una pareja los hará aún más fáciles.

—Entiendo —dijo él, asintiendo con la cabeza.

Ventress lo miró pensativa.

—No tienes idea de lo que estoy hablando, ¿verdad?

Vos se burló.

—Por supuesto que sí. Vamos, apuesto a que yo sería muy bueno para este tipo de cosa —dijo con fingida indiferencia.

Una sonrisa se dibujó en los labios carnosos de ella.

—¿Eso crees?

—Claro que sí.

—Muy bien, intentémoslo, entonces.

«Oh, oh», pensó Vos mientras una sensación de pánico crecía en él. Una cosa era coquetear verbalmente. Lo que Ventress estaba proponiendo era totalmente diferente.

—En primer lugar, el movimiento de cabeza y el guiño. —Ventress cambió el apoyo de su peso de modo que una cadera quedó ligeramente más alta que la otra. Relajadamente, ella se pasó una mano por la cintura, a lo largo de su muslo y luego lo miró desde debajo de su melena rubia. Sus labios se curvaron en una sonrisa, ella le dirigió un apenas perceptible movimiento de cabeza y cerró un ojo azul en un guiño.

—Ahora inténtalo tú —propuso ella, dejando caer la pose seductora como si fuera un manto. Esa que estaba delante de él era la Ventress que él conocía.

—Me rindo —dijo él, poniendo las manos en alto. Tenía las mejillas ardiendo. Pensó que preferiría enfrentar una sesión con un droide de tortura que intentar hacer lo que ella había demostrado tan fácilmente—. No puedo superar eso.

—Y no has visto la estrategia completa todavía.

—No hace falta.

Ella se rio y le acarició la mejilla, y le ofreció una sonrisa sincera.

—Tu virtud está segura conmigo. Tu incomodidad es más bien encantadora, en realidad, pero estoy segura de que lo superarás.

Él no tuvo ninguna respuesta a su primer comentario y, en cambio, dijo:

—Voy a dejar que tú manejes esto, si realmente crees que es necesario.

—¿Por éste? Absolutamente. Un buen cazador de recompensas utiliza cualquier herramienta que sea más adecuada para el trabajo. A veces es un sable de luz, a veces una serie de golpes inesperados, y a veces es un movimiento de cabeza y un guiño. La idea es atrapar a la presa de manera eficaz y en el momento oportuno, sin complicaciones innecesarias. Confía en mí, en este caso, es la estrategia perfecta.

Llegaron al lugar en quince minutos exactos. Ventress ni siquiera tuvo que usar la estrategia completa.

—

Ventress se acomodó en la cabina, con Vos en el asiento detrás de ella, y se descubrió a sí misma sonriendo. Esta misión había sido un éxito rotundo. La recompensa había sido grande y tener la gratitud de Lassa Rhayme no era algo para despreciar. Vos había renunciado a su personaje exagerado, lo cual fue una bendición, y se había relajado para convertirse en alguien que era, de verdad, naturalmente atractivo. Ella se alegraba de que él hubiera insistido en asociarse con ella; ni una sola vez él le había dado motivos para lamentar su decisión.

Aquella era una relación única en la experiencia de ella. Antes, los roles de ambas partes se habían definido claramente como amo y siervo. A veces, como con su maestro Jedi, Ky Narec, y el conde Dooku, ella había sido el siervo, el aprendiz. En sus primeros

años, había sido, literalmente, una esclava. Cuando Savage Opress, el Hermano de la Noche a quien ella había formado, usó la magia del lado oscuro de las Hermanas de la Noche para destruir a Dooku, ella había sido la maestra indiscutible. Las características propias de todas aquellas interacciones habían sido la disciplina y la seriedad.

Vos era posiblemente la persona menos seria que había conocido, salvo cuando tenía que serlo. Él la hacía reír, y ella no podía recordar haberse reído desde sus tiempos con Ky Narec. La compañía de Vos le producía una serenidad que ella nunca había encontrado con nadie, ni siquiera con las Hermanas de la Noche, y se dio cuenta de que le gustaba.

Eso no iba a durar para siempre. Ninguna de sus relaciones perduraba. Pero por el momento, Ventress decidió, iba a disfrutar del viaje.

—Eh —señaló Vos, en el asiento detrás de ella—. Acabo de darme cuenta de algo.

—¿De qué? —Ventress definió un rumbo y anotó las coordenadas. Un segundo después, las estrellas se convirtieron en largas rayas brillantes, y luego entraron en el carril azul y blanco del hiperespacio.

—¡Es nuestro aniversario!

Ella giró en su asiento para mirarlo.

—¿*Qué*?

—Bueno, no es un aniversario, supongo —continuó—, porque no es una cierta cantidad de tiempo lo que estamos celebrando. Pero… Acabamos de completar exitosamente, muy exitosamente podría agregar, nuestra quinta misión juntos. De modo que… es una especie de aniversario. ¿Dicho sea de paso, como se llama este tipo de cosa?

—No lo sé, y no me importa —respondió Ventress—. Tenemos que organizar nuestro próximo trabajo. —Ella se acomodó en su asiento y se puso manos a la obra. Puso en la pantalla pequeña la lista de recompensas vigentes.

—¿Nunca dejas de pensar en el trabajo? Digo, ¿relajarte un poco?

—Tengo una palabra para las personas que se relajan.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es?

Ella marcó algunas recompensas ofrecidas.

—Muerto.

—Eres tan divertida —señaló Vos.

—Lo sé.

—Eh, vamos —dijo Vos. Dio la vuelta a la butaca de ella y se apoyó en el respaldo—. Tu amiga Rhayme nos dio una botella de whisky Tevraki añejado. Abrámosla. No vamos a estar listos para hacer nada hasta mañana, como muy pronto, además estamos en el hiperespacio.

Ventress suspiró.

—Hazlo tú, si quieres.

—De ninguna manera. Somos socios. Dividimos por la mitad.

—Había olvidado lo persistente que eres —dijo ella, levantándose—. Está bien.

No había mucho más espacio a bordo de la *Banshee*, sólo dos pequeñas cabinas, un baño común, una pequeña cocina y la bodega de carga. Se sentaron en el piso de metal duro de la bodega, abrieron la botella y Vos sirvió un trago para cada uno.

—Por la próxima cacería —brindó Ventress.

—Por esta sociedad —respondió Vos, y bebieron. El licor quemaba como un fuego dulce, envolviendo la lengua y enviando calor a todas las extremidades de Ventress. Era demasiado fácil de beber, y Ventress sabía que tendría que tener cuidado. Ella nunca bebía para emborracharse.

Los ojos de Vos se agrandaron.

—Tus amigos tienen buen gusto —comentó, con un tono ligeramente teñido de asombro—. Por favor, que la capitana Rhayme sepa que si nos quiere contratar de nuevo, allí estaremos.

Ventress se rio un poco y tomó otro sorbo, mientras Vos se servía otra medida. Normalmente analizaban la cacería una vez terminada, estudiando lo que había funcionado, lo que no y lo que podrían haber hecho de otra manera. Esta vez, sin embargo, todo había ido tan bien que no había nada para criticar. Entonces, en lugar de ello, Vos le preguntó acerca de algunas de las armas que estaban pensando en comprar y sobre algunos movimientos que la había visto hacer. Ventress se tensó un poco cuando él preguntó por el sable de luz. En este punto, su socio estaba un poco peor, o mejor, por el alcohol, y sospechaba que lo hacía menos cauteloso. Él nunca antes le había preguntado acerca de su sable de luz.

—Creía que solo los Jedi los usaban —precisó él.

—Te equivocas. Los puedes encontrar con bastante facilidad en el mercado negro. Yo habría pensado que lo sabías.

—No necesito operar en el mercado negro —explicó él. Hizo un gesto con la mano señalando su modesta nave—. Una simple existencia es la nuestra. —Arrastraba un poco las palabras, vació su vaso y tomó la botella.

—Si derramas una sola gota de eso, la descontamos de tu pago —le advirtió Ventress. Él se rio.

—Entonces —continuó, sirviendo con gran atención— lo conseguiste en el mercado negro. ¿Quién te entrenó?

—Es una espada. Sé cómo usar espadas. —No era exactamente una mentira. Vos se acomodó sobre su respaldo, con un brazo como almohada y con el otro sostenía el vaso sobre el pecho. Su mirada al dirigir sus ojos hacia ella parecía ligeramente fuera de foco.

Fue el turno de Ventress de hacer preguntas.

—¿Y tú, Vos? ¿Cuál es tu historia?

Ella estaba esperando algún tipo de chiste. En cambio, Vos daba la impresión de no tener idea de cómo responder. Volvió la cabeza, mirando a la nada.

—¿Sabes? —dijo arrastrando un poco las palabras y dominado por la sorpresa—. No creo tener una historia.

—Todo el mundo tiene una historia —insistió Ventress, llena de curiosidad.

Él levantó la cabeza, vació el vaso y lo dejó.

—Yo no. Quiero decir… He hecho cosas, he visto cosas. Me han sucedido cosas. Pero… No creo que yo tenga una historia.

Esto claramente nunca se le había ocurrido a él. Parecía estar casi tambaleándose por la revelación. Ventress se preguntó si era el alcohol el que hablaba, o si Vos realmente se sentía tan perdido como sonaba.

—¿Y tú? —le preguntó él—. ¿Cuál es tu historia? ¿O tampoco tú tienes una?

—Oh, sí. Claro que tengo una historia —dijo Ventress—. Todo un montón de historias, en realidad. —La historia de una muchacha entregada para ser esclava. De una padawan Jedi. De una aprendiz de un maestro oscuro. De una Hermana de la Noche—. Pero ninguna de ellas terminó bien.

Ella frunció el entrecejo mirando su vaso. Tal vez el delicioso licor estaba teniendo un efecto sobre ella también. Rara vez se mostraba sensiblera, y eso a ella no le gustaba.

—Me pregunto —reflexionó Vos, dándose vuelta de nuevo para mirarla—. ¿Qué es peor… tener historias poco felices o no tener ninguna historia?

—La historia de esta noche termina con el sueño. —Ventress estaba cansada. Se puso de pie. Vos no la imitó de inmediato—. ¿Vos? ¿Puedes levantarte?

—Sí —le aseguró.

—¿Estas mintiendo?

—… puede ser.

—

Vos le había permitido a Ventress que lo ayudara a llegar a la puerta de su cabina, donde ella le dijo que sería mejor que no tuviera resaca por la mañana. Él le aseguró que eso no ocurriría, lo cual era verdad, porque no estaba borracho.

Había sido una necesidad en el trabajo encubierto desarrollar una fuerte tolerancia al alcohol para integrarse y pasar inadvertido. El exquisito licor tan generosamente ofrecido por la capitana pirata era fuerte, pero nada que él no pudiera manejar. Él había exagerado su embriaguez con la esperanza de conseguir que Ventress revelara algunas cosas acerca de sí misma. No había funcionado como él pretendía.

La pregunta informal de ella, «¿Cuál es tu historia, Vos?», lo había desviado de un modo en que él no pudo de ninguna manera haber imaginado. Por supuesto que no podía decirle la verdad, pero que ella eligiera la palabra «historia» le hizo darse cuenta de que realmente él no tenía una. Tenía una serie de hechos de su vida que él podía relatar, pero de alguna manera, nunca versaban sobre él; no eran «su» historia, eran simplemente cosas que él habla hecho. La distinción era sutil, tan sutil que nunca había siquiera pensado en ello. Tal vez fuera el alcohol, tal vez fuera el tiempo que había pasado en compañía de Ventress trabajando en equipo, pero darse cuenta de ello lo impresionó.

De modo que Vos había dicho exactamente lo que le había venido a la mente, y luego intentó reenfocar la atención en Ventress. Por segunda vez en la noche, quedó

impresionado. Estaba dispuesto a apostar un millón de créditos que Ventress también había respondido honestamente, y su respuesta la había sorprendido y sacudido, al igual que la respuesta de Vos lo había impresionado a él.

Se frotó los ojos cansados. Probablemente estaba atribuyendo demasiado a todo lo ocurrido esa noche. Su vientre estaba todavía agradablemente tibio por el alcohol, aunque sus pensamientos eran discordantes. Vos se tendió en la cama, pero el sueño no vendría enseguida. Las palabras que había pronunciado seguían repitiéndose en su cerebro: «¿Qué es peor… tener historias poco felices o no tener ninguna historia?».

Vos no tenía respuesta.

CAPÍTULO NUEVE

—Llegas tarde —dijo el hombre que estaba sentado en el sórdido y mal iluminado bar del Nivel 1313. Llevaba un chaleco forrado en piel, una campera marrón y algunas cosas que lo identificaban como cazador de recompensas. Agudos ojos miraban desde el interior de una capucha. Su voz era suave y cultivada, exactamente lo contrario de su aspecto desaliñado y sucio.

—Eres impaciente —respondió Vos. Le hizo una seña al barman y apuntó a la bebida que su compañero sostenía en su mano sucia. Un momento después, una droide BD-3000, con suave rostro pálido de metal y su torso pintado de un color escarlata chillón, puso un vaso lleno delante de Vos. Un párpado articulado se cerró sobre un ojo en blanco en un guiño, y luego la droide se retiró caminando sigilosamente.

Vos tomó un sorbo. Como era de esperar, la bebida no era muy fuerte. Obi-Wan Kenobi evitaba siempre las bebidas más pesadas cuando estaba en una misión.

—Lo soy, bastante —respondió Kenobi—, y no soy el único. He estado recibiendo presiones del Consejo. ¿Cómo van las cosas con Ventress? ¿Has hecho algún progreso?

—Bueno, soy su socio ahora —informó Vos. Tomó la débil bebida e hizo señas para que le sirvieran otra vez—. Hemos estado haciendo varias cosas juntos y engordando bastante el día de pago, debo añadir. Ah —preguntó, manteniendo su rostro inexpresivo—, ¿me voy a quedar con el dinero después de esta misión?

Kenobi se frotó los ojos y dio un largo y sufrido suspiro.

—No puedes jugar al cazador de recompensas para siempre.

Vos puso una falsa mala cara y le hizo un guiño a la BD-3000 mientras dejaba otro vaso con más agua que otra cosa delante de él.

—Ahora que ustedes dos han establecido una buena relación —continuó Obi-Wan—, debes encontrar la manera de motivarla contra el conde Dooku.

La jovialidad de Vos se disipó.

—Ella tiene abundante motivación —dijo en voz baja. Obi-Wan fingió ignorar la repentina solemnidad de Vos.

—Bien, entonces, ayúdala a aprovecharla. Pronto.

—Ya encontraré la manera.

—Estoy seguro de que lo harás. —Con su bebida sin terminar, Kenobi arrojó unos créditos sobre la mesa y se levantó. Apoyó un momento su mano sobre el hombro de Vos. Luego se fue. Vos quedó solo en el bar lleno de gente, la mirada fija en su vaso.

Vos ordenó otro trago y se lo bajó. Luego jugó con el vaso entre sus dedos. Muchos Jedi levantarían las cejas ante la idea de meditar en un bar, pero Vos ya lo había hecho. Era simplemente una cuestión de poder mantener parte de su mente consciente alerta, mientras que el resto se hundía en lo más profundo. Y francamente, Vos se preguntaba a veces si otros clientes, agachados sobre sus bebidas y la mirada fija en éstas, no estaban haciendo sus propias versiones de la misma cosa.

Deliberadamente bajó la velocidad de su respiración y su ritmo cardíaco, dejando que su mirada se suavizara mientras observaba las últimas gotas azules en el vaso.

La esencia de su tarea podría resumirse en tres palabras: «matar a Dooku». Eso se expandía de ahí a «obtener la ayuda de Asajj Ventress para hacerlo». A medida que el anillo se agrandaba, como las ondas producidas por una piedra lanzada al agua quieta, hasta incluir: «Sin que ella se dé cuenta».

Su respiración acompasada se detuvo un instante, y luego se reanudó. Ahí era donde aparecía el conflicto. Él se había ganado la confianza de Ventress, e incluso ella hasta había llegado a gustarle. Eso ocurría a veces en este tipo de trabajo. Pero Ventress era única. Hasta el Consejo lo sabía, de lo contrario no le habría pedido a él que trabajara con ella.

¿Cuáles eran sus valores clave? ¿Qué deudas tenía, consigo mismo y con los demás?

¿Qué le debía a la Orden Jedi en su conjunto, al Consejo… que le debía a su «socia»? Él era un Jedi, salido del Templo, donde salvo nacer, lo había hecho todo. Seguramente les debía su absoluta obediencia. La tarea era noble. Si alguien en el universo necesitaba ser detenido, ese era Dooku. Vos se permitió imaginar a todas las personas asesinadas por Dooku en un solo lugar, y la imagen era tan horrible que sintió que su vientre se retorcía con verdadero dolor físico.

Pero ¿qué pasaba con Ventress? Ella le había salvado la vida en más de una ocasión durante sus cacerías de recompensas. Estaba en deuda con ella. ¿Y qué decir de sí mismo?

El pensamiento sacó instantáneamente a Vos de su meditación. Los Jedi no pensaban en sí mismos, en sus propios deseos, necesidades o carencias. «Mantenlo todo junto», se dijo. «Tú la estás utilizando a ella, sí, pero no estás haciendo nada que ella no quiera. Y sabes que cuando llegue el momento, ella va a querer matar a Dooku».

Ni siquiera su razonamiento pudo eliminar la sensación de que algo estaba haciendo mal, y ya no pudo volver a su meditación.

Ordenó otro trago y permaneció sentado a la mesa durante un largo tiempo.

—

Ventress interrumpió la soldadura cuando Vos se acercó. Ella había necesitado tomarse un par de horas en relativa seguridad para instalar algunas modificaciones en la *Banshee*. Habían optado por aterrizar allí, en una plataforma que se extendía desde la curva interior de uno de los enormes portales por donde se descendía camino a la ciudad subterránea de Coruscant. Vos había aprovechado la oportunidad para reabastecerse de provisiones. Ventress se permitió maravillarse en silencio ante el hecho de que ella había dejado que alguien más tomara sus duramente ganados créditos y ante el hecho de que no se hubiera preocupado ni un momento por si él y las provisiones regresarían. Se levantó la máscara de protección y le dirigió una sonrisa.

—Pareces estar de buen humor —observó él.

—Supongo que así es —respondió ella—. No hay razón para no estarlo. Tenemos suficientes provisiones, las nuevas modificaciones a la nave están casi terminadas… y además ya tenemos otro trabajo para nosotros. —Apagó el soplete y se quitó la máscara.

Vos caminó hasta la rampa de la *Banshee*, la alcanzó y siguieron caminando amablemente juntos.

—¿Y? ¿Hacia dónde vamos?

—Vamos al planeta Oba Diah a ver a los pykes.

Vos hizo una mueca amarga. Ventress supuso que no podía culparlo. Vos era un tipo casi incómodamente alegre —no, se corrigió, eliminemos el «casi»— y los pykes no eran precisamente un pueblo divertido. Al Sindicato Pyke le gustaba considerarse una familia, pero lo impulsaba, cualquier cosa menos el amor familiar. Era un sindicato del crimen cuyo foco estaba en la distribución de especias altamente ilegales de todo tipo, desde la más leve hasta las destructoras de la mente.

—Un barril de risas para tu compañero.

—Nadie dice que tengas que acompañarme —sugirió Ventress.

—Ah, pero me extrañarías. Tú sabes que es así.

Ella no respondió, sólo arqueó una ceja. Pero tenía que admitir, aunque sólo para sí misma… él tenía razón.

—

—Parece que tenemos un comité de bienvenida —observó Vos. Oba Diah era un mundo tan hostil como sus habitantes. Envuelta en la niebla, la principal ciudad estaba tallada en los sobresalientes riscos de obsidiana del inhóspito terreno. Siglos atrás, los pykes habían construido estructuras de un material que parecía cristal ahumado de color verde profundo. Desde estas imponentes estructuras inquietantemente hermosas, los ricos y poderosos miraban a través de luminosas ventanas azul verdosas a los menos afortunados de abajo. Ventress llevó a la *Banshee* hasta una de las muchas plataformas de aterrizaje construidas sobre vigas que sobresalían de la principal ciudadela pyke y miró por la ventanilla.

—Fife —dijo—. Es el mayordomo de Marg Krim. He trabajado con él antes. Por lo general piensa que él es más que suficiente para manejar cualquier situación. Esto va a ser interesante. Vamos.

No menos de ocho guardias fuertemente armados flanqueaban a Fife, que se pavoneaba. Ventress se adelantó, Vos iba sólo a un paso detrás de ella y se detuvo delante del pyke. Más allá de la cantidad de veces que uno hubiera interactuado con ellos, siempre se necesitaba un tiempo para acostumbrarse a la especie. Más altos y más ligeros que un humano promedio, los pykes tenían piernas largas y delgadas, y brazos que tenían tres dedos. Sus cabezas eran grandes, estilizadas y alargadas, con un cráneo ahusado, y sus caras eran desproporcionadas, pequeñas como las de un niño. El efecto general era inquietante.

—Fife —dijo ella fríamente.

Él no la miraba a ella. Sus brillantes ojos color magenta miraban en dirección a Vos, que se mantenía en silencio (afortunadamente, pensó Ventress), aunque tenía los brazos cruzados sobre su pecho y miraba a Fife a los ojos.

Ventress miró a Fife por un momento, y luego, con la esperanza de que una breve presentación fuera suficiente para el abiertamente curioso pyke, dijo sin mucho énfasis:

—Mi socio Vos.

La cabeza de Fife retrocedió en el característico gesto pyke para mostrar sorpresa.

Se quedó mirando a Ventress.

—¿Un socio? ¿Tú? Eso es nuevo. —Miró a Vos de arriba abajo y le dijo—: Debes de ser bastante bueno para que ésta confíe en ti.

—Lo soy —respondió Vos con naturalidad.

Fife les hizo señas para que lo siguieran. Los ocho guardias marcharon silenciosos y amenazantes detrás de ellos mientras File los llevaba por los pasillos del palacio pyke.

Atravesaron una entrada de mármol con un cálido piso de piedra color arena flanqueado por enormes columnas oscuras que emitían una iluminación verde. El diseño y la artesanía de la puerta de entrada eran hermosos y Ventress pudo vislumbrar lentos movimientos en los nichos a cada lado y el breve destello de ojos vidriosos. Era difícil no toser debido al empalagoso olor dulzón a especias. El lugar era atractivo, pero lo que pasaba allí era desagradable por cierto.

Ella volvió su atención a Fife.

—Nos conocemos desde hace un tiempo —dijo ella, acelerando sus pasos para mantener el paso con él—. ¿Puedes decirme algo que pueda servirme antes de escuchar a tu jefe?

Él la miró por un momento y luego habló en voz baja.

—Lo que puedo decir es que Sol Negro está tratando de entrar en el Sindicato Pyke. Marg Krim ha quedado en una posición terrible. Mucho está en juego para él. Sol Negro quiere todos sus negocios. Corre el riesgo tanto de ser humillado ante nuestro sindicato como… bueno, el resto lo dejo para que él lo cuente.

Llegaron al pie del trono. Marg Krim parpadeó ante ellos, su cuerpo se retorcía por la ansiedad. En la Fuerza, la preocupación, la ira y el miedo se desprendían de él. Llevaba el tocado que indicaba su posición, una máscara metálica colocada en su enorme cráneo que parecía lanzar rayos de sol o extender plumas de algún pájaro.

Fife hizo una profunda reverencia, tocando el suelo con sus brazos desgarbados.

—Oh, Ilustre Imperator, Marg Krim —saludó—. He traído a los buscadores de recompensas requeridos por Su Majestad.

Krim siguió mirando a Vos y a Ventress durante tanto tiempo que Ventress pensó que el Ilustre Imperator podría estar demasiado drogado como para mantener una conversación coherente. Luego habló y no desperdició ni una sola palabra.

—Mi pareja y mis dos niños han sido capturados por Sol Negro y llevados a Mustafar.

—Santo cielo —murmuró Vos en voz baja.

—Ustedes los encontrarán y los traerán de vuelta con vida. —Su voz temblaba por la emoción, y tomó otra bocanada de su narguile en un intento de mantenerse sereno.

Ventress eligió cuidadosamente sus palabras.

—Antes de comenzar —dijo ella, exudando calma en la Fuerza—, hay algunas cosas que necesitamos saber. Por ejemplo…

—¿Por qué no estás enviando a tus propios hombres para traerlos de vuelta? —interrumpió Vos.

Ventress le dio un codazo y le susurró con dureza al oído:

—¡Porque entonces nosotros no cobraríamos nada!

Afortunadamente Marg Krim estaba demasiado perdido en su propia confusión como para advertir ese intercambio.

—Yo debería poder hacerlo, ¿no? Pero no puedo. Mis supuestamente devotos hombres están dispuestos a dejar morir a mi familia si eso significa que no tienen que unirse a Sol Negro. Ese odioso grupo ve este ataque a mi familia como una victoria de cualquier manera, porque saben que va a hacerme daño. Mi familia debe ser restituida a salvo… y en secreto. Esto mostrará tanto al Sol Negro como a mis propios hombres que Marg Krim sigue siendo un poderoso miembro de la Familia Pyke. —Cerró los ojos y murmuró—: Familia…

—No se preocupe —dijo Vos amablemente—. Vamos a traer a su familia con vida.

—Siempre que los encontremos de esa forma —añadió Ventress. Ella no quería que los consideraran responsables de un fracaso si a los secuestradores de Sol Negro se les iba la mano con el gatillo.

—Tráiganlos a casa —insistió Krim, su voz hueca. Luego añadió, en un susurro—: Por favor.

CAPÍTULO DIEZ

—Estás muy tranquila —observó Vos mientras preparaban la nave para el despegue.

—No tengo nada que decir.

Al parecer, Vos sí tenía cosas para decir.

—Lo sé. También a mí me impresionó. Estamos tan acostumbrados a buscar vándalos menores y criminales que es difícil adaptarse a rescatar a la pareja de alguien y a sus hijos.

—Siempre y cuando los créditos sean suficientes, voy a buscar a quienquiera que me pidan.

Las palabras adecuadas se decían fácilmente, pero Ventress sabía que era una mentira, y no era la primera que le había dicho a Vos. No hacía demasiado tiempo, Ventress no había trabajado sola; había sido parte de un equipo de cazadores de recompensas dirigidos por Boba Fett. Al equipo le habían encargado la entrega de un cajón con una misteriosa y valiosa carga. Ventress había descubierto que la «carga» embalada en el cajón era una joven llamada Pluma Sodi. La niña, que parecía ser apenas una adolescente, había sido secuestrada de su familia y debía ser entregada a un belugano codicioso y lujurioso llamado Otua Blank, que planeaba convertirla en su novia contra su voluntad. Ventress no había entregado a Pluma Sodi como un regalo envuelto al asqueroso belugano. Puso en libertad a Pluma y metió a Boba Fett en el contenedor en lugar de la niña. A veces, Ventress se preguntaba si el muchacho alguna vez olvidaría ese incidente, pero ella no estaba arrepentida. De todos modos, no le gustaba el recuerdo. En aquel momento, Ventress había sido blanda, y la vida le había enseñado que el universo no era amable con los blandos.

Vos la miró.

—¿En serio?

—En serio.

Se encogió de hombros.

—Si tú lo dices.

—Cállate e ingresa las coordenadas para ir a Mustafar.

—Ah, sí, el hermoso Mustafar, porque todo el mundo se ve bien con luces rojas. ¡Conviértete en un cazador de recompensas, conoce la galaxia!

Ella nunca lo iba a admitir, pero, si bien había momentos en los que hubiera querido estrangular a Quinlan Vos, que nunca parecía tener un mal momento, y menos aún todo un mal día, también había momentos en que su entusiasmo era bienvenido. Ventress no estaba demasiado interesada en visitar Mustafar. Nadie en su sano juicio lo estaría. Para lo único que era apto era para la lava, y las únicas personas que vivían allí eran los que tenían el peligroso trabajo de recoger material fundido para exportar, Sol Negro (a los que la lava le resultaba útil, específicamente para la eliminación física de pruebas), y diversos y variados seres, que o bien no querían ser encontrados, o bien tenían el control de otros a los que no querían que los encontrasen.

De pie en el salón del trono, al enterarse que el destino era Mustafar y el obstáculo para la recuperación de la recompensa era Sol Negro, Ventress se había visto tentada de retirarse. Pero Marg Krim era muy poderoso en su posición actual, y aunque todo tenía que mantenerse en secreto, ganarse su gratitud podría ser lucrativo por encima de la ya exorbitante suma que les habían prometido.

Bueno, ¿quién quería vivir para siempre, de todos modos?

Salieron del hiperespacio con el planeta rojo amenazante delante de ellos. Vos abrió la boca para hablar y Ventress se volvió hacia él con un dedo levantado en señal de advertencia.

—Ni una sola palabra sobre el color —dijo ella.

Él se echó a reír alegremente.

—¿Cómo lo supiste? —Estaba encantado.

—Si hay la posibilidad de hacer un chiste malo, tú lo vas a hacer. Más de una vez.

Vos exhaló un exagerado suspiro.

—Me declaro culpable. —Se encogió de hombros, como si no hubiera estado a punto de hacer otra broma sobre el color. Ventress maniobró la *Banshee* a través de espesas nubes de humo negro para detenerse en una plataforma de aterrizaje en el borde de un pueblo minero de rudo aspecto.

La plataforma y la propia ciudad estaban precariamente instaladas en un saliente con vistas a un río de un líquido color naranja. Si esto hubiera sido Naboo o cualquier otro mundo más hospitalario, y el líquido con el color azul fresco del agua, sería una propiedad de primera. Pero aquí, era sólo una colección de chozas para albergar a los desgraciados cuyo trabajo consistía en recoger la lava. Ventress dudó si ponerse o no una máscara de respiración, pero decidió no hacerlo. Las máscaras eran vitales si se estaba constantemente expuesto a los gases, pero unas pocas horas allí no les harían daño.

El calor era agobiante, pero soportable. Los nativos de este mundo, los mustafarianos, usaban máscaras de respiración cuando trabajaban cerca de la lava. Eso los hacía parecer misteriosos y uniformes. Como los transeúntes los miraban con curiosidad, Ventress se dio cuenta, tardíamente, de que las máscaras podrían haber ayudado a camuflarlos.

—Odio las ciudades pequeñas —murmuró Ventress mientras ella y Vos se dirigían presurosos hacia un grupo de pulgas de lava para montar que los mustafarianos hacía mucho tiempo habían domesticado.

—Todo el mundo conoce los asuntos de todos.

—Sí, pero en este caso eso nos va a ser útil.

—Solo que en una hora, todo el mundo sabrá que estamos aquí.

Se acercaron a un mustafariano encorvado que claramente era el dueño de las pulgas. Acordaron un precio y los créditos cambiaron de manos.

—Hace un poco de calor aquí, ¿no? —comentó Vos mientras subían a sus pulgas alquiladas. El mustafariano le dirigió una dura mirada y no contestó. Vos insistió—: Hace que a uno le dé sed. ¿Dónde podemos conseguir algo para beber?

—El Último Recurso —informó el mustafariano. Su voz sonaba amortiguada a través de la máscara de respiración.

—¿Ese es el mejor bar de la ciudad? —preguntó Ventress.

El mustafariano se rio.

—El único bar de la ciudad.

—Supongo que es el lugar adonde ir —dijo Vos—. Gracias.

Tiró suavemente de las riendas, y la criatura dio un obediente salto en dirección a la ciudad. Ventress copió los movimientos de Vos, pero su pulga simplemente se arrastró con torpeza y dio un par de saltos vacilantes. Ella puso una mano en su caparazón brillante y pensó: «No eres demasiado grande para aplastarte». Ella no era telépata, pero transmitió su pensamiento a la pulga mediante la Fuerza, y comenzó a dar saltos malhumorados detrás de Vos y su montura.

Los ojos de Ventress lagrimeaban por el humo. Contuvo la tos a pura fuerza de voluntad y se concentró en guiar su pulga hasta la ciudad. Las estrechas calles se llenaban cada vez más de trabajadores de una asombrosa variedad de especies, y la mayoría de ellos, observó, parecían ir en la misma dirección.

—Debe de ser la hora de salida de la mina —comentó—. Sigamos a la gente.

La masa de mineros fluía como la lava, y las dos pulgas alquiladas no necesitaron mucho impulso para unirse a la corriente. Y efectivamente, pronto apareció El Último Recurso. Era un gran edificio, tan derruido como el resto de la ciudad.

—Parece que encontramos nuestro bar —comentó Vos mientras tiraba de las riendas y llevaba su montura a unirse a las otras pulgas de lava atadas al poste. Desmontaron.

En el interior, el bar olía un poco mejor que los vapores que surgían de la lava, y Ventress pensó que cualquiera fuera su decoración o la variedad de clientes, los lugares como éste daban todos la misma sensación: un sentimiento de desesperación, hosco resentimiento y hambre, salpicado aquí y allá con un agudo impulso de fugaz euforia.

Aquí, sin embargo, un agotamiento opaco era la sensación dominante, eclipsando las otras emociones. Los mineros estaban siendo reducidos, un poco cada día, a una especie de amargo letargo que era…

Ventress volvió la cabeza, siguiendo un hilo de arrogancia brillante que se entremezclaba con las emociones más directas. Su mirada cayó sobre un grupo de corpulentos falleen. No llevaban nada que los marcara decididamente como miembros de Sol Negro, pero no lo necesitaban. Su postura y sus físicos, fuertes no sólo por el ejercicio, sino también por una buena alimentación, los diferencian de la mayoría de los clientes del bar, la mayoría de los cuales se inclinaban sobre sus vasos como si ya estuvieran medio muertos.

Uno de los falleen estaba sentado en un rincón, solo, con las piernas estiradas, bebiendo de un jarro mientras observaba a sus compañeros bebedores con una expresión ligeramente velada de desprecio en su cara manchada, verde.

Como si estuviera leyendo sus pensamientos, Vos murmuró:

—Creo que hemos encontrado un ganador.

Era casi demasiado fácil.

—Siéntate y relájate —dijo Ventress—. Yo me ocupo de éste.

—Entonces… ¿qué piensas? ¿Un movimiento de cabeza y un guiño? ¿O la estrategia completa?

—Oh, definitivamente la estrategia completa para éste —confirmó ella. Este arrogante falleen se sentiría ofendido (y curioso) si pensara que sus poderosas feromonas no tenían ningún efecto sobre ella.

Los ojos de Vos bailaban.

—Como tú digas. —Dio un paso atrás, mezclándose a la perfección con las sombras y las formas agachadas de los clientes habituales, Ventress se detuvo un momento, dejando que la mirada del falleen de Sol Negro se dirigiera a ella primero. Cuando sus ojos se encontraron, ella se acercó lentamente a la barra y se ubicó en el asiento de al lado.

—Hola, soldado.

Él sonrió, seguro de sí.

—Hola, hermosa. ¿Puedo ofrecerle a una bella dama como tú algo de beber?

Ventress se lamió los labios, manteniendo su mirada fija en la de él.

—No tengo sed. No de alcohol, por lo menos. —Ella se inclinó acercándosele y susurró—: Es difícil… hablar aquí. —Inclinó la cabeza y se pasó la mano por su corta cabellera rubia. Esa era la señal que habían convenido la primera vez que ella y Vos habían intentado esto juntos, en su búsqueda del amante fugitivo de la pirata. Por el rabillo del ojo, vio una figura que salía del lugar.

El guardia de Sol Negro estaba muy orgulloso de sí mismo y de sus inmensamente irresistibles feromonas. Esto iba a ser divertido.

—Sí, es difícil… hablar —respondió.

—Entonces salgamos de aquí.

Él casi derribó el taburete al ponerse de pie. Ventress le guiñó un ojo y lo tomó de la mano, llevándolo por entre el grupo de borrachos tristes hasta un pasillo oscuro hacia el baño.

El guardia no perdió mucho tiempo. Empujó la puerta para abrirla y una vez dentro la cerró con una patada.

—Ven aquí, hermosa señora. —Agarró a Ventress por los hombros, la empujó contra la pared y se inclinó para besarla.

Ventress tenía la mano sobre el pecho de él. Ella se rio entre dientes con voz ronca.

—No tan rápido, amigo. ¿No es que dejamos la cantina porque queríamos hablar? Una chica necesita un poco de conversación primero.

Él se echó hacia atrás, con su sonrisa cada vez más grande mientras la miraba de arriba abajo.

—Eres una mujer dura, ¿no?

—No tienes idea —dijo una alegre voz masculina. El guardia, totalmente sorprendido, gruñó.

—¿Eh?

Se volvió para mirar a Vos, que había estado esperando su llegada oculto en uno de los cubículos. Mientras observaba a Vos que golpeaba con la parte inferior de su brazo izquierdo la garganta del falleen, Ventress se preguntó si el sindicato Sol Negro no estaría perdiendo sus habilidades. El guardia se ahogó un poco, pero se recuperó lo suficiente como para devolver el ataque. Fue un golpe rápido, pero Vos lo esquivó con sus casi sobrenaturales reflejos rápidos, y su pie con bota aplastó la rodilla del falleen. El guardia se dobló de dolor y Vos le dio la vuelta por completo, de modo que terminó tirado en el suelo pegajoso con la rodilla de Vos en la garganta. Para rematar, Vos agarró el brazo del guardia y lo dobló hacia atrás en un ángulo obviamente doloroso.

Vos miró a Ventress y sonrió. Ella se permitió devolver la sonrisa mientras se sentaba al lado del guardia, su mirada sobre él tan fría en ese momento como seductora había sido antes.

—¿Quiénes son ustedes? —quiso saber el guardia. Sus ojos pasaban veloces de uno al otro.

Ventress ignoró la pregunta.

—¿Dónde están los rehenes pyke?

—¿Rehenes? —tartamudeó, tratando de parecer inocente. No lo logró.

Ella suspiró.

—Vamos cariño. No hagas que esto sea más difícil. —Como si estuviera ensayado, en ese preciso momento, Vos se inclinó un poco hacia adelante sobre el cuello del guardia de Sol Negro, tiró un poco hacia atrás con el brazo, y el falleen rápidamente comenzó a hablar.

—Están en la celda de detención principal. En la casa.

—Vamos a necesitar más que eso —dijo Vos.

—¡No, no puedo, me van a matar!

La paciencia nunca había sido el fuerte de Ventress. El guardia de Sol Negro representaba el tipo de persona que ella más despreciaba, el tipo de matón arrogante que carecía de pasión, de impulso, para cualquier cosa que no fuera su propio placer elemental. Ella sacó su sable de luz y lo activó con un rápido clic.

—Sí, claro que puedes, o te mataremos.

—¡Está bien, está bien! —Vos aflojo la garganta del falleen. El guardia tosió, luego habló—. Nivel superior, lado izquierdo. Las puertas están todas aseguradas con defensas, y hay doce guardias de servicio en todo momento. Seis arriba y seis abajo.

Ventress sonrió, apagó la hoja de su sable y le acarició la mejilla.

—Ya está. No fue tan difícil, ¿no?

Incluso en ese momento, el guardia miró esperanzado. Ventress sacudió la cabeza, incrédula, cerró la mano y le dio un puñetazo en la mandíbula exageradamente grande. Los ojos de él quedaron en blanco y cayó inmóvil. Ella había querido matarlo en un principio, pero Vos la había convencido de que no era bueno para ellos tener a Sol Negro persiguiéndolos por asesinato si podían evitarlo. Y realmente, lo único que necesitaban

era mantener al guardia fuera de su camino el tiempo suficiente como para poder entrar, encontrar a la pareja y los hijos de Krim y salir.

—No te preocupes —dijo Vos mientras arrastraba al guardia hasta el último cubículo—. No se va a despertar pronto. No con uno de tus famosos golpes. —Hizo una pausa y luego, por un capricho, colocó al falleen inconsciente en una posición poco digna.

Ventress no quería sonreír, pero no pudo evitarlo.

—Vamos. Tenemos que infiltrarnos en una fortaleza.

CAPÍTULO ONCE

Se le ocurrió a Vos, mientras miraba hacia arriba —y más arriba— a la ominosa estructura, que estaba dedicando demasiado tiempo y esfuerzo en hacer cosas que realmente no estaban ni siquiera cerca de completar la misión. Por ejemplo, esta fortaleza de Sol Negro. Esta cosa se alzaba enorme sobre el complejo minero y las destartaladas casas como si fuera un gigante entronizado, y era casi una ciudad en sí misma. El guardia se había referido a una «casa», como si el área fuera una morada común. Pero esta casa estaba ubicada en lo alto dentro de la gigantesca torre que era la pieza central de la fortaleza. Las luces brillaban como ojos, y todo aquello olía a poder y a la voluntad de ejercerlo.

Él y Ventress habían atado a sus pulgas en el borde de la ciudad y habían elegido su cauteloso camino hacia la periferia de la fortaleza, donde se ubicaron en un edificio de almacenamiento. Con un par de electrobinoculares, él hizo un barrido lento de la zona.

—Ahí están los guardias, tal como él dijo —murmuró Vos.

Ventress miró a través de sus propios anteojos, tocándolos con un largo dedo para ampliar.

—Es un complejo muy bien fortificado, pero nada que yo no haya superado antes —respondió ella. Dichas por cualquier otra persona, las palabras hubieran sido una fanfarronería. Pero Vos sabía que dichas por esta mujer, eran una simple confirmación de hechos, y ella las había pronunciado en ese sentido.

Después de pasar tanto tiempo en compañía de ella, podía entender por qué Kenobi le tenía tanta consideración y respeto, a pesar de que había sido una enemiga. Era, todavía, una enemiga. O algo parecido. ¿O no lo era? Sacudió mentalmente su cabeza y volvió a concentrarse en la tarea en marcha. Incluso con un Jedi y una potente usuaria de la Fuerza como Ventress, simplemente había demasiados guardias en la entrada principal como para tratar de eliminarlos o de entrar sin ser descubiertos.

—Tu posible novio dijo que estaban en la celda principal de detención en la casa. Sección superior, lado izquierdo.

Vos miró hacia arriba, a la «casa» misma, y sus ojos se detuvieron en un área del techo que no era pura pared. «¡Ajá!».

—Ya vi nuestro punto de entrada. Vamos.

Rápidamente, en silencio, atravesaron el área abierta. A medida que daban la vuelta por un costado de la enorme torre, la piedra plana de la zona del patio daba paso a la irregular roca negra.

Vos miró hacia arriba.

—Eso parece la base de un balcón en voladizo —dijo él. Disparó su lanzador de cable líquido y encontró un sostén seguro—. Sujétate —le dijo a Ventress.

Ella le dirigió a Vos una rápida mirada, y luego deliberadamente tomó su arco, enviando en cambio su propio cable de plasma. Por un instante, él sólo se quedó mirando cómo ella ascendía rápidamente, levantada por el cable retráctil. Vos descubrió que

estaba inesperadamente picado por el gesto. No había sido necesario. ¿Qué iba a hacer, tratar de robarle un beso en el aire? Ella sabía bien que no. Lo envolvió una nueva preocupación acerca de si alguna vez realmente se ganaría su confianza, pero la desechó y siguió a su socia, si es que ella realmente podía ser considerada como tal.

Ventress había alcanzado el balcón primero y había usado su sable de luz para cortar una entrada circular a través de varias de las barandillas de metal. Esas barandillas hacían que toda el área se viera como una jaula, cosa que de verdad era, por supuesto. Vos se deslizó a través de la abertura hacia el balcón, evitando cuidadosamente el metal color naranja, casi fundido, alrededor de la entrada que Ventress había abierto, y se dejó caer con suavidad.

—Lo logramos —dijo ella—, pero parece terriblemente fácil.

Ella señaló una serie de aberturas enrejadas en forma de rombo que servían como ventanas. Vos oyó el zumbido de un campo de energía. Con cuidado, se asomó y vio dos pequeñas formas acurrucadas abrazadas una a la otra. Fue una bienvenida imagen.

—Efectivamente —Vos estuvo de acuerdo—. Tenemos que actuar con rapidez. Podría ser una trampa.

Ventress dio un paso hacia un lado junto a un grupo de controles. Hundió su sable de luz todavía activado en una terminal abierta debajo de los controles, sobrecargando el generador de escudo. Vos se deslizó fácilmente a través de la ya ventana abierta. Las cabezas de los niños se alzaron rápidamente, pero Vos se agachó y se llevó un dedo a los labios.

—Silencio —dijo, proyectando calma sobre ellos en la Fuerza. Sonrió—. Vamos a sacarlos de aquí. Sólo tienen que confiar en nosotros y mantenerse lo más silenciosos que puedan, ¿de acuerdo?

Temblando, asintieron con un movimiento de cabeza. Ventress atravesó el panel de control junto a la puerta con su sable de luz, bloqueándolo. Giró, sus ojos azules vieron a los niños y luego recorrieron la habitación.

—¿Dónde está ella?

Vos comenzó a preguntar «¿Quién?», pero se detuvo cuando comprendió. La madre no estaba ahí.

—¿Cuál es tu nombre, jovencito? —le preguntó al muchacho. El niño se limpió la cara con la mano y trató de mostrarse valiente.

—Yo soy Vram —dijo. Señaló a su hermana menor—. Ella es Laalee.

—¿Dónde está tu madre, Vram?

Laalee empezó a lloran. Vram tragó saliva.

—Ellos se la llevaron y la separaron de nosotros cuando fuimos capturados. Les escuché decir que estaban preocupados pues mi padre podría enviar a alguien a buscarnos.

Vos puso toda su sinceridad en sus palabras.

—Esos guardias tenían razón y nosotros somos ese «alguien». La encontraremos. No te preocupes.

Se levantó y se acercó a Ventress, de espaldas a los niños. En voz baja dijo:

—Bueno, esto complica las cosas.

Los ojos de Ventress se entrecerraron por la ira.

—Supongo que el guardia en el bar no era tan estúpido después de todo. Traicionó…

Fue interrumpida por el estridente pitido de una alarma. Los niños abrieron la boca, abrazándose uno al otro y mirando a Vos y a Ventress con grandes ojos asustados mientras sus posibles rescatistas corrían a la ventana y miraban hacia abajo. Gran cantidad de guardias se dirigían a la torre.

Ventress tomó los anteojos e hizo zoom en medio del caos.

—Ahí está él —murmuró.

—¿Tu novio del bar?

—Oh, por favor —dijo Ventress con voz mordaz. Vos recordó la posición en la que había dejado al falleen y a pesar de lo desesperado de la situación, no pudo reprimir una risita.

—Supongo que debiste haberlo golpeado con más fuerza —comentó él.

Ventress comenzó a replicar, pero se quedó en silencio cuando los guardias comenzaron a golpear la puerta.

—Entonces, ¿qué va a ser? —preguntó Vos—. ¿Flujo de lava o guardias?

—Normalmente yo diría que los guardias. Pero tenemos equipaje que proteger. —Señaló molesta a los niños.

—Está bien, ¡flujo de lava será! ¡Vamos! —dijo Vos alegremente. Vram y Laalee, sin embargo, lo miraron con escepticismo cuando se arrodilló delante de ellos.

Ventress también se arrodilló, gritándoles a los niños.

—Vamos, no tenemos todo el día.

Hermano y hermana se miraron entre sí y luego treparon a las espaldas de sus rescatistas. Al sentir el cuerpo pequeño de Vram temblando de miedo, el corazón de Vos se aceleró bruscamente. Él y Ventress iban a llevar a estos dos inocentes (y a su madre) de vuelta a su padre. Como si pudiera sentir la emoción de Vos, Vram se apretó contra él con más fuerza y su temblor cesó. Vos se enderezó. En ese momento, el sonido inconfundible de los disparos de las blásteres se sumó al sonido constante de la alarma.

—Supongo que se cansaron de golpear —dijo Vos. Lanzó una rápida mirada a la puerta y vio una fina grieta en la base. En breve estarían adentro.

Saltó al balcón, silbó fuerte con la ayuda de la Fuerza, y sintió que las pulgas de lava respondían. Miró a Ventress. Sus ojos se encontraron, y ella asintió con la cabeza. Saltaron con gracia hasta un nivel inferior. Los niños gritaron aferrándose cada vez más. Los disparos de las bláster pasaban zumbando junto a los oídos de Vos, haciéndole saber que los guardias habían logrado entrar a la sala de arriba y no estaban muy contentos al haberla encontrado vacía.

—Espera —Vos oyó a Ventress que gritaba, y ella desapareció sobre la baranda del balcón. Por un momento, Vos observó mientras ella caía a plomo con la pequeña Laalee, que lo miraba desde la espalda de Ventress. Los disparos de las blásteres pasaban muy

cerca, demasiado cerca para sentirse tranquilos. En el momento en que vio a Ventress aterrizar con agilidad en las rocas, Vos saltó, con los brazos de Vram apretados alrededor de su cuello. Cuando aterrizó, Ventress ya estaba saltando de roca en roca y hasta un contrafuerte sobre el que siguió corriendo. Vos captó el movimiento y miró más allá de Ventress para ver que las pulgas de lava se dirigían a su encuentro. Cuando la primera estuvo cerca, Ventress dio un salto y dio la vuelta en el aire en un elegante arco para hacer un aterrizaje perfecto en la silla de montar.

—¡Uhhh! —exclamó Vram, olvidando su miedo por el momento.

—Muchacho, no has visto nada todavía —le aseguró Vos y se preparó para hacer su propio salto—. Mira esto.

Su pulga estaba casi debajo de su posición en el contrafuerte. Sonrió, mirando hacia abajo, sabiendo que había calculado perfectamente, y entonces saltó. Este muchacho iba a tener una historia…

Un dolor repentino le quemó el hombro. ¡Un disparo de bláster! Tomado por sorpresa, Vos gruñó y se sacudió. En lugar de aterrizar perfectamente a horcajadas sobre la pulga, la golpeó con fuerza y rebotó, yendo a toda velocidad hacia la lava que esperaba abajo.

Se retorció, tratando de ajustar su trayectoria, y al mismo tiempo extendió la mano para usar la Fuerza y así amortiguar el impacto. Vos cayó de pie sobre una roca que sobresalía, pero Vram perdió su agarre. El niño gritó mientras caía y luego rodó hacia la turbulenta corriente color naranja.

Vos, con su cuerpo atormentado por el dolor, saltó hacia Vram, estirando la mano, dispuesto a tomar al niño que sollozaba. Vram estaba demasiado lejos. Entrecerrando los ojos en intensa concentración, Vos se acercó a Vram. De repente la caída del muchacho se detuvo y su cuerpo quedó suspendido por encima de la lava… el tiempo suficiente para que Vos lo agarrara del brazo.

—¡Vamos!

Vram arrojó sus brazos alrededor del cuello de su salvador y su pequeño y afilado codo se clavó en la quemadura que había dejado el disparo desintegrador. Vos apretó los dientes y alzó la vista para ver a Ventress, montada en su propia pulga y sosteniendo las riendas en una mano mientras desviaba hábilmente los disparos de las blásteres con la otra. Con un esfuerzo, Vos se apresuró a volver a subir por las rocas. Cuando llegó a Ventress, se trepó con Vram a la silla. El niño lloraba aterrorizado, pero apenas unos momentos después, mientras la torre que los había mantenido prisioneros se achicaba en la distancia, ambos niños empezaron a gritar de alegría.

—

Dolía. Por supuesto que le dolía, era una quemadura de disparo de bláster. Vos estaba sentado en la bodega con los niños, que lo miraban desde lo más lejos que les era posible. Cuando Vos se dio cuenta de que estaban mirando su hombro sangrante ennegrecido,

ajustó su posición para que la herida quedara fuera de su línea de visión. Desafortunadamente, nada podía hacer con el hedor de la carne humana quemada. Oyó el ruido metálico de las botas de Ventress en los peldaños de metal de la escalera y se volvió para sonreírle, pero pudo sentir que era apenas un fantasma de su habitual sonrisa arrogante.

Con un botiquín médico en la mano, ella se arrodilló junto a él. Un destello de preocupación le atravesó el rostro.

—No es tan malo como crees —mintió Vos.

Ventress lo miró enojada.

—Es tan malo como yo creo, porque he visto esto antes y sé exactamente qué pensar. Yo…

Él hizo un gesto con la cabeza ligeramente hacia los niños y arqueó las cejas. Ella se quedó en silencio y comenzó a tratar la herida.

Vos observó su trabajo. Sus manos eran capaces y frías, extrañamente suaves mientras colocaba su brazo para atender cada trozo de carne ennegrecida. Esterilizó la herida y aplicó vendajes tratados con bacta. El dolor cesó, pero Vos se encontró a sí mismo mirando todavía los dedos largos y delgados de ella. Ellos manejaban un sable de luz con una habilidad mortal, controlaban la Fuerza, piloteaban una nave, daban infernales puñetazos. Para Ventress, sus manos eran armas, herramientas. Pero en ese momento lo tocaban por primera vez, con cuidado.

—Esta —dijo mientras guardaba el equipo— es la razón por la que no tengo socios.

Las palabras salieron antes de que Vos se diera cuenta siquiera de que él las había pensado.

—No —dijo en voz baja—. Esta es la razón por la que necesitas un socio.

Estiró el brazo sano para tocarle la mano con la suya, observando que el marrón más oscuro de su piel hacía que la de ella pareciera aún más pálida.

Ella se quedó inmóvil. Vos levantó la vista para encontrar su mirada azul hielo fija en él. Su expresión era ilegible. Tragó saliva, de repente y por primera vez en su vida adulta completamente inseguro de sí mismo.

—Tenemos que encontrar a la madre. —La voz de Ventress era inexpresiva. Se levantó, deslizando su mano para sacarla de debajo de la de él, y sin decir una palabra regresó a la cabina del piloto.

«¿Qué acaba de suceder?», pensó. Vos no tenía ni idea. Tan confundido estaba que en un primer momento ni siquiera se dio cuenta del sonido suave de música que provenía del rincón donde se acomodaban Laalee y Vram. Vos sacudió la cabeza para aclararla.

—Eh, Laalee —gritó amablemente—. ¿Qué tienes ahí?

Laalee suspiró y torpemente escondió algo detrás de la espalda.

—Na… nada —tartamudeó.

Vos tendió la mano.

—¿Puedo verlo? Por favor… Te prometo que te lo voy a devolver.

Laalee vaciló, luego le tendió un pequeño medallón. Vos lo tomó y lo abrió para revelar un holograma en miniatura de una hembra pyke.

—Es mami —dijo Laalee suavemente, con lágrimas en los ojos. Pero Vos casi no la oyó. Como le habían sucedido innumerables veces antes, el mundo desapareció.

—¡No! —gritó su madre, luchando contra los fornidos guardias falleen que de manera no muy suave la arrastraban, apartándola de sus hijos. Se la veía muy frágil, como si pudieran romperle fácilmente una de sus delgadas extremidades con una sola mano. Y sin embargo, ella luchó como un nexu defendiendo a sus cachorros.

—¡No! ¡Laalee! ¡Vram!

—¡Mami! —chilló Laalee.

—¡No se la lleven! —gritó Vram.

El guardia se rio maliciosamente. Era el falleen de El Último Recurso, el que Vos y Ventress habían engañado para que revelara la ubicación de los rehenes.

—No se preocupen, ¡Ziton se ocupará bien de ella en el palacio!

La visión se aclaró tan abruptamente como había aparecido. Aturdido, Vos se puso dolorosamente de pie y trastabilló hacia la cabina. Sin preámbulo le espetó:

—Tenemos que volver a la fortaleza. La madre está en el palacio de Ziton.

Ventress se volvió para mirarlo.

—¿En serio? —dijo ella—. ¿Y cómo lo sabes? —Su mirada cayó sobre el medallón que él todavía aferraba en la mano.

—Laalee me lo dijo. —No era del todo una mentira. Ella le había entregado el medallón, y éste se lo había dicho.

La mirada de ella se mantuvo firme.

—Ninguno de esos niños parecía saber nada antes.

Vos recuperó su vieja sonrisa.

—Bueno, supongo que sintieron que podían confiar en mí. Soy bueno con los niños.

—Tú te comportas igual que ellos —apuntó Ventress—. Estoy sorprendida. —Lo miró por un momento más. Espontáneamente, el recuerdo de cómo había sentido sus frías manos sobre su piel volvió a Vos. Luego ella dijo—: Está bien. Vamos.

Vos se volvió a mirar a los dos niños en la bodega.

—¿Y ellos?

—¿Qué pasa con ellos?

—No podemos dejarlos que anden por todos lados en la nave… son niños. Dejarán toda esta cosa reducida a chatarra. ¿Y si salen a pasear afuera?

—Me ocuparé de ello.

CAPITULO DOCE

Quince minutos más tarde habían aterrizado su nave en el patio, a plena vista de la torre y de los guardias apostados allí. Ventress ajustó los arneses en las sillas de restricción mientras Vram y Laalee gritaban en señal de protesta.

—Vaya —dijo Vos con tristeza—. ¿Estás segura de que van a estar bien ahí?

Ventress lo miró, confusa.

—¿Qué? Estas sillas de restricción han retenido a los villanos más malos de la galaxia. Creo que pueden retener a un par de niños.

—Eso… no era lo que yo quería decir. Pero está bien.

—¡Vos! —gimió Laalee, estirando una pequeña mano de tres dedos.

—Lo siento, pequeña, ésta es la nave de ella. —Se encogió de hombros y levantó los brazos en un gesto de «¿qué le vamos a hacer?»—. Quédense quietos, y estaremos de vuelta con su madre antes de lo que piensan.

Acarició a Laalee en la cabeza y le sonrió a Vram. Se volvió hacia Ventress, y su sonrisa se desvaneció. Ella estaba de pie con los brazos cruzados delante, un gesto defensivo, y deseó saber lo que ella estaba pensando.

—Sólo para que quede claro —dijo ella—. Los mantendré ocupados mientras tú buscas a la madre. —Puso la mano en los controles de la puerta.

Sin poder contenerse, Vos dijo en voz baja:

—Eh…

Ella se dio la vuelta.

—¿Qué? —Su voz no era fría, pero tampoco era cálida o acogedora.

¿Qué había estado él a punto de decir? No estaba seguro, y en ese momento, bajo el escrutinio de ella, no podía pensar en otra cosa. Por último, dijo:

—Trata de que no te maten.

Ventress sonrió con suficiencia, como él sabía que ella iba a sonreír, pero justo antes de abrir la puerta y descender por la rampa, Vos pensó que su expresión por un momento era una sonrisa sincera.

Respiró hondo. «Pon tu atención en la presa», se dijo a sí mismo y esperó hasta que la atención de los guardias estuviera totalmente en Ventress antes de deslizarse silenciosamente por la rampa.

—

Ziton Moj no estaba contento.

No había estado contento cuando Marg Krim rechazó de forma inesperada la muy lucrativa oferta de combinar el Sindicato Pyke con Sol Negro. Ziton estuvo aún menos contento de lo que ya se sentía cuando se vio por ello obligado a secuestrar a toda la familia de Krim. Y se sintió extremadamente infeliz cuando se enteró de que unos escasos veinte minutos antes, dos de sus tres rehenes habían sido rescatados.

Ziton miró a Kurg Utal mientras el ayudante se acercaba, sabiendo inmediatamente que Utal estaba a punto de hacer que Ziton se sintiera menos feliz todavía.

—Amo Ziton —dijo Utal y estuvo peligrosamente cerca de retorcerse las manos—, no hemos podido encontrar a los renegados que se apoderaron de los niños. Ziton suspiró.

—Es una pena. Marg Krim sabía cuál sería la pena si intentaba un rescate. Prepárate para ejecutar a su esposa.

—Sí, mi amo… —comenzó Utal, pero se interrumpió al ver que sus guardias se acercaban escoltando a una mujer de pelo corto y rubio plateado.

—Mi señor —dijo el jefe de guardia—, una enviada de los pykes está aquí para negociar la liberación de los rehenes.

Utal y Ziton intercambiaron miradas, y Ziton se volvió para examinar a la recién llegada. Su aparición era una notable coincidencia, y Ziton no era de los que creen en las coincidencias. Ella claramente no era una pyke, y de hecho ni siquiera tenía el aspecto de ser algo que pudiera ser llamado con el impresionante título de «enviado». Su ropa de cuero estaba muy gastada, y tenía el aspecto de un guerrero más que de un untuoso diplomático.

—Interesante —reflexionó él, recostándose en su asiento con una acogedora sonrisa—. Me gustaría mucho escuchar lo que tienes para ofrecer.

—Lo siento —dijo la «enviada»—, lo primero es lo primero. Quiero ver a los niños y a la esposa para asegurarme de que siguen… —Ella hizo una exagerada muestra de estar buscando la palabra exacta—. Respirando.

—Una cosa a la vez. Puedo mostrarte a la esposa, pero los niños tendrán que esperar.

Le hizo señas a Kurg para que se inclinara y le susurró:

—Sigue adelante con nuestro plan, pero trae a la esposa aquí.

Voy a devolver a esta enviada, si realmente lo es, con la cabeza de Tezzka Krim y un testigo ocular de que yo mismo la separé de su cuerpo.

—¿Y sí no es realmente una enviada?

—No importa. Tezzka debe morir de cualquier manera, y esta extraña pronto va a seguirla.

Kurg esbozó una sonrisa, con los ojos que brillaban de admiración por su amo, e hizo una reverencia. Al salir de la sala, le dirigió a la enviada una mirada desdeñosa. Ella le devolvió la mirada.

Ziton le sonrió de nuevo a su visitante.

—Dime —reflexionó, acariciándose la barba—, ¿crees que soy un tonto?

Los ojos azules de ella se entrecerraron.

—¿Por qué, en particular, lo preguntas?

—Sé que tú tomaste a los niños.

Ella se mostró convincentemente sorprendida… y enojada.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que no los tienes?

Él gruñó, en voz baja, desde el fondo de su garganta. Los guardias de pie junto a la enviada se pusieron ligeramente tensos. Conocían las señales de la ira de su amo cuando pasaba ciertos límites.

—¿Hasta cuándo vamos a jugar a este juego?

Ella no se inmutó.

—¿De verdad crees que estaría aquí ahora si yo los tuviera conmigo? Claramente no sabes lo buena que soy en mi trabajo.

Él ya había abierto la boca para replicar cuando las puertas de las celdas se abrieron deslizándose. Tezzka Krim estaba allí, con sus ojos azules muy abiertos y mirando a todos lados. Ziton sonrió. Esto iba a ser un placer.

—Bueno, aquí está.

—Y aquí estoy yo —dijo una voz. Un macho humano, de oscura piel y oscuro pelo y luciendo un extraño tatuaje amarillo en su rostro, se puso delante de la pyke, con una gran sonrisa.

La sorpresa hizo que Ziton vacilara por una fracción de segundo, y luego buscó rápidamente su arma. Pero antes de que pudiera disparar, el desconocido del tatuaje amarillo disparó y se la sacó de la mano.

La mujer rubia ya había despachado a uno de los corpulentos guardias falleen y en ese momento estaba rompiéndole el brazo a otro con una indiferencia aterradora. Los disparos de las pistolas bláster resonaban mientras el ser humano oscuro, esquivando los ataques con ágil gracia, disparó para sacar de sus manos las pistolas de los guardias. Ziton miraba, horrorizado, mientras el intruso casi alegremente se entregaba a una demostración haciendo girar sus propias pistolas entre los dedos antes de enfundarlas para luego encargarse del guardia más cercano.

Ziton estaba tan concentrado en el tatuaje amarillo que no se dio cuenta de que la enviada se acercaba hasta que ella estuvo a no más de un metro de distancia. Con un bramido furioso, saltó de su asiento y se lanzó de cabeza contra ella. Le dirigió un puñetazo, pero solo golpeó el aire. Luego cayó tambaleándose hacia atrás, la cabeza dándole vueltas y la mandíbula dolorida de una patada bien colocada. Un pie golpeó la base de su trono, y se desplomó en él.

En el momento en que la mujer giro sobre sí para golpear en la cara a un guardia que se estaba acercando demasiado, Ziton fue de nuevo a la carga contra ella. Él estaba bien entrenado en una variedad de artes marciales y era experto en la mezcla de estilos, de manera que su enemigo no pudiera anticipar lo que podría hacer a continuación.

Pero este enemigo de alguna manera lo hacía.

Casi como si la lucha estuviera coreografiada, ella bloqueaba todos sus golpes, desde el golpe del Nexu hasta la patada del Bantha, con una facilidad casi displicente. Los ruidos de los golpes y los gemidos de sus guardias le decían que el compatriota de ella estaba fácilmente ocupándose de tres, probablemente cuatro atacantes a la vez. ¿Quiénes eran estas personas?

Como si ella se hubiera cansado de jugar con él, la enviada dejó simplemente de defenderse y pasó a matar. Sus golpes y patadas se volvieron borrosos y el pánico comenzó a subir en la garganta de Ziton. «Esquivar-detener-bloquear-golpear…».

Un gancho de izquierda hizo que el mundo se volviera gris por un momento, y luego ella lo tenía agarrado por la garganta. No… un momento… ella estaba de pie a casi dos metros de él. Su brazo estaba extendido, sus dedos curvados, imitando el gesto de aplastarle la tráquea, y sin embargo lo sentía…

Entonces fue levantado en el aire. Ziton pateó y se retorció, trató de alcanzar la garra invisible, los dedos incorpóreos que rodeaban su garganta, mientras la mujer hablaba en un tono bajo, escalofriante.

—Tengo un mensaje de los pykes. No vuelvas a poner a la familia en el medio de todo esto.

Ella lo arrojó con tal fuerza a su trono que éste cayó hacia atrás. Ziton yacía en el suelo, jadeando, hasta que, finalmente, la presión en su garganta desapareció. Se puso de pie. No sólo la enviada y el tatuaje amarillo habían desaparecido, sino que tampoco se veía a Tezzka Krim. La furia borró al miedo… furia y vergüenza.

Tosiendo y masajeándose la garganta, dijo:

—¡Deténganlos! ¡Guardias! ¡Guardias!

Pudo oír más disparos de rayos mientras los guardias apostados fuera, sin duda, trataban de detener al trío que escapaba. Seguramente los dos rescatadores estarían cansados por la lucha contra tantos guardias en la sala del trono. Oyó un extraño ruido y, levantándose, alcanzó a ver una mancha de luz contra la que los disparos de las blásteres de sus guardias parecían estar rebotando. ¿Un sable de luz?

Salió al ataque a tiempo para ver a la enviada que agarraba el brazo de Tezzka y corría por la rampa de una nave que esperaba. Los disparos de las pistolas golpeaban la rampa a pocos centímetros de sus pies que corrían, luego las dos mujeres desaparecieron en el interior.

Los guardias dirigieron toda su atención hacia Tatuaje Amarillo. Este respondió tomando a un guardia y poniendo al desafortunado falleen delante de él para usarlo como escudo. Luego el desconocido arrojó el enorme cuerpo a los otros guardias —y a Ziton—, que se estaban acercando a él. Cuando los dos guardias tropezaron y perdieron el equilibrio, el desconocido corrió hacia la nave. Ya estaba levantando vuelo, y el extraño se vio obligado a saltar para atrapar la rampa retráctil.

Ziton tomó una pistola de uno de los guardias caídos y apuntó. Disparos láser pasaron zumbando junto al intruso, quien, de alguna manera, se las arregló para trepar por la rampa a la seguridad de la nave justo a tiempo.

Lo último que Ziton vio de él, mientras la rampa se cerraba y la nave despegaba, fue un arrogante saludo con la mano.

—

Después de la emoción de la fuga casi milagrosa vino un reencuentro alegre y lleno de lágrimas. Ventress podía escuchar las voces de los niños que gritaban:

—¡Mami! ¡Mami!

Y también los suaves y murmurados sollozos mientras, sin duda, Tezzka abrazaba a sus hijos con fuerza.

—Me encantan los finales felices —dijo Vos, que estaba sentado detrás de ella. Ella sabía que él estaba sonriendo por la calidez de su voz—. Y tú, Asajj Ventress, estuviste fantástica allí con Ziton. Ese tipo estaba más que sorprendido.

Normalmente, después de una exitosa misión, Ventress se permitía una tranquila conversación con Vos. Pero esta vez, algo parecía diferente. Había tensión entre ellos en ese momento, y ella estaba desconcertada.

Como le había dicho a Vos en un principio, ella no mezclaba negocios con placer. Si bien era cierto que su vida era sobre todo negocios, el placer aparecía de vez en cuando. Pero nada que se prolongara más allá de un único encuentro. Y nunca, nunca, con quien ella trabajaba y respetaba.

Ventress no tenía idea de cómo procesar las emociones totalmente ajenas a ella que la mano de él sobre la de ella había creado. Estaba sola y ella era fuerte de esa manera.

No habría ningún compañero, ni tampoco niños, como los que Tezzka abrazaba fuerte en ese momento.

Así que ella simplemente no respondió. Vos intentó de nuevo entablar una conversación, pero al final se quedó en silencio.

Así estuvieron durante todo el viaje.

—

Cuando la *Banshee* se detuvo en la plataforma de aterrizaje de Oba Diah, Vos le dijo que entrara sin él. Él se iba a quedar, dijo, preparando la nave para la partida mientras ella recibía los créditos. Los niños le rogaron que fuera con ellos, pero él se limitó a sonreír y abrazarlos a manera de despedida.

Aquél no se parecía al Quinlan Vos al que Ventress había llegado a conocer. Algo estaba decididamente mal. Ella aceptó torpemente el agradecimiento de Marg Krim y, mucho menos torpemente, el muy voluminoso montón de créditos que le dio.

—Pronto vamos a tener que volver a cargar combustible —le dijo Vos cuando regresó—. Y me vendría bien una copa después de tanto correr en un lugar tan caluroso. —Su tono de voz era el de su yo de siempre, y él sonrió, pero el humor no llegó a sus ojos. Bien, así era como iba a jugar él. Ella no tenía inconveniente.

—Toma —le dijo ella, y arrojó una bolsa que contenía la mitad de los créditos que le correspondían.

Hábilmente, él obedeció. Luego frunció el entrecejo.

—Esto es demasiado.

—Marg Krim estaba contento. En su entusiasmo duplicó nuestro pago.

—Qué bien —aceptó Vos—. Más para gastar en el bar. ¿Nos vamos? —Su entusiasmo sonaba forzado.

Ventress frunció el entrecejo, pero no insistió. A ella nunca le gustaba cuando alguien la perseguía, por lo que extendió la misma cortesía a Vos. En silencio, ella introdujo las coordenadas de un planeta cercano.

Acababan de abandonar la atmósfera cuando una docena de naves salieron del hiperespacio. Los ojos de Ventress se abrieron grandes. Las naves eran una colección de cazas y fragatas clase Interceptor, todas con el feo y áspero símbolo de un sol con puntas afiladas y un círculo en el centro como un ojo que todo lo ve.

Sol Negro.

—No —dijo Vos. Su voz fue un gemido quebrado—. No…

Ventress vio en el ojo de su mente a los niños que abrazaban a Vos, sintió por apenas un momento las suaves y pequeñas manos de La-alee alrededor de su cuello y hombros mientras corría.

Luego, ya que no había nada más que pudiera hacer, Ventress movió los controles y la *Banshee* entró en el hiperespacio.

—

Primero fueron al bar. Vos hizo el pedido con voz inexpresiva, bebió de un solo trago y pidió otro.

Ventress bebió el suyo en silencio. Aunque ella no decía nada, él sabía que lo estaba observando. Él mantuvo su rostro inexpresivo, lo cual le costaba, y detrás de la máscara, sufría. Si Sol Negro los había seguido… no, ellos sabían dónde vivía la familia Krim. Habían secuestrado a Tezzka, a Laalee y a Vram con bastante facilidad. Simplemente iban a terminar el trabajo. Vos sabía en su corazón lo que iba a suceder. Sol Negro los iba a ejecutar y dejar que Marg Krim contemplara sus cuerpos ensangrentados mientras al mismo tiempo tratara de luchar por su propia vida.

Le dolió el puño. Miró parpadeando hacia abajo para ver que había golpeado sobre el mostrador. Lentamente, levantó la cabeza. Todo el mundo estaba mirándolos. De repente, no podía soportar estar entre el montón de gente. Se tomó otro trago, el ardor del licor fue casi doloroso; mientras recorría su camino hacia el estómago, arrojó algunos créditos sobre el bar y se volvió hacia Ventress.

—Vamos a caminar —dijo. Ella levantó una ceja, pero lo acompañó.

Amanecía en este mundo y las calles estaban en gran medida desiertas. A la luz leve de los primeros rayos del sol, todo parecía nuevo, incluso las cosas usadas, rotas y sucias.

Pero Vram y Laalee no iban a ver otro amanecer.

Impulsivamente, agarró la pequeña bolsa que guardaba en su camisa. La sacó y se la arrojó a Ventress.

—Toma. Te lo has ganado.

Ventress lo observó, sin tomar el dinero.

—No me abandones ahora, Vos —dijo en voz baja—. Estamos empezando a hacer un buen equipo.

—Pero nosotros no somos un equipo —replicó él. No sabía lo que intentaba decir, sin embargo, las palabras le salieron como si fueran una catarata, como si hubieran estado retenidas demasiado tiempo y estuvieran ansiosas de quedar libres—. Para que un equipo funcione, tiene que haber confianza. Y… yo no he sido sincero contigo acerca de quién soy.

Respiró hondo y continuó:

—Asajj… Soy un Jedi.

CAPÍTULO TRECE

—Lo sé —respondió Ventress.

Eso, Vos no lo había esperado. Lo dejó completamente descolocado.

—¿Lo… lo sabes? ¿Cómo?

Ella le dirigió una sonrisita que era mucho más suave que su habitual sonrisa arrogante.

—No soy una tonta. Veo lo que puedes hacer. Esos reflejos rápidos tuyos, como de gato. Tu caída hacia atrás en Mustafar. Eso debería haberte matado a ti y a Vram.

—Ah —Vos logró decir débilmente.

—¿Por qué?

Cerró los ojos por un momento, pensando cuánto debía decirle a ella. La respuesta llegó, clara y verdadera: todo.

—El Consejo Jedi me ha ordenado matar al conde Dooku. Ellos piensan que la mejor manera de hacerlo es a través de ti.

Ella cruzó los brazos, pero parecía más curiosa que otra cosa.

—Continúa.

Eso hizo. Le contó que el Consejo Jedi, y ahora él, sabían que Dooku la había apartado de si y que trató de matarla. Que ella conocía a Dooku mejor que nadie. Que ella había intentado, sola, matar a su antiguo maestro y que falló en ambas ocasiones. Que el maestro Yoda pensaba que juntos, ella y Vos, tendrían éxito.

Ventress escuchó sin interrumpir. Cuando Vos quedó en silencio, ella habló.

—Me sorprende que el Consejo Jedi tomara tal medida, y no es que yo lo desapruebe, claro está. Pero es un gran paso el de Jedi a asesino. Te he visto luchar con algunas de las cosas que hemos hecho, Vos. Y créeme, sólo has visto una versión muy aligerada de lo que sucede en una cacería de recompensas común. —Sacudió la cabeza—. Tu Consejo evalúa del todo lo que se necesita para lograr este objetivo.

—Yo lo haré. Lo que sea necesario.

—Respeto tu confianza en ti mismo —dijo ella, con un atisbo de sonrisa jugueteando en sus labios carnosos—. Y —añadió más seriamente— tu honestidad. Normalmente no encuentro a alguien que posea ambas cosas. Eres una especie rara, Vos. Pero Dooku… No estoy segura de que estés listo para ese tipo de lucha.

—Entonces haz que esté listo. Para eso el Consejo me ha enviado a ti.

Ella comenzó a darse la vuelta.

—No sabes lo que estás pidiendo.

Impulsivamente, él la agarró del brazo. Ventress miró desde la mano de él hasta su cara, casi con desconfianza.

—Entonces dime. Hazme entender.

Entonces ella se volvió a mirarlo de frente, con sus ojos buscando los de él.

—Eso va a requerir que abandones casi todo lo que significa ser un Jedi. Pero tú ya has empezado a recorrer ese camino, creo. Tu dolor por la muerte de la familia Krim no habla de desapego.

Él frunció el entrecejo.

—Los Jedi no carecen de emociones. Se nos permite hacer el duelo.

—Tal vez —concedió Ventress—, pero de alguna manera, no creo que la mayoría de los Jedi trate de ahogar el dolor en alcohol y golpear la mesa con sus puños.

—No —admitió Vos. Las palabras de ella eran más ciertas de lo que él se atrevía a reconocer. Pero había una verdad que sí podía decirle—. Yo… Ventress, esta guerra… —Sacudió la cabeza—. El Consejo tiene razón. Todos nuestros recursos están siendo volcados a ello y es un pozo sin fondo. Una victoria aquí, una derrota allí… estamos demasiado ocupados reaccionando simplemente a la siguiente crisis. Somos Jedi, no generales. Deberíamos estar luchando contra organizaciones como Sol Negro, haciendo cosas que hagan una diferencia. Dooku es la guerra. Cuando él muera, se acabó. Con él desaparecido, los Jedi realmente podrían ayudar otra vez a la gente, realmente hacer algo que fuera una diferencia duradera. Más que un simple rescate aquí y allá que al final no…

Vos tragó saliva. Se dio cuenta de que sus dedos se estaban clavando en el brazo de ella. Ventress no parecía preocupada, pero él se obligó a aflojarlos un poco y respiró hondo.

—De modo que… sí. Quiero a Dooku muerto ya. Su muerte lo arreglará todo.

Ventress le puso una mano en el pecho. Su corazón se aceleró bajo los dedos de ella y él sabía que ella podía sentirlo. Con gran delicadeza ella habló.

—Tendrás que endurecer ese corazón blando que tienes.

—Todo lo que tenga que hacer, cualquier cosa en la que tenga que convertirme, lo haré. Lo seré.

Ella lo miró fijo.

—Ya veremos.

—

Sentado en las tenues sombras del bar del 1313, Obi-Wan Kenobi se resistía a la necesidad de comprobar la hora otra vez. Sabía que Vos llegaba tarde; no necesitaba saber exactamente cuan tarde.

Esa información solo serviría para irritar a Kenobi más de lo que ya estaba.

En muchos sentidos, Vos era el candidato perfecto para esa misión. Tenía el don de congraciarse rápida y completamente con cualquiera.

Pero Asajj Ventress no era cualquiera. Ella era, de hecho, una rareza: un enemigo al que Kenobi admiraba. Y, si todo salía de acuerdo con el plan, una futura aliada.

Respiró profundo, accediendo suavemente a la Fuerza para poner una capa de calma en su irritación, como aceite sobre el agua. Eso ayudó, y al final, una figura familiar entró en el bar y se dirigió a la mesa de Kenobi.

—Llegas tarde —dijo Obi-Wan sin preámbulos. Y añadió con toda intención—: Otra vez.

Vos le dirigió su sonrisa habitual.

—Vaya, al menos soy coherente.

Se dejó caer en la silla, puso sus pies con botas sobre la mesa y las manos detrás de la cabeza, sintiéndose completamente como en su casa.

—¿Cómo está progresando tu misión?

—He hecho un progreso real. Como era de esperar. —Con la punta de su bota golpeó suavemente su vaso vacío y levantó las cejas interrogativamente. Kenobi suspiró un poco y se inclinó sobre la mesa.

—¿No hay problema con nuestra nueva «amiga»? —preguntó, llenando el vaso de Vos.

—Ninguno en absoluto. De hecho, ella ha sido muy útil. Dice que tiene contactos dentro de la Alianza Separatista que están en deuda con ella. Van a ponerse en contacto con ella cuando alguno de ellos sepa dónde estará Dooku.

Kenobi empujó el vaso sobre la mesa. Vos lo tomó justo cuando estaba a punto de volcarse.

—¿Y tú confías en ella?

Vos apuró el trago y se limpió la boca con el dorso de la mano. Algo le hizo cosquillas a Kenobi, una sensación de que las cosas no estaban bien. Vos se estaba tomando apenas un poco más de tiempo para responder. Sólo un Jedi, y uno que conociera muy bien a Vos, lo habría notado.

—Sí —dijo Vos con firmeza—. Sí, confío en ella. Empujó el vaso para que Kenobi volviera a llenarlo.

Obi-Wan observó el rostro de su amigo. Debajo de la expresión de absoluta confianza, se lo veía… vulnerable. Con voz amable, dijo:

—Ten cuidado, Quinlan. Ventress no es más que una manipuladora. Ella no dudará en utilizar tu confianza en tu contra en el instante en que le resulte útil a sus propósitos egoístas.

Otra vez el vaso se deslizó sobre la mesa. Vos lo tomó y miró a Kenobi directamente a los ojos.

—Ella me ha sido fiel.

«Esa es una curiosa elección de palabras», pensó Kenobi y el malestar se agitó otra vez dentro de él. Pero no había nada que hacer. Ya se lo había advertido a Vos y él no podía hacer nada más. El otro Jedi, después de todo, era también un maestro y uno que había estado en este tipo de situación de duplicidad muchas más veces que Kenobi.

Se contentó con decir:

—Por ahora. —Chocaron sus vasos y bebieron. Kenobi puso el suyo en la mesa y se levantó. Se puso el casco y palmeó a Vos en el hombro.

Pero incluso cuando salía, no pudo evitar la peculiar sensación de presentimiento.

—

Ventress entró las coordenadas de un mundo al que nunca había deseado volver, pero sabía en su corazón que era el lugar adecuado para empezar el entrenamiento de Vos.

Él claramente percibía la necesidad de silencio de ella y la respetó, aunque conociéndolo a él, era probable que estuviera lleno de curiosidad. Cuando salieron del hiperespacio y el planeta rojo llenó la ventanilla, Ventress sintió un dolor sordo, enfermizo, una sensación que ella sabía se iba a hacer más aguda con lo que estaba a punto de desarrollarse.

Hizo aterrizar a la *Banshee* debajo de los retorcidos y ennegrecidos troncos de los que alguna vez habían sido árboles de ochenta metros de alto. Unos pocos habían escapado de las llamas, y algunos de ellos daban, en un silencio conmovedor, frutos preciosos. Ventress se quedó por un momento sentada en la cabina, abriéndose al dolor, dejando que cortara su alma como un cuchillo a través de una palma abierta, mientras su pena, odio y culpa goteaban como sangre. Había pasado menos de un año desde la masacre, y la herida estaba todavía fresca y en carne viva.

Sin decirle una palabra a Vos, se levantó, se acercó a la puerta y tocó los controles para abrirla y extender la rampa. Él la siguió mientras Ventress bajaba, mirándola primero a ella y luego contemplando se mundo teñido de rojo, envuelto en una niebla. Él se tensó abruptamente. Ventress sospechó que estaba sintiendo la fuerza con la que el lado oscuro aprisionaba su lugar de nacimiento, lo fuerte que era y la profundidad que alcanzaba.

—¿Te acuerdas cuando compartimos el whisky de Lassa Rhayme aquella noche? —preguntó Ventress en voz baja. Él asintió con la cabeza—. Te pregunté cuál era tu historia y me dijiste que no tenías una. ¿Recuerdas lo que dije cuando tú me hiciste a mí esa pregunta?

—Me dijiste que tenías unas cuantas, pero que ninguna terminaba bien —respondió Vos en voz baja.

—Voy a compartir contigo una de esas historias ahora —anunció Ventress con la voz más ronca de lo habitual por la emoción—. Sobre una hermandad de mujeres. Y una joven que fue arrancada de ella y regresó a su hogar.

Caminó entre las sombras tenues de los árboles y oyó que la respiración de Vos de pronto se agitaba al ver los esqueletos, no solo del bosque. Ninguno estaba intacto; los carroñeros habían hecho su trabajo, pero aquí y allí aparecía la inconfundible forma de un cráneo humano.

—Cuando era niña, mi clan fue obligado a entregarme a un criminal. Me convertí en su esclava, pero él era un amo sorprendentemente amable. Lo mataron cuando yo era todavía muy joven durante un ataque de asaltantes weequay. Fui rescatada por un caballero Jedi llamado Ky Narec, quien percibió que yo era fuerte en la Fuerza. Él se quedó varado en Rattatak y me tomó bajo su ala. Me convertí en su aprendiz, en su padawan.

—¿Fuiste entrenada por un Jedi? —Vos la miró abiertamente.

Ventress asintió con un movimiento de cabeza y apretó los dientes por un momento. El dolor apretaba su corazón, y ella lo dejó.

—Durante diez años, hemos ayudado a la gente de Rattatak. Llegamos a ser héroes… para la mayoría. Pero para algunos, éramos el enemigo.

—Los Jedi son siempre enemigos de alguien —confirmó Vos.

—Narec murió delante de mis ojos. El también murió a manos de los weequay —continuó Ventress. Mientras pronunciaba las palabras más se abrían las compuertas y sintió una llamarada del viejo dolor, nunca desaparecido del todo… y el consuelo, frío pero real, del odio—. Podrás darte cuenta de que no me gustan. Juré venganza y la conseguí. Pronto, los señores de la guerra habían muerto, y yo gobernaba en su lugar. Fue en Rattatak que Dooku me encontró, y yo a él. —Se encogió de hombros—. Yo odiaba a los Jedi por abandonar a mi maestro, y Dooku quería un aprendiz tan lleno de odio como él. Era un buen par.

—Entonces… ¿qué cambió?

Su labio se curvó en una mueca al recordar las palabras de Dooku.

—Me abandonó sin avisarme. Dijo que yo le había fallado por última vez y me dio por muerta. Pero sobreviví y me prometí matarlo. Sabía que iba a necesitar aliados si quería tener éxito. De modo que volví a mi hogar. —Señaló el lugar en que se encontraban—. El hogar de las Hermanas de la Noche, donde fui bienvenida; y nuestra líder del clan, la Madre Talzin, me ayudó a preparar mi venganza. Dos veces intenté asesinar a Dooku. Dos veces fracasé.

Ventress se volvió para observar a Vos con atención. Ella se daba cuenta de que él sentía la profunda angustia del lugar. Su mirada se dirigió al suelo, deteniéndose en los restos rotos del arco de una Hermana de la Noche.

—Dathomir es donde obtuviste tu arco, ¿no? —Sin palabras, Ventress asintió con la cabeza—. No es de extrañar que sea tan importante para ti. —Él se inclinó y recogió respetuosamente el arco… y jadeó. El sudor apareció en su frente y su cuerpo se tensó. Sus ojos se abrieron muy grandes para ver no lo que había allí en ese momento, sino lo que había habido entonces…

El arco cayó de sus dedos temblorosos y se apartó de él. Cuando se recuperó, dijo:

—Lo siento, yo… mi talento, mi psicometría… Cuando tengo un objeto en mis manos y me concentro en él, a veces puedo ver y escuchar cosas que sucedieron durante su historia. Y algunas veces… a veces puedo sentir lo que sucedió.

—Entonces sabes que Dooku ordenó la masacre —dijo Ventress en voz baja—. Sucedió la misma noche en que me sometí al ritual para convertirme en una verdadera Hermana de la Noche. Dooku envió al general Grievous aquí con un ejército. Nosotras respondimos de la misma manera. Utilizamos nuestra magia oculta… y convocamos a los muertos.

Ella hizo un gesto hacia el área de los árboles que habían logrado escapar del fuego y señaló a los grandes sacos que colgaban como lágrimas gigantes.

—Éstos contienen los cuerpos de mis hermanas —explicó Ventress. Acarició con su mano la suave envoltura—. Cuando una muere, eso me dijeron, realizamos un ritual en honor a ella. Nos bañamos en la laguna sagrada, luego la metemos en esta vaina. De esta manera, una hermana nunca nos deja realmente. Ella está muerta, pero está presente dentro de algo vibrante y vivo. Está suspendida entre el cielo y el suelo, porque de verdad ella no es de ninguna parte. Ella está siempre cerca, siempre parte del clan. Me enseñaron que nuestras hermanas muertas pueden compartir nuestras celebraciones de alegría y nuestras ceremonias de duelo. Y aquella noche… compartieron nuestra lucha.

Ventress señaló los esqueletos alrededor de ellos. Por un momento, su voz se quebró.

—Pero… No conozco el secreto de la preservación de los caídos, y ya no quedaba nadie para ocuparse de ellos…

—Asajj… —Vos habló con gran ternura mientras le tocaba amablemente el brazo—. Lo siento tanto… Lo siento mucho.

Por un brevísimo instante, la simple sinceridad de sus palabras y gestos casi la deshizo. Pero, de inmediato, Ventress cerró la puerta del sentimiento, antes de verse sobrepasada. Ella había llevado a Vos a ese lugar para enseñarle el odio, para hacerlo lo suficientemente fuerte como para hacerle frente a Dooku, no para consolarla a ella. Era la única manera. Ella sabía sin saberlo que Dooku sólo sería asesinado por alguien con odio en su corazón. De modo que se desprendió y se volvió hacia Vos.

—No lo lamentes. Eso es una debilidad. Extiende tus sentimientos aún más, Vos. No te detengas. Siente la presencia de mis hermanas… su temor, su angustia, su odio… En esto debes aprender a concentrarte si vamos a tener éxito.

Al sentir la presencia de un ser vivo, ella se volvió hacia una de las ramas quemadas. Una serpiente negra de alrededor de medio metro de largo se envolvía perezosamente en ella, chasqueando su lengua bífida para olerla. Sin miedo, le tocó la mente y la llamó a su lado. El animal obedeció y subió por su brazo izquierdo hasta el cuello. Su lengua le hizo cosquillas al tocar debajo de la oreja.

—¿Mi odio? —Vos rio con inquietud—. Ese no es exactamente el estilo de los Jedi.

Ventress no respondió de inmediato. Observó cómo la serpiente iba por detrás de su cuello y bajaba hasta la mitad de su otro brazo.

Ésta levantó la cabeza y se volvió a mirarla a los ojos. Fríamente, los ojos de Ventress se encontraron con la ranura de la otra mirada.

—Como te advertí… para derrotar a Dooku, no podemos hacer las cosas al estilo de los Jedi.

Ventress levantó la mano derecha, y la serpiente obedientemente enroscó sus primeros pocos centímetros sobre ella. Ventress alzó la criatura hasta que estuvo a sólo unos centímetros de su cara.

Odio.

La serpiente silbó y luego comenzó a agitarse. Vos comenzó a interrumpir, pero Ventress levantó la mano izquierda para detenerlo.

—Cuando Ky Narec fue asesinado, permití que mi odio se hiciera cargo. —Al pronunciar estas palabras, la agitación de la serpiente se intensificó. Ventress bebió de ese pánico, cerrando su mano alzada en el aire vacío mientras la Fuerza estrangulaba al animal por ella—. El odio me dio acceso a habilidades que los Jedi piensan que son muy poco naturales. Pero los Sith saben que el camino al odio es el camino hacia el poder máximo.

La serpiente quedó inerte. Ella la dejó caer de su mano al suelo, muerta. Vos la observó por un largo momento. Entonces, sin apartar los ojos de la criatura, comenzó a hablar.

—Yo… yo entiendo tus sentimientos. También perdí a mi maestro. Él fue asesinado al principio de la guerra. Fue difícil reprimir mi emoción… la rabia que sentí ante su muerte. Y entiendo tu culpa, también.

Hizo una pausa por un momento, apretando los labios, como si no quisiera pronunciar las palabras.

—Se suponía que debía ser su compañero ese día. Pero en cambio, el Consejo me envió en una misión independiente. —Sus ojos se oscurecieron y su cuerpo se tensó mientras hablaba—. Siempre sentí que si yo hubiera estado allí, podría haber salvado al maestro Tholme.

Aún saboreando el tormento de la serpiente, Ventress sintió que el odio crecía en Vos.

—Recuerdo esa batalla —dijo ella, enviándole un estímulo para bucear todavía más profundo en sus emociones. Levantó la cabeza y la miró fijamente.

—¿Tú estabas ahí?

Demasiado tarde, Ventress se dio cuenta de su paso en falso. El miedo, por lo general un extraño, de repente brotó en su corazón. Si Vos lo supiera, él podría… No. Ella podía arreglar esto; podía utilizar los sentimientos de Vos hacia ella para hacerlo.

—No —mintió ella sin problemas—, Dooku se jactó de ello ante mí. Fue él quien mató a tu maestro. Incluso guardó el sable láser de Tholme como un trofeo.

Vos hizo una mueca. Su fe en las palabras de ella no se alteró y Ventress sintió una oleada de alivio ante el chorro fresco de ira que, sintió, provenía de él.

—Nunca lo supe —recordó él—. El Consejo nunca consideró que correspondía decírmelo.

Ventress se dio cuenta de que así había fortalecido la confianza de él en ella, dándole así un motivo de venganza personal contra Dooku, y a la vez había encendido su resentimiento hacia el Consejo, todo con unas pocas palabras bien elegidas.

Así era el traicionero poder del lado oscuro.

Ella bajó la voz hasta que fue un ronroneo ronco.

—Deja que la ira te guíe —le sugirió—. Tus sentimientos por la pérdida de tu maestro.

Cuando Vos habló, mirando directamente al frente, su voz se escuchaba temblorosa.

—Fui entrenado para no utilizar esas emociones.

—Porque eras un Jedi —explicó Ventress.

Él hizo una mueca ante la inflexión de sus palabras.

—Pero… todavía lo soy…

Ventress se puso delante de él. Sus miradas se encontraron. Vos estaba temblando. Para su propia sorpresa, Ventress se dio cuenta de que ella también temblaba, pero no podía determinar con qué emoción. Ella le acarició la mejilla con dedos inestables, extrañamente hipersensibles al roce áspero de su barba apenas crecida, y él cerró los ojos para apoyarse en la mano de ella. El cálido y rápido aliento de él sopló sobre la muñeca de ella.

—Hay otras emociones que los Jedi te enseñaron a no usar —susurró Ventress—. ¿Las niegas también?

Vos abrió los ojos, intensos, cálidos y marrones. Él la miró por un largo momento. Luego, con un sonido tanto de deseo como de angustia, como si algo se hubiera roto en su interior, él la tomó en sus brazos y la besó.

CAPÍTULO CATORCE

La cabeza y el corazón de Vos eran un torbellino de emociones a medida que pasaban los días. Ventress lo estaba abriendo a un nuevo nivel de ser, a un plano de intensidad, de profundidad y de sensación aguda. Ella había despertado en él un hambre que él nunca había sospechado, aunque en ese momento él se dio cuenta de que otros Jedi habían sabido de ello. Vos se había acostumbrado a que lo consideraran «poco ortodoxo» y «rebelde» por el simple placer que él disfrutaba con sus habilidades en la Fuerza. No es de extrañar que la Orden Jedi hubiera predicado contra el apego o contra la exploración de las profundidades de los propios sentimientos. Ya que ¿quién, después de haber probado una vez lo que Vos compartía con Asajj Ventress en ese momento, iba a querer apartarse de ello?

Se deleitaba en su pasión, adoraba la dulzura de poder simplemente extender la mano y acariciarle la mejilla sabiendo que ella saboreaba el gesto. Descubrió que las emociones a las que iba dando rienda suelta alegremente habían estado dormidas dentro de él durante mucho tiempo; quizás eso comenzó apenas se conocieron en aquella apasionante, frustrante y divertida persecución del volpai. Ciertamente, desde que ella se había ocupado de sus heridas después de haber rescatado a la familia Krim. Cada tanto, cuando él la sostenía en sus brazos, él creía que ella las compartía también.

Cuando llegó el momento de entrenarlo para hacer frente a Dooku, Ventress le informó que ella lo entrenaría como se entrenaba a una hermana de la noche.

—Tuve conversaciones con Karis y Naa'leth. Me contaron a lo que ellas habían sido sometidas. Las Hermanas de la Noche conocen el lado oscuro mejor que nadie. Crecemos empapadas en él, y podemos usarlo como una herramienta y seguir siendo nosotras mismas, a diferencia de los Sith. Ese equilibrio es lo que tú debes aprender.

Establecieron un área como campamento, recogiendo con respeto los restos de las hermanas caídas de Ventress y enterrándolas con sumo cuidado. Siguieron con escaladas para aumentar la fuerza y agilidad de Vos; excursiones de caza para hacer que él se sintiera cómodo al matar para comer; y largas carreras para fortalecer su resistencia. En una de esas carreras, a Vos se le permitió echar un breve vistazo al hogar de Ventress.

Él había visto la gran montaña roja a la distancia, pero Ventress lo había estado llevando a correr en la dirección opuesta. Una mañana, sin embargo, corrieron hacia ella.

El pico de la montaña se alzaba cada vez más grande a medida que se acercaban, pero los enormes árboles ocultaban la base hasta que estuvieron casi sobre ella. Ahí, el daño al bosque era aún mayor que en el lugar donde Ventress había estacionado a la *Banshee*. Vos pudo sentir el descenso de la temperatura y los ecos débiles del dolor que las Hermanas de la Noche habían sufrido rozando sus pensamientos.

Ventress había estado yendo a la cabeza, pero al llegar ahí desaceleró. Lo tomó de la mano y lo condujo a través de los árboles hasta un claro.

Vos miraba asombrado. No era simplemente una montaña… era una fortaleza tallada en ella. Enormes estatuas de mujeres talladas en la cara de la montaña. Todas con los

brazos estirados hacia arriba, de modo que parecían soportar el peso de todo el vasto edificio en las palmas de sus manos. Debían ser filas tras filas de ellas, que desaparecían en la oscuridad de las sombras de la caverna artificial. Algunas de las estatuas yacían rotas en el suelo, muda evidencia del ataque que había sufrido el clan de Ventress. No pocos esqueletos yacían todavía ahí, pero no estaban solos; partes de droides también estaban esparcidos en el lugar.

Las estatuas eran creaciones exquisitas, aunque fue la enorme talla en un lado de la montaña-fortaleza lo que le quitó el aliento a Vos. Era la cara estilizada de una mujer, con la boca abierta al corazón de la gran… ¿estructura de piedra?, ¿formación natural? La talla estaba en tal armonía con la tierra que era difícil decir dónde terminaba la naturaleza y dónde comenzaba el arte.

—¿Qué…? —Su voz sonaba áspera por el asombro. Se aclaró la garganta—. ¿Qué hay dentro?

Ventress se detuvo, mirando en silencio.

—Mi pueblo —respondió. Tenía los ojos secos, pero su dolor era casi palpable. Vos le apretó la mano para tranquilizarla, y ella negó con la cabeza.

—No —le dijo—. Nada de compasión. Sólo el conocimiento de que Dooku destruyó todo lo que era valioso para mí. No estás aún listo para ir al interior. Pero cuando lo hagas… —lo miró con lejanos ojos fríos y duros— será mejor que te asegures de poder salir.

—

Ventress mantuvo silencio en la carrera de regreso, y permaneció distante de él el resto del día. A Vos no le sorprendió. Ella había dejado en claro que no habían ido antes a la Fortaleza por sus propias razones, sin duda, una de ellas era que le iba a infligir un dolor renovado.

Vos conocía algunos puntos básicos de la historia de Ventress, las partes que a los Jedi les interesaba saber, por lo menos. Pero había tanto más en esta mujer asombrosa que su vida como aprendiz de Dooku primero y como su enemiga más apasionada después. En los momentos de descuido de ella, él podía vislumbrar destellos de la niña inocente que alguna vez había sido y, en esos momentos de confianza, Vos caía profundamente en… fuera lo que fuese realmente ese sentimiento.

Cuando regresaron al campamento cerca de la *Banshee*, ella le dijo que iría sola a cazar para la cena. Mientras esperaba su regreso, él se ocupó de limpiar y revisar el armamento, y cuando ella volvió con dos veekas medianas él ya tenía un fuego encendido. Unos momentos más tarde, las aves de plumas rojas estaban limpias y asándose mientras un apetitoso aroma llenaba el aire de la noche.

El humor distante de Ventress aún la dominaba mientras terminaban y se higienizaban. Estaban apoyados contra un tronco caído y ennegrecido, cerca uno del otro, pero sin tocarse. Vos esperó pacientemente, y por fin Ventress habló.

—¿Te acuerdas de nuestro primer día aquí? —preguntó ella, volviéndose para mirarlo. La luz del fuego se reflejaba en sus ojos.

—Nunca lo olvidaré. —Vos retiró la mano para tocarle suavemente la mejilla. Ventress le tomó el brazo y lo bajó, con firmeza pero no sin amabilidad.

—Me refería a la serpiente.

Vos le soltó la mano y asintió con un movimiento de cabeza. Él tampoco nunca olvidaría eso: la imagen de Ventress llamando a la serpiente junto a ella para luego ahorcarla mientras ésta se movía y se retorcía agarrada por un puño invisible. También recordaba haber hablado de la muerte del maestro y de la revelación de Ventress acerca de que Dooku había sido quien asesinó a Tholme.

Sintió que la ira se le acumulaba en la boca del estómago, un nudo que era a la vez helado y quemante. Ventress lo sintió y movió la cabeza en señal de aprobación.

—Bien, Vos. Ahora puedes tocar el lado oscuro a voluntad. Pero una cosa es sentir esas emociones de rabia, de odio, de angustia, y otra muy distinta es usarlas. Debes dejar de lado tu compasión y concentrarte en tu odio.

—Y… usarlas en un ser viviente.

—Precisamente.

Ventress extendió una mano e hizo el gesto de llamar a alguien. Vos vio el brillo de la luz del fuego en dos ojos pequeños y fríos, y luego apareció arrastrándose el reptil que Ventress había llamado. Se enrolló sobre sí misma, los ojos fijos en el Jedi. Vos lo miró con tristeza. Mientras él había abrazado plenamente y con entusiasmo las emociones que se apoderaban de él por Ventress, ahogando deliberadamente las sensaciones de pasión y de conexión profunda, esto era algo diferente. Incluso si no hubiera sido un Jedi, Vos sabía que se habría apartado de esa matanza sin sentido. Y ésta le parecía ser de lo más absurda: matar a un animal, un ser que era parte inherente de la Fuerza y completamente inocente de bondad o maldad, que en ese momento no representaba amenaza alguna, simplemente para avanzar un poco más por un camino oscuro.

Pero ésa era la tarea que le habían asignado, ¿no? Ésta nunca había sido capturar al conde Dooku o enfrentarlo en una pelea justa. Esta misión, desde el principio, había sido una misión para un asesinato. Él entendía que millones de inocentes iban a sobrevivir y que de otro modo morirían si esta guerra abominable continuaba mucho tiempo más.

Inocentes como Tezzka, Vram y Laalee.

«Por un *bien* mayor», pensó y levantó una mano.

Al percibir la intención de Vos, la serpiente reaccionó de inmediato. Se irguió y siseó dejando al descubierto los afilados colmillos.

La voz de Ventress, fuerte y tranquilizadora, flotó hacia sus oídos a través de su concentración.

—No, hazlo amablemente… tienes que hacer que se acerque a ti por propia decisión.

Eso era peor que un ataque simple, pero Vos asintió con un movimiento de cabeza, cambiando su energía y su foco. La serpiente respondió cerrando la boca. Su lengua seguía moviéndose, oliendo, pero curiosa, no hostil.

—Bueno —dijo Ventress—. Ahora atráela hacia ti. Que baje la guardia…

Las manos de Vos se movieron en un gesto de fluidez. En su mente, él vio a la serpiente que se acercaba voluntariamente, y un breve instante después la criatura se movió sobre la roca y el suelo, sus poderosos músculos apretándose y aflojándose a medida que se propulsaba hacia Vos.

La voz de Ventress fue casi más sentida que escuchada cuando habló de nuevo.

—Siente el lado oscuro. Te da poder. Tú estás al mando, tienes el control. Puedes torcer las cosas a tu voluntad.

Ella tenía razón. De vez en cuando, Vos había usado la Fuerza para hacer «sugerencias» a aquellos cuyas mentes no eran lo suficientemente fuertes como para resistir. Su interacción con la serpiente hizo que Vos recordara aquellos tiempos, solo que era mil veces más intensa. La serpiente no se mostraba meramente dócil, estaba fascinada.

Vos se estremeció cuando los labios de Ventress le rozaron la oreja.

—Ahora… usa ese poder. Mátala.

Mátala. Mata a Dooku. Eso era para lo que había sido enviado, lo que debía hacer.

Vos respiró hondo, tratando de ir más profundamente en su conexión con la serpiente embelesada. Cerró los dedos lentamente, visualizándola en su mano, el dedo índice y el pulgar en un círculo debajo de la cabeza de la criatura, ahogando…

—¡Aaah!

Un dolor abrasador lo atravesó cuando la serpiente le hundió profundamente los colmillos. Vos retiró rápidamente la mano y la serpiente, dueña otra vez de su voluntad, se alejó arrastrándose con una rapidez asombrosa.

Se agarró la muñeca de la mano izquierda mordida con la derecha, mirando a Ventress. El rostro de ella era el más duro que le había visto en las últimas semanas, sus hermosos ojos una vez más tan fríos como trozos de hielo.

—Todavía no estás listo para enfrentar a Dooku. Pero lo vas a estar.

No era la respuesta que esperaba. Se miró la mano que comenzaba a hincharse.

—¿Venenosa? —logró decir Vos entre dientes apretados. Conocía la respuesta mientras hablaba. El dolor iba en aumento, y sentía como si hubiera metido la mano en agua hirviendo. Al mismo tiempo, temblaba. Vos se dio cuenta de que estaba entrando en shock.

—El veneno no es letal, pero tiene sus usos.

Mareos y náuseas se apoderaron de Vos, y antes de darse cuenta de lo que sucedía, cayó de rodillas. «¿Tiene sus usos?». ¿Qué quiso decir con eso? ¿No iba ella a curarlo? El dolor aumentó tremendamente. La miró. Sus formas iban cambiando, desdibujándose, y su voz sonaba hueca y distorsionada.

—El dolor te permitirá acceder a tu rabia. Acéptalo como castigo por tu fracaso.

Como si las palabras de ella hubieran sido instrucciones para el veneno, el tormento, en su exquisita intensidad, se extendió por todo su cuerpo. Era como si su corazón bombeara fuego líquido, no sangre, y Vos ya no pudo reprimir un grito de sufrimiento.

Cayó al suelo, a su implacable y dura superficie; las rocas salientes se clavaron en la piel liberando nuevas oleadas de dolor tan fuertes que no podía creer que todavía estuviera consciente.

Se retorció, gritando, y Ventress lo miró. Su rostro era una cambiante máscara de frialdad implacable.

Y ése fue un dolor mucho peor que el veneno.

CAPÍTULO QUINCE

Vos soñó los sueños de los torturados. Pesadilla tras pesadilla lo atravesaron, visiones de sombras, masacres y dolor tanto producidos como recibidos. A través de todos ellos bailaba Asajj Ventress, en su hermosa cara todas las expresiones que él le había visto y algunas que no conocía. Pero el último sueño no fue de dolor, sino de éxtasis, del tierno toque de los dedos de ella en su cara, de sus palabras susurradas…

El contacto se hizo más frío, todavía suave, pero con textura. Vos abrió los ojos para descubrir una serpiente enroscada en su cuerpo, su cabeza triangular deslizándose por debajo de la barbilla. Él gritó y saltó hacia atrás, la adrenalina corriendo dentro de él. La serpiente, desinteresada, se alejó deslizándose y Vos se esforzó por desacelerar la respiración.

El ardiente sufrimiento había desaparecido. Lo había reemplazado la lentitud, como si nadara en el barro. La niebla flotaba baja sobre el suelo, oscureciendo su visión… ¿o eran los efectos residuales de la mordedura de la serpiente? No, él podía sentir el aire húmedo que se pegaba acuoso a su piel. Se dio cuenta de un leve crujido detrás de él. Giró y fue recibido por la visión de otra serpiente más, gruesa como el brazo y de tres metros de largo. Él se puso de pie y trastabilló alejándose de ella, moviéndose demasiado lentamente y con demasiado esfuerzo. La serpiente también se negaba a la confrontación y se deslizó para ir a buscar su desayuno.

—Ha llegado el momento de poner a prueba tu entrenamiento Jedi, mi dulce.

Vos se dio cuenta de que su sable de luz había sido puesto a su alcance. Él, por supuesto, lo había escondido de Ventress durante sus primeros días juntos, pero una vez en Dathomir no había habido ninguna razón para no hacer uso de él durante sus cacerías. Sin embargo, él estaba seguro de que no lo había tenido con él la noche anterior. Lo tomó en ese momento con dedos torpes.

La voz de Ventress parecía provenir de todas partes. El pensamiento de Vos todavía estaba aletargado, y miró a su alrededor, tratando de detectarla, preguntándose que nueva lección le había preparado. Oyó el siseo y el clic de un sable de luz y torpemente activó el suyo cuando ella saltó sobre él desde arriba.

Gracias a los efectos persistentes del veneno, y a la simple desconfianza, Vos registró que ella actuaba con mortal seriedad a tiempo para dar un paso atrás y parar su golpe. Ventress saltó hábilmente sobre su cabeza y Vos se volvió, de nuevo casi moviéndose con demasiada lentitud como para evitar que ella lo cortara por la mitad.

Sus hojas chocaron y chisporrotearon, y ella avanzó, su rostro a pocos centímetros del de él. Una cruel sonrisa curvó sus labios carnosos.

—Muy bien, Vos —dijo ella, casi burlonamente—. Por lo menos sabes cómo devolver un ataque.

Ella dio una voltereta hacia atrás, aterrizando en cuclillas sobre una gran roca.

—¿Pero puedes terminar el trabajo? —Y con un salto rápido, Ventress desapareció en la niebla.

¿De qué estaba hablando? Eran socios… más que socios. Vos sabía que Ventress se preocupaba por él. Podía sentirlo en su toque, podía sentirlo en la Fuerza. En cuanto a lo que él sentía, él…

La risa de ella, fría y cruel, heló a Vos más que la niebla cada vez más espesa. Dio un paso adelante, moviéndose hacia donde la había visto por última vez, apelando a la Fuerza para tratar de localizarla. Su cabeza comenzaba a aclararse y la irritación reemplazó a la confusión. Fuera lo que fuese que ella estaba haciendo, no era necesario, y estaba empezando a hacerlo enojar. Estaban perdiendo tiempo en una tontera.

Por segunda vez, el zumbido de su sable de luz alertó a Vos acerca de la presencia de Ventress, y de nuevo se volvió para detener el ataque de ella desde atrás. Su hermoso rostro se contorsionó en una mueca, y se lanzó contra él con toda su fuerza. Ventress descargó una lluvia de golpes sobre él, sin frenarse, avanzando para matar. No dispuesto a hacerle daño a ella, Vos dio un paso atrás, luego otro, concentrándose en bloquear su ataque. El aire húmedo amortiguaba el chisporroteo de los sables de luz que chocaban con mortal precisión.

Ventress seguía atacando con firmeza. Algo hizo clic dentro de Vos. Un grito furioso escapó de sus labios y se lanzó a la ofensiva. Esta vez fue ella quien se vio obligada a ceder terreno a medida que él avanzaba hacia ella, moviendo su sable de luz con tanta rapidez que era poco más que una mancha verde. Cuando ella retrocedió para atacar de nuevo, la mano de él salió disparada hacia adelante y se cerró en la garganta de ella, los dedos clavándose en la carne tibia, levantándola con facilidad por el aire para luego arrojarla al suelo.

Ventress golpeó con fuerza, despatarrándose con una absoluta falta de su habitual controlada gracia. Ella tosió y con una mano se masajeaba la garganta. Vos se encontró de pie junto a ella, el sable de luz levantado para el siguiente golpe, pero una sonrisa tocó los labios de ella.

—¿Ves? —dijo ella, su voz áspera, las sombras tenues de un hematoma empezando ya a formarse en su pálida garganta—. ¡Tu ira te ha hecho poderoso!

Bajó el sable de luz y lo apagó. La furia roja que había coloreado sus pensamientos se iba desvaneciendo. Así que realmente había sido una prueba, y nada más. Vos frunció el entrecejo. No le gustaba que jugaran con él.

Pero antes de que pudiera decir nada, Ventress había saltado, poniéndose de pie, y corría otra vez hacia la niebla. ¿Ahora qué? Él apretó los labios en una línea tensa y la persiguió. Este juego había ido demasiado lejos.

Y era un juego. Una y otra vez, Ventress le permitió vislumbrarla lo suficiente como para no perderla de vista. Saltaban sobre troncos de árboles caídos, se agachaban por debajo de piedras salientes. Vos se dio cuenta de que el camino que seguía Ventress los estaba llevando a la fortaleza de la montaña. Recordó lo que ella le había dicho la primera vez que la habían visto juntos «No estás aun listo para ir al interior. Pero cuando lo hagas… será mejor que te asegures de poder salir».

Estaba listo. Él lo sabía. Podía tomar cualquier cosa que Ventress le lanzara.

Ventress corría en ese momento en un claro, con sus esbeltas piernas largas llevándola fácilmente sobre las piedras hacia la boca abierta de la caverna. Ella desapareció en la oscuridad. Vos corrió detrás de ella, desacelerando al sentir los dedos fríos de una sombra que lo acariciaban. Sostuvo su sable de luz delante de él y se movió con cautela, recurriendo a la Fuerza para tratar de detectarla.

Vos caminó entre las estatuas que servían de columnas y llegó a un espacio interior de oscuridad y belleza. Cuando Ventress había dicho «aldea», Vos había esperado algo pequeño y primitivo. Pero esta caverna era gigantesca, y lo que albergaba era vasto e imponente en su alcance y encanto.

La mayor parte de la iluminación provenía de lagunas de agua que brillaban con una suave e hipnótica tonalidad azul. Aquí y allá, caían estrechas corrientes de agua, su fuente tan alta que estaba envuelta en la oscuridad. La iluminación tenue revelaba que, como con el exterior, los que habían construido este lugar habían trabajado en conjunto con la naturaleza. Ahí, en el pueblo de las hermanas de Ventress, no había arquitectura forzada; nada, al menos en esa primera vista, parecía haber sido creado en una fábrica. Estalagmitas imponentes salían de los cerúleos lagos, sus picos tan altos que desaparecían arriba, en la oscuridad. En estas formaciones naturales se habían tallado puertas, ventanas, escaleras y miradores en varios niveles. Puntos de lo que parecía ser piedra fosforescente aumentaban la luz azul. Sin duda, alguna vez había habido también antorchas.

Vos se adelantó en una amplia área abierta de piedra plana. Aquí y allí vio restos de vida cotidiana: jarras y jarrones volcados, braseros, cuencos.

Habría sido uno de los lugares más hermosos que Vos alguna vez viera, si no hubiera estado tan inmerso en el lado oscuro. Era fuerte aquí; controlado, directo. Al otro lado de la zona abierta, vio un altar y se preguntó de qué clase de horrores habría sido testigo. Quizás una vez, esto había sido nada más que una caverna, un lugar neutral, con el tiempo impregnado por la energía que permanecía de siglos de trabajo oscuro. O tal vez siempre había morado en el borde de la oscuridad.

No importaba. Lo único que Vos entendió fue que Ventress conocía íntimamente los giros y vueltas de su aldea; él era un extraño, y ella lo estaba cazando.

Él sentía su presencia, pero la ubicación se enturbiaba, era difícil de precisar. Moviéndose en silencio, Vos se dirigió a una estalagmita más pequeña y salto desde detrás de ella con un gruñido, moviendo su sable de luz.

Pero Ventress no estaba allí. Ella estaba detrás de él, gritando mientras movía su brillante hoja amarilla. Vos se vio obligado a esquivarla. Veloz como un pensamiento, Ventress pasó corriendo junto a él y se volvió para quedar frente a él.

—Eres fuerte —dijo ella y para su sorpresa, Ventress dio un paso atrás y apagó su sable de luz. No muy seguro en cuanto a su intención, Vos vaciló.

—No te preocupes, Quinlan. Esta parte de la prueba ha terminado.

Él asintió con la cabeza y apagó su sable de luz.

—No puedo decir que lo siento. ¿Ahora qué?

Ventress se volvió y miró hacia las lagunas azules.

—Un componente importante de la magia oculta de las Hermanas de la Noche es un fluido que llamamos el Agua de Vida —explicó ella.

—¿De estos lagos? —trató de adivinar Vos.

—No exactamente. El Agua de Vida… debe ser cosechada. Las oscuras cejas de Vos se unieron.

—No te entiendo.

—La profundidad de estas lagunas nunca ha sido sondeada. Lo único que sabemos es que son muy profundas por cierto, y que son el hogar de muchas criaturas. Hay una que las Hermanas de la Noche llamaban «Durmiente». Para ser plenamente aceptada como una adulta, las jóvenes de mi clan debían someterse a un rito de pasaje. Con la ayuda de sus habilidades en el uso de la Fuerza, debía despertar al Durmiente, dominarlo y obligarlo a extraer un pedazo de su propio cuerpo.

—¿Un trofeo? —Vos se sintió asqueado.

—No. Un ingrediente. Ese pedazo del Durmiente se hierve con agua de la laguna y otros elementos para crear el Agua de Vida. Me dijeron que el Durmiente era muy empecinado. Perder el control de él mismo, aunque fuera por un momento, significaría la muerte de la iniciada.

Vos miró las aguas luminosas.

—¿Cuántas veces el rito tuvo éxito?

—Nunca lo pregunté.

—¿Cuál es el truco? Simplemente controlar a un animal, incluso uno muy empecinado, es bastante fácil para un Jedi.

—Lo sería… si esta criatura fuera sólo un animal, y si sólo se necesitara usar el lado luminoso de la Fuerza —explicó Ventress—. Quinlan… se trata de «el» Durmiente, no de un Durmiente. Es antiguo. Los relatos sobre él se remontan a los primeros días de mi clan. Uno puede sentir lo fuerte que es el lado oscuro aquí. Todo, incluso la vida silvestre, ha sido tocado por él de alguna manera. El Durmiente únicamente puede ser despertado y controlado si alguien lo subyuga totalmente con el poder del lado oscuro.

—Ya veo —dijo Vos. Miró hacia atrás sobre el agua—. Bueno, sigamos adelante con ello.

Ella le puso una mano en el brazo.

—Aún no. Es poco lo que sé acerca del Durmiente, pero voy a compartir contigo lo que sé. —Ventress sonrió un poco—. Ahora ya sabes por qué quería que fortificaras tu resistencia. Tu siguiente ejercicio requerirá que nades… y contengas la respiración.

CAPÍTULO DIECISÉIS

—Tengo un respirador Aquata, pero me gustaría recomendarte que entrenaras con él y sin él —le dijo ella mientras comían esa noche—. Las lagunas en la caverna son opacas, por lo que tu visión será limitada. Tal vez también te sirvan un par de antiparras que te permitan ver más allá del espectro visible.

Vos lo pensó mientras cortaba un trozo del pequeño lagarto que giraba en el asador, luego negó con la cabeza.

—No. Eso no me parece correcto. El objetivo de esta prueba, como yo la entiendo, es que yo lo domine con mi habilidad en la Fuerza, no con tecnología.

—Con tu habilidad manejando el lado oscuro de la Fuerza —le recordó Ventress.

Él asintió con la cabeza y mordió el trozo de carne de suave gusto.

—Bien, ¿qué más puedes decirme?

Ventress se veía frustrada.

—Menos de lo que quisiera. Sé que es grande, aterrador a la vista y físicamente poderoso. Y como he dicho, su voluntad es impresionante.

—Hablaste de natación y de contener la respiración —dijo Vos—. Calculo que voy a tener que luchar debajo del agua, ¿no?

—Lo ideal sería que no —respondió Ventress—. El Durmiente puede ser atraído hacia la tierra y, por supuesto, tú tendrías la ventaja allí. Pero tienes que estar preparado para todo.

—Bien… entonces… ¿qué aspecto tiene esta cosa? —quiso saber Vos. Se obligó a comer más de lo habitual. Pronto iba a quemar miles de calorías por día en el entrenamiento.

—Esto varía de persona a persona —explicó ella—. Karis aseguraba que era del mismo tono azul del agua. Luce dijo que era de un blanco puro. Talia me comentó que el Durmiente tenía ojos enormes y pinzas. Naa'leth decía que no, que tenía tentáculos. Lo único en que todas estaban de acuerdo es que estaban aterrorizadas. Parece que si uno no lo controla rápidamente y es arrastrado al agua, presumiblemente por sus pinzas o sus tentáculos, se corre el riesgo de entrar en contacto con la sustancia que uno está tratando de cosechar. Eso puede causar alucinaciones. —Bajó la mirada—. Talia vio que su hermana gemela simplemente se congeló. Ella estaba paralizada por el miedo. El Durmiente la arrastró hacia abajo con él.

—Eh… —intervino Vos, apretándole el hombro con una mano—. Tengo mucho respeto por las Hermanas de la Noche y sus habilidades en la Fuerza. Pero yo no soy un niño, soy un adulto con las habilidades y el entrenamiento de un maestro Jedi. Y —añadió, con la esperanza de mejorarle el estado de ánimo— tengo el mejor entrenador del universo, que tiene un interés personal en que yo sobreviva.

Ventress lo miró, con sus ojos buscando los de él. Le tocó la cara y sus dedos le acariciaron los labios. Él se estremeció y la mordisqueó con suavidad.

Con una risa suave, ella retiró la mano y le dio un golpecito en la nariz.

—No te olvides de eso, Idiota.

—Nunca —aseguró él y la besó.

Dathomir no carecía de océanos, y Vos pronto se familiarizó a fondo con ellos. Comenzaron con una simple inmersión. El entrenamiento Jedi de Vos le daba un excelente control tanto sobre su mente como sobre su cuerpo, lo que sería la clave de su éxito. Si se mantenía en calma todo el tiempo, su ritmo cardíaco se mantendría lento y su cuerpo no quemaría más oxígeno del que era absolutamente necesario. Muy consciente de que si no establecía y mantenía el control sobre el Durmiente desde el principio, seguramente se iba a ver envuelto en un combate, practicó también lucha contra criaturas submarinas.

—Tu entrenamiento va bien —aprobó Ventress una noche mientras comían un guiso preparado con un pez burra que Vos había matado ese día.

—Me alegro de que pienses así —dijo él. Vaciló, y luego preguntó—: ¿Qué haremos… después?

Ella lo miró mientras se servía más guiso.

—¿*Qué* pasa después?

—Cuando hayamos matado a Dooku.

Ventress miró de nuevo la olla de guiso que burbujeaba alegremente en el fuego. Bajó la cabeza para que él no pudiera ver su rostro en la parpadeante luz. No tenía ganas de pensar en lo que sucedería después. Ese tiempo juntos era muy valioso… y prohibido. Los Jedi nunca iban a aceptar a uno de los suyos con una… compañera, y mucho menos una que era una ex Sith. Cuando Dooku muriera, también moriría su conexión. Vos la abandonaría y ella quedaría sola. Otra vez.

Y ella lo entendía. Ventress sabía cómo estar sola, y siempre había sabido que incluso este breve tiempo con Vos era un regalo. Ella mantuvo su tono coloquial.

—Va a ser difícil que vuelvas a los Jedi, pero es posible.

—Asajj.

Ella se quedó inmóvil. Vos tomó el tazón de ella, lo apartó, y le tomó las manos entre las suyas. Miró sus fuertes dedos, sus callosas palmas llenas de cicatrices, luego apretó los labios sobre cada una de ellas sucesivamente.

—Yo no quiero volver —aseguró él. Ventress cerró los ojos, apenas atreviéndose a creer en esas palabras—. Quiero estar contigo.

En ese momento, ella se arriesgó a mirarlo. El rostro de él brillaba con intensidad, sus ojos cálidos atrapaban la luz del fuego por encima de la franja amarilla que adornaba sus facciones.

—No puedo salir de esto, y no quiero. ¿Tú sí?

Por un momento, Ventress no pudo hablar.

—No —logró decir—. Yo no quiero tampoco. Pero, Quintan… debes estar seguro. Es lo único que siempre has conocido.

—Te conozco a ti ahora —contestó Vos, apretándole las manos para dar énfasis—. Y si ser Jedi significa que no puedo estar contigo… También sé lo que tengo que elegir.

Le soltó las manos y se desabrochó el brazal de los Jedi para dejarlo en el suelo. Ella lo observaba con una ceja arqueada en gesto de estar confundida. Encontró una piedra, la arrojó al aire y la atrapó.

Vos la miró con solemnidad.

—Comienza ahora. —Y con la piedra rompió el botón del holocomunicador, interrumpiendo el contacto con los Jedi por ahora, y… ¿para siempre? ¿Podría hacerlo realmente? Ventress se quedó mirando esa pieza rota del equipo de él, luego levantó la mirada hacia él.

Vos le sonrió, plenamente, libremente. Ni una sombra de arrepentimiento se veía en él, sólo una serena certeza. Una emoción se apoderó de Ventress y era tan ajena a ella que casi no la reconoció como alegría. El nombre de otro sentimiento, más rico y profundo, rondaba sin ser pronunciado entre ellos, bailó en sus labios… tal vez en los de él también. Tenían un vínculo real, vibrante y fuerte, que a ella le parecía inquebrantable.

—Juntos —dijo él, con la voz ronca por la emoción.

Ventress no se atrevió a hablar. En cambio lo tomó, arrastrándolo hacia ella, y lo besó apasionadamente. Vos respondió de inmediato, devolviéndole el beso con una fiereza que aumentó el deseo de ella. Todos los sentidos estaban alerta, expectantes, y cada toque tenía la intensidad de algo más que físico. Él se puso de pie, llevándola con él, la besó con fuerza y luego la tomó en sus brazos y se dirigió hacia la nave.

Una pequeña luz roja intermitente apareció en la oscuridad. Ventress cerró los ojos y gruñó. Vos rio con tristeza, su cálido aliento le agitó el pelo mientras la besaba en la parte superior de la cabeza para luego dejarla en el suelo.

—Debes atender eso.

—El momento podría haber sido mejor elegido —dijo Ventress, y sacó su holocomunicador. Apareció una pequeña figura en cuclillas y arrugada. Farfulló con entusiasmo.

—*Kuck chi sol ildi*.

Ventress sintió una sacudida en su interior. ¿Tan pronto? Su mirada saltó a Vos, quien levantó una ceja con curiosidad. Al parecer, el gossam no era un idioma que él entendía.

—Ya veo —dijo Ventress a la imagen holográfica—. Lo has hecho bien, Sumdin. ¿Y dónde se realizará esa reunión?

Sumdin levantó sin gracia una mano de tres dedos y manipuló algo que Ventress no podía ver. En el lugar del gossam apareció el holograma de un planeta verde y azul, agradable de ver.

Y entonces Vos entendió.

—¡Encontraste a Dooku!

Ventress contempló el pequeño mundo por un momento más y luego desactivó el holocomunicador.

—Estará en Raxus. Sé el día y la hora. Vos hizo una leve mueca.

—Su propio terreno. —Raxus era la capital de la Confederación de Sistemas Independientes. La seguridad sin dudas sería extremada—. Pero si lo has encontrado, tenemos que ir.

Ventress no respondió. Su frente se frunció en estado de confusión.

—¿Y bien?

—Quinlan… Me preocupa que no estés listo. Apenas has comenzado a explorar el lado oscuro, por no hablar de dominar la habilidad de caminar por el filo del cuchillo. No has llamado al Durmiente y si no puedes hacer eso… si nos vamos ahora, podrías estar en peligro.

Él le dirigió una sonrisa torcida.

—¿Más de lo que ya estoy?

—Más de lo que puedas imaginar.

—Entiendo tu preocupación. Pero no podemos darnos el lujo de perder esta oportunidad.

Ventress no respondió de inmediato. Había esperado tener más tiempo. Más tiempo para que Vos se entrenara, para dominar la voluble y poco fiable naturaleza del lado oscuro; más tiempo para estar juntos antes de enfrentar a un enemigo indeciblemente peligroso… y más tiempo para que ella reuniera el coraje necesario a fin de decirle la verdad acerca de su maestro. Pero no podía hacerlo, no en ese momento. Se lo diría después, cuando ya hubieran matado a Dooku y verdaderamente dejado atrás su pasado. Cuando estuvieran juntos y las cosas estuvieran más calmadas.

Aun cuando él la entendiera y la perdonara, sería una sorpresa para él, al menos al principio. Para tener éxito en su misión, ella necesitaba que Quinlan Vos estuviera en su mejor estado y bien concentrado… y sólo podía ayudar el odio personalizado que ella le había inculcado falsamente por el conde.

También… él tenía razón. Era imposible saber cuándo iban a conseguir una segunda oportunidad. El conde era escurridizo como una anguila de Mon Calamari.

Él le puso las manos sobre los hombros y la miró.

—Asajj… lo admito. El lado oscuro me ha hecho poderoso. Me has abierto los ojos a tantas cosas, pero no me ha hecho daño. Lo único que ha hecho es hacer que yo crea que podemos tener éxito.

Ventress sonrió con tristeza.

—Ése es el peligro.

Él suspiró.

—Déjame demostrártelo. Sé que estoy listo para llamar al Durmiente… y derrotarlo.

Ventress no compartía la seguridad de él. No era su capacidad de utilizar la Fuerza lo que estaba en cuestión. Era su habilidad para usar sólo el lado oscuro de ella. Vos era un buen hombre. A ella le preocupaba, incluso en ese momento, que él todavía pudiera ser demasiado bueno.

Ella cerró los ojos y respiró.

—Muy bien —dijo—. Vamos.

CAPITULO DIECISIETE

Ambos permanecieron en silencio mientras se dirigían hacia las cavernas. Vos sintió la caricia del lado oscuro al entrar en la zona abierta, y sus pensamientos fueron innumerables y caóticos.

Ventress se detuvo cuando se acercaron al agua azul de una de las lagunas de la caverna.

—¿Qué es esto? —preguntó Vos.

Estaban cerca de un estanque artificial que se había creado en el área abierta con suelo de piedra cerca del altar. Su agua no era ni clara ni azul, sino de un intenso color negro como la tinta. Ventress apretó los labios.

—Aquí fue donde verdaderamente dejé de ser una Sith. Donde me convertí en una Hermana de la Noche. Yo ya era demasiado mayor y experimentada como para llamar al Durmiente, así que mi iniciación fue de alguna manera… diferente.

—¿Qué pasó?

Ella lo miró, y había un atisbo de paz junto con el dolor en su rostro.

—Volví a nacer —respondió—. Entré en la aguas como una Sith… y emergí como una Hermana de la Noche.

—¿Gracias al uso de la magia oculta?

—En parte. Pero sobre todo por la decisión de abandonarla y estar dispuesta a aceptar el amor de mis hermanas.

Vos le tocó la mejilla con suavidad.

—Nunca dejas de sorprenderme.

—Bueno —dijo ella, intentando tomarlo a la ligera—, esta vez, tú me sorprendes a mí.

Él enderezó los hombros.

—Correcto. Así que, cuanto más pronto terminemos con esto, más rápido podremos ir tras el conde. Y una vez hecho eso… —La besó suavemente en la frente y luego dio un paso atrás. Sacó su sable de luz y ella lo tomó. Las Hermanas de la Noche no tenían armas cuando se enfrentaron al Durmiente; Vos tampoco la tendría. Ésa era una batalla de la mente—. Cuídalo durante… digamos los próximos minutos, porque voy a querer que me lo devuelvas.

—No te preocupes. Te va a estar esperando, te lo prometo.

Él asintió con la cabeza, luego se volvió y avanzó hacia el borde del estanque.

—Quinlan —lo llamó ella. Él se dio vuelta para mirarla—. No te apresures. Asegúrate de estar listo cuando lo llames.

Vos asintió. No le había preguntado a Ventress si ella lo ayudaría en caso de que él se viera en problemas, y ella no había dicho nada al respecto. No estaba seguro de querer conocer la respuesta y no tenía planes de averiguarlo. Empezó ajustando la respiración; lenta, profunda y rítmica. Vos sintió que el oxígeno le saturaba la sangre y era bombeado al corazón, tomando el control que Ventress le había asegurado que era vital para su

victoria sobre este misterioso y, al parecer, horrible Durmiente. Se abrió a la oscuridad, la sintió casi envolviéndolo físicamente.

Vos se puso el respirador Aquata en la boca y amplió el alcance de su mente. Había muchas formas de vida en esas aguas, desde pequeños organismos unicelulares hasta peces y crustáceos de tamaño moderado. Éstos eran simples, sin complicaciones, y apartó delicadamente sus concienciáis para continuar con su búsqueda. Y su mente fue hacia las profundidades de aquellas aguas azules y oscuras. Algunas cosas se escondían en las cavernas. Otras nadaban libremente. Pero Vos detectó una forma de vida que era más compleja que el resto; más compleja y muy… vieja. Antigua.

Estaba soñando. Vos comprendió al rozarla con la Fuerza que había estado soñando desde hacía algún tiempo sin ser molestada. Quería enviarle calma y paz, y dejarla reposar, pero no pudo. Vos se armó de valor y, aún deseando que su cuerpo se mantuviera en calma, permitió que su mente poco a poco se abriera al Durmiente. Sintió que se movió molesto, resistiéndosele con sorprendente fuerza, incluso en ese estado.

«Despierta».

No se despertó. Vos levantó una mano y extendió los dedos, llamando a la bestia invisible.

«¡Despierta!», exigió. Y la conciencia del durmiente se convirtió en una presencia plena. No era hosca ni lenta, sino alerta y concentrada, y el foco estaba puesto en Vos. Este gruñó ligeramente por el esfuerzo, sabiendo que no podía perder la ventaja ni por un momento. Dominó su preocupación y la convirtió en ira y resentimiento.

«Sube. Te lo ordeno».

Y así fue. Sintió que esa increíblemente vieja criatura se alejó de su caverna, donde había descansado y soñado sueños inimaginables y poco a poco, torvamente, comenzó a ascender. Una burbuja subió a la superficie del agua azul y densa, para reventarse con un ruido húmedo como de lodo. Una segunda burbuja la siguió, y luego otra.

Dos enormes ojos color lavanda, cada uno del tamaño de la cabeza de Vos, surgieron del agua. Giraban sobre unos tallos estrechos y parecían mirar en todas direcciones a la vez, y luego se detuvieron en Vos, que permanecía parado en el borde de la laguna. Una ola de resentimiento que era tan poderosa que azotó casi físicamente a Vos. Éste no vaciló. Dominó el odio y se lo arrojó de vuelta al Durmiente, quien se estremeció.

«¡Dije que subieras! ¡Hasta la superficie! ¡Obedéceme y ven a tierra!».

Por un terrible instante, Vos estuvo seguro de que había fracasado. El Durmiente no se movió, Luego, lentamente, luchando contra la orden de él todo el tiempo, se movió. Se alzó cada vez más, hasta unos siete metros de largo, revelando un cuerpo largo cubierto por un caparazón, con vibrantes antenas y dos… no, cuatro… apéndices. El primer par parecía tener hoces en todo lo largo, estrechándose como puntas de lanza. Los otros miembros eran estrechos donde se unían a su cuerpo, agrandándose hasta ser grandes garrotes en el extremo. El Durmiente mantenía este conjunto de patas fuertemente curvado.

Vos observó todo esto en un instante pero lo que le sorprendió más fue lo hermoso que era. Sus extremidades y los ojos deben de haberle parecido espantosos a un niño que nunca se hubiera aventurado más allá de su propio mundo, pero Vos había visto las cosas más aterradoras. Sin embargo, era el caleidoscopio de colores lo que hacía que el Durmiente fuera tan visiblemente notable. Todas las tonalidades que Vos pudiera soñar —o que aparecieran en sus pesadillas— lo adornaban. Había conocido a otras especies que tenían ojos similares a los del Durmiente, que podían ver cinco o diez colores más de los que podía ver él. Pero los ojos del Durmiente eran aún más complejos, y Vos se preguntó por un momento si esta criatura era tan difícil de dominar debido a que podría ver realmente la Fuerza.

Era un esfuerzo mantener su atención concentrada, pero Vos lo consiguió. Con su ira caliente, pero su cuerpo tranquilo, Vos dio un paso atrás, sin saber cuánto espacio iba a ocupar esa cosa una vez que estuviera en tierra. En el momento en que llegó al lugar donde él había estado hacía un momento, sus patas en forma de hoz se movían a una velocidad asombrosa, clavándose en la superficie con tanta fuerza que la piedra se agrietaba, y llevaban su enorme cuerpo a tierra.

Vos había supuesto que la criatura era una especie de crustáceo, pero una vez que estuvo totalmente fuera del agua, se dio cuenta de que sus apéndices inferiores no eran patas, sino tentáculos, largos y brillantes y de todos los tonos de azul que el androide de protocolo de la tienda de Sheb en el mercado negro hubiera conocido y probablemente más. Tan asombrado estaba que, por un momento, Vos sintió que su control se aflojaba.

El Durmiente también lo sintió, y se preparó para un ataque. De inmediato Vos levantó ambas manos y lo empujó con la Fuerza para hacer que se deslizara por la superficie rocosa, chocando contra aquellos braseros y piezas de cerámica. El odio, frío y puro, envolvió a Vos, y él lo enfrentó.

«¡Tú… me… obedecerás!».

Luchó contra él por un momento, su enorme cuerpo meciéndose hacia adelante y hacia atrás, agitando patas y tentáculos, «¡Basta!».

El odio frío se iluminó con una fuerte sensación de dolor. La voluntad de Vos estaba hiriendo a la bestia. Fortaleció su poder en la Fuerza, cruel y áspero, y la criatura se calmó. Llevó sus miembros contra el cuerpo y los tentáculos dejaron de retorcerse.

Vos inspiró hondo, pero no disminuyó su intenso control. Lo había logrado. Y ni siquiera había necesitado el respirador Aquata. Se lo quitó para poder hablar.

—Ventress —gritó, sin apartar los ojos de los enormes, casi pixelados ojos del Durmiente—, no necesito cortarle una extremidad, ¿no?

—No. —La voz de ella estaba extrañamente cargada de pesar—. Vos… escúchame, pero no dejes que tu atención vacile.

Él sintió un destello de inquietud. Los tentáculos de la criatura se ondularon, percibiéndolo, a la espera de aprovechar cualquier grieta en su voluntad.

—Está bien —aceptó él—. Te escucho.

—Hay que acabar con él.

El *shock* de Vos sólo duró una fracción de segundo, pero fue suficiente. Con una ráfaga de odio triunfante, uno de los tentáculos del Durmiente golpeó para envolver a Vos. Juntos cayeron bajo la superficie de la laguna.

El rostro de Vos golpeó fuerte contra el agua y el respirador Aquata voló de su mano. La presión del tentáculo contra su pecho le comprimió las costillas, obligándolo a expulsar aire en un torrente de burbujas que significaban la vida. Sus pulmones vacíos clamaban por respirar y sus órganos internos se sentían como si estuvieran siendo lentamente convertidos en pulpa. Un brazo estaba atrapado, inmovilizado en un costado.

Apenas podía ver en las profundidades de un azul lechoso y el pánico hizo que su corazón se acelerara.

A fuerza de pura voluntad, Vos desaceleró sus latidos como lo había practicado. Abruptamente fue arrastrado otra vez por el agua, para detenerse a menos de un metro de distancia de la cara del Durmiente. Dos escamas planas en forma de lágrima debajo de sus ojos pasaron de un color verde enfermizo a un pulsante rojo furioso. Vos se dio cuenta de que el cambio indicaba un ataque inminente. Sin pensar, soló confiando plenamente en la Fuerza, lanzó la mano libre hacia el segundo juego de patas en forma de garrotes con potencia suficiente como para que la trayectoria del golpe fuera alterada.

El golpe fue más rápido de lo que pudo ver. De repente, el agua alrededor de Vos entró en una ebullición con la intensidad de la onda de choque, enturbiando el agua azul con líquido negro y trozos irregulares de los propios tentáculos del Durmiente. Las manchas, que habían sido rojas hasta ese momento, eran del color de un intenso hematoma; se había golpeado a sí mismo, no a Vos, con una fuerza pulverizadora. Un ensordecedor estruendo de dolor asaltó los oídos de Vos. Éste luchó para evitar el desperdicio de su provisión de aire en rápida disminución con su propio grito de dolor mientras la burbujeante agua hirviendo le quemaba la carne.

Vos aprovechó la distracción del Durmiente y usó la Fuerza para impulsarse hacia arriba, boqueando en busca de aire cuando su cabeza salió a la superficie y se dirigió a la seguridad de la tierra. El dolor lo atravesó; el Durmiente le había asestado un golpe rasante con una de sus afiladas hoces y sintió que su furia crecía ante el flujo repentino de su sangre en el agua.

Sintió que otro tentáculo lo alcanzaba y giró, atrapando el apéndice con ayuda de la Fuerza. Lo apretó. Una vez más, el Durmiente rugió de dolor, interrumpiendo su atención. Vos utilizó los pocos segundos de respiro para trepar sobre la piedra, luego se volvió y se apoderó de la criatura en la Fuerza. Cerró los ojos y dirigió una orden con toda la fortaleza que le quedaba, y el Durmiente quedó inmóvil. Ya no estaba enojado, ni sediento de sangre, ni lleno de odio.

El Durmiente estaba aterrorizado.

Vos aspiró con fuerza todo el aire que pudo, su cuerpo duro por la tensión. Oyó la voz de Ventress que le gritaba:

—¿Qué estás esperando? ¡Mátalo, Vos!

Y sin embargo, incluso en ese momento, después de la pelea, vaciló. No había mal en el Durmiente. Era una criatura simple, incapaz de distinguir el mal del bien. Sólo quería que lo dejaran tranquilo y cuando se había sentido amenazado, tuvo que protegerse. ¿Qué iba a demostrar esta muerte innecesaria?

—Ventress —llamó él, sin dejar de controlar al Durmiente—, ¡puede ser el último de su especie!

—Sí, y si muere, un gran secreto de mi clan muere con él. Eso no importa. Ambos tenemos que hacer un sacrificio. ¡Tienes que hacerlo!

—¡Me obedeció dos veces! ¿Por qué tengo que matarlo?

—Porque te enviaron a matar a Dooku, a sangre fría, si fuera necesario. Si no puedes usar el lado oscuro para matar ahora, ¿podrás hacerlo más tarde, cuando sea realmente importante? ¿O vas a dejar que tu compasión Jedi lo destruya todo?

Las lágrimas le hacían arder los ojos; lágrimas, como ella acababa de señalar, de compasión. Vos quería con desesperación enviar al Durmiente de nuevo a su pacífica madriguera para dejarlo descansar y curar sus heridas. Ventress quedaría decepcionada y enojada, pero iba a encontrar otra manera de convencerla de que se podía matar a Dooku sin ir al lado oscuro. Eso le daba poder, es cierto, pero ¿a qué costo?

Aunque, en su corazón, él entendió la distinción que Ventress había hecho. Los Jedi habían luchado contra Dooku antes, y siempre había existido la posibilidad de que el conde fuera muerto en esa lucha. Lo que a Vos le habían ordenado hacer, no era simplemente matar. Era un asesinato, un homicidio.

Y en ese momento, Ventress quería que él acabara con la vida de una simple bestia que no tenía por qué morir.

El momento se estiraba, tenso, y con cada segundo que pasaba Vos se agotaba más. Ya no podía retrasar más las cosas.

Tomó su decisión.

Se concentró en su miedo anterior: la impotencia que había sentido y su ira contra ello. Entrecerró los ojos, convocó odio y furia, y sintió que estos irrumpían en él con toda su fuerza, con toda su potencia.

Éste era un enemigo. Este era el conde Dooku. Vos le tendió la mano, lentamente, deliberadamente, tomándose el tiempo para experimentar de verdad las emociones mientras transformaban el pensamiento en acción.

«Muere».

La cabeza del Durmiente se sacudió hacia atrás. La perplejidad fluía desde él, luego fue frío, primitivo y simple miedo. Muy puro. Muy fuerte. Muy liberador.

Vos alzó al Durmiente del agua, sin dejar de manifestar sus emociones en una energía de la Fuerza y, al mismo tiempo, sofocándolas.

Sufrió al morir. Vos limpió la mente de todo pero en ese momento, mientras se retorcía agonizante, sus poderosos golpes y sus extremidades como lanzas se perdían en el aire. Con un espasmo final, la gran bestia se desplomó. Vos la soltó. Cayó al agua

salpicándolo todo, hundiéndose por un momento para luego flotar, parcialmente sumergido.

Vos lo miró. Sentía un hormigueo en todo el cuerpo. Su corazón se aceleró, pero no con miedo, sino con gran alegría. Tan absorto estaba en la sensación de haber desencadenado tal poder que no oyó a Ventress que se acercaba hasta que su voz dijo, justo junto a él:

—¿Quinlan?

Él se dio la vuelta, levantó la mano por un instante antes de que su mente se aclarara y dejó caer el brazo, alarmado ante su propia reacción y recuperándose de lo que acababa de hacer. Ventress pareció entender, mirándolo con orgullo y no poco asombro.

—Quinlan —continuó, poniéndole una mano en el brazo—, sé que fue difícil para ti, pero era necesario. Has llegado tan lejos en tan poco tiempo. Estoy impresionada.

A él, las palabras se le amontonaban en la boca, pero no pronunciaba ninguna. Nada sobre el intenso placer que había sentido al asfixiar brutalmente a una criatura inocente.

Nada sobre el deseo de hacerlo de nuevo y de dominar ese poder para usarlo de cualquier manera que él quisiera. No podía hablar, tampoco, de la desgarradora tristeza que lo atravesaba al darse cuenta de que algo en él se había roto o del deleite por haber sido liberado de sus grilletes.

Él no necesitaba hacerlo. Podía sentir a Ventress, orgullosa y complacida, su deseo por él más fuerte después de la prueba que ella le había impuesto. Ella sabía lo que él estaba sintiendo.

De modo que Vos dijo simplemente:

—Los Jedi siempre han enseñado que el lado oscuro es un camino rápido y fácil.

—Debes ser cauteloso en cuanto hasta dónde vas a seguir por ese camino rápido y fácil —le advirtió—. Ahora que ya lo has usado, te puede consumir. Es un delicado equilibrio el que hay que alcanzar. Ser suficientemente libre como para alimentarte de él y a la vez seguir siendo tu propio amo.

—Como hiciste tú.

—Luché para tomar mi camino de regreso. Y casi no lo consigo. —Sus ojos se abrieron con tristeza y cayó en los brazos de él—. Lamento que este sea un camino que debes recorrer. Pero hay que hacerlo si queremos derrotar a Dooku.

Vos le acarició el pelo corto y rubio pálido. El recuerdo de sus acciones lo desconcertaban y las palabras de ella eran sedantes. Dio un paso atrás, con las manos sobre los hombros de ella, y la miró a los ojos.

—Dooku es fuerte. Pero nosotros seremos más fuertes. —Le acarició la mejilla—. Juntos.

Su rostro se suavizó en una sonrisa que no tenía nada de oscuridad en ella, una expresión que, Vos lo sabía, a pocos se les había permitido vislumbrar.

—Juntos —estuvo de acuerdo ella y lo besó.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Vos llegaba tarde. Otra vez. Kenobi se dispuso a esperar en el bar del nivel 1313. «Uno de estos días», pensó, «Vos va a llegar a tiempo». Kenobi se preguntó si su corazón podría soportar semejante *shock*.

Los minutos pasaban. Y Vos todavía no aparecía. Cuando dos horas habían pasado ya, arrastrándose, y Kenobi se había visto obligado a consumir más alcohol de lo que realmente había deseado y algo que se suponía era una comida para acompañarlo, finalmente se rindió. Activó su comunicador.

—Maestro Obi-Wan, de oírlo a usted, sorprendido estoy.

—Maestro Yoda… Estoy… preocupado por algo, y quiero hablar en privado con usted.

—Al Templo regrese, y hablar podremos.

—

Cuando Kenobi entró a las habitaciones de Yoda, se encontró con el maestro Jedi sentado en meditación junto a una pequeña fuente diseñada con cristales conocidos como «piedras que cantan». Éstas emitían sonidos suaves, algo entre un carillón y un instrumento de cuerda, mientras el agua fluía por encima de ellas. Kenobi por lo general encontraba que esa música le resultaba profundamente relajante, al igual que el perfume especial de los aceites calentados sobre pequeñas llamas, pero ese día ni siquiera esa influencia disipó su sensación de preocupación. Yoda no abrió los ojos.

—Bienvenido eres, Obi-Wan. Delante de mí, por favor siéntate.

Kenobi obedeció, y se las arregló para calmar al menos en parte sus pensamientos. Unos momentos más tarde, Yoda habló de nuevo.

—Nubla tu corazón esta preocupación. De ella, ¿hablarás?

Obi-Wan se mordió el labio.

—El maestro Vos no se presentó para nuestra reunión prevista. Me temo que algo haya… sucedido.

—¿En la Fuerza algo has sentido? ¿Alguna visión has tenido?

Obi-Wan negó con la cabeza.

—No. Pero había algo raro en él la última vez que nos vimos. Estaba en guardia. Pude percibirlo, aunque él se comportaba como de costumbre. Y usó palabras que… —Hizo una pausa, buscando las palabras—. En ese momento simplemente pensé que el desafío que era la misión estaba empezando a dejar su huella en él, pero en retrospectiva… Maestro Yoda, él tal vez depositó demasiada confianza en Ventress. Ella pudo haber descubierto quién es en realidad.

Las orejas de Yoda se curvaron, expresando una leve sorpresa.

—En muchas misiones encubiertas Quinlan Vos ha estado. Despreocupado es, pero descuidado no es. Es posible que el apego haya aparecido en él. Siempre un riesgo hay.

—¿Vos? Nunca le ha ocurrido antes.

—Cuando uno confía su vida a otros, un vínculo se forja. En esta posición, ni Vos ni Ventress han estado antes.

—Dijo que estaban funcionando bien como equipo —explicó Kenobi—. Pero yo siempre he sabido que Ventress nos deja ver lo que ella desea que nosotros veamos. Es una persona compleja. Sólo puedo imaginar lo que debe ser estar en contacto permanente con ella como ha estado Vos.

—Y ahora, contacto con él, no puedes establecer.

Kenobi lo reconoció, moviendo la cabeza.

—Probablemente debería haber venido a usted en el momento en que aparecieron mis preocupaciones, o de lo contrario manifestárselas a Vos. Pero me pareció muy ridículo estar preocupado por la elección de palabras y por una vaga sensación de inquietud. Vos no es un padawan, es un maestro. Él no se merece que se sospeche de él por cosas tan triviales.

—Más que decir tienes, pero no sobre este tema.

Kenobi frunció el entrecejo y luego asintió con la cabeza.

—Sí. Tuve dudas desde el principio acerca de toda esta empresa. Sigo creyendo que enviar a un Jedi a asesinar a un hombre está mal. Y me temo que probablemente voy a perder no sólo a un compañero maestro Jedi, sino también a alguien que considero un amigo, y no vamos a tener nada que justifique esa pérdida.

Yoda se levantó, tomó su bastón y se acercó a su amigo. Suavemente, puso una pequeña mano en el hombro de Obi-Wan.

—Contigo no discrepo. Pero ya en movimiento las cosas están, y detenerlas no se puede. Todo debe continuar como la Fuerza dispone. A veces un camino oscuro debemos recorrer para desear más la luz.

Kenobi puso su propia mano sobre la de Yoda. No le preguntó si era Vos o la Orden Jedi quien estaba pisando el camino oscuro… porque en su corazón, no deseaba conocer la respuesta.

—Que la Fuerza esté con él —fue todo lo que dijo.

—

—Aquí vamos. —Ventress movió los controles y la *Banshee* abandonó el hiperespacio—. Mantén los ojos en los canales de comunicación.

—De acuerdo —respondió Vos—. Espero que el código de acceso de Sumdin sea correcto, o esto podría volverse muy interesante con mucha rapidez.

—Lo es. Sumdin es muy prolijo. Transmitiendo ahora.

Ventress le dio un ángulo a la nave para mezclarse sin problemas con un flujo moderadamente pesado de tránsito espacial rumbo a Raxus. Más adelante estaba el control, un bloqueo de enormes naves. Vos mantuvo sus ojos en el canal de comunicación cuando pasaron cerca de una de las enormes naves.

—Ya pasamos —dijo él—. Evitamos un posible desastre. Lo único que tenemos que hacer ahora es entrar en la reunión, encontrar a Dooku y matarlo. Muy sencillo. —Se levantó de su asiento detrás de ella y se apoyó en su sillón.

—Una cosa más que hacer antes de todo eso —le recordó Ventress—. Tenemos que hacer una parada rápida en Tamwith Bay.

—¿Tamwith Bay? Pensé que la reunión de Dooku se estaba celebrando en Raxulon.

—Así es. Pero primero tenemos que comprar ropa —explicó Ventress—. Tamwith Bay sigue siendo una ciudad importante, pero es bastante lejos de Raxulon. Habrá menos seguridad.

—Yo no habría pensado que eres como el tipo de mujer a la que le gustan las compras.

Ella se inclinó en su asiento para dirigirle una mirada fulminante.

—¿Pensabas que íbamos a entrar a una fiesta de gala de veinte mil créditos la bandeja vestidos de esta manera?

Vos silbó.

—¿Tanto? Espero que tengamos tiempo para la cena. Sólo no me pidas mi opinión sobre el calzado.

—No te preocupes. Tú tienes el sentido de la moda de un wookie.

Vos se miró el traje de cuero muy desgastado que venía usando desde… desde siempre. Cuando no vestía su túnica Jedi, esto era lo que se ponía. Brindaba una protección decente, podía moverse libremente con esa ropa y no llamaba indebidamente la atención. En sus círculos habituales, por lo menos.

—Pero… el negro va con todo.

Ventress resopló.

—Déjamelo a mí.

Ella los condujo a un establecimiento que atendía a la clase de gente que iba a asistir a la reunión de gala de ridículo precio. En poco tiempo, Vos se equipó con un pantalón negro, cómodas botas de cuero y una blanca túnica con franjas doradas gruesas.

—El contraste con el color de su piel es muy atractivo —le aseguró el sastre a Vos, cuando finalmente le permitió mirarse en el espejo.

Su piel oscura parecía brillar sobre los matices de la túnica. La línea precisa del corte y la raya fina como filo de cuchillo de los pantalones acentuaban sus largas piernas, sus hombros anchos y la cintura estrecha.

—Eh —dijo al verse—. No está nada mal.

—De acuerdo —coincidió Ventress. Ella lo miró de una manera que hizo que su corazón saltara un latido y él le sonrió.

—Bueno, si a mi dama le gusta, me lo llevo. —Y agregó dirigiéndose a Ventress—: ¿Y para ti?

Ella levantó una bolsa.

—Ya encontré algo mientras te probaban los pantalones. Vámonos.

—Déjame ver —pidió él.

—No tenemos tiempo para vestir muñecas —replicó ella, y Vos sabía que lo mejor era no discutir.

El vuelo desde Tamwith Bay hasta Raxulon fue rápido. Vos ni siquiera tuvo tiempo de ensuciar su nuevo equipo de ropa. Mientras el sol se ponía sobre la hermosa capital de Raxus, iluminando las altas torres con cálidas tonalidades rosa y lila, Ventress los condujo para atracar no en el puerto principal, sino en uno más pequeño y menos utilizado. Resultó ser bastante eficiente. Los droides que se acercaron rodando para comenzar el reabastecimiento de combustible y la limpieza de la *Banshee* parecían ser modelos bastante nuevos y el lugar estaba limpio. Era, sin embargo, una pista de aterrizaje local, obviamente no prevista para los ricos, famosos y poderosos, y Ventress y Vos eran los únicos que en ese momento hacían uso de ella.

Vos salió y miró cuidadosamente a su alrededor, sólo para estar seguro. Unos momentos más tarde, oyó el taconeo de zapatos de taco alto. Se dio la vuelta.

—Bien, veamos esta…

Cayó en un silencio atónito. Vos pensó que había visto a Asajj Ventress en todas sus formas. Había visto a la guerrera eficiente, a la fría y furiosa, a la seductora practicando tanto el guiño como el gesto tentador y la táctica directa. Y, lo más hermoso y lo más extraordinario de todo era que la había visto a la luz de las estrellas, simplemente ella, recostada en sus brazos.

Pero esto era otra cosa.

Llevaba un traje de dos piezas sin mangas de rica tela de tonos ébano, con toques de un diseño de sutil remolino en un oscuro bordado color púrpura. Un cordón del mismo color morado oscuro se ceñía para cerrar el traje. La sección superior encerraba sus pechos y revelaba una pequeña porción de su firme abdomen. La sección inferior se movía sobre sus caderas. Una falda color negro medianoche, abierta adelante y atrás, caía hasta el suelo. Ella acababa de ocultar su sable de luz en una banda alrededor de un delgado y fuerte muslo. Cuando ella se enderezó, los ojos de ambos se encontraron.

El traje era elegante y sutil, y la mujer que lo llevaba era vibrante y fuerte. El efecto general hizo que Vos se sintiera como un halcón suspendido en ese exquisito instante entre la caída libre y el vuelo, y por un momento no pudo respirar.

Abrió la boca y dijo:

—Yo… te ves…

Muchas emociones cruzaron el rostro de Ventress. Molestia, placer y algo que él nunca había pensado ver en ella; turbación.

—Adelante, dilo —murmuró ella.

—Te ves…

«Como una diosa del amor y de la guerra, de la esperanza y el éxtasis. Igual que una brillante estrella que yo de alguna manera he tenido la suerte de tener en mis brazos».

«Como el resto de mi vida».

—Te ves… muy bien. —Quería morirse.

Ventress puso los ojos en blanco.

—No me extraña que los Jedi sean tan frustrados —replicó ella—. Como te dije antes, esta vestimenta es necesaria para nuestra misión.

Vos lo intentó, pero no pudo borrar la sonrisa de su rostro mientras ella bajaba por la rampa. La tomó en sus brazos y murmuró sobre su largo y delgado cuello:

—Esta misión me está gustando cada vez más.

Antes de que Ventress pudiera lanzar una réplica sin duda mordaz, ella volvió la cabeza bruscamente. Vos siguió su mirada, pero no vio nada.

—¿Esperas a alguien?

—Sumdin. —Al oír su nombre, el gossam salió de las sombras. Ventress fue a reunirse con ella, de rodillas delante de la saurio mucho más baja.

Sumdin miró a Vos por un momento y luego a Ventress.

—*¿Qwaazzz zuck chi cbowazz?* —preguntó. Ventress asintió.

—Sí, todo ha ido bien hasta ahora. ¿Dónde están los pases? Sumdin mostró dos pequeñas tarjetas grabadas. —*Cho chuck chuck zoo zum*.

—Estoy segura de que no fue fácil —coincidió Ventress. Sonrió—. Lo has hecho bien. Gracias. Tu lealtad no será olvidada.

Se inclinó hacia delante y puso su mano izquierda en el hombro de Sumdin y le dio un suave apretón: Un súbito temblor, un familiar zumbido y chasquido, y Sumdin se derrumbó sin hacer ruido. Había un agujero humeante en su torso. El rostro de Ventress estaba sereno mientras apagaba su sable de luz y se levantaba.

El asesinato había sucedido tan rápido que Vos apenas había tenido tiempo de registrarlo, y mucho menos de detenerlo.

—¿*Qué* estás haciendo? —exclamó—. ¡Ella nos ayudó!

La voz de Ventress era fría.

—Recuerda lo que te enseñé, Vos. Sin compasión. Sin cabos sueltos. Ella no importa. Lo único que importa es lo que vinimos a hacer aquí. Ahora no debe haber nada, absolutamente nada, que se interponga en maestro camino. Hemos llegado muy lejos.

Aún recuperándose, Vos miró a la pequeña y arrugada silueta. Sumdin había sido, sin duda, una informante profesional que vendía sus conocimientos al mejor postor. Pero ella también había sido una persona. No se merecía ser ejecutada sumariamente cuando ella había hecho todo lo que había prometido.

Pero, ¿habían merecido los refugiados mahranos que los volaran en pedazos en el espacio? ¿Alguno de los súbditos involuntarios de Dooku merecían morir lentamente, dolorosamente, de hambre, o ser asesinados al azar por el capricho de alguien al que habían disgustado? ¿Y si Sumdin había estado jugando en ambos lados?

Angustiado, Vos cerró los ojos por un momento. Se desgarraba en su interior, pero Ventress tenía razón. Tenían que eliminar sin piedad cualquier cosa que pudiera impedir que llevaran a cabo su misión. Dooku debía morir. Esperaba que Sumdin fuera la última muerte sacrificada a los pies del maligno conde. Sin decir palabra, tomó el cuerpo, pensando que Sumdin pesaba apenas un poco más que Vram. Y ese pensamiento lo hizo enojar.

Se aferró a ese enojo mientras se dirigían a la fiesta de gala, dejando que le sirviera de combustible para lo que los esperaba.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—Me temo que debo comprobar si lleva armas —dijo el fornido guardia humano cuando entregaron sus pases. Ventress lo miró de arriba abajo y sonrió.

—¿Dónde podría yo ocultar un arma en este vestido? —manifestó ella mientras sus manos señalaban su atuendo. El guardia se rio entre dientes.

—¿Dónde podría ocultar un arma en ese vestido? Pase, señorita.

Ella le guiñó un ojo y avanzó. Vos hizo un comentario similar y él también fue admitido.

—Dooku necesita una mejor seguridad —le murmuró a Ventress mientras le daba el brazo.

—Su arrogancia no va a permitirle siquiera la idea de que un usuario de la Fuerza venga a buscarlo aquí —replicó ella.

Vos miró a la multitud bien vestida que se movía de un lado a otro intercambiando gentilezas en la plaza. Él nunca había tenido dificultades para adaptarse al medio que lo rodeara. Podía sentirse cómodo en una tierra estéril, en una guarida de jefes del crimen, en un bar de mala muerte o frente al Consejo Jedi. Esta reunión, sin embargo, lo ponía tenso. Seguía molesto por el eficiente asesinado del contacto de Ventress, perpetrado por ella misma, aunque no tan molesto como lo habría estado antes. Y en menos de una hora, lo sabía, o bien él y Ventress ya habrían matado al conde Dooku, eliminando esa amenaza para siempre, o bien estarían muertos ellos mismos.

O tal vez era sólo debido a su ropa. Se contuvo de tironear el alto cuello de su túnica y decidió que se diría a sí mismo que el malestar que sentía era eso y nada más.

Ventress, sin embargo, se movía como si nunca hubiera conocido otra cosa que zapatos de taco alto y elegantes y finos vestidos. Incluso se había puesto perfume para completar la imagen. Esto hizo que él sintiera un cosquilleo en la nariz, y no tuvo más remedio que admitir que no sólo ella se veía y se movía como si perteneciera a ese lugar, sino que además olía como ellos. A Vos le resultaba difícil apartar los ojos de ella, pero se obligó a hacerlo. Tenían un trabajo que hacer.

Pasearon, tomados del brazo, por los grupos de invitados obviamente muy ricos reunidos en el cuadrado de la plaza. Había mucha gente, pero no tanta como para sentirse claustrofóbico; los droides de combate estaban haciendo un trabajo superlativo organizando a tanta gente y además, Vos adivinó, los invitados no querrían desordenarse el cabello. O las plumas, o los tentáculos.

La oleada de seres fluía lentamente y de forma ordenada se dirigía hacia una construcción en el otro lado de la plaza. Vos no estaba seguro sobre las funciones que cumplía ese lugar, pero tenía esa inexpresividad oficial, gubernamental que parecía ser la regla en todos los lugares donde alguna vez había estado. Había un sendero de entrada y un balcón, y todas las caras se volvían hacia arriba, hacia él, o bien contemplaban expectantes una gran tarima en el centro pavimentado de la plaza.

Se le ocurrió una idea.

—¿Sabes? —dijo—. Todavía no me has dicho qué clase de celebración es ésta.

Ventress puso los ojos en blanco. En voz baja, se inclinó y murmuró:

—La Confederación de Sistemas Independientes va a honrar al conde Dooku con el Premio Humanitario Raxiano.

Vos resopló con divertida incredulidad, que rápidamente se convirtió en una tos ante la mirada de ella.

La gente había estado charlando, anticipando lo que sucedería, pero en ese momento un murmullo recorrió la plaza. Varios droides de combate acababan de aparecer en el balcón, tomando posiciones de guardia. Vos sintió que se le aceleraba el pulso. Respiró hondo para calmarse y frenar el ritmo de los latidos. La concentración era la única manera de controlar adecuadamente a la Fuerza, a ambos lados de ella.

—Que comience el espectáculo —dijo Ventress.

Y el conde Dooku, vestido con todas las galas militares, salió al balcón.

La multitud enloqueció, aplaudiendo y gritando vivas, haciendo todo tipo de ruidos de excitación. Dooku, con aspecto de benevolente líder patricio, saludó con la mano y sonrió cálidamente. Abajo, en la plaza, simbólicamente «entre la gente», su alto holograma de tres metros hacía lo mismo.

Vos pensó en el maestro Tholme. La manera en que Ventress le había dicho que había muerto, cortado en dos por el sable de luz color carmesí de Dooku. En otro momento, Vos habría desterrado la cálida corriente de emoción, pero en ese momento la abrazó, la dejó fluir a través de él, hasta quedar en su centro, como una serpiente enroscada lista para atacar.

Dooku no estaba solo. El general Grievous, comandante cíborg del enorme ejército droide del conde, estaba unos pasos detrás de su señor. Con sus cuatro brazos, máscara como calavera y pies con garras, Grievous era como algo que uno podría esperar ver en pesadillas inducidas por especias, más que en la realidad. Él era más una máquina que un ser vivo, pero había una terrible maldad en los ojos entrecerrados que miraban a través de la blanca máscara.

—Parece que Dooku trajo a su compañero —murmuró Vos.

Sin dejar de sonreír, Dooku levantó las manos en un gesto que pedía silencio y luego comenzó a hablar.

—Es un honor estar aquí ante ustedes, pues ustedes representan la libertad y el futuro de nuestra galaxia. La otrora gran República y la Orden Jedi se han convertido en víctimas de sus propias ambiciones, y el Supremo Canciller no es más que un peón de los monopolios corporativos.

Vos se cruzó de brazos, escuchando. Ventress parecía estar Haciendo lo mismo, pero por el rabillo del ojo, Vos la miraba observando discretamente a la multitud.

—Como pueblo ustedes pidieron el cambio, pidieron un liderazgo y yo, humildemente, respondí ese llamado —continuó Dooku. Su voz, como siempre, era sonora y fuerte—. Juntos desafiamos el sistema. Pedimos igualdad. ¿Y cómo nos

respondieron? ¡Con la guerra! El secreto ejército de clones de los Jedi quedó expuesto y ¡su traición fue mucho más grande de lo que podríamos haber imaginado!

Murmullos de enojo, puños agitados y abucheos de tono grave recorrieron la multitud. Dooku parecía estar lleno de furia justiciera mientras continuaba.

—Innumerables seres vivientes… estos clones creados por los Jedi… han sido enviados a la muerte, mientras que nosotros sacrificamos principalmente droides.

Vos hizo una leve mueca y le dijo a Ventress:

—En eso tiene razón.

Ella le dirigió una mirada de soslayo que transmitía exactamente cuan impresionada estaba.

—¡Nuestros soldados de carne y hueso son participantes bien dispuestos! Ellos son sus padres y sus hijos, madres e hijas, que luchan no porque fueron cultivados y diseñados para hacerlo, ¡sino porque saben en sus corazones que están luchando por una causa justa y noble!

Más vítores. Vos echó un vistazo a las caras, encendidas de entusiasmo y adoración. Era desconcertante darse cuenta de lo amado que el conde Dooku, monstruo y asesino, era entre esa gente. La mirada de Ventress no se centraba en Dooku, y aunque ella hizo un buen trabajo al mantener su expresión compuesta, Vos la conocía lo suficiente como para ver de inmediato en ese acto la repugnancia que hervía bajo la superficie. Ella le apretó el brazo e inclinó la cabeza hacia las columnatas a su derecha. Comenzaron a abrirse camino a través de la plaza mientras Dooku terminaba su discurso.

—No es algo simple ser su líder durante esta desafortunada guerra, pero voy a recibir este honor humanitario y a tomarlo como una señal de que mi liderazgo cuenta con la aprobación de ustedes.

Como mascotas entrenadas que responden a una palabra de orden, la multitud estalló en aplausos. Radiante, Dooku abrió los brazos de manera paternal, envolviéndolos a todos en ese gesto.

—¡Que comience la celebración!

La multitud aplaudió durante un largo rato y luego comenzó a dirigirse hacia el otro grupo de puertas abiertas de par en par en el otro extremo de la columnata.

—La presencia de Grievous aquí complica las cosas —dijo Ventress sin preámbulos—. ¿Crees que podrás manejarlo?

Vos asintió con la cabeza.

—No debería ser un problema. Sólo tengo que detenerlo, asegurarnos de que lleguemos a enfrentar a Dooku solo.

—De acuerdo con la invitación, habrá bebidas y tiempo para socializar, y luego empezará el banquete. Yo iré dentro y le haré una visita al conde. Él, muy probablemente, entonces llamará a Grievous. Asegúrate de que esté en posición.

Vos le dirigió su sonrisa más presuntuosa.

—Eh —dijo, fingiendo sentirse ofendido—, ¿alguna vez te he decepcionado?

Sus palabras, que tenían la intención de aligerar el ambiente, de alguna manera tuvieron el efecto contrario. Ella lo miró por un momentó, le tocó suavemente la mejilla y luego se dio la vuelta y caminó, siguiendo el ritmo del resto de los asistentes al banquete. Confundido, él la miró por un momento, luego se dirigió a buscar a Grievous.

—

Con la cabeza alta, caminando a un ritmo relajado, Ventress entró en el gran salón comedor. Era enorme, casi cavernoso. Con estatuas ubicadas en las esquinas, los bustos de políticos famosos miraban inexpresivos a los huéspedes. Las paredes eran de un profundo y cálido color rojo, adornadas con pinturas de vibrantes paisajes estelares, retratos y naturalezas muertas. En el centro del salón, debajo de diez elaboradas arañas, había varias mesas ya preparadas. Algunos invitados ya estaban sentados, mientras que otros se paseaban de un lado a otro. Droides con bandejas de aperitivos y bebidas maniobraban hábilmente por entre los nutridos grupos de seres. El despreciado vestido de Ventress era el traje perfecto: únicamente llamaba la atención de aquellos que solo tenían ojos para su atractivo físico.

Se alisó los pliegues, y su mente volvió a la reacción de Vos más temprano. Ventress estaba acostumbrada al escrutinio por parte de los hombres y lo usaba cuando le convenía a sus objetivos. Era, como le había dicho a Vos, simplemente una herramienta más. Pero la mirada en los ojos de él era una que nunca había visto antes. La había hecho sentir… vulnerable. No sólo deseada, sino realmente mirada. Conocida. Amada.

Vos le había demostrado que estaba dispuesto a abandonar su antigua vida cuando todo aquello hubiera terminado. ¿Era posible que ella pudiera hacer lo mismo? ¿Qué era lo que él había dicho una vez? «¿*Alguna vez* apartas tu mente del trabajo?».

La respuesta siempre había sido que no. Era su identidad, su forma de interactuar con el mundo. Ventress usaba sus «herramientas» —la mentira, el sable de luz, la táctica completa, la Fuerza— para convertirse en lo que fuera necesario según la tarea entre manos: una asesina, una seductora, una impostora.

¿Quién sería ella sin un sable de luz o sin un rostro falso? ¿Quedaría algo de Asajj Ventress si ella llegara a dejar verdaderamente de lado el odio y aceptar en cambio lo que había brillado en los ojos de Vos, que ella era amada simplemente por ser?

Algo se apoderó de ella, y ella no supo si era deseo… o terror.

Una droide camarera, con pelo metálico recogido y un vestido corto de color rojo, ofrecía una bandeja de cócteles. Ventress salió abruptamente de su ensoñación, maldiciéndose a sí misma por sus pensamientos errantes, tomó una bebida, y la bebió mientras examinaba el salón.

Tal como había esperado, Dooku se encontraba en el centro. La gente se arremolinaba a su alrededor. Pero nadie actuaba como en una muchedumbre ansiosa que rodea a una estrella de holopelícula. No, estos seres simulaban una distracción rayana en la

indiferencia. Ventress había observado este comportamiento de los ricos y poderosos desde las sombras; en ese momento, ella se paseaba entre ellos.

Una explosión de odio creció en su pecho mientras seguía un camino indirecto hacia el conde. Era todo lo que podía hacer para no sacar de repente su sable de luz y atacar, allí mismo y en ese momento. Pero él la había entrenado, y sus últimas derrotas le habían demostrado que ella sola no podía derribarlo. Pensó en Karis y Naa'leth, y en su primer intento de matar a Dooku. La Madre Talzin le había asegurado a Ventress que las dos mujeres eran las mejores guerreras de las Hermanas de la Noche, y habían demostrado ser excelentes. Pero incluso siendo tres y aun con la magia oscura que las ocultaba de la visión de Dooku, habían fracasado. Por segunda vez, Ventress, con la ayuda de la Madre Talzin, había tratado de matar al conde. Esta vez Ventress tomó al Hermano de la Noche Zabrak, llamado Savage Opress, y lo entrenó de una manera brutal, forzando al lado oscuro sobre él con los rituales de la Madre Talzin y torturándolo cuando la decepcionaba en el entrenamiento. Él era cosa de ella, era creación de ella, pero cuando llegó el momento, Opress se volvió tanto contra Ventress como contra Dooku.

Con Vos era diferente. Él estaba con ella por propia voluntad, como habían estado Karis y Naa'leth y al igual que Opress, había probado el lado oscuro y había sido capacitado para la tarea. Pero él sólo se obedecía a sí mismo. Había sido lo suficientemente fuerte como para pasar todas las pruebas a las que ella lo sometió. Con ese entrenamiento —y con su mentira acerca de quién había matado al maestro Tholme realmente, que alimentaba el odio de él— juntos eran lo suficientemente fuertes como para derrotar al conde Dooku.

Sus palabras de hacía un momento la habían entristecido, y por supuesto él no había entendido por qué. De hecho, nunca la había decepcionado. Ella lo había defraudado a él con sus mentiras. Pero una vez que esto finalmente hubiera terminado…

Ella se acercó más. Dooku estaba de espaldas a ella y estaba charlando, su suave voz odiosa a los oídos de ella. De repente se puso rígido. Él miró por todo el salón de una manera aparentemente relajada, pero Ventress lo conocía, conocía cada uno de sus movimientos, y se dio cuenta de que él la había sentido.

Bien.

Ella dio el paso final y le susurró al oído:

—Hola… maestro.

CAPÍTULO VEINTE

El conde se quedó en silencio por un momento. Ventress se sentía completamente en calma cuando se enfrentaron uno al otro, mirando a todos los diversos dignatarios y dueños del poder como si nada en el universo estuviera fuera de lugar. Dooku suspiró.

—Fue una desafortunada decisión la de regresar, mi querida. Me voy a asegurar de atar este cabo suelto en esta ocasión.

Las mismas palabras que ella le había dicho a Vos, o algo muy parecido; Ventress se preguntó si no habría asimilado la expresión de su viejo maestro. Hizo un chasquido con la lengua.

—Vaya, vaya, eso no es muy humanitario de tu parte, ¿verdad? Por otro lado, no me vas a matar aquí, no tan públicamente. —Ella sabía que tenía razón, y que las palabras sólo lo irritarían todavía más.

La voz meliflua de él era afilada cuando le espetó:

—¿Qué es lo que quieres?

—Ya me cansé de perseguirte. Quiero una pelea limpia, nada más. Esta noche encuéntrame en el mirador. Terminemos esto de una forma u otra.

—Lo terminaremos, muy ciertamente… Ah, gobernador, gracias por asistir.

—¡Es un gran honor! —respondió con entusiasmo el aqualish, estrechando vigorosamente la mano de Dooku. Estaba vestido con un uniforme impecable lleno de medallas y charreteras, y sus colmillos como de arácnido eran blancos y pulidos.

—El honor es todo mío —respondió cortésmente Dooku, y luego se volvió para saludar a la esposa del gobernador. Sobrecogida por la timidez, ella agachó la cabeza calva y evitó sus enormes ojos negros. Ventress aprovechó la oportunidad para confundirse de nuevo con la gente. Un convenientemente corpulento falleen, que le hizo recordar mucho a los guardias contra los que ella había luchado en la fortaleza de Sol Negro, resultó ser un buen escudo para evitar ser vista por Dooku. Observó detalladamente a su antiguo maestro cuando por fin se desprendió de sus admiradores lo suficiente como para sacar un comunicador y hablar por él.

Ventress no se molestó en ocultar su sonrisa de victoria mientras se deslizaba fuera del salón.

—

—¿General?

La voz era la del conde Dooku. Desde su posición en un saliente, Vos murmuró un triunfante:

—¡Sí!

La inconfundible y ronca voz de Grievous respondió:

—¿Sí, mi señor? —No le había resultado difícil a Vos determinar dónde estaba el centro de seguridad principal y había sido aún más fácil para él eliminar a los guardias droides en ambos extremos del pasillo.

—La traidora Ventress está aquí. Nos vemos en el mirador.

—¡Sí, amo! —respondió Grievous al instante y, un segundo después, agregó—: ¡Muévanse!

Los clones a veces llamaban a los droides enemigos «las latas», y Vos pensó que era un apodo particularmente apto cuando Grievous y tres droides de batalla salieron de la sala de seguridad produciendo un disonante ruido de metales que chocaban.

Vos saltó, dando una voltereta hacia abajo y sacó su sable de luz al aterrizar sobre sus pies. Con una rápida estocada cortó los controles de las puertas y se produjo una lluvia de chispas mientras aseguraba la puerta cerrada. Un rayo bláster le pasó zumbando; lo había sentido venir y lo esquivó girando sobre sí para detener el siguiente disparo. Dejó que el impulso lo llevara hacia adelante para cortarle la cabeza a un droide de batalla. Este emitió un chirrido de sorpresa, disparando hacia arriba sin causar daño para luego caer al suelo.

Vos maniobró de modo que Grievous quedara entre él y los otros dos droides, que se miraban el uno al otro, tratando de decidir si podían hacer un disparo certero sin dañar a su comandante. Mientras ellos vacilaban, Vos abrió con fuerza la mano, con los dedos tensos y extendidos. A pesar de que Grievous sacó los dos sables de luz de su cintura, éstos volaron a las manos de Vos.

—No va a necesitar éstos —le informó Vos amablemente.

Grievous, que tenía una deplorable falta de sentido del humor, bramó y atacó como Vos había anticipado. Casi sin prisa, Vos se hizo a un lado y dio un golpe hacia arriba con su sable de luz, cortando la mano izquierda del general a la altura de la muñeca. La extremidad mecánica cayó al suelo, con el comunicador todavía agarrado entre sus dedos de metal.

—Lo siento —dijo Vos, recogiendo el comunicador para mostrárselo al enfurecido Grievous—. También necesitas esto. Ya no te puedes poner en contacto con el conde, ¿verdad?

Como un insecto empinado sobre sus patas traseras, Grievous estiró los cuatro brazos y luego atacó. Vos le salió al encuentro a mitad de camino. Ambos chocaron en el aire. Grievous era el más pesado y su impulso los arrastró hacia atrás, hacia la pared. Riendo sádicamente, Grievous cerró las dos manos alrededor del cuello de Vos. Lanzó a Vos con fuerza, con la intención de que cayera sobre la dura piedra del suelo del pasillo. El error de Grievous fue en dejar a Vos libre de su agarre y Vos aterrizó fácilmente en cuclillas. De un salto se dio la vuelta.

—Si me quedo, te mato —le dijo al cíborg—. Pero hoy no tengo tiempo para eso.

Al darse cuenta de que podían disparar sin peligro, los droides de batalla abrieron fuego con renovado entusiasmo. Vos bateó, devolviendo los rojos y zumbantes rayos, para luego dirigirle a Grievous un alegre saludo con la mano mientras golpeaba los

controles de la última puerta. Se deslizó a través de ella justo antes de que se cerrara y luego se aseguró de que permaneciera así quemando los controles en el otro lado.

Hizo una pausa para disfrutar del agradable sonido de los bramidos y los golpes en las paredes de Grievous, y se quedó allí el tiempo suficiente como para escuchar a uno de los droides de batalla, obviamente tratando de abrir la puerta, que exclamaba:

—Oh, oh…

Toda la pelea había durado menos de sesenta segundos. Misión uno, cumplida… La siguiente era… Dooku.

—

Ventress estaba apoyada en la barandilla de piedra del mirador, desde donde más temprano Dooku había pronunciado su discurso de aceptación efusivamente hipócrita. La noche había caído, y el cielo estaba lejos de ser oscuro. Los magníficos fuegos artificiales lanzaban luces de todos los colores imaginables, acompañados por los ecos de las explosiones.

Así como el conde la había sentido antes a ella, del mismo modo Ventress lo percibió en ese momento al acercarse: una oscuridad fría, para nada atractiva como la de la noche, sino siniestra y fea. No por primera vez, Ventress se preguntó cómo era posible que ella hubiera llegado a adorar a este hombre.

Siguió mirando hacia arriba, a los fuegos artificiales que estallaban, mientras la brisa de la noche agitaba la larga falda de su vestido y su pálido pelo corto.

—¿Quieres tomar un trago? —Sorprendida, se dio la vuelta y vio que Dooku tenía dos copas. Le dio una a ella—. Vino de Alderaan. Una excelente cosecha… y bastante difícil de encontrar en estos tiempos.

Ventress ni siquiera dignificó el ofrecimiento con una respuesta. Vendimia especial o no, este delincuente probablemente lo había envenenado, e incluso si no lo había hecho, ella moriría antes de compartir una copa con él. Ella se dio la vuelta de nuevo y él se encogió de hombros, bebiendo de la copa que él le había ofrecido, y dejó la otra sobre la barandilla.

—Es una pena, tú y yo —reflexiono él, mirando los fuegos artificiales mientras hacía girar el vino distraídamente en una mano—. Teníamos toda la galaxia ante nosotros. Pero el destino no lo quiso así, mi fallida aprendiz.

Ventress estaba harta de esas bromas condescendientes. Estaba más que dispuesta a luchar con su sable de luz, no con su afilada lengua.

—Destruiste mi vida —gruñó—. ¡Mi pueblo!

Una pequeña media sonrisa le abrió la barba.

—Incluso ahora, muestras por qué fracasaste una y otra vez. Fue una tontería que vinieras sola. Yo jamás habría cometido un error tan grave.

Cuqueó en su comunicador, y sonriendo dijo:

—General.

Silencio.

Sí. Ventress estaba absolutamente lista, envuelta en esa voluntad a punto de irrumpir libre en la pelea más ferozmente alegre de su vida.

—¿General? —Una nota de preocupación se había deslizado en la voz de Dooku. Ventress sonrió apenas, saboreándola. Detrás de ellos llegó el inconfundible sonido de un sable de luz que se enciende y cobra vida.

Dooku giró sobre sí. Volviéndose hacia él, Ventress vio con una satisfacción tan profunda como el espacio que el color había desaparecido de su rostro.

—Parece que he aprendido algo después de todo —dijo ella, arrastrando las palabras.

—¿Un Jedi?

Ah, ese momento era verdaderamente para disfrutar. A Ventress le pareció que jamás había visto a Dooku tan desconcertado. Luego, aún con mayor incredulidad:

—¿*Vos*?

Vos, lacónico, se encogió de hombros.

—Yo también estoy un poco sorprendido de mí mismo, conde.

Dooku lo miró a él, luego a Ventress y entonces, extrañamente, según le pareció a ella, adoptó una expresión de total despreocupación.

—Jamás me atraparán con vida.

Y luego tomó de verdad un sorbo de vino.

Vos seguía sonriendo. No era una sonrisa agradable, pero el corazón de Ventress se elevó al verla. Ella dio un paso, alejándose de la barandilla, y echó hacia atrás su falda con una mano, tratando de tomar el sable de luz, mientras la atención de Dooku estaba en su socio.

—No es lo que estamos planeando —explicó Vos y atacó.

Dooku, todavía tratando de comprender la situación, se sorprendió, aunque sólo por un instante. Encontró tiempo para dejar cuidadosamente el vaso de vino alderaaniano mientras sacaba su sable de luz. Ventress se volvió, pero el conde se agachó.

Saltó entre los dos y pateó a Vos mientras bloqueaba el golpe de Ventress con su sable de luz carmesí, casi bailando entre sus dos enemigos de modo que estos tuvieran que cuidarse para no herirse entre sí al tratar de matarlo. Ventress maldijo en voz baja, y dio un salto hacia atrás mientras se quitaba los zapatos de ridículo taco alto. Con la conexión que se había forjado entre ellos, Vos inmediatamente reconoció su táctica y buscó una posición desde la cual mejorar el ataque.

Mientras lo hacía, Dooku lo golpeó. Fue sólo un golpe indirecto por el lado izquierdo de Vos, pero él se sacudió, y a la luz azul de los fuegos artificiales que estallaban Ventress vio su rostro con expresión de dolor primero, para luego endurecerse y transformarse en odio.

«Él dolor», pensó, «nos hace fuertes». Y ella sabía mucho del dolor.

Gruñendo, Ventress cargó contra Dooku, deleitándose con la fuerza de sus músculos mientras daba un golpe tras otro. Su viejo maestro repelía con habilidad, pero ella lo hizo retroceder. Él esquivó sus golpes hacia un lado. Justo cuando Ventress se dio cuenta de

que se había adelantado demasiado, la mano izquierda de Dooku se cerró sobre su muñeca derecha y levanté su propio sable de luz. Fue el turno de Ventress de apoderarse del brazo de él y mantener a raya la hoja de color escarlata. Por un instante, los dos, sus rostros apenas separados por unos centímetros, se miraron a los ojos en una parodia de amantes. Entonces Dooku la levantó y la lanzó inesperadamente. Sin poder dominarse a tiempo, Ventress aterrizó pesadamente con un gruñido.

Enfurecido, Vos atacó a Dooku desde atrás. El Lord Sith giró sobre sí, deteniendo el golpe de Vos con su propia arma y torciendo la muñeca para detenerlo. Vos respondió con una finta que hizo que el pecho de Dooku quedara desprotegido y se lanzó a matar. Dooku se retorció y quedó fuera de la trayectoria del sable de luz, pero por primera vez desde que comenzó la lucha, Ventress vio torpeza en él.

—Luchas bien para ser un Jedi, Vos —desafió Dooku.

—Tuve un buen maestro —replicó Vos. Él hizo un gesto con la barbilla en dirección a Ventress mientras ella se ponía de pie y comenzaba a dar vueltas alrededor de Dooku. Mientras él pronunciaba esas palabras, Ventress se dio cuenta del error que ello significaba.

—¿Ventress? —Las cejas de Dooku se levantaron cuando él la miró—. Ya veo… ya veo…

Ella ajustó el agarre de su sable de luz.

—Vos —le advirtió, gritando por encima de las explosiones en el cielo—. ¡Atención! ¡Recuerda lo que te dije!

Ventress no se atrevió a ser más específica. Cuanto menos Dooku supiera, mejor.

Los ojos marrones de Vos se estrecharon, y con un grito incoherente, atacó. Pero la dinámica había cambiado; Ventress podía sentirlo. Dooku ya no parecía desestabilizado en lo más mínimo. Parecía un hombre que había sacado una carta ganadora en un partido de sabacc. Ventress sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire fresco de la noche o el ligero vestido que llevaba.

Él se puso de pie, alto, imponente, y mientras Vos corría hacia él, Dooku no se inmutó. Bajó su sable y estiró la mano. Vos se levantó en el aire y luego Dooku lo lanzó, enviando al Jedi contra uno de los pilares. El conde se dio la vuelta, casi con indiferencia, haciendo la misma maniobra con Ventress. Ella se quedó sin aire y no pudo respirar. Tercamente, usando su odio de la forma en que ella le había dicho a Vos que hiciera, ella convocó energía para empujarse a sí misma hasta una posición de rodillas, sin soltar su sable de luz.

El labio de Dooku se arrugó de una manera que podría haber sido una sonrisa o una mueca. Abruptamente, Ventress se encontró colgando en el aire mientras Dooku la hacía girar enviándola detrás de él para luego tirarla al suelo como un niño mimado que descarta un juguete que le gusta.

El dolor era insoportable, pero Ventress permaneció consciente por el tiempo suficiente para ver que Dooku todavía no había sido eliminado. Sólo pudo verlo con

impotencia mientras se deslizaba, de cabeza, hacia la dura piedra de un meticulosamente tallado banco. El mundo se volvió blanco, y ella ya no supo nada más.

CAPÍTULO VEINTIUNO

«¡Asajj!».

La desolación y el miedo se apoderaron de Vos. Quería correr hacia ella, ayudarla, pero eso sólo serviría para darle a Dooku la oportunidad de matarlo. En el espacio de medio latido del corazón, Vos recordó la lección de Ventress con el Durmiente. Le había estado aplastando las costillas y se vio envuelto por el miedo primigenio. Había usado ese miedo entonces para convertirlo en odio y matar al Durmiente con él. En ese momento Vos nuevamente aprovechó y dirigió su propio terror ante el solo pensamiento de la posible muerte de Ventress.

Su mente quedó despejada, para llenarse con un frío propósito: matar a Dooku.

Dooku sonrió, como si se sintiera complacido.

—Bien —reflexionó—. Ella te ha dado a probar el lado oscuro… y tal vez otras cosas también, supongo. Dime Vos, ¿cuántos votos Jedi has roto para destruirme?

Vos se estremeció, como si algo lo hubiera pinchado. En compañía de Ventress, había sido fácil pensar en lo que había ganado, no en lo que había abandonado y a lo que había renunciado para siempre, si él fuera a quedarse con ella.

Por un instante, se quedó paralizado. Entonces, con un rugido, atacó. Nunca sus golpes fueron tan fuertes como en ese momento, alimentados como estaban con su furia al rojo vivo. Su sable de luz era apenas una mancha que golpeaba. Dooku retrocedió ante el asalto, pero a Vos le pareció que el conde no tenía muchos problemas para detener los golpes.

—Él… te está manipulando —oyó Vos que la voz de Ventress, débil pero decidida, le decía—. ¡No lo escuches!

¡Estaba viva! Con renovada voluntad, golpeó de nuevo, pero su hoja verde fue detenida por la roja de Dooku cuando éste contraatacó y se inclinó hacia adelante. Los colores de los brillantes sables de luz y de los fuegos artificiales que alcanzaban su máximo esplendor en el aire arrojaban una luz oscilante y misteriosa en el rostro del conde. Estaban tan cerca que Vos podía oler el aroma floral del vano en el aliento de Dooku.

—Puedo sentir que el lado oscuro ya es fuerte en ti —le dijo Dooku—. ¡Más fuerte de lo que nunca fue en Ventress!

Vos, sorprendido, echó una rápida mirada a Ventress. Ella ya estaba de pie. Su corto pelo rubio estaba enmarañado con sangre, pero sostenía su sable de luz con firmeza.

El conde estaba mintiendo, y Vos no quiso saber nada de ello.

—¡No puedes engañarme, Sith! —Saltó por encima de Dooku para aterrizar parado detrás de este hombre, que era lo único que se interponía entre él y su futuro con Ventress. Arremetió con un golpe que debería haber cortado la cabeza de Dooku, pero el conde esquivó fácilmente el sable de luz.

—Oh, no, maestro Vos. No te estoy engañando. ¡Pero Ventress sí te está engañando!

Vos sacudió la cabeza violentamente, pero una remota sombra de la duda ya se había deslizado en él. Ella había insistido en que no avanzara más. ¿Por qué? ¿Por qué ella no iba a querer utilizar todas las herramientas que tenían a su disposición para derribar al conde Dooku?

—Te está utilizando —afirmó Dooku. Golpeó de nuevo, y Vos fue obligado a retroceder contra la pared, deteniendo golpes desesperadamente—. Ella no te enseñó tu verdadero potencial. ¡No como yo puedo hacerlo!

—¡Quinlan!

El uso de su nombre de pila sacudió a Vos. Ventress rara vez lo usaba, así como él tampoco la llamaba Asajj con frecuencia. Se dio la vuelta justo a tiempo para verla atacando.

¡Grievous! ¿Cómo pudo el general…?

Vos plantó su bota en el abdomen de Dooku, tomando al conde por sorpresa, luego cambió de apoyo su peso y pateó a Grievous con su otra pierna. El cíborg cayó, gritando, por sobre la barandilla. Demasiado tarde, Vos se dio cuenta de que Grievous tenía firmemente agarrada a Ventress por el brazo. Vio, horrorizado, que los dos caían juntos.

—¡Asajj! —exclamó. Instintivamente, se acercó a la barandilla. En ese mismo momento, por el rabillo del ojo, vio a Dooku que bajaba su sable de luz.

«Si la mató…».

Vos buscó la última capa de oscuridad que había dormido dentro de él hasta ese momento. Ventress le había advertido contra el uso de ella, pero ¿por qué? ¡La necesitaba!

Una nueva fortaleza envolvió a Vos, un infierno de sombras alimentadas por el veneno de sus emociones primarias sin control. La liberó toda. Por un segundo, Dooku pareció alarmado por el nuevo ataque. Vos corrió, saltó y golpeó…

«… como una de serpiente…».

… saltó por la barandilla y pateó a Dooku directamente en la cara con su bota. La cabeza del conde cayó hacia atrás y por un salvaje y glorioso instante Vos pensó que le había roto el cuello. Pero entonces Dooku se recompuso y volvió al ataque. Su sonrisa era amplia y sus ojos brillaban aprobatorios.

—¡Sí, usa tu ira! ¡Seguramente Ventress te dijo que es la única manera de poder derrotarme!

«Ventress». Una explosión de miedo llenó el pecho de Vos. Lo agarró y lo doblegó a su voluntad. Tenía la garganta irritada por los gritos primitivos mientras iba tras Dooku con todo lo que tenía.

Y esta vez, Dooku cayó.

Retrocedió sin dejar de parar los golpes desde el suelo, y esa imagen alegró el corazón de Vos. Lo único que tenía que hacer en ese momento era ir más allá de la hoja del anciano.

Una finta rápida al pecho, un giro de la muñeca y el sable de luz de Dooku salió volando.

La hoja verde estaba a un centímetro de la garganta de Dooku y el conde quedó inmóvil, mirando a su adversario. Vos respiró hondo y levantó la hoja sobre su cabeza. Quería ejecutar a Dooku con toda deliberación, no simplemente matarlo en una pelea. Quería ver esos ojos muy abiertos por el terror cuando el conde viera que la muerte se le acercaba.

Tendría que haber estado preparado para la siguiente jugada de Dooku, pero no fue así. El hombre que un segundo antes había estado sobrecogido por el miedo, en ese momento tomó la muñeca de Vos mientras hacía descender el sable de luz verde. Un fuerte tirón y los papeles se invirtieron. En ese momento fue Vos quien yacía tirado en el suelo. Dooku apoyaba firmemente una rodilla en la espalda de Vos, usando la Fuerza para aumentar su propia y de ningún modo despreciable fortaleza. Vos no podía moverse. El conde le torció el brazo con el que Vos todavía sostenía su sable de luz con su zumbido característico, apretando con fuerza inhumana la membrana entre el pulgar y el índice. Vos quiso que su mano obedeciera, pero fue inútil. El sable de luz cayó y el resplandor verde desapareció.

Agobiado, Vos lo vio rodar hacia el borde, por entre los barandales del balcón, donde se balanceó por un momento, y luego cayo para desaparecer de la vista.

El sable de luz de Ventress salió volando de su mano mientras ella y Grievous caían. Ella golpeó con fuerza el saliente de un nivel inferior y quedó con la cabeza colgando por el borde. Grievous estaba encima de ella, con sus dorados ojos entornados, hambriento de sangre mientras le gruñía con su pie en la garganta de ella. La agarró con sus cuatro manos y la arrojó al nivel por debajo de ellos. Ella se estrelló contra la pared al lado de una de las elegantes ventanas y rodó hacia el borde.

Estaba recibiendo una fuerte paliza, se dio cuenta en alguna parte distante de su mente. El anterior golpe en la cabeza debería haberla matado. Pero sólo la desmayó por un buen rato, y su cabeza en ese momento le dolía considerablemente. Su visión era poco fiable, y al ponerse de pie un fuerte mareo se apoderó de ella.

No tenía tiempo para ocuparse de ello. Levantó la vista y vio a Grievous que saltaba hacia ella, emitiendo un sonido gutural que quería ser una risa triunfal, y ella rodó hacia la derecha. Ventress estaba herida, desorientada y había perdido su sable de luz. No había nada que hacer, salvo abandonar o luchar. Pero Ventress no estaba dispuesta a darse por vencida.

Gruñó y cargó contra Grievous, dándole una patada con sus pies desnudos que pudieron enviar al más grande y pesado cíborg tambaleándose hacia atrás. Él gruñó, claramente sorprendido.

El fuego de las pistolas bláster le pasaba zumbando muy cerca y Ventress saltó con precisión para ponerse a cubierto debajo de una viga metálica. Al escuchar a los droides de batalla que se acercaban marchando, levantó la vista. No la iban a atrapar allí. Recurrió a la Fuerza para que la levantara, se agachó y luego saltó hacia arriba, manteniendo delicadamente el equilibrio. Le llamó la atención un movimiento.

El sable de luz de Vos.

Alargó la mano hacia la Fuerza y se apoderó de él. Veloz, la Fuerza se lo acercó, todavía tibio por el agarre de Vos. Ventress se negó a pensar en lo que estaría ocurriéndole a él. Si ella no eliminaba la amenaza ahí, Dooku y Grievous irían tras ellos dos.

Saltó al nivel más bajo y comenzó a convertir en chatarra a los droides de combate. Bateó los disparos, devolviéndolos directamente hacia uno, partió en dos a un segundo y pateó a un tercero para sacarlo del saliente. Se volvió hacia Grievous, con el rostro bañado en un resplandor verde.

Grievous se agachó para recoger sus propios sables de luz y gruñó frustrado al ver que habían desaparecido.

—¡Deténganla mientras voy a ayudar al conde!

—¡Comprendido! —dijo el coro de voces agudas de los droides. Eran diez.

—No tengo tiempo para esto —murmuró Ventress y se lanzó hacia delante.

—

Todo había terminado y Vos sabía que había fallado.

Oyó las pisadas de al menos media docena de droides de combate que ya formaban un semicírculo a su alrededor. Dooku, después de haber recuperado su sable de luz, se quedó sosteniéndolo mientras miraba la figura caída boca abajo de Vos.

—Adelante —desafió Vos con los dientes apretados—. ¡Termina con tu tarea!

Pero Dooku negó con la cabeza.

—Oh, no, maestro Vos —protestó—. En realidad estoy bastante impresionado. Ahora tengo otros planes para ti.

Su mano salió disparada. Rayos azules brotaron de sus dedos y bailaron por todo el cuerpo de Vos. El dolor no se asemejó a nada de lo que Vos alguna vez hubiera experimentado. Simultáneamente lo quemaba y lo congelaba. Con todos los músculos tensos y contraídos, su cuerpo sufrió un espasmo incontrolable, y su corazón trataba de reventar y salírsele del pecho. Escuchó a alguien que gritaba, como si estuviera muy lejos, y le tomó un momento reconocer su propia voz.

Después de un segundo, o mil años, el tormento terminó. Su cuerpo quedó tendido lánguidamente sobre la piedra y no podía ofrecer ninguna resistencia a las manos metálicas que se cerraban sobre sus brazos y comenzaban a arrastrarlo para llevárselo.

—¡Quinlan! ¡*No*!

¡Ventress aún estaba viva! Reuniendo las últimas reservas de sus fuerzas, Vos estiró el cuello para verla.

Trató de gritar su nombre, pero le salió como un susurro seco. Aparecían más droides que pasaban junto a él, todos disparándole a ella. Dispuesto a permanecer consciente, Vos luchaba débilmente, la mirada puesta en Ventress.

Ella se sostuvo y peleó. Por un momento. Pero eran demasiados, incluso para Asajj Ventress. Lo último que Quinlan Vos vio fue que la mujer de la que se estaba

enamorando daba la vuelta y escapaba, dejándolo a merced del conde Dooku. Fue entonces cuando Vos se dio cuenta de que el collar en su largo y delgado cuello estaba diseñado para parecer una serpiente.

—

Ventress se acurrucó en las alcantarillas. Por encima, escuchaba las características voces de los droides de combate.

—Nada —informó uno de los droides—. No hay ninguna señal del intruso.

—Las órdenes son de seguir buscando —respondió otro—. Vayan a la sesenta y seis pasando por la noventa y nueve.

—Comprendido.

Cuando ya no pudo oírlos, Ventress se relajó. Le dolía todo el cuerpo. Tenía que ocuparse de sus heridas y descansar. Pero por un momento no se movió. Ventress tenía el sable de luz de Vos. Lo miró. Al verlo de nuevo en sus manos, recordó cuando él se lo había dado, en Dathomir.

«Cuida de esto… porque voy a querer que me lo devuelvas».

«No te preocupes. Te estará esperando, te lo prometo».

Lo había mantenido a salvo para él entonces; lo haría de nuevo en ese momento.

Un dolor que no tenía nada que ver con sus heridas físicas amenazaba con apoderarse de ella. Por un momento salvaje, Ventress pensó en ponerse en contacto con Obi-Wan Kenobi. Vos le había dicho que eran buenos amigos y que Kenobi había sido quien le sugirió la participación de ella en primer lugar. Ventress incluso sabía cuál era el bar donde se reunían los Jedi. Los Jedi… no iban a creerle. Ni siquiera a Obi-Wan Kenobi se le iba a ocurrir la idea de que ella jamás había planeado que esto sucediera.

¿Quién más? Ventress no podía hacer esto sola. Pero estaba demasiado agotada en ese momento como para pensar con claridad. Tenía que llegar a un lugar seguro. Y entonces…

Ferozmente, susurró:

—Quinlan… No voy a abandonar. No voy a dejar que él se apodere de ti. Por la sangre de mis hermanas, lo juro.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

No había manera de que Vos se diera cuenta del paso del tiempo en la celda. Podrían haber sido un par de días, o un mes. Las luces estaban siempre encendidas. Las comidas, cuando llegaban, lo hacían a intervalos irregulares. Unos droides monitoreaban sus patrones de sueño para asegurarse de despertarlo de golpe y dolorosamente durante la fase REM.

Vos no era ajeno a la tortura. En el pasado, su dominio de la Fuerza le había permitido enfocar su mente y distraerla del dolor. Hasta ese momento, sin embargo, aquéllos que lo hacían sufrir eran extraños a la Fuerza y habían estado tras una información específica.

Esto no sucedía con Dooku.

El conde aparecía cuando quería, en silencio; a veces para observar a Vos simplemente colgando, suspendido, mientras un droide de tortura continuaba con su programación. Otras veces, Dooku entraba a la celda y tranquilamente lanzaba sobre Vos rayos de la Fuerza de modo que el antiguo maestro Jedi quedaba reducido a gritos, retorciéndose sin poder hacer nada.

En cada ocasión, Vos trataba de hacerlo hablar para averiguar qué era lo que Dooku deseaba. Al conde le gustaba regodearse y era posible que dejara escapar algo que fuera de ayuda, alguna referencia a la disposición de aquel lugar, tal vez, o un comentario descuidado sobre los movimientos de tropas.

Era un esfuerzo inútil. Vos no era más que un animal atormentado sin razón aparente, salvo el capricho de Dooku. Y Vos sabía que, a pesar de su entrenamiento, tanto en el lado luminoso como, en ese momento, en el lado oscuro de la Fuerza, si aquello duraba el tiempo suficiente… eventualmente se convertiría precisamente en eso.

Así que cuando Vos oía las pisadas de Dooku sobre el zumbido del dispositivo de tortura que lo envolvía en erráticas pulsaciones de energía diseñadas para apuntar a las terminaciones nerviosas, no se hacía ninguna ilusión. Pero se negaba a darse por vencido.

Por décima, o tal vez milésima vez, Vos levantó la cabeza. Se retorció cuando le llegó otra dolorosa pulsación, pero reprimió un grito. Dooku, como siempre, estaba sonriendo, como si fuera un abuelo bondadoso que veía jugar a un niño.

Por milésima, o quizás décima vez, Vos preguntó con voz ronca de tanto gritar:

—¿Por qué no me matas y acabas de una vez?

—Dime —respondió Dooku—, ¿qué esperas ganar asociándote con Asajj Ventress?

¿Todo ese tiempo en silencio y le preguntaba eso? Vos se sorprendió tanto que el dolor se desvaneció por un momento. El droide que monitoreaba sus reacciones mostró una aceptable imagen de entrecejo fruncido y aumentó el nivel. Vos no pudo sofocar del todo un siseo de sufrimiento.

—Creo que eso es… bastante obvio —dijo en medio del dolor—. Yo… fui enviado para eliminarte.

Dooku se acarició la barba, pensativo.

—Parece un ataque desesperado del Consejo Jedi, no confiar únicamente en sus tan mentados caballeros Jedi para semejante tarca. ¿La Orden se ha vuelto tan débil en mi ausencia?

Vos se recompuso lo mejor que pudo. Miró a Dooku directamente a los ojos y logró dejar escapar una risita.

—Mira a tu alrededor, Dooku. En todos los frentes, la República está ganando la guerra.

—Me alegra que pienses así. Pero estás cambiando de tema. —Sacudió un dedo, reprendiendo a Vos—. No te pregunté nada sobre la guerra. Te estaba hablando de Ventress.

De inmediato, Vos se puso en alerta. Había estado sometido a tanto dolor cuando fue capturado, que no estaba seguro de qué era lo que, exactamente, había sucedido. ¿Ventress lo abandonó por voluntad propia? ¿O la habían obligado a hacerlo? Sus recuerdos de aquella noche eran demasiado difusos…

—Ventress no tiene sentido de la caridad —continuó Dooku—. No te ayuda a menos que haya algún beneficio para ella.

—Ella sí que te odia —le aseguró Vos.

—Por supuesto que sí —respondió Dooku—. Pero nunca trabaja con alguien a quien no pueda controlar.

Un desagradable sobresalto atravesó a Vos. Pensó en los intentos anteriores contra la vida de Dooku que Ventress había hecho. Entonces, ella se encontraba en compañía de sus hermanas o si no —bastante literalmente— había creado y dado forma a lo que ella había pensado que sería el perfecto socio asesino.

¿Lo había estado creando y dándole forma a él también?

«Sé cauteloso, Quinlan», le había advertido Kenobi. «Ventress no es más que una manipuladora. Ella no dudará en utilizar tu confianza en tu contra en el instante en que le sea útil a sus propios fines egoístas».

—Bueno —dijo Vos, forzando la voz para que sonara segura—, tal vez tú no la conoces como la conozco yo.

Dooku arqueó una ceja, de pronto prestando suma atención.

—No —reflexionó el conde—. Tal vez sea así. Pero veo que tú sí la conoces. Muy íntimamente, de hecho, ¿no?

Vos no respondió.

Dooku se acercó más.

—Percibo mucho miedo en ti, Vos.

Vos aprovechó la oportunidad. Iba a controlar el miedo, lo iba a convertir en ira; la ira se convierte en odio, y el odio lo hacía fuerte.

—Estás equivocado —lo desafió—. ¡No te tengo miedo!

—No, no creo que me temas a mí —estuvo de acuerdo Dooku—. Pero tienes miedo.

Vos intentó reorientar sus pensamientos para concentrarse en la repugnancia que sentía por el hombre allí erguido ante él, con aire de suficiencia, tan seguro de su poder.

Pero estaba tan cansado y débil, y el dolor seguía dirigiendo sus pensamientos desde la fortaleza hasta el miedo.

—Tus pensamientos te traicionan —sentenció Dooku, y, desesperado, Vos sabía que eso era cierto—. Ventress te estaba enseñando. Bien, bien… esto explica mucho.

—Te equivocas. ¡No hay nada que ella pueda enseñarme!

Dooku sacudió la cabeza y suspiró.

—No te haces ningún favor mintiéndome. Tú mismo dijiste que tuviste un buen maestro. ¿No lo recuerdas?

Vos se esforzó por que su rostro no revelara la punzada de angustia al darse cuenta de que, efectivamente, se había olvidado. ¿Qué otra cosa no recordaba?

—Abandoné a los Jedi porque yo había crecido más allá de ellos —continuó Dooku—. Pero ahora veo que tú y yo, Vos, tenemos mucho en común.

Vos sintió rechazo por esas palabras aborrecibles.

—Tú y yo no somos para nada iguales. ¡Tú eres un traidor!

—¿Y qué eres tú? —La voz normalmente modulada de Dooku restalló como un látigo—. Tú te criaste en el Templo Jedi, ¡pero ahora apestas al lado oscuro! Muy pronto, dejarás de negar la verdad de tantas y tantas cosas. ¡Y comprenderás que no soy un traidor, sino un visionario! El miedo lleva a la ira, la ira lleva al odio, el odio lleva al sufrimiento.

El conde le hizo una seña al droide de tortura. Esta vez, lo convulsionó en garras del crujido azul de la electricidad.

—Pero lo que los Jedi no pudieron enseñarte, lo que yo he aprendido, ¡es la forma de perseverar, pasar a través del sufrimiento y alcanzar el máximo poder!

Dooku movió otra vez la cabeza. El dolor se detuvo. El sudor corría por el rostro de Vos. Su corazón latía acelerado, su cuerpo temblaba por el dolor recordado.

—No te preocupes, mi aprendiz, las lecciones que Ventress comenzó, yo las voy a completar.

Le hizo señas al droide con un movimiento desdeñoso de la mano, y Vos se puso tenso en anticipación de la siguiente ola de electricidad que iba a sacudir todo su cuerpo. Dooku giró.

Los gritos de Vos lo siguieron por el pasillo.

—

Akar-Deshu se puso a la par de Obi-Wan Kenobi cuando el maestro Jedi se encaminaba hacia la sala del Consejo. No dijo nada, simplemente mantuvo el ritmo del ser humano, y Obi-Wan suspiró.

—Desh —dijo con voz serena—, tú sabes que no puedo decir nada sobre el maestro Vos o su misión.

—Lo sé, maestro Kenobi —confirmó Desh en voz baja—. No tienes que decirme nada para saber que algo ha salido mal.

Kenobi le dirigió una mirada irritada al Jedi más pequeño.

—Hay veces en que deseo que algunos Jedi no fueran tan sensibles a la Fuerza como de hecho lo son. Y sí, sé exactamente cómo suena eso.

—Lo dije la última vez y lo diré siempre —dijo Desh—, si hay algo que pueda hacer para ayudar…

—Estás demasiado apegado a Vos, Desh —le espetó Obi-Wan.

—Y tú también —añadió Desh—. Maestro, admítelo… Vos tiene la habilidad de meterse debajo de la piel de uno.

—Igual que una garrapata o una astilla —murmuró Kenobi. De todos modos, le puso una mano en el hombro al mahrano y le dirigió una sonrisa preocupada al entrar a la sala del Consejo.

Yoda, Windu, Ki-Adi-Mundi, Saesee Tiin y Plo Koon estaban presentes. Todos los ojos se volvieron hacia Kenobi cuando entró y le hizo una reverencia al maestro Yoda.

La expresión de Yoda era de esperanza, pero casi de inmediato bajó la mirada y sus orejas cayeron.

—Del maestro Vos ninguna noticia has tenido —dijo pesadamente.

—Nada —confirmó Kenobi—. Ni de él, ni sobre él. Es como si hubiera desaparecido por completo. Como acordamos, he seguido yendo a nuestro lugar preestablecido a la hora acordada.

—Tal vez Ventress descubrió su identidad —sugirió Plo Koon—. Y lo mató por engañarla.

—No lo creo —dijo Kenobi—. Si ése hubiera sido el caso, Ventress se habría encargado de que la noticia de su descontento con el Consejo nos llegara. —No dio más detalles acerca de las diversas formas horripilantes en que podría haberlo hecho.

—Asajj Ventress es una conocida Sith —precisó Ki-Adi-Mundi.

—Ex Sith —corrigió Kenobi, maravillándose no por primera vez de encontrarse en ese momento en la curiosa posición de defender el honor de Ventress.

—¿Acaso hay alguien que pueda ser un ex Sith? —preguntó Windu—. Es posible que ella engañara al maestro Vos para llevarlo por el camino oscuro con ella y ahora tenemos un Jedi descarriado en nuestras manos.

—Es posible —estuvo de acuerdo Kenobi—, siempre y cuando alguno de ustedes realmente crea que Quinlan Vos tenga una voluntad tan débil que lo haya hecho abandonar todo lo que había conocido en la vida. No olviden que el hombre fue criado en el Templo.

—Una atracción de gran alcance, es lo que está prohibido —intervino Yoda.

—Hasta que sepamos algo, cualquier cosa, con certeza, no es prudente hacer especulaciones —propuso Kenobi.

—¡Ni siquiera sabemos si aún está vivo! —Los ojos de Mace eran oscuros.

—Esto podría ser parte del plan.

—Podría ser —aceptó Mace—. O podría estar muerto. El asunto es que no sabemos, y deberíamos saberlo, maestro Kenobi. Deberíamos.

—

Ventress se detuvo un momento en la puerta de la cantina de Mos Eisley, para permitir que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad después de la abrumadora luz del sol ardiente de Tatooine. Aquél no era el camino que ella hubiera preferido transitar, pero no había podido pensar en ninguna otra opción.

Le parecía que hacía miles de años que había entrado ahí por primera vez. Entonces, también, había estado abrumada por un sentimiento devastador de pérdida después de que Grievous hubiera matado a todo su clan. Pero entonces había estado a la deriva, sin dirección. Sin embargo, en este momento Asajj Ventress tenía un sentido de su propósito preciso como un láser.

Recorrió con la mirada a los allí presentes y sus ojos se detuvieron en un bien conocido rostro verde, de reptil, arriba de un traje de vuelo amarillo brillante. Familiar, también, le resultaba la alegre mujer joven con trenzas de color naranja brillante y piel color lavanda. Y sí, *él* también estaba allí.

Ventress se armó de valor y se dirigió hacia ellos. Bossk la vio y su rostro se hizo aún más agrio con una mueca. Ventress no se había dado cuenta de que tal cosa fuera posible. Estaba en un reservado hablando con un ocupante invisible. Un momento después, dos atractivas muchachas twi'lek salieron del reservado, lanzándole cautelosas miradas a Ventress.

—¡Eh! —gritó una voz que Ventress recordaba, juvenil e intensa—. ¡No voy a pagar todo lo de ustedes!

Bossk se cruzó de brazos y la miró mientras se acercaba. Sin humor para bromas, Ventress lo miró fijo. Después de un segundo o dos, él levantó las manos en un gesto de «está bien, te dejo un espacio» y se movió hacia atrás para que ella se ubicara en el reservado frente a Boba Fett.

Los ojos de él se abrieron en estado de *shock*, y luego frunció el entrecejo.

—Sin Nombre —dijo—, tienes muchas agallas para venir aquí. Ventress ignoró el comentario. Ella se inclinó y dijo en voz baja y con sinceridad:

—Necesito la ayuda de ustedes.

La segunda mirada de Boba Fett fue impagable. Luego se llevó exageradamente una mano a la oreja.

—¿Cómo dices?

Ventress se tragó las ganas de golpearlo.

—Ya me escuchaste.

Él sonrió.

—No, me parece que no te escuché. Dilo otra vez.

Por alguna razón, la irritación desapareció en ella. Lo único que sentía era cansancio y una desesperanza que tenían que ser obliterados en ese momento para que no la dominaran por completo. Ella repitió, con la misma voz tranquila:

—Necesito tu ayuda.

Se burló, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿Después de lo que me hiciste en Quarzite? —Como lo había sospechado, Fett, efectivamente, no había superado haber sido insultado, ahogado con la Fuerza, atado, amordazado y arrojado a un baúl. Aunque Ventress había dejado: a cada uno su parte justa de pago.

Él se levantó para irse, disgustado. Ventress movió su mano por sobre la mesa, empujándolo hacia atrás, a su asiento.

—Siéntate —le espetó, poniéndole un dedo encima.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque necesito tu ayuda.

Latts Razzi y Bossk, que se movían muy cerca del reservado, intercambiaron miradas. Latts sacudió la cabeza con incredulidad.

—Además —dijo Ventress, incluyendo a ellos dos en la conversación—, estoy dispuesta a pagar. Quiero contratarlos a ustedes y a su sindicato.

Eso concitó la atención de todos, incluso de Boba, quien no parecía muy convencido cuando respondió:

—Eso va a ser caro. *Si* me decido a mezclarme contigo.

—Tengo el dinero.

Las cejas de él se unieron.

—Los créditos no van a hacer que tú y yo quedemos a mano. —Él tomó un generoso trago de su bebida y se pasó la manga por la boca.

—¿Ni siquiera cien mil créditos? —preguntó Ventress.

Los ojos de Latts se abrieron grandes como platos, y la mandíbula de Bossk se cerró con asombro. Boba miraba a Ventress sin expresión alguna.

—No. Ni siquiera doscientos mil créditos.

Ventress había subestimado lo mucho que había herido el orgullo del muchacho. Estaba demostrando que había sido un costoso error.

—Doscientos cincuenta.

Eso lo logró. La boca de Boba estuvo abierta durante tres segundos completos antes de cerrarla. Latts y Bossk se miraron uno al otro, y luego, en perfecta sincronización dieron un paso adelante.

—Vamos a aceptar el trabajo —dijo Bossk.

—¡Por supuesto! —aceptó Latts inmediatamente.

Boba los miró.

—Pero… ¡ni siquiera saben de qué se trata!

Latts se encogió de hombros.

—Por doscientos cincuenta mil créditos, ¡eso no me importa!

Boba miró a Ventress y luego a sus cazadores de recompensas. Alzó las manos en señal de rendición.

—¡Muy bien! —Se dejó caer con mal humor—. Pero el Sindicato obtiene su parte. Y ustedes diviértanse. —Fett tomó otro largo trago de su bebida. Se lo veía profundamente irritado con todos ellos.

—No hay acuerdo —espetó Ventress sin rodeos—. Quiero a todo el equipo. —Y los contó con los dedos—. Bossk. Latts. Highsinger. Embo. *Y* Boba Fett.

Boba entrecerró los ojos. La miró en silencio durante un largo rato. Luego se echó hacia atrás y le preguntó:

—¿De qué se trata el trabajo?

Ventress había planeado exactamente lo que iba a decir.

—Una misión de rescate. Un hombre, en Serenno. Entramos y salimos, y ustedes reciben su pago.

Boba lo pensó.

—¿Conoces los planos del lugar al que vamos? ¿Sus defensas, sus puntos débiles?

—Como si yo viviera allí —respondió ella sin problemas.

Boba abruptamente dejó su copa y se inclinó hacia ella.

—No puede ser tan fácil. Hay algo más en esto que me estás diciendo, lo sé muy bien.

Ventress sabía algo, también. Sabía cómo manipular a Fett.

—Siempre hay variables. Cualquier cazador experimentado lo sabe. —Puso exactamente la intensidad adecuada al pronunciar la palabra «experimentado» y por supuesto Boba se erizó todo ante el implícito insulto. Agarró su casco, obviamente dando por terminada la conversación.

—Nos pagas por adelantado o no hay trato. Haz la transferencia de los créditos hoy mismo.

Ventress inclinó la cabeza. Había estado esperando esta exigencia, al igual que había esperado tener que aumentar su oferta inicial. La suma representaba casi todo lo que había ahorrado desde que se había convertido en cazadora de recompensas. Pero si ellos lograban hacerlo, si podían sacar a Vos de ese infierno donde Dooku seguramente lo estaba torturando, a Ventress no le importaría si no ganaba un crédito más en toda su vida.

Latts y Bossk parecían niños que acababan de recibir regalos.

—¡Siiii! —siseó Bossk alegremente. Latts, sonriendo de oreja a oreja, juguetonamente le golpeó el peto de la coraza en una demostración de solidaridad.

Boba todavía se veía como si hubiera mordido algo particularmente desagradable.

—Ve a decirles a Highsinger y a Embo que se preparen. En una hora nos reunimos para revisar el plan básico de la misión. —Todos asintieron y prácticamente desaparecieron de un salto. Él los vio irse y luego se volvió hacia Ventress.

—A propósito y para que quede claro. —Ventress levantó la vista para encontrar la pistola bláster a tres centímetros de su cara. Esto sí que ella no lo había esperado—. Sé que nos vas a traicionar en algún momento. Puede ser que ellos no lo vean, pero yo sí lo veo.

Ella le dirigió una mirada inexpresiva, ocultando su sorpresa.

—Y también, sólo para que conste —continuó en tono amable—. Ya no soy el niño que dejaste en Quarzite. Me vuelves a engañar y te haré pagar por ello.

Hizo girar la pistola en el dedo antes de enfundarla, luego se puso el yelmo en la cabeza y siguió los pasos de Bossk y Latts.

CAPITULO VEINTITRÉS

Pasó más tiempo. Más tortura, más gritos, más pesadillas en los pocos momentos en los que Vos se desmayaba durante el tiempo suficiente como para tenerlas. Soñaba con la oscuridad y la sangre, con el miedo al peligro conocido, que era malo, y el peligro imaginado, que era peor.

Los peores sueños de todos eran aquellos en los que aparecía Ventress. A veces ella era su torturadora, burlándose cuando le lanzaba rayos de la Fuerza, deleitándose en su dolor. Le decía que todo lo que ella había dicho, todo lo que habían compartido estando juntos, era una mentira y se deleitaba en el hecho de que esto le dolía mucho más que el dolor físico.

Pero los sueños a los que Vos temía incluso más que a estos, eran aquéllos en los que tenía a Ventress en sus brazos. Cuando ella le decía que lo amaba y él sabía que era verdad.

Sus sentidos se habían atontado. No tenía gusto ni hambre de comida, nada de sensibilidad por ninguna cosa, salvo el sufrimiento de los diversos métodos que el droide usaba para inflamar sus nervios o lacerar y luego sanar su cuerpo. Vos alternaba entre el entumecimiento, la lentitud y el momento terriblemente vivo del tormento. Comía sólo porque una parte de él sabía que lo necesitaba para mantener la poca fuerza que le quedaba. Él, Dooku y el droide habían estado jugando esta danza por el tiempo suficiente como para que los músculos de Vos estuvieran empezando a debilitarse, salvo aquéllos que sufrían constantemente al ser puestos en posiciones para las que nunca fueron diseñados.

Los sueños en esa ocasión habían sido particularmente malos, así que cuando el droide fue a despertarlo, Vos realmente lo agradeció. Se sorprendió cuando el droide desactivó el campo de fuerza que lo había tenido suspendido de los brazos. Incapaz de sostenerse por sí solo, cayó torpemente al suelo desde un metro de altura. Rígido por la falta de movimiento durante tanto tiempo, los hombros y los brazos le ardían como el fuego y Vos reprimió un grito. El dolor era como el veneno de serpiente que había corrido por todo su sistema en Dathomir, lo que lo llevó de nuevo a pensamientos sobre Ventress.

—Levántate —ordenó el droide. Como Vos no le obedeció, el droide hizo una señal. Aparecieron dos droides de combate y se pusieron en posición de firmes. El droide de tortura desactivó el campo de fuerza y los droides de combate entraron. Tomaron a Vos y le pusieron los brazos atrás para sujetárselos con ataduras, luego cada uno lo tomó de un brazo. Mientras lo arrastraban fuera de la celda, el dolor de los brazos aumentó mil veces, y una vez más descendió la oscuridad.

Vos volvió en sí cuando lo arrojaron al suelo. Se quedó allí por un momento, y luego se dio cuenta de los olores. Carnes asadas, el fuerte olor de las frutas recién cortadas, la dulce fragancia del hojaldre recién horneado… comida de verdad, no las cosas sin gusto que le habían obligado a consumir. La saliva le llenó la boca y por primera vez desde que

comenzó la terrible experiencia, el estómago hizo algunos ruidos. Poco a poco, siseando, se empujó para quedar arrodillado y observó el entorno.

La habitación era grande y lujosa. Obras de arte provenientes de una variedad de mundos colgaban en las paredes. Las alfombras que Vos pisaba eran gruesas y confortables. De algún lado llegaba música suave, y un armario grande, ornado con tallas, colgaba en la pared. Todas estas cosas Vos las vio apenas fugazmente. Sus ojos estaban fijos en el despliegue delante de él, que era a la vez acogedor y obsceno. Había, literalmente, docenas de distintos alimentos en una mesa de comedor a la que fácilmente podrían haberse sentado dieciséis personas.

Y en la cabecera, sirviendo un vino espumante en una copa flauta, estaba sentado el conde Dooku.

Levantó la copa en un brindis por Vos.

—Bienvenido —saludó y bebió.

Ésta era quizás la peor tortura hasta ese momento, pero Vos se armó de valor. Si Dooku pensaba verlo rogar por las sobras de la mesa, el conde quedaría muy decepcionado.

Vos tragó para poder hablar.

—Bien, mírate en tu mimada vida. —Su voz goteaba desprecio—. Tus sirvientes, tu fiesta, tu palacio. Debe de haber sido muy fácil para ti darle la espalda a la Orden Jedi.

Dooku cortó otro trozo del grueso filete poco cocido y se lo llevó a la boca. Sus jugos gotearon sobre el plato. Lo mordió con evidente placer, se limpió los labios con la servilleta y entonces respondió.

—Sí —concordó—. Llevo una existencia privilegiada ahora. Pero al igual que tú, Vos, yo también fui sacado de mi hogar cuando era un bebé y me crie en el Templo Jedi. Fue más tarde en mi vida que descubrí mi verdadera herencia, un legado de poder y pedigrí que era demasiado intimidante como para que el Consejo lo aceptara.

Pusieron un plato en el otro extremo de la mesa. La comida no estaba lejos de él y la copa flauta para el vino estaba llena. Claramente, Vos estaba invitado a cenar con el conde, si él lo solicitaba. Vos intentó decidir cuál era el curso de acción más inteligente: negarse a darle a Dooku la satisfacción de comer, o aprovechar la oportunidad de consumir algo de comida de verdad para aumentar sus fuerzas.

—Pedigrí —se burló—. Como un animal. Podrías haber hecho mucho, podrías haber ayudado a tanta gente. En cambio, usaste ese legado para difundir tu maldad por toda la galaxia. —La fragancia del pan recién horneado delante de él casi lo quebró.

Dooku se levantó de su asiento, dejando su servilleta y tomando su copa de vino. Se acercó a la entrada de un gran balcón abierto y descorrió las cortinas que ondeaban suavemente. Por primera vez desde que había sido atrapado, Vos tuvo sentido del tiempo. Era de noche, en cualquiera que fuese el mundo en que estaba, y las estrellas brillaban con serenidad, burlándose de él con una libertad que él no tenía.

—¿Maldad? —Dooku se rio entre dientes—. ¡Qué idea infantil! Indigna de ti, Vos. La lección de hoy comienza con esto. —Se volvió y miró a Vos, con la copa todavía en la

mano—. No existe el bien ni el mal. Sólo existen los que tienen poder y aquéllos sin poder.

Vos gruñó con disgusto. Había decidido no comer. Si comenzaba, no estaba seguro de poder detenerse, y se negó a dejar que Dooku viera lo hambriento que estaba.

—Tu maestro Tholme entendía esto. —Dooku arrojó esta granada verbal con total naturalidad.

Por un momento, un velo rojo oscureció la visión de Vos, y estaba tan indignado que no podía respirar.

—¿Cómo te atreves a mencionar su nombre? ¡Tú lo mataste!

Dooku pareció convincentemente sorprendido y luego casi triste.

—Ah… así que eso es lo que ella te dijo. Dada tu… hmm… relación con Ventress, me pregunté si tú sabías la verdad. Fue ella quien mató a tu maestro, no yo.

—¡Mientes! —gritó Vos, tratando de levantarse. Los droides lo empujaron de nuevo hacia abajo.

—No, Quinlan. Yo no tengo que mentir. —Dooku sacudió la cabeza. Entró al pasillo e hizo una seña. Un momento después, apareció rodando un droide técnico bajo. Dooku fue hacia él y tocó unos controles mientras hablaba—. Una de las muchas ventajas de tener un ejército droide en el campo es la posibilidad de estudiar la grabación de la batalla. Gane o pierda, siempre encuentro que la holograbación es… esclarecedora.

Un toque final, y Dooku se enderezó. El droide produjo un chirrido y luego comenzó a proyectar el escenario de una batalla en un planeta que Vos no pudo identificar. Podía distinguir las figuras de lo que parecía ser un sinnúmero de droides de combate trabado en lucha con cientos de clones. Un conflicto importante, entonces. La garganta de Vos se tensó, temiendo lo que iba a ver.

—Ampliar —ordenó Dooku. El holograma se movió, luego redujo su enfoque a un puñado de combatientes.

Uno de ellos era el maestro Tholme. A pesar de sí mismo, la respiración de Vos se interrumpió ligeramente. Se sorprendió ante lo doloroso que fue contemplar una imagen de su maestro. El pelo negro con mechones grises de Tholme estaba recogido en una larga cola de caballo. Él se mantenía firme, su sable de luz, verde como el de Vos, era un manchón indefinido mientras gritaba órdenes y destruía droides de combate.

De repente aparecieron dos destellos rojos. Una mujer, calva, pálida como las estrellas, vestida de cuero negro y armada con un par de sables de luz.

Asajj Ventress.

El Jedi y el acólito Sith inmersos en una feroz pelea. Los sables de luz de Ventress tenían empuñaduras inusualmente curvas, por lo que tenía que manejarlos de una manera ligeramente diferente a la de los sables de luz estándar, que eran rectos. Vos observaba olvidándose de respirar, horrorizado, pero incapaz de apartar la mirada del brutal espectáculo. Entonces, tan rápidamente que Vos ni siquiera pudo ver lo que ocurrió, Ventress había logrado imponerse.

El sable de luz de Tholme salió volando. Ventress apuntó sus dos armas a Tholme. Él levantó las manos y se arrodilló ante ella. Se estaba rindiendo.

Ventress lo atravesó.

Una hoja resplandeciente atravesó el corazón de Tholme. El otro lo destripó. El amado maestro de Vos cayó al suelo.

—Detengan la proyección. —Se oyó la voz de Dooku, como si viniera desde muy lejos. La sangre de Vos tronaba en sus oídos. Se quedó mirando al Tholme en miniatura, muerto, y a la pequeña Ventress, de pie ante el Jedi asesinado traicioneramente, sonriendo en señal de triunfo.

—Ventress era buena como aprendiz —continuó Dooku—. Sin embargo, a medida que se hizo más poderosa, su sed de sangre derramada no podía saciarse. Se volvió cada vez más violenta e impredecible.

Vos miraba fijo, su mirada recorría la cara que había acariciado, los labios que había besado.

—Ella mató al maestro Tholme en contra de mis órdenes. Habíamos ganado la batalla. No había ninguna razón que justificara la muerte de un viejo amigo.

La voz de Dooku, extrañamente, era amable, como la de un padre consolando a un hijo devastado.

—Pero… ¿por qué iba ella a hacer esto? ¿Ocultármelo? —La voz de Vos sonaba destrozada, incluso para él.

—Ventress tiene hambre de poder. Eso es lo que realmente desea, y hará cualquier cosa, le mentirá a cualquiera, para conseguir lo que quiere.

Aturdido, Vos sacudió la cabeza. Todo su cuerpo le dolió por ese movimiento.

—No. No, no a mí.

Dooku se acercó más, mirando a Vos.

—Especialmente a ti. Lo sé. Tú creías que la conocías, como creí yo. Creíste que ella se preocupaba por ti, pero ella no estaba haciendo otra cosa que tejer una red de mentiras. Mentiras de las que te puedo liberar, ¡como me liberé yo!

Vos no respondió. Su mirada estaba fija en el droide que le había mostrado una verdad tan horrible.

¿O… no?

Parpadeó. Había algo respecto a Dooku y las grabaciones… ¿Qué era? Y entonces recordó. En ese momento, Vos miró al conde, su mente clara y enfocada una vez más, su voz fuerte.

—Has falsificado esta grabación —gruñó Vos—. Te borraste y pusiste a Ventress en tu lugar. Es fácil de hacer. ¡Ya has tratado de engañar a los Jedi con este truco antes!

Dooku lo miró con tristeza.

—Te agarras de cualquier cosa, Vos. Entiendo por qué. Es algo difícil de aceptar, que el mundo que creías conocer no era la verdad. Es difícil alejarse de todo, dejarlo todo. Pero hazlo, Vos. Aléjate de ese mundo falso, ¡únete a mí!

—¡Nunca me uniré a ti!

Dooku se alejó, caminando, de vez en cuando mirando hacia atrás, a Vos, como si estuviera tratando de tomar una decisión acerca de algo.

—Creo que debo mostrarte el armario, después de todo —dijo—. En verdad, te hubiera ahorrado esto, si hubiera podido. Recuerda que lo intenté.

—El armario —repitió Vos—. ¿Qué es eso, un estilo nuevo y divertido de tortura?

—Todo depende de ti, Quinlan. En verdad, estará en tus propias manos.

—Creo que me gustaría volver a mi celda. Prefiero los tormentos directos y no este juego absurdo que estás jugando. No me vas a quebrar, Dooku.

—Sabes, creo que no lo haré —coincidió el conde, sorprendiendo a Vos—. Pero te vas a quebrar de todos modos. Y será tu decisión hacerlo.

Dooku se dirigió hacia el extremo de la habitación y se detuvo delante del armario. Vos se puso tenso, sin saber a qué nuevo horror Dooku lo iba a someter esta vez.

—Tu prueba está aquí —apuntó Dooku.

—¿Crees que si tu pequeño holoshow no me convenció, alguna otra cosa lo logrará? —se burló Vos.

—Eso creo —respondió el conde con total confianza. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Vos. Dooku parecía muy seguro. Vos sintió que el sudor le estallaba en la frente y debajo de los brazos. ¿Qué demonios había en ese armario de aspecto engañosamente común? Con una última mirada, casi de arrepentimiento, a Vos, Dooku abrió las puertas dobles del armario.

Montados con gran cuidado, resplandecientes sobre un fondo acolchado de terciopelo azul, colgaban por lo menos veinte sables de luz. Una parte del mueble estaba desnuda; Dooku había dejado espacio para que la colección se ampliara.

Vos tragó saliva, luchando contra las náuseas, sin poder apartar su mirada.

—Cada vez que Ventress o Grievous eliminaban a un Jedi, me traían estos pequeños recuerdos de la batalla —explicó Dooku en un tono indiferente—. Forman un hermoso conjunto, ¿no te parece?

«—Recuerdo esa batalla.

»—¿Tú estabas ahí?

»—No. Dooku se jactó de ello ante mí. Fue él quien mató a tu maestro. Incluso guardó el sable de luz de Tholme como trofeo».

La sangre retumbó en los oídos de Vos. Las empuñaduras estaban hechas de metal, o de madera, o incluso con gemas, cada una tan única como el Jedi que la había hecho. Con un sonido suave Vos cerró los ojos y volvió la cabeza.

—Haz que mire —ordenó Dooku bruscamente, y había acero en su voz. Un droide de combate metió sus dedos de metal entre el pelo de Vos y de un tirón le hizo dar vuelta la cabeza.

—Yo creo en el viejo adagio que dice «Conoce a tu enemigo» —sentenció Dooku—. He pasado una cantidad considerable de tiempo estudiando a los maestros Jedi. Conozco sus fortalezas, sus debilidades… y sus habilidades únicas. Por ejemplo, yo sé que tú, Quinlan Vos, tienes el raro don de la psicometría.

Y con repugnante comprensión, súbitamente Vos supo lo que Dooku estaba a punto de hacer.

—Libera sus manos —les ordenó Dooku a los droides. Vos permaneció completamente inmóvil mientras los droides obedecían a su amo. Flexionó las muñecas, ignorando la sensación de las extremidades entumecidas que en medio de un hormigueo volvían a la vida, y se puso de pie, tambaleándose torpemente.

—Estoy seguro de que querrás determinar la verdad de una manera que sea imposible para ti negarla —continuó Dooku. Pareció que se le ocurría una idea—. Aunque… me imagino que eso será un poco más que desagradable. ¿No es cierto que, además de ver y escuchar cosas relacionadas con el objeto que tocas, también puedes experimentar lo que sentía su dueño? ¿Eh?

El conde Dooku sonrió y le entregó el sable de luz de Tholme.

Por un largo momento, Vos simplemente se quedó mirando el arma. Luego, lanzando un grito sin palabras, se arrojó sobre Dooku. El conde pareció no haber estado esperando eso, y Vos pudo tomarlo del cuello y apretar, usando la Fuerza para aumentar la presión. Pero aún así, él estaba mucho más débil que el conde, y Dooku se deshizo de ese estrangulamiento y le envió un rayo de la Fuerza que atravesó el cuerpo de Vos.

Mientras Vos se retorcía en el suelo, Dooku se puso de pie.

—Llévenlo de vuelta a la celda —ordenó a los droides—. Pero no lo aten. Y —añadió, entregándole a uno de ellos el arma de Tholme—, lleva esto contigo.

Los droides tomaron cada uno un brazo de Vos y lo arrastraron. Jadeando, Vos levantó la cabeza.

—Puedes hacer que lo toque —dijo Vos casi sin aliento—, pero ¡no me puedes obligar a leerlo!

—Lo sé —replicó Dooku suavemente—. Pero lo harás, Vos. En algún momento lo harás.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Ventress sintió una punzada que era una mezcla de preocupación y de nostalgia mientras la *Esclavo I* aterrizaba en el puerto espacial de Serenno. Sus más recientes visitas a este mundo habían sido en ocasión de sus dos fallidos intentos de asesinato. En este momento no le importaba en absoluto Dooku. Su odio y el deseo ardiente de venganza eran fáciles de dejar de lado por algo mucho más importante. Es curioso cómo las prioridades de uno pueden cambiar tan completamente de las más inesperadas maneras.

Sus botas golpearon el metal de la rampa mientras ella, Latts, Bossk, Highsinger y Boba descendían. Embo bajó de su propia nave, la *Guillotina*, en forma de plato, pero no estaba solo; su anooba Marrok, bajó a la rampa por su propia entrada privada y se puso a caminar a la par de su amo. Ventress había trabajado con todos ellos, menos con Embo. Éste era un kyuzo, rápido y ágil. Tenía una de las herramientas más interesantes con las que ella se había encontrado, un sombrero que tenía tres funciones: como accesorio, como escudo y como arma. C-21 Highsinger, hasta donde ella sabía, era una cosa rara, un droide único.

Los capiteles de la fortaleza de Dooku se elevaban y atrapaban la luz del sol de la mañana. Eran hermosos, elegantes y refinados. El lugar se veía demasiado lírico para ser una prisión donde se ejecutaban indecibles tormentos, y demasiado hermoso para ser el hogar de una criatura tan miserable como Dooku.

«Estamos llegando, Vos».

Ventress señaló el edificio, su cuerpo tranquilo y sereno mientras sus pensamientos y emociones eran turbulentos.

—Ahí está el palacio.

—¿Y estás segura de que este conde Dooku no estará allí? —quiso confirmar Latts.

Ventress le dirigió a la joven mujer una mirada desdeñosa. Mintiendo sin problemas, le respondió:

—Él tiene toda una guerra que dirigir. Tiene cosas más grandes para preocuparse y mejores lugares para estar.

Fett se mordió el labio inferior, mirando los capiteles.

—No me gusta. De todos modos, ¿qué hizo tu amigo para que un hombre como Dooku lo tomara prisionero?

Ella sabía que le iban a formular esa pregunta y respondió con la simple verdad.

—¿Honestamente? Él trató de matarlo.

Latts silbó. Los cazadores de recompensas, todos con las cejas levantadas, se miraron entre sí. Era evidente que querían morirse por no haber hecho antes esa pregunta.

—In… creíble —exclamo Fett—. ¡Así que por esto aceptaste pagarnos por adelantado!

Ventress se puso las manos en las caderas.

—Mira. El plan es simple. Ustedes se ocuparán de una distracción. Eso es todo. Yo voy a hacer la parte difícil y entrar a la prisión. Sólo mantengan ocupada la atención de los guardias. ¿Crees que puedes hacer eso?

Boba se erizó.

—Fácilmente —intervino Bossk—. Es muy probable que sólo sean droides.

—*Diana beerrkkkk* —protestó Highsinger.

Bossk agachó su escamosa cabeza verde.

—Lo siento, amigo, no te ofendas.

—*Hurrkkk*. —Highsinger obviamente no estaba del todo apaciguado.

—Trata de hacer que parezca que estás robando una nave espacial —explicó Ventress—. No queremos mostrar nuestra jugada, que es un intento de rescate.

Latts rio.

—¿Por qué detenerse en «hacer que parezca»? ¡Robémosla directamente!

—¡Claro! ¡Como premio! —Bossk estuvo de acuerdo.

Ante la expresión de Ventress, Fett se rio en voz alta.

—No te olvides, tú pediste nuestra ayuda.

—Estoy empezando a arrepentirme —murmuró ella mientras se ponían en marcha hacia el palacio.

Ventress había vivido ahí el tiempo suficiente como para saber de qué manera le gustaba a Dooku que las cosas funcionaran. Recordaba exactamente dónde y a qué hora los suministros eran entregados al palacio. Ubicada fuera de la vista, detrás de la opulencia de la imponente entrada del palacio, había un área de servicio donde los árboles que molestaban habían sido talados para que los transbordadores pudieran aterrizar. Iba a ser fácil emboscar a los droides encargados de descargar los suministros; los árboles, no muy lejos de la zona de aterrizaje, ofrecían cobertura suficiente. Era tan obvio que, por un breve momento, Ventress se preguntó por qué este tipo de ataque como el que estaban planeando no se había intentado antes; luego se dio cuenta de que cualquier persona en su sano juicio ni siquiera intentaría ingresar simplemente al palacio de Dooku protegido por mortíferos droides de combate, por mucho que la entrada trasera fuera un ingreso posible.

Ella miró su cronómetro.

—En cualquier momento —les dijo a sus compañeros.

—¿Cuántos transbordadores habrá? —quiso saber Latts. Ventress encogió sus pequeños hombros.

—Depende del tamaño de la entrega. Hay espacio como para que entre una y cinco naves puedan aterrizar en esta área.

—Genial —murmuró Latts.

—Silencio —dijo Fett. Esperaron. A los cinco minutos todos pudieron escuchar el sonido de las naves que se acercaban. Ventress escuchaba atentamente. Más de una, sin duda. ¿Tal vez tres? No era tan malo como podría ser, pero sin duda era un desafío para el equipo de Fett.

Esperaron a la señal de Boba. El joven cazador de recompensas estaba apoyado en un tronco de árbol, con el rostro oculto por el casco. Aterrizó uno de los transbordadores y lo siguieron otros dos. Boba levantó lentamente la mano, y cuando el primer transbordador extendió una rampa y dos droides de combate bajaron un cajón de gran tamaño entre ambos, Boba dio la señal para que su equipo avanzara.

Con cuidado, en silencio, cada uno tomó su posición. Ventress nunca se había sentido más viva. Su cuerpo estaba en calma, bajo su control absoluto, y su concentración era precisa como un láser. La máquina de matar en la que podía llegar a convertirse cuando era necesario era alimentada en ese momento por el calor de su ira hacia Dooku… y por otra emoción cálida que tenía demasiado miedo de nombrar.

Iba a sacar a Vos de allí. Se negaba siquiera a considerar cualquier otro resultado.

Un objeto de metal en forma de disco salió de la nada y le cortó la cabeza a uno de los droides de combate. Éste tropezó y cayó, su cabeza aplastada más allá de toda reparación.

—¡Eh! —se opuso su compañero, mientras se daba la vuelta para ver quién había lanzado el proyectil. El droide fue limpiamente decapitado por el disco, que daba la vuelta para regresar a su dueño, y su cabeza cayó de sus hombros.

Embo extendió la mano y atrapó su sombrero chato de ancha ala.

—*Nesta nesta Balotelli* —dijo con aire de suficiencia.

Latts Razzi se había ubicado cerca de la segunda nave. Mientras los droides iban apareciendo, ella lanzó su boa de agarre. En sus manos expertas, la boa se enroscó alrededor de un desventurado droide que chillaba. En una serie de movimientos que parecían más una danza que una pelea, Latts atrapó a uno y lo hizo volar alrededor de ella para depositarlo a los pies de Highsinger. El cazador de recompensas aplastó alegremente al droide enemigo bajo sus metálicos pies.

El aire estaba lleno de disparos de rayos multicolores. Fett eliminó a un par de droides más mientras Bossk trepaba a uno de los transbordadores. Disparó un bláster de repetición, riendo con entusiasmo mientras acribillaba droides de combate, hasta que finalmente apuntó a uno de los transbordadores. Éste explotó de una manera muy satisfactoria, arrojando llamas y aceitosos tentáculos de humo negro al aire.

Incluso los droides de combate se darían cuenta de eso, pensó Ventress y sin dudarlo, al menos una docena de ellos huyó por la entrada a los niveles más bajos del palacio.

—Vía libre —le gritó Ventress a Fett—. Voy a entrar.

—Mantendremos a los droides aquí —gritó Fett—. Pero tienes solamente quince minutos, ¿entendido?

—Lo haré rápido —confirmó Ventress y corrió hacia las puertas abiertas.

—¡Quince minutos! —volvió a gritar Fett.

—

En silencio, con rapidez, Ventress corrió por los apenas iluminados pasillos. Allí, en lo más profundo del bien fortificado palacio de Dooku, era donde el conde tenía a sus

prisioneros. Recordaba precisamente dónde estaban las celdas y lo que ocurría en su interior. Hubo un tiempo en que ella misma había participado en «interrogatorios» que eran, en última instancia, simplemente una excusa para infligir dolor. Nunca nadie había sido puesto en libertad, hubieran proporcionado información útil o no. Sólo podía tener la esperanza de que Vos todavía estuviera vivo.

A sus oídos llegó el sonido de pies metálicos marchando. Ventress dio un salto hacia arriba. Usando las sombras en las esquinas como cobertura, encontró puntos de apoyo para pies y manos, y esperó. Seis droides armados corrían por el pasillo, sin duda, alertados por el alboroto afuera.

Ventress cayó directamente encima de uno, le arrancó la cabeza y la arrojó a uno de sus compañeros. Hábilmente dio una voltereta sobre las manos y terminó dando patadas con ambos pies, usando la Fuerza para dar más potencia a los golpes. Los droides se estrellaban contra las paredes y se derrumbaban como marionetas con los hilos cortados.

Activó su sable de luz —no, el sable de luz de Vos— y se volvió hacia los tres restantes. Uno se había recuperado lo suficiente como para disparar contra ella, pero ella bateó, devolviendo los rayos como si estuviera espantando un insecto molesto. En un movimiento suave, saltó, movió su sable de luz y tres cabezas rodaron.

Ventress se agachó, escuchó y siguió su camino.

Giró a la izquierda en el siguiente cruce de pasillos y corrió por el más largo. Al final había una enorme puerta de metal, flanqueada por los controles. Ésta era la entrada a la zona de las celdas. Ventress se detuvo un instante para recomponerse y luego apretó el botón.

La puerta se deslizó, abriéndose justo cuando dos droides doblaban la esquina para entrar en el corredor.

—¡Eh! —dijo uno de ellos—. Usted no puede estar…

Ventress cargó una flecha, la disparó y cargó otra. Los droides ni siquiera tuvieron la oportunidad de abrir fuego.

Continuó su ataque. Otros dos droides se acercaron, llevando garrotes de batalla. Ventress ni siquiera frenó su ritmo y corrió directamente hacia ellos a la vez que los droides se lanzaban contra ella, blandiendo y revolean sus garrotes. En el último momento ella giró, corrió sobre la pared, dio una vuelta en el aire y se apoderó de uno de los garrotes. Por un momento, Ventress quedó haciendo equilibrio sobre él con una mano, calculando las posiciones de los droides. Luego se dejó caer con un control preciso, haciendo un giro para sostener el arma con las dos manos.

El droide que todavía estaba armado comenzó a atacar. Con un solo movimiento rápido, Ventress hizo volar por el aire el garrote de su atacante, y golpeó con el suyo primero a un droide, luego al otro. Los pedazos de ambos droides cayeron ruidosamente al suelo. Ventress soltó el arma y entró en la sección de celdas.

Todas las celdas estaban vacías. Dooku debía haber acabado con los presos que ella recordaba y no había renovado el *stock*. «Salvo el caso de Vos». Corrió por los pasillos, mirando a izquierda y derecha en cada celda, dobló en una esquina…

Estaba arrodillado, de espaldas a ella. La espalda inclinada, y su cuerpo se estremecía, como si estuviera sollozando.

—¡Vos! —Ventress llamó con voz entrecortada, golpeando los controles con la palma de la mano y desactivó el campo de fuerza.

Él se quedó paralizado, pero no se volvió. Un nudo se cerró en la garganta de ella. Lentamente, Ventress dio un paso adelante y estiró la mano para tocarle el hombro.

—Soy yo, Vos. Volví para…

Aún sin volverse, Vos levantó una mano y apretó el puño. Ventress saltó por el aire. Dedos invisibles la estrangulaban. La sangre latía en sus oídos mientras se arañaba en vano el cuello, esforzándose por pronunciar algunas palabras.

—Quinlan… no…

—Tú —sentenció él— eres una mentirosa… y una asesina.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Ventress había temido por la vida de él, pero en ese momento un nuevo terror se apoderó de ella. Vos conocía la verdad… Dooku se la había revelado. Ventress había jurado decírselo ella misma, cuando todo hubiera terminado, pero para Vos, haberse enterado por Dooku, nada menos…

—Quinlan —Ventress hablaba con voz áspera. Su visión comenzaba a oscurecerse en los bordes—. Escucha… escúchame…

—Cállate… —En ese momento Vos se puso de pie, de espaldas todavía a ella. Cada línea de su cuerpo estaba dura por la tensión—. ¡Estoy harto de escuchar tus mentiras!

—¡Te advertí… sobre esto! —Un momento más, y ella se iba a desmayar. Si él no le aplastaba la tráquea primero. Ventress luchaba para hacer salir las palabras mientras todavía podía hacerlo—. ¡Tienes… que meterte en la oscuridad, pero no… dejar que te consuma!

—¿Como tú dejaste que te consumiera cuando mataste a mi maestro?

Vos la arrojó lejos de él, con fuerza. Ella se estrelló contra el suelo de piedra y se deslizó tosiendo y jadeando. Tan rápido como pudo, Ventress se puso de pie… con el corazón roto dentro de su pecho.

Los ojos de Vos ya no eran de un cálido y rico color marrón. Eran de un tono amarillo rodeado de sangre.

—Yo confiaba en ti. —Su voz temblaba de ira—. Yo te creí. Todo lo que dijiste… todo lo que me prometiste, todo lo que yo creía que significaba para ti y creía que podríamos tener juntos… ¡todo era una mentira!

—¡No! —La palabra fue casi un sollozo—. Yo…

Vos estiró una mano. Sobre la palma había una empuñadura de sable de luz.

Ventress la reconoció. La desesperación y el horror la envolvieron al darse cuenta de lo que aquello significaba, tanto para ella como para él. Vos ya sabía, más allá de toda sombra de duda, que Ventress había ejecutado fríamente a su maestro. Pero Dooku no se lo había dicho. El conde, en las profundidades de su crueldad, había hecho que Vos lo descubriera por sí mismo.

Vos le había contado de qué manera lo afectaba su psicometría. El percibía información de la vista, del sonido… y de las emociones. La Orden no aprobaba que los Jedi usaran esa capacidad para manejar armas de violencia, ya que los sentimientos del portador podían ser percibidos y esas emociones podrían dejar indefenso a un Jedi ante el poder del lado oscuro.

—Oh, Quinlan —dijo ella, con voz entrecortada, llena de dolor y compasión.

—No te atrevas a mentirme ahora, Asajj Ventress —gruñó Vos. Ella miró de nuevo sus ojos amarillos de Sith y esta vez, vio lágrimas en sus mejillas. Impulsivamente, se acercó a él, dando un paso adelante.

Con un súbito siseo, el sable láser de Tholme saltó a la vida, y Vos atacó.

Ventress apenas pudo activar su propio sable de luz y levantarlo a tiempo para evitar que él le cortara la cabeza. Más rápido de lo que ella jamás lo había visto moverse, incluso cuando ella lo había presionado en Dathomir, Vos giró sobre sí y apartó el sable de ella. Él hacía llover golpe tras golpe, mostrando los dientes en una mueca, obligando a Ventress a retroceder por el pasillo.

Vos había sido un maestro Jedi, y aunque ella había derrotado a algunos de ellos antes, el combate nunca se ganaba con facilidad. En ese momento esas habilidades eran aumentadas por un lado oscuro que se había alimentado con avidez del dolor y la rabia de él. A ella le parecía que Vos golpeaba sin esfuerzo y sin cansarse.

Ventress tenía que llegar a él, de alguna manera. Vos estaba borracho con este nuevo poder, sin restricciones, como había estado ella, con la idea de dar un golpe letal. Mientras ella sólo estaba tratando de noquearlo o de apoderarse de su sable de luz, él quería matarla.

—¡Me usaste! —le gritó. Izquierda, derecha, izquierda, golpeaba él, y ella lo detenía, sintiendo el ardor que subía por su brazo. Las hojas de ambos siseaban, las dos hojas verdes haciendo saltar chispas una a la otra.

—¡Tú viniste a mí! —le recordó Ventress—. ¡Tú me pediste ayuda! El Consejo…

Vos lanzó un grito, saltando hacia atrás y empujó con fuerza con su mano izquierda. El Jedi arrojó a Ventress hacia atrás, y ella chocó contra la implacable piedra de la pared.

—Todos me advirtieron que estabas fuera de ti. Y así era. ¡No pensabas en mí en absoluto!

A Ventress le zumbaba la cabeza, pero se puso de pie. Saltó hacia Vos y aterrizó detrás de él para patearlo detrás de una rodilla. Él no había estado esperando eso y trastabilló. Ella le agarró el brazo que sostenía el sable de luz y tiró hacia atrás, tratando de obligarlo a caer.

—Si eso fuera cierto —dijo Ventress, suplicando—, si no me importabas, entonces, ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué arriesgo mi vida para volver por ti?

Por un momento, una débil sombra de duda cruzó el rostro de él y dejó de luchar. Luego ese mismo rostro se endureció.

—Porque me necesitabas. Odiabas a Dooku, y cuando aparecí yo, te aprovechaste de ello. No podías hacerlo sola, pero conmigo, podrías haber logrado matar a tu odiado maestro. Nunca fui nada para ti, solo un medio para un fin.

La amargura en su voz la apuñaló como una daga. Sus propios ojos le ardían por las lágrimas. Y en ese momento, Ventress odió el lado oscuro por lo que éste, y la tortura de Dooku, le habían hecho a este hombre.

—¡Vos, tú lo eras todo! ¡Esto es el dolor y el lado oscuro que hablan! ¡Esto no es lo que tú eres!

Con un rugido, Vos se lanzó hacia adelante, lanzando a Ventress sobre su cabeza. Se soltó el brazo y atacó con su sable de luz por todos lados. La punta rozó la cintura de Ventress mientras ella trataba de rodar lejos, y gritó de dolor.

—¡Esto es lo que soy! ¡Es lo que quiero ser! Tú me diste esta copa, Ventress. Tú me hiciste beber de ella.

Era la verdad. Ella lo había empujado en las cavernas. Ella lo había forzado a matar al Durmiente a sangre fría. Y parecía que él había aprendido la lección demasiado bien.

—¡Pero puedes controlarlo! ¡Eres fuerte, Vos, más fuerte que él! No dejes que te gane. Abandonemos todo… a Dooku, a los Jedi, todo. Podemos irnos lejos juntos, como habíamos planeado. ¡Sólo tú y yo!

—¿Huir con alguien que me mintió? —Las palabras eran duras, pero Vos no estaba luchando, no la estaba atacando. Aun así, mantenía su sable de luz listo mientras preguntaba—. ¿Por qué lo hiciste?

La esperanza, casi reducida a cenizas, surgió dentro de ella ante la angustia en el tono de voz de él. Para entonces, había más pena que rabia en Vos. Y el dolor sólo podía escucharla.

Lentamente, Ventress bajó el arma. Estaba dispuesta a defenderse, pero Vos no se movió para atacar. Sé humedeció los labios, respiró hondo y habló.

—Yo te mentí. Y te mentí porque tenía miedo. Los ojos de él se entrecerraron.

—Nunca has tenido miedo de nada, Asajj Ventress.

Ella negó con la cabeza.

—Te equivocas. Tenía terror.

—¿De qué? —se burló él.

—De perderte. —Dejó que las palabras quedaran suspendidas allí por un momento y, cuando Vos todavía parecía estar escuchando, continuó—. He estado mintiendo por mucho tiempo. Es algo casi natural en mí. Hemos aprendido a confiar uno en el otro, pero lo que sentí… Estaba muy asustada. Tenía miedo de contarte sobre Tholme porque pensé que me ibas a odiar. Acababa de aprender a confiar y a querer a alguien otra vez, y yo… yo no podía soportar la idea de que si realmente me conocieras, si supieras lo que había hecho, me ibas a despreciar.

Su voz se quebró. Vos aflojó su postura corporal. Sus ojos no dejaban de mirarla.

—Debiste haber confiado en mí —dijo él en voz baja.

Ventress asintió con un movimiento de cabeza.

—Tienes razón. Debí hacerlo. E incluso si me hubieras dejado, yo habría hecho lo correcto. Pero estaba demasiado asustada. Me equivoqué. Lo siento mucho. Mucho de verdad.

Las lágrimas le hacían arder los ojos. Ventress dejó que cayeran. No había llorado desde la matanza de sus hermanas, y aun así ella había llorado en soledad. Ventress nunca le había hablado así a otro ser vivo, ni siquiera a su amado maestro Jedi. Se puso de pie, su corazón abierto de par en par, su alma desnuda ante él. Seguramente, él lo vería, incluso a través de la oscuridad que nublaba su mente. Seguramente, él entendería lo que esto significaba. Quinlan Vos la conocía mejor que nadie y nadie jamás la conocería de esa manera. Él iba a entender, a comprender.

El color amarillo se desvaneció de sus ojos y parpadeó.

—¿Asajj? —susurró.

—Traje tu sable de luz para devolvértelo —informó ella—. Tuyo. Lo guardé muy bien para ti, tal como hice en Dathomir. No permitamos que Dooku use a Tholme para separarnos. Ojalá pudiera, pero no puedo cambiar el pasado. Sólo quiero un futuro… contigo.

Lo que dijo no era lo adecuado. Vos miró el arma que tenía en sus manos y su amada cara se volvió fea por el odio. El horrible color amarillo volvió a sus ojos cuando volvió a mirarla a ella.

—Esa —gruñó Vos— es la peor mentira de todas.

Destrozada, Ventress rodó fuera del camino cuando él saltó hacia ella, y levantó su sable en una parada frenética mientras él la obligaba a dar la vuelta en la esquina. Ella gritó su nombre, una y otra vez, pero Vos en ese momento estaba sordo a cualquier súplica que ella pudiera pronunciar. Ventress se dio cuenta de que no iba a parar hasta que la hubiera matado. Y por un breve momento, ella quiso que eso ocurriera. Sería más fácil que vivir sin él, sabiendo que esto era a donde ella, sin saberlo, lo había llevado.

No. Ella no iba a rendirse. No iba a permitir que Dooku y el lado oscuro lo tuvieran a él.

Con sus ataques alimentados por la furia, Vos la obligó a retirarse, a retroceder hacia la salida, y Ventress lo dejó hacer. Ella entendió entonces que él estaba demasiado lejos como para ser persuadido de que la acompañara por propia voluntad, pero si ella pudiera llevar la lucha de nuevo a la luz exterior, podría hacer que se dirigiera hacia Fett y los demás. La ayuda de uno de los cazadores de recompensas podría ser suficiente para someter a Vos y arrastrarlo a una de las naves.

A pesar de que ella se retiraba deliberadamente, el ataque de Vos requería toda su concentración. Él parecía hacerse cada vez más fuerte, sus ataques más poderosos, mientras que Ventress tenía que recurrir a todo lo que tenía sólo para mantenerse con vida.

Vos apenas si parecía necesitar respirar, y ponía todo lo que tenía contra la mujer a la que, Ventress lo sabía en su corazón, alguna vez había querido muy profundamente. Al doblar otra esquina, Ventress casi tropezó con los restos de un droide de combate que ella había destrozado apenas unos momentos antes. Vos estiró con fuerza una mano. Varias piezas de metal roto se alzaron en el aire. Gruñendo, Vos hizo un gesto, y todas se lanzaron contra Ventress.

Ella cortó un torso por la mitad con su sable de luz, usó la Fuerza para desviar varios miembros sueltos, y saltó fuera de la trayectoria de dos cabezas cortadas. Ventress aterrizó de pie e inmediatamente sacó su arma para desviar la mancha indefinida que era el sable de luz de Tholme. Ella usó la Fuerza para detenerlos a él y a Vos, y seguir retirándose.

Pareció que pasaba una eternidad antes de que Ventress viera que la oscuridad de los pasillos se iba haciendo cada vez más luminosa. La esperanza surgió en ella cuando se

dio cuenta de que estaban cerca de la salida. La emoción la hizo descuidarse; de pronto sintió que Vos la alzaba y la arrojaba de espaldas hacia la puerta.

Ventress viajó por el aire a lo largo de varios metros, aterrizando con fuerza y torpemente, y por un momento terrible no pudo levantarse. Entonces alguien la agarró del brazo y la arrastró para ponerla de pie.

—¿Dónde está tu amigo? —quiso saber Fett.

Ventress se volvió hacia la puerta. Quinlan Vos estaba allí, su rostro cruel iluminado por el resplandor del sable de luz de un hombre muerto. Detrás de él había un grupo de droides de combate.

Ventress señaló a Vos.

—Allí —dijo con voz entrecortada.

—¿Ése es tu amigo?

De pronto la cabeza de Vos giró bruscamente a un lado. Ventress siguió su mirada y vio algo completamente inesperado… el conde Dooku, atrapado en una suerte de red, tendido en el suelo con la pistola bláster de Bossk dirigida a su cabeza.

Vos le dirigió a Ventress una última mirada llena de odio, luego se volvió y corrió hacia Dooku. Los droides siguieron obedientemente a Vos, disparando a los cazadores de recompensas.

—¡Vamos! —gritó Fett, gesticulando hacia uno de los transbordadores. No necesitaron un segundo llamado. Bossk volvió la cabeza mientras corría, gritándole algo a Dooku por encima del hombro en señal de frustración, pero siguió a Embo, a Highsinger y a Latts por la rampa del transbordador más cercano. Embo le hizo una señal a Fett y a Ventress para que se apresuraran.

—¡Vamos, Sin Nombre! —gritó Fett.

—Yo… no puedo irme… —Su mirada estaba fija en Vos, que había liberado a Dooku de la red y en ese momento lo estaba ayudando a levantarse. Levantó la mirada, quizás sintiendo la mirada de ella, y le dijo algo a Dooku. Permanecieron uno al lado del otro, un equipo… un maestro y un aprendiz. La imagen fue tan devastadora que Ventress apenas registró que seis droides de combate estaban ya corriendo hacia ellos.

Vos sonrió.

—¡Tenemos que irnos! —gritó Boba. La tomó de la mano y empezó a correr, arrastrando a Ventress con él. Juntos corrieron hacia la rampa, que comenzó a cerrarse en el instante en que pusieron un pie en ella. El transbordador ya había despegado cuando Ventress y Fett se arrojaron dentro.

Ventress fue a la ventanilla, esperando contra toda esperanza ver alguna señal de Vos que le indicara que él sólo estaba fingiendo; que aquello era todo algún tipo de extraña actuación. Lo único que vio fue a los dos antiguos maestros Jedi, alguna vez tan diferentes, pero unidos en ese momento por la oscuridad, mirando impasibles el despegue de la nave.

Ella desvió la mirada, ya incapaz de soportar esa imagen. Su mirada se posó en Fett, quien se quitó el casco y se pasó una mano por la sudorosa cara.

—Podrías haberme dejado atrás —dijo ella en voz baja.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, yo podría haberlo hecho. Pero yo no soy tú.

Esas palabras hirieron a Ventress de una forma que Fett ni siquiera podía imaginar.

—

Era una hora y cuarenta y siete minutos después de la hora fijada para el encuentro. Obi-Wan Kenobi realmente no esperaba ver a Quinlan Vos, pero se atuvo al ritual de aparecer, vestido con su disfraz de cazarrecompensas, con la esperanza contra toda esperanza de que esta vez, para este encuentro, Vos estaría allí. Cada vez que Kenobi se veía obligado a irse solo, el parpadeo de esperanza se hacía cada vez más débil. Se preguntó si podría irse antes, pero era demasiado terco. Kenobi le daría a su viejo amigo la cortesía de esperar las dos horas que siempre había esperado antes de abandonar y regresar al Templo.

La droide camarera se acercó a él y le puso otra botella en la mesa. Ella le dirigió un guiño con su párpado de metal.

—Se está usted convirtiendo en un cliente bastante habitual —dijo con un chirrido.

Kenobi le dirigió una débil sonrisa y mientras ella se alejaba, empujó su capucha harapienta más sobre su rostro. Una sombra cayó sobre la mesa y él levantó la mirada, sonriendo con alivio, pero las palabras de saludo murieron en sus labios.

Ante él estaba Asajj Ventress, pero no la Ventress con quien habían cruzado sables en tantas ocasiones.

Ahora tenía el pelo corto y rubio pálido, y parecía haber envejecido diez años. Sus ojos azul hielo estaban inyectados en sangre y había profundas ojeras debajo de ellos. Ventress había cambiado más que físicamente; lo que de ella emanaba era una resignación sombría que no lograba enmascarar del todo un dolor muy profundo.

La aprensión aumentó en Kenobi, pero no por algo que él pensara que ella podía hacer. De repente, esperó con desesperación que ella no hablara.

Por un momento más largo de lo habitual, Ventress estuvo en silencio y bajó la mirada. Luego respiró hondo, un largo suspiro tembloroso y levantó los ojos hacia él. Cuando habló, fue con la misma voz ronca que él recordaba. Pero no estaba llena de furia o de cruel diversión. Era la voz de alguien a la deriva… y despojado de todo.

—Él no va a regresar. Le pertenece a Dooku ahora.

Los ojos de Kenobi se abrieron muy grandes.

«No»… pensó. No él. No el exuberante, el eternamente juguetón Quinlan. «No».

Sin decir palabra, tomó la segunda copa que siempre pedía, con la esperanza de que Vos se presentara a beber de ella. Entonces Kenobi la llenó y la deslizó por encima de la mesa. Ventress la miró, luego a él, y finalmente se acomodó en la silla lentamente, como si incluso el más simple movimiento la hiciera sufrir. Tomó un sorbo lento.

Estuvieron sentados, juntos, durante mucho tiempo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Asajj Ventress había pasado toda una vida viviendo en el momento. Era una mujer que no tenía paciencia para lamentarse ni para especulaciones del tipo «que habría pasado si…». Se movía con decisión en una sola dirección: hacia adelante.

Salvo en ese momento. En ese momento, sus sueños estaban llenos de imágenes de Quinlan Vos con ojos amarillos; Quinlan Vos suplicando sin palabras mientras ella veía que era… dejaba que fuera… arrastrado y torturado por dos droides de combate de Dooku. ¿Podría ella haber ido al ataque y liberarlo entonces? ¿Podría haber actuado con mayor rapidez, haber dicho algo para llegar a él? El arrepentimiento, hasta entonces un desconocido, en ese momento seguía sus pasos tan constantemente como su propia sombra.

Aunque nunca había sido de las que bebían para emborracharse, descubrió que la bebida ayudaba. Había agotado sus créditos y también cualquier escaso sentimiento de buena voluntad que pudiera haber tenido con Fett y su sindicato en ese intento de rescate que había salido tan asquerosamente mal. Ventress tomaba trabajos a medida que se le presentaban, canalizando la culpa y el dolor en la acción desatada sobre cualquier desventurado fugitivo con recompensa que ella estuviera persiguiendo en cualquier momento dado. La mayor parte de los créditos la gastaba en alcohol. A veces, si bebía lo suficiente, podía gozar de dormir sin soñar. A veces.

Ventress perdió la cuenta mientras los días se convertían en semanas, y luego en meses. Tuvo una mala sorpresa al principio, cuando ella despachaba un cuarto trago de algo fuerte y verde y le llegó un holovideo con el rostro del conde Dooku primero y luego el de Quinlan. No sabían quién era, pero los difusores del video se referían a él como «la desconocida nueva mano derecha del conde Dooku». Ventress había logrado salir antes de saltar y destruir el holoproyector con su sable de luz.

El sable de luz de Quinlan.

Desde entonces, ella había evitado bares con holovideos, pero no podía escapar a la guerra por completo. Pronto «el misterioso hombre de Dooku» fue «el nuevo almirante de Dooku», ya completo con un colorido apodo: «el Almirante Enigma», y la gente no dejaba de chismear sobre él casi todo el tiempo. Ventress estaba vagamente consciente de que había ganado al menos una batalla al ex maestro Jedi, pero ella se fue antes de que el número de bajas fuera revelado.

A veces, cuando había estado bebiendo en exceso, Ventress se volvía paranoica. Se convencía de que Vos enviaba personas a perseguirla, para terminar el trabajo de ejecutar a la mujer asesina que tan odiosamente lo había engañado. Ventress empezaba a observar las sombras y más de una vez, había aterrorizado a algún inocente transeúnte distraído.

Esa noche, Ventress no había estado bebiendo demasiado —bueno, no todavía— y todavía seguía con la sensación de que estaba siendo vigilada. Frunció el entrecejo mirando su bebida, arrojó algunos créditos sobre el bar y luego miró a su alrededor con fingida indiferencia. Nadie se destacó en particular; por otra parte, si este ser (hombre,

mujer o droide) era bueno en su trabajo, ella no se daría cuenta de inmediato. Ventress se levantó, sin olvidar tambalearse un poco, solo lo necesario para sugerir que había bebido de más, pero sin exagerar, y salió del bar con pasos excesivamente cautelosos.

Los días y las noches ahí en el 1313 eran oscuros, aunque siempre había alguien en la calle. La mayoría de los seres evitaban acercársele. Mientras iba a tropezones por el callejón detrás del bar, esquivando montones de basura y borrachos que roncaban, Ventress escuchaba con atención. No oyó nada fuera de lo normal, pero no podía evitar la sensación de que la perseguían. Dio la vuelta en la esquina, se aplastó contra el costado del edificio y esperó.

Unos segundos más tarde, surgió una silueta. Ventress recurrió a la Fuerza, se apoderó de su acosador, lo levantó en el aire y lo estrelló contra el suelo. Un instante después tenía puesta una rodilla sobre su pecho y el resplandor del sable de luz a pocos centímetros de su garganta reveló los enormes y sobresaltados ojos y el hocico peludo de un mahrano. Este no hizo nada para resistírsele.

—Dame una razón por la que no debería matarte —lo intimó Ventress.

—Tenemos un amigo en común —respondió el mahrano.

—Yo no tengo amigos. —Le acercó la crepitante hoja verde y chamuscó la piel del cuello.

Él se quedó inmóvil.

—Tengo un arma en mi cintura. Tómala.

Ventress movió la mano libre, manteniendo el sable de luz a un centímetro de su garganta. Su mano se cerró sobre algo cilíndrico, hecho de frío metal, y sus ojos se abrieron muy grandes al ver un sable de luz.

Lentamente, Ventress se sentó, apartando su arma, pero sin apagarla. Retuvo el sable de luz de él.

—Comienza a hablar.

—Ellos no me dijeron que eras tan rápida —dijo el mahrano, con voz de alivio. Se sentó, lenta y cautelosamente como para que ella no cambiara de opinión.

—Puedo ser todavía más rápida. ¿Qué quieren los Jedi conmigo? —preguntó, y añadió con amargura—: ¿Esta vez?

—Mi nombre es Desh y los Jedi no saben que estoy aquí. Soy… Quinlan Vos fue uno de mis mejores amigos.

Era sorprendente lo mucho que dolía escuchar su nombre.

—Se supone que los Jedi no tienen mejores amigos.

—¿Desde cuándo Vos ha sido un Jedi típico?

—Tienes razón. Continúa.

Desh se mostró sombrío.

—Sabemos lo que pasó. Con Dooku. Y… contigo.

—¿Y qué, exactamente, creen los Jedi que saben acerca de mí?

—El maestro Kenobi dijo que habló contigo. Que tú fuiste a él y le contaste lo que le pasó a Vos. —Estaba evadiendo la pregunta—. Algunos de nosotros quisimos ir tras él. Pero nos lo han impedido. Hasta ahora.

En ese momento ella entendió.

—Y tú pensaste que si yo estuviera involucrada, podría ayudar.

Desh enseñó los dientes en lo que era claramente una tímida sonrisa en lugar de una amenaza y se rascó detrás de la oreja como de zorro.

—Uh… bueno, sí. Yo pensé que si podía hablar contigo, podría… bueno… —Sus enormes ojos dorados se encontraron con los de ella—. Podría convencerte de volver al Templo conmigo.

—¿Kenobi te envió?

—Como he dicho, los Jedi no saben que estoy aquí. Pero estoy dispuesto a apostar que si él lo supiera, el maestro Kenobi estaría contento. A veces es mejor pedir perdón que pedir permiso.

—¿Cómo sé que esto no es una trampa?

—No lo sabes. Y yo no te voy a obligar a venir conmigo. Pero si te apartas de esto… Vos no va a tener una oportunidad.

Ventress lo observó, evaluándolo. Desh parecía el tipo de ser a quien Vos podría haberse acercado. No era algo a lo que pudiera ponerle un nombre, pero podía imaginarlos metiéndose juntos en líos. Recurrió a la Fuerza y percibió en el mahrano únicamente una verdadera preocupación.

Pensó de nuevo en la existencia que había llevado durante los últimos meses, y su estómago se agrió. Si hubiera incluso una oportunidad de que los Jedi, en efecto, estuvieran dispuestos a ayudar…

Ventress se levantó.

—¿Qué estás esperando? Vámonos.

—

Ventress, Desh, Obi-Wan Kenobi y un claramente infeliz Anakin Skywalker entraron a la cámara del Consejo, justo a tiempo para las malas noticias. Los miembros del Consejo estaban viendo una grabación holográfica de una terrible batalla. Cruceros de ataque, así como combatientes de la República y separatistas, se enfrentaban en combate. Mientras Kenobi observaba, apareció un acorazado que le apuntaba a un crucero. La nave de la República se partió en dos bajo el ataque. El fuego, alimentado por el propio suministro de oxígeno de la nave, subía arremolinado.

Yoda miró a Ventress con cierta sorpresa y apretó un botón para detener el holograma. Otros reaccionaron de una manera mucho más enérgica. Mace Windu se puso de pie, con una mano yendo a su sable de luz. Ki-Adi-Mundi, Shaak Ti y Plo Koon, también presentes, hicieron lo mismo.

—Asajj Ventress —espetó Windu—, gracias por hacer que el trabajo de arrestarla sea mucho más fácil.

Ventress lanzó una mirada sorprendida y furiosa a Kenobi. Éste levantó una mano.

—No, maestro Windu —intervino con calma—. Ventress llegó aquí de buena fe y por propia voluntad para ofrecer la ayuda que pudiera. Le he dado mi palabra de que nada le haría daño dentro de los muros del Templo y voy a mantener esa promesa.

Todos se volvieron hacia Yoda. El antiguo maestro Jedi miró fijamente a Ventress, evaluándola. Ventress se enderezó y no eludió el escrutinio. Kenobi recordó que la última vez que los dos se habían reunido, Ventress había usado mentiras y engaños en un intento de matar a Yoda, pero el jefe del Consejo mantenía su calma habitual. Finalmente, asintió con un movimiento de cabeza.

—Asajj Ventress —la saludó—. Convertir en un mentiroso al maestro Kenobi, no lo haremos. Agradecidos estamos por su ayuda. Preguntas para usted, tenemos.

—Adelante con ellas —contestó Ventress, cruzando los brazos.

—Le hablará al maestro Yoda con respeto —dijo Windu.

—Voy a decir mi verdad de la manera en que me dé la gana.

—Si es que, efectivamente, es la verdad —acotó Plo Koon.

—Por favor, maestros —intervino Kenobi—. Vamos a lo que nos interesa, ¿de acuerdo?

—Bien —aceptó Windu—. Usted y Vos eran amigos, ¿no?

—Se podría decir eso —respondió Ventress, su expresión no revelaba nada—. Estábamos trabajando bien como equipo.

—Por lo tanto, se trataba de una relación profesional, ¿no? —quiso precisar Kenobi.

Ventress puso los ojos en blanco.

—Diga lo que quiere decir, Kenobi.

Él respiró hondo.

—Muy bien. ¿Se convirtieron en amantes?

Ella tenía que haber estado esperando esto, pero no pudo ocultar su reacción. Una expresión de dolor atravesó sus fuertes facciones, y su cuerpo se estremeció muy ligeramente.

—Sí —respondió en voz baja. Todos se miraron unos a otros.

Kenobi lo había sospechado. Sintió una punzada de compasión por la mujer que estaba ante ellos. Hubo un tiempo en que habría rechazado semejante afirmación por ser una clara imposibilidad, pero él sabía que ella decía la verdad.

—¿Le enseñó usted al maestro Vos el camino de los Sith? —preguntó Plo Koon.

Ventress cerró los ojos y respiró profundamente, apretando los labios en una fina línea. Kenobi esperaba que ella lo negara, pero temía que no iba a ser así.

—No… como tal.

—¿Qué se supone que significa eso? —espetó Anakin. Kenobi levantó una mano y Anakin se quedó en silencio.

—Continuar, usted puede —intervino Yoda, no sin cierta amabilidad.

Ventress le habló directamente a Yoda.

—A veces, hay que combatir el fuego con fuego. Vos no estaba preparado para enfrentar a Dooku. Manejado correctamente, el lado oscuro le daría la ventaja para que pudiéramos completar la misión. Yo conozco el peligro de incluso el más pequeño paso en falso.

—¿Ha intentado usted «manejar» el lado oscuro? —preguntó Kenobi, con incredulidad—. ¿Sabiendo el peligro en que lo estaba poniendo a él?

Ventress le miró fijamente, con frialdad.

—Fue un riesgo calculado.

—Pero lo empujó, ¿no? —intervino Mace—. Lo empujó demasiado.

Ella apretó la mandíbula. Cuando habló, su voz era helada, con ira controlada.

—¡Yo trataba de protegerlo de la única manera en que sé hacerlo!

—¿Llevándolo de la mano directamente al infierno?

Ventress apretó los puños, claramente haciendo un esfuerzo para no saltar sobre Windu. Igualmente claro para Obi-Wan era el hecho de que el maestro Jedi podría haber agradecido tener de esa manera la excusa para atacarla. La respiración de Ventress se entrecortaba en rápidos jadeos por el enojo mientras hablaba.

—Voy a recordarles a todos que fueron ustedes quienes le asignaron esta misión. Fueron ustedes quienes lo guiaron hasta llegar a mí. Todos en esta sala sabían desde el principio quién y qué era yo, Windu. No se engañen… no sólo yo debo cargar con la culpa.

Era una verdad brutal, pero sin dudas era la verdad, y el Consejo lo sabía. Se produjo un incómodo silencio.

—Lo quiere todavía, usted ¿verdad? —preguntó Yoda amablemente.

Parecía que Ventress presentía una trampa, pero sabía que no debía mentir a tantos maestros Jedi. No miraba a nadie cuando habló:

—Sí.

—¿Lo suficiente como para convertirse usted en Sith otra vez? —Kenobi hizo la pregunta obvia antes de que Windu pudiera hacerlo.

Ventress se tomó mucho tiempo para responder. Finalmente, levantó la cabeza y miró a Yoda.

—No.

Yoda asintió moviendo la cabeza.

—¿Más preguntas, tiene el Consejo? —Nadie habló—. Caballeros Jedi Desh y Skywalker, afuera con Ventress esperarán. Sólo con el Consejo debo hablar.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Ventress se mostraba recelosa, pero acompañó a Desh y a Anakin afuera, al pasillo. Cuando las puertas se cerraron, Yoda miró a todos los miembros del Consejo.

—Cooperativa, ella ha sido.

—Hasta donde alguien como ella puede serlo, sí —estuvo de acuerdo Kenobi.

—La verdad ha dicho ella, en esta cámara. A Vos todavía ama, y a él nos llevará.

—¿Y cuándo lo encontremos? Entonces, ¿qué? —quiso saber Ki-Adi-Mundi—. Ya hemos visto lo que el Almirante Enigma ha hecho. Si no tenemos éxito para capturarlo y se escapa, entonces habremos enviado a otro Lord Sith a la galaxia.

—Si podemos encontrarlo, podremos tenerlo de vuelta —aseguró Kenobi.

—No se puede salvar a todos, maestro Kenobi —sentenció Plo Koon, no sin cierta simpatía.

Yoda asintió moviendo la cabeza.

—Salvarse a sí mismos, deben todos.

—Entiendo eso, maestro Yoda —aceptó Kenobi—. Pero si se me autoriza a liderar la recuperación, yo mismo voy a asumir la responsabilidad por Vos. Yo fui su supervisor para la misión original. Yo solo me ocuparé de ello.

—Incluso si logramos tener éxito para capturarlo, ¿cómo saber que podemos confiar en él? Esa mujer lo introdujo al lado oscuro, y ahora es la mascota de Dooku —señaló Mace—. Esas raíces son profundas.

—Con todo respeto, maestro Windu, creo que Ventress tiene razón. Nosotros cargamos con algo más que una cierta responsabilidad por lo que le ha sucedido a Vos. Él fue criado en el Templo, así que él no tiene excusa alguna para no estar adecuadamente preparado para enfrentar este tipo de desafío.

—¿A qué «desafío» se refiere, maestro Kenobi? —preguntó Mace mordaz—. ¿A Dooku o a Ventress?

—A ambos —respondió Kenobi—. Ventress tiene alguna culpa, sí, y por supuesto también Dooku. Pero ésta, maestros… ésta es nuestra responsabilidad. Le debemos a Vos la oportunidad de elegir de nuevo y, con nuestra ayuda, hacerlo con sabiduría.

—Entonces creo que Ventress no debe ser parte de la misión de rescate —afirmó Mace.

Yoda negó con la cabeza, mirando pensativo.

—La clave de esto, ella es —señaló—. Necesidad de ella, tendremos. Maestro Kenobi, el permiso usted tiene para a Quinlan Vos recuperar. Pero solo no va a estar. El Jedi Skywalker y Ventress, a ambos consigo llevará.

—No entiendo, maestro Yoda —intervino Windu, sin ocultar la exasperación en su voz—. Me inclino ante su sabiduría. Pero creo que todos debemos estar conscientes del desastre al que estamos invitando si nos equivocamos.

—Créame —aseguró Kenobi—. Estoy más que consciente de ello.

Una pequeña luz incorporada en la curva del asiento de Yoda comenzó a parpadear.

—Un mensaje tenemos —murmuró Yoda y apretó el botón.

Una imagen holográfica del almirante Wullf Yularen apareció en el medio de la sala.

—Maestro Yoda —dijo con su precisa y elegante voz—, hemos recibido nueva información sobre el conde Dooku y su Almirante Enigma.

—¡A Ventress traigan! —espetó Yoda.

Kenobi hizo pasar a Ventress, Anakin y Desh a la cámara. Ventress comenzó a objetar y de un tirón retiró su brazo, pero Kenobi la hizo callar con un gesto.

—Proceda, almirante —dijo Yoda.

—Tenemos un avistamiento que ubica a Enigma en un acorazado de clase Providencia —continuó Yularen—. Estamos investigando actualmente los rumores de que este barco está a punto de atacar Taris.

—Ventress —dijo Kenobi, volviéndose hacia ella y sonriendo suavemente—, ¿está lista para un viaje?

Ventress miró al almirante Yularen, luego a Yoda y de nuevo a Kenobi.

—Tiene que estar bromeando.

—Sabe tan bien como yo que todavía hay esperanza para él.

—No lo sé —señaló sin rodeos. Kenobi se sorprendió. Mace Windu frunció el entrecejo, inclinándose hacia adelante—. Usted no estaba allí. Usted no vio su cara. Usted no sabe lo difícil que es volver de…

—Usted lo hizo —interrumpió Kenobi en voz baja.

Ventress se detuvo a mitad de la frase. Sus ojos miraban de modo penetrante los del maestro Kenobi. Éste pudo sentir la sorpresa de ella ante su reconocimiento de lo que ella había logrado. Parte del ardor había desaparecido de su voz cuando ella dijo:

—Sólo apenas.

—Pero aun así —insistió Obi-Wan—, usted entiende lo que se necesita. Puede haber todavía una oportunidad para él, pero tenemos que detenerlo antes de que vaya más lejos por ese camino o tal vez, ya podría ser demasiado tarde.

Ventress miró a su alrededor, a los maestros que la observaban, uno a uno. Su barbilla se levantó ligeramente ante la clara desaprobación de Windu.

—Lo haré, pero ¿cómo sé que no me van a arrestar cuando regresemos?

—Bueno —dijo Kenobi, evasivo.

—Un perdón, el Consejo ofrecerá. —Todo el mundo se volvió para mirar al diminuto maestro. Sonreía suavemente, su mirada era amable—. Un borrón y cuenta nueva, Asajj Ventress tendrá, si ayuda nos presta.

Anakin cambió su peso de una pierna a la otra.

—Eso es… un gran ofrecimiento, maestro Yoda —señaló.

—¿Un maestro Jedi recuperado, y a la luz devuelto? Bastante pequeño es, para tan grande obra.

Ventress tenía el aspecto de no poder creer lo que estaba oyendo, y a decir verdad, el mismo Kenobi apenas si podía creerlo, pero se dio cuenta de que estaba de acuerdo.

—Acepta, ¿verdad? —preguntó Yoda.

Ventress asintió moviendo la cabeza.

—Acepto. Pero va a tener que confiar en mí.

—

Anakin, por supuesto, no confiaba en Ventress mientras pudiera controlarla con la Fuerza. Kenobi sí confiaba, hasta cierto punto. Confiaba en que Ventress no iba a hacer algo que los llevara a todos a la muerte y… confiaba en lo que él creía que ella sentía por Vos. Quedaba por ver, por supuesto, si Vos correspondía esos sentimientos, y si eso era así, habría que considerarlo con atención. Pero todo eso podía esperar hasta que hubieran traído sano y salvo de vuelta al hogar al maestro Jedi.

Anakin no paraba de moverse. Kenobi apenas podía culparlo. No era un lugar en el que jamás hubiera soñado estar por propia voluntad, sin embargo, ahí estaban los dos en la cabina de mando de la *Banshee*.

—¿Y estás segura de que el dispositivo de camuflaje de la nave está activado? —preguntó Anakin con inquietud—. No quisiera salir disparado del hiperespacio sin protección en medio de la ruta de una docena de cruceros separatistas…

Ventress sonrió un poco.

—Estoy muy segura. Ten un poco de fe, Skywalker.

—¿Fe? ¿En ti?

—Soy la única oportunidad que tienes en este momento, así que sí, es mejor que tengas fe. No tenemos nada más. Crucemos los dedos, muchachos. —Apretó el botón con su largo dedo índice, y salieron del hiperespacio en el mismo centro de un flujo de decenas de naves separatistas, de todo tipo, desde cazas hasta fragatas y la amenazadora nave insignia de Dooku.

—Caramba… —murmuró Anakin.

—No es… tan malo —comentó Kenobi, en un tono poco convincente incluso para sus propios oídos. Él y Anakin intercambiaron tensas miradas.

Ventress se estiró como un gato en su butaca.

—Y nadie parece darse cuenta de que estamos acá. ¿Qué tal eso?

Mientras Anakin miraba a Ventress frunciendo el entrecejo, cuya sonrisa no hacía más que agrandarse, Kenobi dijo:

—Bien, sería bueno que en realidad tuviéramos un plan.

Reapareció la mirada pétrea de Ventress, y dejó de jugar con Anakin.

—Creo que el plan era sacar a Vos de esa nave.

Señaló el enorme acorazado clase Providencia que iba a la cabeza de la flota. Ventress desaceleró y permitió que la *Banshee* cayera hacia atrás, maniobrando cuidadosamente para salir de la trayectoria de cualquiera de las otras naves, las que, por suerte, claramente no tenían noción de la presencia de ellos. Obi-Wan podía ver el hangar de la nave. Las puertas estaban abiertas, pero por supuesto habría un escudo de partículas levantado para evitar que nada, ni nadie, entrara o saliera sin permiso.

—¿Y exactamente cómo vas a hacer eso? —quiso saber Anakin.

—Alguna vez trabajé con los separatistas, ¿recuerdas? Ellos tienen un número finito de canales y códigos que varían en función del sector y el nombre del buque insignia de la operación. Teniendo en cuenta eso, creo que debería ser…

Tocó los controles.

—Permiso para salir —dijo una voz.

Obi-Wan y Anakin se miraron. El Jedi mayor estaba impresionado.

—¿Código?

—AYF-47562.

—Permiso concedido —dijo la voz. Y mientras el caza salía sin problemas para unirse a sus compañeros, Ventress llevó a la invisible *Banshee* suavemente al interior. La hizo aterrizar suavemente, cualquier ruido que pudiera haber hecho estaba cubierto por el ruido del caza que partía. Hubo un ligero resplandor alrededor de la entrada del hangar cuando el campo de fuerza se reactivó. Las luces dentro del hangar se atenuaron, lo que indicaba que la atención ya no estaba puesta en la zona. Ventress hizo un rápido escaneo en busca de droides o de formas de vida.

—Todo asegurado —dijo y bajó la rampa.

—Está bien —aceptó Anakin a regañadientes—, eso fue… mmm… no demasiado desprolijo. Ahora sólo tenemos que averiguar dónde podría estar Vos.

—Bien —dijo Kenobi. Levantó una mano y casi con indiferencia usó la Fuerza para interrumpir los circuitos de las cámaras de seguridad—. Ya que parece que es un almirante, seguramente debe estar en el puente.

—¿Qué pasa con Dooku? —preguntó Ventress.

El rostro de Anakin se endureció.

—Yo me encargaré de él. Parece que hoy podríamos obtener dos por uno… la muerte de Dooku y el regreso de Vos.

—Que la Fuerza esté con nosotros —murmuró Kenobi, y comenzaron la búsqueda.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

El deseo de Ventress era, simplemente, poder lanzarse contra la nave, destruyendo todo y a todos los que se interpusieran en su camino. Pero si bien era apasionada, también era práctica. El sigilo los había hecho entrar en la nave; el sigilo tendría que llevarlos al puente.

Sólo una vez antes había trabajado de una manera similar con tantos compañeros con acceso a la Fuerza: cuando ella, Karis y Naa'leth había intentado matar a Dooku. Tenía que admitir que tanto Skywalker como Obi-Wan eran más fuertes en la Fuerza de lo que habían sido sus hermanas. Juntas eran extremadamente poderosas. Fue una pena que las tres y Vos no pudieron formar un equipo contra Dooku. El maldito no habría tenido la menor oportunidad.

«Vos». Ventress sintió de nuevo la punzada de la duda. Había sido imposible evitar del todo las imágenes de su cara en la holored. Y ella había visto el revelador amarillo de sus ojos en la cárcel de Dooku. Pero hubo aquel momento —cuando ella estuvo en plena posesión de sus propias mentiras y se abrió al juicio de él— en que Vos había dudado, y Ventress pudo ver al verdadero Vos todavía dentro. Él había entendido lo difícil que había sido para ella, aunque fuera sólo fugazmente. ¿Era realmente posible que ella pudiera llegar a él nuevamente? ¿O Dooku lo había dominado tanto que ya no quedaba nada del hombre que ella…?

Bien. Si él estaba perdido, ella haría lo que fuera necesario y sin pensarlo dos veces. Sería lo que el verdadero Vos, el Jedi, querría que ella hiciera. Ventress recordó la dificultad con la que Vos finalmente había aceptado tener que matar a una criatura simple, no sensible. Ese hombre se horrorizaría cuando lo utilizara Dooku para matar a miles de seres inocentes.

Con lo que parecía una dolorosa lentitud, se abrieron paso a través la nave, ocultándose de las permanentes patrullas de droides e inutilizando cualquier cámara de seguridad antes de ser detectados.

Se detuvieron al final del pasillo.

—Hay un corredor directamente debajo de nosotros —informó Ventress—. Bajamos por allí y las puertas en el extremo se abren sobre el puente.

—¿Estás segura? —peguntó Kenobi.

—He pasado mucho tiempo en este barco —respondió Ventress—. El puente es de tres niveles. La silla del capitán está en el primer nivel, mirando hacia adelante. Debe de haber allí ocho terminales de computadoras, cada una operada por un droide. Posiblemente haya otros droides en el puente.

—Así que son diez, tal vez doce —calculó Anakin—. No hay problema.

—¿Dónde estará Vos?

—En la silla del capitán —aseguró Ventress con seriedad—. Podemos bajar por la escalerita —señaló a unos pocos peldaños a un costado— o podemos tomar el ascensor.

La escalerita es más segura. Podremos detectar cualquier droide que haya en el pasillo antes de encontrarnos con ellos. Si tomamos el ascensor, no podemos controlar lo que podríamos encontrar.

—De acuerdo —dijo Kenobi—. Voy primero. Anakin, a la retaguardia. —Ventress reprimió su irritación. Incluso en ese momento, no confiaban en ella.

Kenobi bajó rápida y silenciosamente por la escalerita, haciendo una pausa para escuchar y extender sus sentidos con la Fuerza antes de abandonarla. Ventress y Anakin lo siguieron.

Ventress señaló al otro extremo del pasillo.

—Esas son las puertas que dan al puente. Son sensibles al movimiento, de modo que se abrirán automáticamente. Tendremos…

Se escuchó un suave ruido metálico detrás de ellos y las puertas del ascensor se abrieron. Se dieron vuelta. Un solo droide de combate los miraba intrigado, luego de un momento de incertidumbre gritó en su comunicador:

—¡Alerta de intruso!

—¡No tan rápido! —Obi-Wan golpeó al droide en la cara, que trastabilló hacia atrás. Kenobi le cerró la puerta, encendió su sable de luz, y rundió los controles—. ¡Vamos! —Los tres corrieron por el pasillo y se arrojaron por la puerta que daba al puente.

La persona en la silla del capitán se había levantado. Tenía el sable de luz en la mano, pero aún sin activar. Sus cejas se habían juntado en un feroz entrecejo fruncido mientras gritaba, su voz llena de odio:

—¡Jedi!

—¡Dooku! —exclamó Kenobi, sorprendido—. No eres el que estamos buscando, pero ya que estás aquí…

Skywalker, sin embargo, no perdió tiempo en bromas. Saltó de inmediato hacia Dooku. Sables de luz, uno azul, otro rojo, se enfrentaron lanzando chispas. Los droides habían comenzado a disparar, y Kenobi bateaba para devolver los rayos con una muy ejercitada soltura, haciendo lo posible por dirigir los disparos para que regresaran al droide que los había hecho.

Ventress no prestaba atención alguna ni a Dooku ni a los droides de combate. De un salto alcanzó el tercer nivel, el más bajo. Todavía en cuclillas, extendió ambas manos, agarró con la Fuerza un droide en cada una y los lanzó detrás de ella. Ambos droides se precipitaron hacia los combatientes con sable de luz. Dooku miró hacia arriba y saltó al segundo nivel. Anakin lo siguió.

Dos droides se acercaron a Kenobi, disparándole al mismo tiempo. El maestro Jedi saltó hacia arriba, aferrándose por un momento al techo hasta que los droides se dieron cuenta, demasiado tarde, de que estaban disparándose el uno al otro.

—¡Él no está aquí! —gritó Ventress por encima del hombro a Obi-Wan. En ese momento, le cortó la cabeza a uno de los droides de combate y con la Fuerza arrojó a otro contra el mamparo. Quedaban seis.

—¡Vuelve aquí y cúbreme! —gritó Kenobi, y se abrió paso peleando hacia una de las consolas en el primer nivel. Ventress saltó por sobre el puente y se colocó entre Kenobi, que estaba revisando la computadora de la nave en un intento de localizar a Vos, y los droides que estaban disparando contra él. Echó un vistazo a Dooku, un nivel más abajo. La pelea entre él y Anakin era pareja y cambiaba constantemente. Ventress sintió un breve destello de diversión al darse cuenta de que, por primera vez, ella estaba efectivamente alentando a Skywalker.

Dooku hizo garras de sus manos y un rayo de la Fuerza crepitó en el espacio entre él y Anakin. Skywalker levantó su sable de luz y se mantuvo en su lugar, entrecerrando los ojos para protegerse del resplandor azul y de las chispas que volaban. Sin dejar de enviar rayos de la Fuerza con una mano, Dooku estiró la otra. Un torso desmembrado de droide saltó al aire, flotó un momento y luego Dooku se lo arrojó a Anakin. El Jedi saltó al tercer nivel y el conde lo siguió.

Con su maestro ocupado en otra cosa del otro lado del puente, los droides restantes abrieren fuego libremente. Decenas de disparos dejaban sus estelas de luz yendo hacia Ventress y Kenobi. Con calma, Ventress bateó de vuelta algunos con su sable de luz; a los demás, simplemente los devolvió utilizando la Fuerza. Tres droides más cayeron entre espasmos y chispas.

—¡Lo tengo! —gritó Kenobi para hacerse oír por encima del ruido del combate—. ¡Ventress, no está en el puente porque está en el calabozo! ¡Sigue siendo un cautivo! ¿Te das cuenta de lo que esto significa? No existe un «Almirante Enigma». ¡Dooku ha estado usando a Vos como una herramienta para bajar la moral del Jedi!

Ventress se sintió inundada de una alegría tan intensa que casi no podía respirar. Una renovada energía la llenó y extendió la mano para atrapar en la Fuerza a un droide que protestaba y lo aplastó.

—¡Ustedes dos sigan! —gritó Anakin. Esquivó un golpe del sable de luz roja de Dooku que le pasó zumbando por encima de la cabeza y levantó su propia hoja para un contraataque—. ¡Yo me encargo de *él*!

—¡*Jovencito* insolente! —espetó Dooku, parando el golpe de Skywalker.

Juntos, Ventress y Kenobi derribaron a los droides restantes. Había restos por todas partes, piernas y brazos, cabezas y partes de torsos. Cuando llegaron a la puerta y corrieron a través de ella, Ventress se tomó un momento para atravesar los controles con su sable de luz.

—Anakin todavía está ahí —le recordó Kenobi.

—Y también Dooku —replicó ella—. Y de esta manera, no puede llamar a los droides para que lo ayuden.

—Excelente idea —reconoció Obi-Wan—. El calabozo está…

—En el nivel debajo de nosotros —completó Ventress—. ¡Vamos!

—

Vos estaba colgado, desnudo hasta la cintura, de cadenas que brillaban. Estaba de espaldas a Kenobi, y Obi-Wan sintió una punzada de dolor empático al verlo. Dooku, al parecer, había decidido renunciar a más elaborados métodos de tortura en favor de los básicos. La amplia espalda de Vos era una colección de antiguas cicatrices y nuevas marcas de azotes. Algunas tenían costras, y no pocas todavía sangraban. Su cuerpo otrora musculoso pero elegante se veía consumido y pálido, como si no hubiera visto la luz del sol en meses. Parecía estar inconsciente.

—¡Vos! —Kenobi se precipitó hacia adelanté, Envolvió con un brazo el cuerpo vejado de Vos mientras cortaba con su sable de luz las ataduras. Vos lanzó un grito agudo cuando sus brazos abandonaron la posición que se habían visto obligados a mantener durante quien sabe cuánto tiempo. Obi-Wan lo puso suavemente en el suelo.

—¿Obi-Wan? ¿Eres realmente tú? —La voz de Vos sonaba áspera.

—Sí, soy yo, viejo amigo.

—¿Está Ventress…? —Vos miró a su alrededor y su rostro se iluminó—. ¡Asajj! —Hizo una mueca de dolor provocado por el movimiento y estiró el brazo hacia ella. Pero extrañamente, ella se quedó atrás, lo que le recordó a Obi-Wan a un animal salvaje a punto de escapar. Vos no pareció darse cuenta—. He soñado contigo. Estoy tan contento de que estés aquí, tan contento…

—¿Puedes caminar? —preguntó a Kenobi.

—Sí, creo que sí… —Con la ayuda de Kenobi, Vos se puso de pie torpemente. Su mirada estaba fija en Ventress, y su sonrisa se desvaneció al ver la expresión de su cara—. ¿Asajj?

Vos se acercó a ella. Ella dio un paso atrás, entrecerrando los ojos.

—Siento mucho haberte atacado. Tenía que hacerlo.

Ella se burló.

—Perdóname si me resulta difícil creerte.

—Tú conoces a Dooku. —Incluso el hecho de hablar parecía cansar a Vos—. Él registra todo. Había dispositivos en mi celda, y tuve que dejar que pensara que él me había convertido. Pero yo… no pude sostener la actuación.

Una vez más, Vos estiró el brazo hacia ella.

—Sospechó que no me había convertido y me puso de nuevo aquí. Él viene y me cuenta todas las cosas que he hecho como su «almirante». Ventress, yo…

—¡Basta! —gritó ella—. Kenobi… ¡ya es demasiado tarde!

—¿Qué? —se sorprendo Obi-Wan.

—Vi sus ojos entonces, y puedo sentir la furia dentro de él ahora. ¡Está más que dispuesto a rompernos el cuello! —Ventress activó su sable de luz y lo puso delante de sí misma, sosteniéndolo con ambas manos y lista para atacar. La luz verde iluminó el brillo de las lágrimas sin derramar en sus ojos.

—Veamos, espera un momento, Ventress… —dijo Kenobi con dulzura, tratando de calmarla a través de la Fuerza.

—Asajj, ¿cómo puedes decir eso? Sigo siendo yo. —Vos se puso una mano en el pecho, que también sangraba por las heridas recientes—. Todavía soy tu Quinlan. Yo no he cambiado, lo juro. Soy el mismo.

—¿El mismo que eras cuando trataste de cortarme la cabeza con el sable de luz de tu maestro?

—Espera, ¿qué? —Obi-Wan miró inquisitivamente a Vos. El otro Jedi se volvió hacia él, suplicando. Kenobi metió la mano en la Fuerza y trató de percibir lo que Ventress decía sentir. Vos estaba debilitado físicamente, desorientado y dolorido, tanto física como emocionalmente, pero la única oscuridad que Kenobi pudo percibir fue la de la simple desesperación.

—No siento nada siniestro, Ventress —dijo Kenobi lentamente—. Creo que tal vez tus emociones están nublando tu juicio.

Ella lo miró como si hubiera sugerido que le brotaran alas y volara.

—¡Mis emociones me permiten ver la verdad! ¡Esto es un truco! ¿Cómo puedes no sentirlo? ¡El odio se le filtra por los poros! —Ventress volvió a mirar a Vos, balanceándose sobre las puntas de los pies—. Mi conexión con el lado oscuro era tenue en el mejor de los casos, e incluso así yo apenas si podía apartarme de su alcance. —Tragó saliva—. Vos… se ha consumido.

El shock recorrió la Fuerza mientras Vos la miraba, asombrado.

—Ventress…

—¡Cállate! —gritó ella—. No puedo seguir escuchando tus mentiras. Yo… —Una vez más, las lágrimas brillaron en sus ojos. Cuando habló, fue en un susurro entrecortado.

—-Lo siento. Esta es la única manera de ser libre.

Y ella bajó con fuerza el sable de luz.

CAPITULO VEINTINUEVE

Obi-Wan saltó delante de Ventress, con su sable de luz siseando y crepitando contra el de ella. La empujó hacia atrás, llamándola por su nombre, pero ella estaba más allá de toda razón. Ella saltó por encima de él para aterrizar delante de Vos. El Jedi cayó de rodillas, levantando las manos hacia la Fuerza para empujarla hacia atrás. Él estaba tan débil que incluso este ataque para salvar su propia vida simplemente empujó a Ventress apenas unos pasos hacia atrás. Eso fue suficiente para que Kenobi le diera una patada voladora a la cadera de Ventress y ella trastabilló, convirtiendo la caída en una voltereta para aterrizar delante de Kenobi.

—¿Por qué no lo siente? —gritó, y su sinceridad y su dolor eran tan reales que Kenobi sintió una oleada de compasión.

—¡Ventress, piensa por un momento! ¡Este lugar está lleno de energía del lado oscuro! ¡Y Vos está sufriendo un dolor terrible!

Ventress no se detuvo. Ella era un ángel justiciero, con la intención de destruir lo que ella creía era aquello en lo que Vos se había convertido, y por un instante fugaz Kenobi se preguntó si alguna vez él mismo habría sido visto de esa manera por aquellos a los que se vio obligado a matar. De modo que todo el pensamiento tenía que estar centrado en impedir que Ventress asesinara al mismo hombre que habían ido a rescatar.

—¡Fuera de mi camino! —le gritó Kenobi a Vos. Éste obedeció, apoyándose en la pared mientras ponía distancia entre los dos combatientes.

—Usted no entiende —exclamó Ventress—. ¡Usted no estaba allí! —Giró sobre sí para apuntar a Kenobi en lugar de a Vos. Su sable de luz verde parecía una mancha móvil en el aire y Kenobi se veía en aprietos para detener los golpes.

—Sabes —dijo él, deslizando su sable sobre el de ella para luego hacerla girar y perder el equilibrio—, creo que luchar contigo era más fácil cuando yo estaba tratando de matarte.

Vos seguía apoyado contra la pared, jadeando, su torso manchado de sangre y sudor. Desde su posición podía ver el siguiente pasillo en toda su extensión.

—¡Tenemos compañía! —gritó y, efectivamente, Kenobi pudo oír el ruido de pasos metálicos.

Ventress esquivó bruscamente el golpe de Kenobi y volvió su atención a Vos. A esa altura, Obi-Wan no solo estaba alarmado por la obsesiva e inexplicable desconfianza de Ventress respecto de Vos, sino que su profunda exasperación iba creciendo.

—Ventress, por todo lo que es bueno en esta galaxia, ¿podemos arreglar esto más tarde por favor? —Extendió la mano hacia la Fuerza, la levantó y la arrojó algunos metros más adelante al pasillo por donde habían venido—. ¡Vamos! —le gritó.

En sus muchos encuentros anteriores, Kenobi se había burlado de Ventress recordándole lo buena que era para salir corriendo. Pero esta vez, por un terrible momento, Kenobi temió que Ventress estuviera dispuesta a sacrificarlos a todos si con

ello podía asegurarse la destrucción de Vos. Afortunadamente, su instinto de supervivencia se hizo presente y con un gruñido de frustración, se echó a correr.

Los droides estaban acercándose a ellos. Las explosiones rebotaban en las paredes curvas de metal e iluminaban con luz roja el pasillo. Kenobi colocó al desarmado Vos delante de él, sosteniendo al hombre debilitado con una sola mano mientras se daba la vuelta parcialmente para batear y devolver los disparos de rayos.

Abruptamente Ventress patinó hasta detenerse. Vos y Kenobi casi chocaron con ella. Una fracción de segundo después, un trozo circular del techo del corredor cayó estrepitosamente delante de ellos. De pie en el centro del círculo metálico estaba Anakin Skywalker. Su sable de luz seguía encendido, y el borde fundido del círculo era de color naranja.

—Hola, Vos —saludó Anakin—. Qué gusto verte de nuevo.

—Encantado de verte, Anakin —respondió Vos, mirando hacia arriba, desconcertado, al agujero que Anakin acababa de abrir en el techo. El fuego de las pistolas bláster seguía lloviendo sobre ellos y los cuatro saltaron hacia adelante, en dirección al hangar y al escape.

Los droides caían por el agujero, algunos de ellos terminaban aterrizando encima de sus compañeros que habían perseguido al grupo desde la celda de Vos. Chirridos de «¡Eh, cuidado!» y «¡Ay!» salían de los desafortunados droides, pero muy pronto aquellas latas estaban de nuevo en carrera persiguiéndolos… y disparando.

El Jedi y Ventress llegaron al hangar y corrieron por la rampa de la *Banshee*. Vos prácticamente se dejó caer en uno de los asientos de la bodega, buscando a tientas las correas de seguridad. Kenobi serenó sus manos y comenzó a asegurar a su amigo mientras Ventress comenzaba a poner en marcha la nave.

—Vamos —murmuró en voz baja y luego maldijo—. ¡Han cambiado el código para el escudo! Voy a tener que descubrirlo de nuevo.

—Y ahora están cerrando las puertas —señaló Anakin. Kenobi apartó la vista de Vos para ver que Anakin tenía razón.

—¿Puedes sacarnos de aquí? —preguntó Kenobi.

Los dedos de Ventress volaban sobre los controles.

—¡Tal vez —respondió ella—, pero esa puerta se está cerrando rápidamente y los droides estarán aquí en cualquier momento!

Vos miró hacia arriba.

—Sé dónde están ambos grupos de controles —dijo. Antes de que Kenobi pudiera detenerlo… el Jedi herido se había levantado y estaba abriendo la rampa.

—¡No! —gritó Ventress. Salió del asiento del piloto y saltó a la bodega, tratando de detenerlo. Kenobi la agarró del brazo. Sorprendida, se soltó, pero Vos ya había saltado a tierra y corrió para perderse de vista.

—¡Lo dejó escapar! —gruñó Ventress—. ¿No ve? ¡No va a regresar!

Echó hacia atrás un puño, pero la mano de Anakin voló para agarrarlo.

—Tranquilízate, Ventress —espetó Anakin—. ¡No lo sabemos con seguridad!

—¡Yo sí lo sé! —Ventress se golpeó el pecho con un dedo con tanta fuerza que Kenobi pensó que el gesto le dejaría un moretón—. ¡Yo sé que él ha caído! Y sé que no puede ser devuelto.

—Mmm… ¿Ventress? —Anakin señaló y Ventress miró a través de la ventanilla. Las puertas del hangar habían dejado de cerrarse, y luego un instante más tarde, comenzaron a reabrirse.

—¡Revisa los controles! —ordenó Kenobi—. ¿El escudo está desactivado?

Ventress ya estaba de vuelta en su asiento.

—Estamos libres —dijo, su voz sonaba confundida.

—Y aquí viene Vos —informó Obi-Wan, incapaz de mantener el triunfo fuera de su voz mientras agitaba la mano, haciéndole señas a su amigo. Ventress se volvió para mirar, emociones en conflicto surcaban su rostro. Se abrió el fuego de los bláster y parecía imposible que Vos no fuera alcanzado por él.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Vos, saltando por la rampa. Cayó sobre ella torpemente y gritó de dolor, trepando a bordo mientras la rampa se cerraba. Ventress no le dirigió una segunda mirada. Toda su atención estaba en lograr sacarlos de allí. Ya estaban fuera del hangar cuando la puerta de la rampa se cerró, mientras los disparos de las pistolas láser de los droides alcanzaban la popa de la nave.

—¡Gran trabajo, Vos! —dijo Anakin entusiasmado—. Es bueno tenerte de vuelta.

Vos tenía los ojos cerrados, apretando los dientes por el dolor. Algunas de sus heridas se habían vuelto a abrir y sangraban.

—Pónganse los cinturones de seguridad —les ordenó Ventress—, ¡no estamos fuera de peligro todavía!

La advertencia de Ventress había llegado justo a tiempo. Dooku había lanzado sus cazas tras ellos. El ánimo de Kenobi se hundió todavía más cuando se dio cuenta de que se trataba de droides tricaza, llamados así por su trío de brazos, cada uno equipado con un cañón láser ligero. Los brazos rodeaban una bola giroscópica en la que iba sentado el droide piloto. El núcleo estaba equipado con un gran cañón láser. Desprovisto de seres vivos y sensibles, los tricaza no sólo eran piloteados por un cerebro droide integrado, sino que también disparaban misiles discordia con droides zumbones, esos pequeños droides que se adherían al blanco y se dedicaban a desactivarlo. A partir de ese momento, todo dependía de las habilidades de Ventress.

—¿Cuán rápido puedes saltar al hiperespacio? —quiso saber Anakin.

—No lo suficiente —dijo Ventress—. Skywalker, te necesito en el triple desintegrador. Kenobi, usted está en uno de los cañones láser.

—¿Y yo qué? —preguntó Vos.

—Tú te quedas donde estás.

—Ventress, esto es una tontería, conozco a esa nave como la palma de…

El estómago de Kenobi salió de su sitio cuando Ventress lanzó la nave en picada, para pasar veloz por debajo de uno de los tricazas, y luego hacia arriba en un bucle, volando peligrosamente cerca uno de otro.

—Ventress, ¿qué estás haciendo? —gritó Anakin mientras daba tumbos en la cabina del piloto—. ¿Estás tratando de matarnos a todos?

—Estoy intentando… hacer… exactamente lo contrario —gruñó Ventress. La nave viró bruscamente a babor, luego se sacudió de nuevo. Kenobi entendió su táctica. Ventress estaba volando como una loca porque ésa era la única cosa que los droides no podían contrarrestar: la irracionalidad. Ellos esperaban que su enemigo se comportara de una manera lógica. Por ejemplo, la táctica de Ventress en ese momento era volar directamente hacia ellos…

—¡Maldita sea, Ventress, déjame ayudarte! —gritó Vos.

Era obvio que Ventress no quería que Vos tocara nada en la nave, pero Kenobi tuvo una idea.

—Vos —lo llamó mientras disparaba el cañón láser contra una de las naves enemigas—, ¡vigila a los droides saboteadores! ¡Si los ves venir, usa la Fuerza para enviarlos de vuelta a sus naves!

—¡Basta! —exclamó Anakin cuando la nave se puso cabeza abajo… y siguió volando así.

—¡Aquí vamos! —gritó Ventress. Y justo cuando una de las naves droides lanzó un racimo de fuego láser contra ellos, Kenobi vio la bienvenida imagen de las estrellas que parecían convertirse en rayas de luz en el momento de saltar, finalmente, al hiperespacio.

Todo el mundo se inclinó hacia atrás, dejándose llevar por el alivio.

—Ahora sí —dijo enérgicamente Kenobi, soltando el arnés del hombro de Vos y buscando algún botiquín—, vamos a ver tus lesiones, Vos.

—Estoy bien —respondió Vos.

—Claro que no estás bien —intervino Skywalker—, y apuesto a que Ventress no quiere sangre en sus butacas de reposo.

Vos se puso tenso ante la mención del nombre de ella. Kenobi le dirigió una mirada a su antiguo aprendiz. Demasiado tarde, Anakin se dio cuenta de su metida de pata y apenas susurró:

—Huy… lo siento.

Las heridas de Vos fueron esterilizadas y vendadas en un incómodo silencio. Había tantas de esas heridas, pensó Kenobi. Dio un paso adelante cuando Anakin terminó.

—Traje una capa extra —le ofreció Kenobi a Vos—. Toma. —Vos la aceptó, sacudiendo la cabeza mientras Obi-Wan trataba de ayudarlo. Empalideció un poco cuando la áspera tela marrón tocó su torso tan lastimado, pero no pronunció ni una palabra de queja. Por un momento, Vos pareció perdido en sus pensamientos, y luego se levantó. Subió lentamente la escalerita a la cabina, los labios bien apretados para impedir alguna expresión de dolor. Kenobi y Anakin intercambiaron miradas incómodas; estaban lo suficientemente cerca de la cabina como para oír todo lo que ambos dijeran. Lo que, de verdad, era lo último que Kenobi deseaba.

—Ventress —dijo Vos en voz baja—, nunca quise… —Su voz se desvaneció. Kenobi pensó que eso sería todo, pero Vos lo intentó de nuevo—. Estaba seguro de que ibas a

entender lo que estaba haciendo. Tú sabes cómo piensa Dooku. ¿Creías que habría un minuto en que yo no estuviera bajo vigilancia? Nunca quise hacerte daño. Sólo estaba interpretando un papel. Nosotros…

—Ya no hay un «nosotros». —La voz de Ventress era ácido puro. Kenobi percibió la angustia subyacente que la hacía tan amarga—. El Quinlan Vos que yo conocía está muerto.

Kenobi pudo sentir cómo mordían esas palabras.

—Por favor… —comenzó Vos.

—No te metas en mi camino, o te mataré.

Incluso Anakin se estremeció al escuchar eso. Un momento después Vos deshizo penosamente su camino por la escalerita y se desplomó en su asiento. Parecía que todo el dolor de la galaxia entera hubiera descendido sobre sus hombros lacerados.

Los tres Jedi permanecieron sentados en un incómodo silencio. Anakin y Obi-Wan no podían fingir que no habían oído nada. Aunque Vos estaba claramente angustiado por las tajantes palabras de Ventress, en el largo plazo un Jedi no podía tener apegos. Vos, algún día (Kenobi esperaba que fuera pronto) le estaría agradecido a Ventress por no prolongar lo que no podía ser. Aun así, tuvo deseos de ofrecer palabras de consuelo. Se sorprendió cuando Anakin se le adelantó.

—Ella lo va a entender —dijo Anakin amablemente—. Nosotros sabemos que tú eres de verdad quien ha venido de nuevo a nosotros.

—Sí —intervino Kenobi—. Ella va a darse cuenta de la verdad muy pronto.

Vos los miró con angustiados ojos oscuros, luego metió la cara entre sus manos.

Fue un largo viaje a casa.

CAPÍTULO TREINTA

Desh estaba fuera de la sala del Consejo Jedi. Su hocico estaba abierto en una enorme sonrisa, mostrando unos dientes blancos y afilados.

—Llegas tarde —dijo—. Como de costumbre.

Ventress observó que los ojos de Vos se iluminaban y le tendió la mano a su amigo. Desh se movió como si fuera a palmear el hombro de Vos, pero se detuvo cuando vio la capa y vislumbró la carne vendada que ella escondía. Su entusiasmo se desvaneció y dijo:

—Voy a reservar la bienvenida con abrazos para más adelante.

—Te lo voy a agradecer —replicó Vos. Le dirigió una sonrisa cansada.

¿Cómo era que ninguno de ellos podía sentirlo?, se preguntaba Ventress. Los ojos de Vos no habían cambiado de color, ni una vez, pero el lado oscuro envolvía su alma tal como la capa envolvía su cuerpo. Su corazón se rompía cada vez que dudaba y se abría a la Fuerza. Ella no le había mentido. Vos (el Vos de ella) estaba muerto. Asesinado por Dooku… y, Ventress tenía que reconócelo, también por ella. Creyó que estaba fortaleciéndolo a Vos al mentirle sobre Tholme, pero en lugar de eso le había entregado a Dooku el arma perfecta.

Él tampoco había estado listo para el Durmiente. Ella lo había empujado demasiado fuerte, demasiado rápido. Él había necesitado más tiempo, tiempo para trabajar tanto con la oscuridad como con la luz, para entender el punto de equilibrio entre ambas y así estar en condiciones de hacer lo necesario para seguir siendo él mismo.

Tal vez hubiera sido mejor si hubieran muerto, juntos, luchando contra el conde, sin conocer jamás el dolor que les esperaba.

—¿Ventress? —llamó Skywalker, en un tono de voz que indicaba que no era la primera vez que había pronunciado su nombre. Ventress salió sobresaltada de su sombría ensoñación y los siguió a la sala del Consejo. Las miradas cautelosas dirigidas a ella no escaparon a su atención, ni tampoco el hecho de que cada Jedi presente, con excepción de Vos y de Yoda, tenía una mano en su sable de luz.

—Maestro Quinlan Vos —comenzó Yoda, con su voz cálida y afectuosa—. Felices de que esté de regreso estamos.

—Gracias, maestro Yoda. Es bueno estar de vuelta.

—Un momento difícil, usted ha tenido. Sin embargo, fuerte se ha mantenido.

—Muchos se habrían quebrado bajo… la tutela de Dooku —intervino Mace Windu—. El maestro Kenobi y el Jedi Skywalker nos han asegurado que éste no es el caso.

Ventress se mordió el labio con fuerza. Había tratado de advertirles. Si ella protestaba en ese momento, no le creerían. Sólo podía esperar que Vos se delatara a sí mismo en algún momento. No era su trabajo salvar a los Jedi de su propia ceguera.

—Asajj Ventress —habló Yoda. Ella levantó la vista, mirándolo fijo a los ojos—. Algo que se había perdido, usted ha devuelto. Agradecidos estamos.

—Para mostrar nuestro agradecimiento por su ayuda en el rescate del maestro Quinlan Vos —dijo Windu rígidamente—, el Consejo hace honor a su promesa de

concederle un perdón oficial por todas sus fechorías pasadas. Desde este momento en adelante, considérese usted una mujer sin manchas.

Ventress sintió la mirada de Vos sobre ella. Se negó a mirarlo. Se encogió de hombros, incómoda por unas mil razones con las palabras pronunciadas por Windu.

—Gracias por su… generosidad —se las arregló para decir. Su voz sonaba estrangulada a sus propios oídos, y por sus expresiones, a los de ellos también. No le importaba. Sólo quería estar fuera de aquella sala.

Lejos del monstruo que llevaba la cara de un amante.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo Yoda.

Ventress apenas si se inclinó antes de girar sobre sí y salir para alejarse de la sala del Consejo, lejos de los Jedi y lejos de Vos. Al pasar junto a Desh, éste preguntó:

—Eh, ¿estás bien?

Ventress se detuvo.

—No —fue su respuesta— y él tampoco está bien.

Desh la miró, confundido. Ventress siguió por el pasillo, esforzándose por no salir corriendo. Ya no era una criminal; no tenía por qué huir. Oyó pasos detrás de sí e hizo una mueca. Probablemente no debería haberle dicho nada al mahrano.

—Desh —llamó Ventress, dándose vuelta, y las palabras murieron en su garganta.

Era Vos.

—Por favor —rogó—, déjame hablar contigo.

Ventress se alejó rápidamente, sin dejar de dar zancadas por el pasillo.

—No estoy interesada. Claramente.

—¿Sólo por un momento? —Corrió para adelantársele y bloquearle el paso. El dolor provocado por el movimiento desapareció, pero no la asfixiante oscuridad que ella había detectado antes. Ventress se detuvo, y sus ojos buscaron los de él. No había indicio alguno del feo amarillo o del rojo sangre en ellos, sólo la cálida profundidad de color marrón en la que alguna vez ella se había perdido.

Contra su mejor juicio, ella asintió con un gesto. Él hizo un movimiento con la cabeza en dirección de un rincón y Ventress lo siguió. Vos la miraba, aparentemente incapaz de encontrar palabras una vez que ella hubo accedido a escucharlo.

—¿Y bien? —ella le espetó.

—Lo siento mucho.

Ventress puso los ojos en blanco.

—No me hagas esto, otra vez. —Se movió para empujarlo y alejarse de él.

—Eh —exclamó él y la agarró del brazo.

Una furia fría se desató en ella y se dio la vuelta.

—Quítame tus manos —exigió.

Vos obedeció de inmediato, alzando ambas manos en un gesto conciliador.

—Por favor —insistió—, estoy… te lo ruego. Sólo escúchame.

Ventress no trató de pasar junto a él de nuevo, pero tampoco lo miró. Vos respiró hondo, y ella sintió que él seguía esforzándose por hallar las palabras adecuadas. Era

importante para él… pero ella no sabía si era porque estaba verdaderamente arrepentido, o porque todavía estaba tratando de engañarla. Esa idea la atravesó como una cuchillada.

—Tomé la decisión equivocada. Debí haber aprovechado la oportunidad de escapar cuando viniste por mí. Pero pensé que si me quedaba, podría completar la misión. Nunca, ni por un momento, pensé que tú realmente pensarías que yo me había convertido en otro. Si te he perdido, no valió la pena. Nada valdría la pena. Sólo puedo esperar que puedas encontrar tu manera de perdonarme, como yo te perdoné cuando me mentiste.

Ella le había mentido, ¿no? Deliberadamente, y egoístamente. Ventress sabía en su corazón que podía decirse a sí misma todo lo que quisiera, que lo había hecho por la misión, pero eso, también, sería una mentira.

—Asajj… Todo lo que tuvimos fue real. Lo es todavía. Mis sentimientos por ti no han cambiado.

A su pesar, el corazón de Ventress saltó. En ese momento se permitió mirarlo. Eso era cierto. Podía sentirlo en la Fuerza. ¿Había estado equivocada?

Luego la mirada de ella se detuvo en la capa marrón que Obi-Wan Kenobi le había colocado a Vos sobre los hombros. Había visto al Consejo Jedi darle la bienvenida. Él no les había dicho nada a ellos acerca de sus sentimientos por ella. Por lo tanto, al final, incluso si fuera cierto, no significaba nada.

Ventress extendió la mano y tocó la áspera tela marrón.

—Pero ése no es el camino del Jedi, ¿verdad? Has elegido tu camino.

Podía sentir los ojos de él mientras se alejaba. Las lágrimas llenaban los suyos. Pero ella no miró hacia atrás.

—

Anakin pudo salir del Templo y meterse en las habitaciones de Padmé a una hora que parecía bastante razonable. La llegada de Vos había hecho que todo el mundo hubiera entrado en un estado de agitación, y Anakin se alegró de no ser amonestado. Se dirigió a la sala de estar, donde Padmé estaba preparando una cena ligera para ella sola y tomó a su menuda mujer en los brazos para un largo y apasionado beso.

—¡Anakin! —Sus ojos brillaban de placer cuando él la depositó suavemente en el suelo. Él sonrió. Su nombre, cuando era pronunciado por sus labios, era la más dulce música de la galaxia.

—¿Esperabas a alguien más? —bromeó.

Padmé le golpeó el pecho juguetonamente.

—Estaba esperando a mi marido, pero no tan temprano. Me alegro.

Él sirvió una copa de vino para cada uno y se sentaron en el sofá mientras Anakin la ponía al tanto de lo que había sucedido con Vos. Se tomó una licencia creativa en la parte en que Vos era enviado a asesinar a Dooku. Estaba muy seguro de que una senadora no aprobaría semejante acción, de modo que cambió «asesinar» por «capturar». El canciller Palpatine tampoco había sido informado; se consideró que la misión era un asunto

exclusivamente Jedi. Anakin no estaba seguro de que aquella fuera la decisión correcta. A él le parecía mal que los Jedi tuvieran secretos para con el canciller, pero la decisión, como tantas otras, estaba fuera de sus manos. Padmé había visto a Vos en algunas ocasiones, aunque no lo conocía tanto como conocía a algunos de los otros Jedi, por lo que toda la historia era nueva para ella.

Ella escuchaba embelesada, sus ojos marrones muy abiertos, y cuando hubo terminado, suspiró con tristeza.

—¿Y tú qué piensas de todo esto?

—Es un desastre —se sinceró Anakin, sacudiendo la cabeza—. Yo estuve en contra de la idea de que Ventress estuviera involucrada de cualquier manera, pero nadie me pidió mi opinión.

—Pero tú dijiste que ni tú ni Obi-Wan percibieron que él se había pasado al lado oscuro. ¿Por qué crees que Ventress sí lo sabía?

—Es bastante claro que ella lo sedujo —reflexionó Anakin—. Ella es… así. Más o menos…

—¿Y tú cómo lo sabes? —Padmé intentó parecer seria, pero apenas si pudo ocultar una sonrisa. Anakin adoraba esa expresión juguetona, tan poco frecuente en el rostro serio de su mujer. Él apartó un mechón del pelo color marrón de ella.

—Según los rumores… —dijo él, incapaz de resistirse a agregar—… tendrías que ver cómo coquetea con Obi-Wan cuando están cruzando sables de luz en un enfrentamiento. —Su humor se desvaneció—. Si Vos se pasó al lado oscuro, estoy muy seguro de que es culpa de ella. Ella llegó incluso a admitir que quería que él fuera más fuerte. Pero él no podía manejarlo. Vos nunca debió haberse metido con ella.

—Tú dijiste que Ventress se veía verdaderamente alterada.

—Lo estaba. Primera vez que veo una emoción real saliendo de ella que no implicara la eliminación de alguna parte del cuerpo de alguien. Pero eso no importa. Se supone que un Jedi… mmm…

El flujo de palabras de Anakin se desaceleró al darse cuenta de lo hipócrita que sonaba. Padmé lo observaba con una sonrisa ligeramente irónica, pero sus ojos eran amables.

—Nosotros somos diferentes —dijo él—. Nosotros estamos enamorados.

Padmé pasó su mano pequeña por la mejilla de él.

—Sí, lo estamos —dijo—. Y tal vez ellos también lo están.

—Ventress no es capaz de nada tan desinteresado como el amor —se burló Anakin—. Y Vos no podría haber querido a una asesina como ella. Además, ella fue quien lo llevó al lado oscuro en primer lugar.

Padmé se encogió de hombros.

—Cosas más extrañas han sucedido —acotó ella—. Y tal vez, si ella lo ama, ella sea su camino de regreso desde la oscuridad.

Anakin descubrió que no tenía respuesta para eso.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

—Gran día hoy para Quinlan —dijo Desh, poniéndose a la par de Obi-Wan Kenobi y Anakin Skywalker en su caminata.

—Por cierto —confirmó Kenobi—. Pero no estoy terriblemente preocupado por ello. Vos ha obtenido buenos resultados en las tareas más pequeñas que el Consejo le confió. No tengo ninguna duda de que va a decidir que él está en condiciones de asumir otras más importantes.

Desh asintió, pero parecía un poco preocupado.

—¿Tienes algo en mente, Jedi Akar? —preguntó Kenobi. El mahrano vaciló, y luego dijo:

—Cuando ella se fue, Ventress parecía pensar que había algo mal con el maestro Vos. Y él me ha estado evitando a mí, me doy cuenta. Kenobi suspiró.

—No me sorprende enterarme de que Vos podría estar evitando a las personas que han estado particularmente cerca de él, al darse cuenta del daño que ese apego puede causar. Estoy seguro de que no se debe a nada que usted haya hecho. En cuanto a Ventress… ella y Vos estaban… mmm… enredados. Creo que ella estaba decepcionada de que eligiera a los Jedi y no a ella. Ella siguió insistiendo en que Dooku lo había convertido, pero nadie… ni yo, ni Anakin, ni nadie en el Consejo, ha visto o percibido nada que nos llevara a pensar que ella tenía razón. Las emociones de Ventress colorean su percepción, eso es todo.

—O ella está sencillamente mintiendo —intervino Anakin—. Quiero decir… vamos… Es de Asajj Ventress de quien estamos hablando.

—Prefiero darle el beneficio de la duda —sentenció Kenobi.

—Usted siempre toma el mejor camino, maestro Kenobi —dijo Desh. Pareció aliviado—. Bueno, voy a extrañar tomarnos unos cuantos tragos con Vos recordando los viejos tiempos, pero si eso implica que lo tenemos de vuelta con nosotros, vivo y bien, no hay duda de que es un precio pequeño que pagar.

—Anakin, tú y Desh pueden esperar fuera, si lo desean. Creo que ésta es una reunión del Consejo que no tomará demasiado tiempo. —A pesar de que había reprendido suavemente a Desh por su afecto por Vos, Kenobi sabía que él mismo no había sido imparcial. Era difícil no querer a Vos, aun cuando uno quisiera estrangularlo. Se recordó a sí mismo que él habría hecho lo mismo por cualquier Jedi.

—Maestro Kenobi —lo saludó Yoda—. Un deber feliz para cumplir, tenemos. Cuéntanos sobre el maestro Vos, por favor.

—Con mucho gusto, maestro Yoda. Ya envié todos los informes 2-IB sobre la condición física de Vos. Quedarán cicatrices, pero en el último mes, ha sanado físicamente.

—¿Y lo demás? —preguntó Plo Koon—. Dooku ha quebrado a otros, antes. Un exmaestro Jedi entendería nuestras debilidades mejor que cualquier otro enemigo.

—No puedo negar la verdad de su afirmación —admitió Kenobi—. Vos estaba… herido en su espíritu, también. Por esta razón he pasado tanto tiempo en su compañía y he sido quien supervisó sus misiones. Y dudo que ninguno de nosotros pudiera decir algo diferente si hubiera estado en una celda de la prisión de Dooku. No he visto nada que me haga pensar que Quinlan Vos sucumbió a la atracción del lado oscuro, si es que, de hecho, alguna vez realmente se aventuró allí.

—Entendemos que Asajj Ventress percibía que él sí lo hizo —intervino Mace Windu.

Kenobi vaciló. Vos nunca había hablado de Ventress con él, salvo cuando preguntaba por ella directamente. Se resistía a expresar alguna duda si nadie más sabía lo que había hecho, pero Kenobi sintió que la honestidad total era la única manera de restaurar realmente la reputación de Vos. Kenobi le dijo a Windu lo que le había dicho a Desh unos momentos antes, que sospechaba que el maestro Jedi y el antiguo Sith habían estado relacionados, pero que estaba claro que Vos había elegido a los Jedi sobre Ventress, y ella había confundido su rechazo a ella con un descenso a la oscuridad.

Casi todos los otros maestros asentían mientras hablaba, pero Windu frunció el entrecejo.

—Asajj Ventress no es una buena persona por la que uno pueda desarrollar sentimientos. ¿Estamos seguros de que ella simplemente no lo entregó a Dooku?

—Vos dice que no —respondió Kenobi—. Durante su ataque conjunto a Dooku, se vieron obligados a luchar contra él y contra Grievous, así como contra decenas de droides. Al final, fueron simplemente superados en número. Debo recordar al Consejo que Ventress incluso intentó una misión de rescate más adelante, pero no logró recuperar a Vos.

—Porque Vos no quiso ir con ella —precisó Mace.

—El maestro Vos ha explicado lo que pasó varias veces —replicó Kenobi—. Él no está escondiendo nada. Tropezó, sí, pero no cayó.

—Su elección ya hizo, y muy prudente —señaló Yoda—. Aunque dolorosa fue. Con lo que estoy escuchando, satisfecho estoy.

Los otros se hicieron eco de las palabras de Yoda, todos a excepción de Windu.

—Preferiría que le diéramos un mes más. Sólo para estar seguros.

—Con el debido respeto, maestro Windu —dijo Kenobi—, Vos ha estado en una posición única. Por un tiempo convenció a Dooku de que él estaba del lado del conde, de que se podía confiar en él. Ha aprendido mucho y nos lo informó todo a nosotros. De cara al futuro, podemos usar ese conocimiento para preparar nuestras estrategias.

—Estoy de acuerdo, pero Vos no tiene que estar en el campo de batalla.

—Pero si él está allí, podrá reaccionar inmediatamente con cualquier conocimiento que él tenga y nosotros no —sugirió Shaak Ti—. Siento que él está listo para ser enviado en una misión más delicada.

Windu se veía preocupado, pero inclinó la cabeza.

—Me rindo ante la voluntad del Consejo. Vayan a buscarlo.

Unos momentos más tarde, el maestro Quinlan Vos se presentó ante el Consejo Jedi. Kenobi pensó en el aspecto que tenía hacía unas pocas semanas: desnutrido, pálido, sangrando y con el corazón roto. Había recuperado su color saludable y ya se movía sin ningún atisbo de dolor. Quinlan Vos se veía como el maestro Jedi que era. Tal vez, reflexionó Kenobi, este calvario fue, de una manera perversa, exactamente lo que Vos necesitaba para atemperar su excesivo entusiasmo ocasional.

—Ha actuado bien usted, maestro Vos —dijo Yoda.

—Gracias, maestro Yoda —replicó Vos, haciendo una reverencia—. Quiero que todos ustedes sepan que entiendo por qué han vacilado tanto antes de enviarme otra vez al campo de operaciones. Yo habría hecho lo mismo con cualquier persona que hubiera pasado meses al amparo del cariño y los cuidados del conde Dooku.

—Satisfechos estamos —aseguró Yoda—. Una tarea para usted tenemos.

—Voy a servirle con toda mi capacidad —respondió Vos.

Mace Windu presionó un botón en su butaca. El holograma de un asteroide apareció en el centro de la sala.

—Hemos recibido información sobre la ubicación de una base separatista de almacenamiento de suministros separatista.

Vos intentó no mostrarse decepcionado, pero no lo logró.

—Por supuesto. Como disponga el Consejo.

—Esto no es poca cosa, maestro Vos —señaló Ki-Adi-Mundi—. La base es enorme y está oculta en el interior de este asteroide. Nuestros servicios de inteligencia dicen que contiene medicamentos, armas, materiales de reparación de naves y alimentos. Si podemos tomar esta base, podremos conseguir suministros vitales para mundos que los necesitan desesperadamente.

—Y negárselos a los separatistas —añadió Mace—. ¿Acaso Dooku le mencionó a usted algo como esto, Vos?

Vos pensó por un minuto.

—Algo dijo alguna vez acerca de una base de suministros, pero me pareció que estaba en un planeta. Tal vez Toola.

—Estamos muy seguros de que es aquí —aclaro Windu.

—Estoy seguro de que hay más de una base como ésta —concedió Vos.

—Maestro Kenobi, maestro Vos, ustedes dos dirigirán esta misión —continuó Windu—. Lleven otros dos Jedi con ustedes y todos los clones que consideren necesarios para transportar los suministros. Parece que cualquier defensa que vayan a encontrar será escasa. Creo que Dooku confiaba en lo remoto del lugar para mantenerlo en secreto, pero hay que ir preparado para una pelea, en el caso de que esta base oculta tenga algunos combatientes también ocultos.

—Entendido —dijo Kenobi—. Con el permiso del Consejo, me gustaría llevar a Skywalker y Akar-Deshu con nosotros.

—Por supuesto —aceptó Windu. Se dirigía tanto a Kenobi como a Vos, pero Obi-Wan notó que su mirada se detenía en el otro Jedi—. Señores, estos suministros

potencialmente podrían ayudar a salvar miles de vidas. No es una misión glamorosa, pero es vital. Que la fuerza esté con ustedes.

—

—Puedo ver por qué Dooku pensó que nadie podría detectar que esto es una base —señaló Anakin—. Se ve como una gran roca.

—Eso es más o menos lo que es un asteroide, sí —explicó Desh.

Él, Anakin, Kenobi y Vos estaban todos en sus propio caza interceptor ETA-2 clase Actis, dirigiéndose hacia el asteroide. Ciertos materiales en la composición del asteroide hacían imposible que los sensores detectaran si había algo o alguien en su interior, por lo que se hacía necesaria una inspección visual.

—Muy bien, ¿todos listos para nuestro primer reconocimiento? —preguntó Kenobi.

—¡Hagámoslo! —exclamó Vos, claramente feliz de ser, como le había dicho a Kenobi, «arrancado de su jaula».

—Más que listo —dijo Desh.

En ese momento, media docena de cazas estelares droides salieron del interior del asteroide.

—Eh, mira eso —dijo Anakin—. Creo que hemos encontrado el lugar correcto.

—Nos superan en número, dos a uno —informó Desh—. Esto va a ser fácil. —Incluso mientras hablaba, Anakin se había lanzado sobre uno de los cazas y dio en el blanco. La nave dañada cayó en espiral fuera de control y luego explotó. Kenobi zigzagueó y bailó cuando dos cazas enfilaban hacia la cola de su nave.

—Allá voy —dijo Vos, que iba detrás de esos dos. Kenobi ascendió y se lanzó hacia atrás haciendo un bucle y disparando mientras iba cabeza abajo. Le dio de lleno a su blanco y Vos se hizo cargo del segundo.

—¡Tres abajo, quedan tres! —dijo Anakin—. Vean esto.

—Anakin… —le advirtió Kenobi y luego añadió en voz baja—: ¿Para qué me molesto?

Anakin voló sobre dos de las naves y les disparó a ambas, y luego hizo una maniobra para ir por debajo de la tercera. Le disparó también. Como anoobas que hubieran descubierto un jakrab, los tres cazas salieron en su persecución. Kenobi, Vos y Desh cerraban la marcha e ignoraron a los últimos tres.

—Eso no fue suficiente diversión —se lamentó Anakin.

—Alegrémonos de que fueran sólo seis y no una docena o más —dijo Vos.

—Maestro Vos, me decepcionas —lo reprendió Anakin—. Eres tan aburrido como el maestro Kenobi.

—Bueno, bueno, no hay que exagerar —intervino Kenobi, permitiéndose una pequeña sonrisa—. Creo que estamos a salvo. Ahora formen en una fila y vamos a volar sobre el asteroide, lentamente y con cuidado.

De alguna manera, para su sorpresa, le obedecieron, y luego, a la sombra de una concavidad, Kenobi vio la entrada. Era lo suficientemente grande como para permitir el paso de un transporte mediano, y los interceptores unipersonales no tuvieron problemas para atravesarla. El túnel era largo y con curvas, pero se ampliaba en una curva donde los Jedi maniobraron para entrar a una enorme caverna. Abruptamente, la cámara quedó inundada de luz. Kenobi se dio cuenta de que probablemente habían pasado a través de un campo medioambiental, y la gruta, por lo tanto, estaría en condiciones adecuadas para la vida humanoide. La luz iluminó cajón tras cajón de diversos suministros y reflejó las curvas resplandecientes de los repuestos metálicos para naves. Anakin silbó.

—Muy bien, el maestro Windu tenía buena información. Perdiste este round, maestro Vos.

—Estoy encantado de haberme equivocado —respondió Vos—. ¡Mira todo esto!

—Vamos a tener que requisar más transportes, pero creo que ése es un problema que estamos agradecidos de tener —sentenció Kenobi.

Hicieron descender sus naves sobre una vasta plataforma de aterrizaje que podía acomodar fácilmente a los tres transportes que habían traído y tenía espacio para varios más. Los cuatro Jedi saltaron de sus naves y se detuvieron un momento simplemente para observarlo todo.

—Esto va a ayudar a mucha gente —dijo Vos.

—Además —agregó Desh—, hará que Dooku rechine los dientes cuando se corra la voz de que ahora tenemos el control de esto.

—Basta de darnos palmaditas en la espalda a nosotros mismos —se impuso Kenobi—. Pongámonos a trabajar.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Desh volvió al crucero ligero Jedi para informar a los clones que podían traer los transportes. Kenobi, Vos y Anakin miraron a su alrededor y luego el uno al otro.

—Yo apenas si sé por dónde empezar —comentó Anakin.

Kenobi se acarició la barba.

—Es bastante intimidante. Afortunadamente, no es nuestra tarea catalogar o distribuir todo esto. Lo único que tenemos que hacer es ayudar a los clones a cargar las provisiones en los transportes.

—Si se me permite —dijo Vos—, los voy a dejar a ustedes dos a cargo de eso. Me gustaría echar una mirada más amplia. Tengo el presentimiento de que aquí podría haber algo más valioso que alimentos, algunas pistolas bláster y repuestos para las naves.

—¿Algo que Dooku pudo haber escondido aquí para una mejor protección? —sugirió Skywalker.

—Acertaste.

—Y tú eres quien puede reconocer algo así cuando lo vea —dijo Kenobi, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación—. Lo único que le puedo decir a esa petición es: buena caza.

—Voy a encontrar el final de… todo esto y regresar. Sabremos hasta qué profundidad se extiende la caverna.

—Creo que lo que quieres es evitar hacer el trabajo duro —gruñó Anakin.

—Estás dando todas las respuestas correctas hoy, Anakin. —Vos sonrió. Kenobi miró por un momento cuando el otro maestro hizo una pausa, para luego encogerse de hombros y elegir una dirección y desaparecer por uno de los estrechos espacios entre los cajones y los equipos amontonados.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Anakin.

—A mover cajones.

—Estaba seguro de que diría eso.

Se pusieron a trabajar. Vos se puso en contacto después de unos momentos y les informó que ya estaba a unos mil metros sin un final todavía a la vista. Desh regresó, seguido por los tres medios de transporte. El comandante clon Cody, comandante clon mariscal de Kenobi, saltó del primero.

—Esto va a ser mucho menos emocionante que una batalla, me temo, comandante —le dijo Kenobi al jefe de los clones.

—Eso puede ser, señor, pero creo que podemos arreglarnos con menos diversión si eso significa más vidas salvadas —replicó Cody—. Vamos, muchachos, manos a la obra. ¿Y hasta dónde se extiende esto, señor?

—El maestro Vos informa la distancia a unos mil metros… hasta ahora.

Rex, el capitán de tropa clon que sirvió al mando de Skywalker, silbó.

—Entonces ya tenemos el trabajo para nosotros.

—Podremos ayudar con los artículos más pesados —explicó Kenobi. Hizo un gesto hacia un cañón de cubierta, luego cerró los ojos y se concentró para sentir la esencia del arma en la Fuerza. Cuando la encontró, la visualizó elevándose, ligera como una pluma, como el aire, como nada en absoluto. Extendió sus brazos delante de él y los levantó, las palmas hacia arriba. Cuando abrió los ojos, el cañón estaba suspendido en el aire. Sonriendo apenas, Kenobi movió la mano derecha, maniobrando al cañón para colocarlo en la bodega del transporte.

—Bueno, señor —dijo Cody—, parece que podemos retirarnos y dejar que los Jedi se ocupen de esto.

—No del todo —intervino Desh—. Muchas manos hacen el trabajo liviano.

—Pero las manos Jedi alivianan el trabajo —señaló Jesse, otro soldado clon, lo que provocó una risa chillona de algunos de los otros clones, incluso cuando se puso a trabajar con Cody para empezar a llevar las cajas al transporte.

El comunicador de Kenobi sonó.

—Vos, ¿cuál es tu situación? ¿Encontraste alg…?

—¡Kenobi! —La voz de Vos estaba dura por la tensión—. Reúne a los hombres en los transportes y sácalos de aquí. El resto de ustedes, también. ¡Ahora mismo!

—¿Qué está pasando? —Kenobi estaba sereno, alerta.

—Bombas —respondió Vos—. ¡Han instalado explosivos en todo este lugar para hacerlo estallar!

—Vos —preguntó Desh—, ¿cuántos? ¿Alguna posibilidad de que podamos desarmarlos?

—Negativo —respondió Vos—. Vi al menos seis de ellos, y todos están preparados para detonar en unos tres minutos. ¡Váyanse! ¡Ahora!

—¿Cómo es eso posible? —quiso saber Anakin—. ¡Ellos no sabían que veníamos!

—Los droides deben de haberlos activado antes de atacarnos —calculó Kenobi—. Probablemente pensaron que se ocuparían de lo que hubiera afuera para luego desactivarlos a su regreso.

—Y si ellos no regresaban —dijo sombríamente Desh—, todos estos suministros no debían caer en manos del enemigo.

—Podremos ocuparnos de los cómos y los porqués más tarde —espetó Vos—, ¡pero ahora mismo lo que tienen que hacer es salir rápidamente de este asteroide!

A una señal de Kenobi, Cody comenzó a gritarles a sus hombres. Regresaron veloces para saltar a los transportes. El primero en cerrar sus puertas despegó y voló de regreso por el túnel hacia el espacio abierto y la seguridad.

—Muy bien, uno… no, dos transportes ya están saliendo —le informó Kenobi a Vos. Para Desh y Anakin, añadió—: Cada uno a sus interceptores.

—Pero… —comenzó a decir Desh.

—¡Es una orden, Jedi Akar! Tú también, Anakin. ¡Vayan!

Ambos echaron una última mirada de preocupación atrás y luego corrieron hacia sus naves. El último transporte ya había despegado y desaparecido por el túnel hacia el espacio abierto.

—Tú también, Kenobi —se oyó la voz de Vos.

—Voy a estirar las piernas hasta que tú llegues aquí.

—¡Maldita sea, Obi-Wan, sólo tienes alrededor de un minuto!

—Entonces será mejor que te apures, ¿no te parece?

—Obi-Wan…

—¡Deja de hablar y concéntrate en correr!

Kenobi saltó a su interceptor, preparado para el despegue inmediato, y se quedó esperando. Los segundos pasaban. Cincuenta segundos… cuarenta… treinta cinco…

Cuando apareció, la figura de Quinlan Vos se precipitó sobre una pila de cajas marcadas como munición. El alivio recorrió el cuerpo de Kenobi. Tocó los controles y el Interceptor ETA despegó. Miró atrás y vio que la nave de Vos hacía lo mismo.

… Veintidós…

El Jedi tomó las curvas del túnel a toda velocidad. Kenobi recurrió a la Fuerza, percibiendo las paredes y el camino por delante y apoyando su cuerpo y su nave en ellos. Salió disparado del túnel con Vos a apenas la distancia de una nave detrás de él. No desaceleró, sino que siguió su camino a toda velocidad, poniendo la mayor distancia posible entre él y el asteroide antes de que…

Kenobi entrecerró los ojos cuando una bola de fuego amarillo naranja brillante salió del túnel, proyectando sombras crueles a través de la ventanilla de la cabina. Cuando pudo ver claramente otra vez, se dio cuenta de que el asteroide estaba todavía intacto, aunque oscurecido por el humo negro que salía por la entrada. Mientras estaba agradecido de que no hubiera habido pérdida de vidas, la vista le dolió de todos modos. Todas aquellas provisiones —comida, armamento, equipo médico— se habían convertido, literalmente, en humo. Bueno, tal vez no todo…

—Jedi Akar —dijo Kenobi—. Me gustaría que mantuvieras un único transporte aquí y supervisaras la carga de los restos recuperables. Como la explosión no rompió el asteroide, es posible que gran parte de esas provisiones todavía estén en la caverna.

—Sí, maestro Kenobi —respondió Desh, aunque Obi-Wan detectó un tono de resignación en la voz del mahrano.

—Esperemos que haya quedado algo útil.

—Ciertamente. Vos, Anakin, vamos, regresemos a Coruscant.

—

Ventress estaba sentada en un bar en el barrio del puerto espacial de Pantora, agitando su vaso. Desde el momento en que entró otra vez allí, al mismo bar donde ella y Vos se habían embarcado en su asociación, supo que aquélla era una mala idea. En ese momento quería morirse por haber cedido al impulso. De alguna manera, se había autoconvencido

de la idea de que ver el lugar de nuevo le quitaría el poder que tenía sobre ella y sería simplemente un bar más. Había ocurrido lo contrario. Pero una vez que estuvo allí, Ventress imaginó que podría al menos tratar de ahogar su dolor en el espeso y amargo líquido para luego irse a dormir la mona… en alguna parte.

Tomó de un golpe lo que quedaba en el vaso y le hizo una señal al camarero para que le sirviera otro trago. De pronto se puso rígida. Sin duda, era sólo el recuerdo que le estaba haciendo creer que…

—¿Ventress?

Apretó los labios con fuerza.

—Así que ahora me estás siguiendo.

Vos ocupó el asiento frente a ella. Se veía más sumiso de lo que ella jamás lo había visto. No era una buena imagen en él.

—Vine aquí creo que por la misma razón que tú.

Ella se rio sin humor.

—¿Para tratar de borrarme de la memoria?

—No. —La voz de él era tranquila, sin la súplica desesperada que ella había escuchado en él antes. Él esperó, como si esperara que ella le ordenara de nuevo que se alejara, pero Ventress tenía el alma demasiado cansada de todo aquello como para pelear con él. Vos le hizo una seña al camarero—. Tomaré lo mismo que ella.

—No te va a gustar —le aseguró Ventress.

El camarero puso bruscamente un vaso y una botella delante de él. Vos se sirvió y bebió. Inmediatamente, comenzó a toser.

—Cuando tienes razón —jadeó, con lágrimas en los ojos—, tienes razón. —Su tos se convirtió en una risa ahogada.

Por un instante, Ventress alcanzó a ver al Vos que ella había llegado a querer tan profundamente.

—Siempre tengo razón —replicó ella. ¿Por qué estaba ella sonriéndole a su vaso?

—No siempre —la contradijo. Ventress se quedó inmóvil, dándose cuenta de pronto de que ya no detectaba el lado oscuro que salía de él. ¿Por qué?

«No puedo confiar en él. No puedo confiar en esto…».

—No —insistió ella—. Tenía razón acerca de ti. ¿No?

Ella lo miró fijo a los ojos, llevando sus sensaciones a la Fuerza. Todavía había oscuridad en él, pero era diferente. Era… humana. Lo que ella podía esperar de alguien que había sido torturado, emocional y físicamente.

Lo que podía esperar de alguien cuyo corazón se estaba rompiendo.

Vos no respondió de inmediato. Frunció el entrecejo mirando el vaso vacío, moviéndolo entre los dedos. No la miró cuando respondió:

—Sí, es cierto. Tenías razón.

Ella empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—Ya terminé aquí.

Vos la miró.

—La tenías.

—Y supongo que ya está todo mejor ahora, ¿no?

—No. —Era la verdad. Ventress podía darse cuenta. Vos continuó—: Cuando volviste por mí… fue justo después de que yo tomara el sable de luz de Tholme.

—Justo después de que percibiste que yo lo había asesinado: —Ventress afirmó sin rodeos.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Yo estaba conmocionado. Me habían hecho pasar hambre, me habían golpeado, me habían impedido dormir, me habían inyectado cosas que… Asajj, tú fuiste mi ancla. Pensar en ti, en nosotros, fue lo que me mantuvo cuerdo. Pero cuando percibí que Tholme… —Vos no se atrevió a decir la palabra—. Después de eso, pensé que todo lo que hubo entre nosotros había sido una mentira. De modo que sí, dejé que el lado oscuro se metiera en mí. Y eso es lo que viste en mis ojos.

Vos volvió a bajar la vista a su vaso. Lentamente Ventress volvió a su asiento y esperó.

—Durante un tiempo, lo admito, ayudé a Dooku. Pero luego empecé a entender lo que debió haber sido para ti ser su aprendiz; el tipo de lecciones que aprendiste de él. Él estaba tratando de enseñarme a mí esas mismas lecciones. Pero tú decidiste que no querías ser como él. Y… yo ya no estaba enojado contigo.

—¿Así no más? Viste y percibiste que yo asesiné a un hombre que se había entregado a mí, el Jedi que fue tu amado maestro, y de repente ¿está todo bien?

Vos negó con la cabeza.

—No. No de repente. Pero sucedió. Me ayudó a reforzar mi determinación de no ceder a la oscuridad nunca más. Yo quería lo que teníamos. Lo que *íbamos* a tener. Juntos. Teníamos un futuro.

—«Teníamos» es la palabra clave. —La propia ira y dolor de ella regresaban.

—Podríamos tenerlo todavía.

Ventress negó con la cabeza. Tomó otro trago de la amarga bebida, dejando que eso le diera fuerza.

—Imposible. No después de todo lo que pasó.

—Te perdoné. Por matar a Tholme y por mentirme. Y tú me perdonarás también, algún día, Asajj Ventress. —Vaciló y respiró hondo—. Eso es lo que uno hace por… por la persona que uno ama.

Él no estaba mintiendo. Ventress podía sentirlo en la Fuerza. Quinlan Vos estaba, de verdad, enamorado de ella. La alegría y el dolor la bombardeaban simultáneamente. Por un momento, Ventress se sintió tan aturdida que no pudo responder. ¿Por qué él había dicho esto, en ese momento, cuando…?

—El amor —dijo ella con dificultad para pronunciar la palabra—, ya no es parte de tu mundo. Estás de vuelta con los Jedi ahora, y ellos nunca te lo van a permitir.

Vos se inclinó hacia delante. Toda la seriedad, la… esperanza… que había estado ausente apenas unos momentos antes, regresaba con toda la fuerza.

—Cuando me rechazaste, volví a ellos, es cierto. Traté de ser un Jedi otra vez, realmente lo intenté. Pero yo no pertenezco más a ese mundo, Asajj, mi lugar está contigo.

—¿Me estás diciendo que estás dispuesto a abandonar la Orden? —Ella tenía que escucharlo de forma explícita para creerlo. Una cosa había sido hablar acerca de dejar a los Jedi cuando estaban solos en Dathomir. La vida de Vos con ellos estaba entonces tan lejos que hubiera sido fácil para ellos simplemente desaparecer. Pero él había sido recibido de nuevo con alivio y, Ventress tenía que admitirlo, con afecto.

La mirada de él estaba fija en la de ella.

—Sí. Eso estoy diciendo. Hay unas cuantas cosas más que puedo hacer para ayudarlos a destruir a Dooku. Creo que les debo por lo menos eso. Pero una vez terminado eso, soy tuyo. Si me aceptas.

A manera de respuesta, Ventress extendió la mano. Vos la tomó entre las suyas, la besó y la apretó contra su corazón.

CAPITULO TREINTA Y TRES

—Maestro Vos —dijo Yoda—, por sus acciones, agradecidos estamos. Muchas vidas ha salvado usted.

—Gracias, maestro Yoda —respondió Vos—, pero es lo que cualquier Jedi habría hecho. Es el Jedi Akar quien merece su agradecimiento… es él quién se va a ocupar de ordenar este lío.

El regocijo se apoderó de los allí reunidos. Kenobi observó que la tensión se había disipado. El aura casi imperceptible de desconfianza que había llenado la sala del Consejo cada vez que Quinlan Vos estuvo presente, en ese momento, se hizo evidente por su ausencia.

—El Consejo cree que usted está listo para luchar otra vez contra los separatistas —le dijo Windu a Vos—. Aunque ése no es el principal propósito de esta misión. Nuestra información indica que el conde Dooku ha ubicado una estación de escucha en Vanqor.

Kenobi hizo una mueca amarga. Él y Anakin una vez habían quedado varados allí cuando perseguían a Dooku. Anakin había tenido la mala suerte de tener una segunda mala experiencia allí, cuando él y Windu quedaron atrapados bajo los restos de una nave que se estrelló. Ambos acontecimientos habían involucrado a los enormes depredadores de cuatro brazos conocidos como gundarks, y Kenobi no estaba demasiado dispuesto a regresar. Todos los ojos se volvieron hacia el holograma de ese mundo azul-gris, rocoso.

—Vanqor —dijo pensativo Kenobi—. Un lugar encantador. Fauna deliciosa. ¿Te dijo Dooku alguna vez algo acerca de esta estación, Vos?

Vos frunció el entrecejo, pensando.

—El conde mantenía sus jugadas bien ocultas —reveló—. Él nunca confió en mí del todo. Pero sí recuerdo algo sobre un puesto de escucha en ese sector. Si confías en tu información, yo diría que esto es de lo que Dooku hablaba.

—Entonces, maestro Vos, maestro Kenobi… su trabajo es tomarla —dijo Windu—. Dependiendo de lo importante que sea este sitio, es posible que se encuentren con un gran comité de bienvenida. Hagan sus planes en consecuencia.

Cuando Vos y Kenobi salieron de la cámara, Anakin se unió a ellos.

—¿Por qué siempre supones que estás en la misma misión que nosotros? —preguntó Vos.

—Porque siempre es así —respondió Anakin.

—Lamentablemente, no es posible contradecir ese argumento —dijo Vos con ironía.

—Ahora que eso está resuelto —continuó Anakin—, ¿cuál es nuestra misión?

—Destruir un puesto de escucha —explicó Vos—. Debemos estar preparados para ser atacados.

Anakin miró a Kenobi, confundido.

—Nuestros puestos de escucha no tienen demasiadas defensas —les recordó—. Confían en que la flota proceda en el instante en que la clarísima señal deje de ser transmitida.

—Eso es porque ponemos vidas en juego —dijo Vos—. Para nosotros, la mejor asignación de recursos resulta ser la menor cantidad de hombres en la estación, con mucha ayuda inmediata en una emergencia real. Dooku tiene más que suficientes droides para proporcionar una defensa adecuada en todo momento.

—¿Droides solamente? —preguntó Kenobi.

—Habrá algunas personas estacionadas allí para supervisar y hacer juicios y evaluaciones —dijo Vos—. Pero la defensa casi seguramente la cubren los droides. Debemos estar preparados para una buena pelea. Por mi parte, yo muero por meterme en una.

—Parece que todo ha vuelto a la normalidad para ti, Vos —señaló Anakin—. Me alegro.

—Así es, Anakin —confirmó Vos—. Así es.

—

Kenobi, Vos y Anakin estaban en sus interceptores cuando la *Vigilancia* salió del hiperespacio y las puertas del hangar se abrieron. Ellos, junto con dos docenas de los fuertemente armados cazas estelares ARC-170 —la oleada inicial— partieron a la vez, ascendiendo hacia el espacio listos para la batalla. No había un solo caza presente para ofrecer resistencia. Mientras descendían hacia Vanqor y su objetivo, no fueron de ninguna manera amenazados.

—Más bien tranquilo por aquí —dijo Anakin por el comunicador—. Eso. El pacífico silencio del espacio. Sin que nada suceda. En absoluto.

—Estoy de acuerdo —coincidió Kenobi. ¿Dónde estaba la defensa acerca de la cual Vos les había advertido? Las fuerzas de Dooku deberían haber lanzado su ataque inmediatamente.

—¿Cree que es una trampa? —quiso saber Anakin—. ¿Les parece que están esperando que penetremos la atmósfera para lanzar un ataque desde la superficie?

—Eso parece una muy mala táctica, si es así —replicó Kenobi—, pero de todos modos, algo no está bien aquí. —Tocó los controles e hizo zoom sobre la superficie del planeta—. La información del maestro Windu era clara acerca del puesto de escucha. —Abrió un canal para comunicarse con el crucero de ataque—. Almirante Block, vamos a seguir adelante y a descender. Estamos preparados para encontrar resistencia desde la superficie.

—Por supuesto, general Kenobi —respondió el almirante—. ¿Quiere que lancemos la segunda oleada?

—Sí, adelante —aceptó Kenobi—. Más vale prevenir que lamentar. —Cambió al canal de comunicación para dirigirse a su equipo—. Está demasiado tranquilo para mi gusto. Podría ser efectivamente una trampa. Entremos esperando fuego hostil.

—Eso me gusta más —comentó Anakin. Como de costumbre, el muchacho se moría por estar en el frente y en el centro de la acción. La Fuerza, pensó Kenobi, seguramente

lo estaba protegiendo. De lo contrario, la impulsividad de Anakin lo habría llevado a la muerte una y mil veces.

—Recuerda —le advirtió Kenobi—, no hay espacio para decisiones precipitadas. Hay que mantenerse en curso. Me refiero a ti, Anakin. Nada de maniobras raras.

A manera de respuesta, la nave de Skywalker de repente bajó y realizó un bucle.

—Lo siento, maestro Kenobi, ¡se interrumpe! Creo que algo anda mal en mi comunicador.

—¡Anakin!

—Algunos dicen que soy imprudente, otros dirían que tengo agallas. Eso es subjetivo —dijo Anakin, cuyo comunicador no tenía nada de malo.

—En realidad no es subjetivo.

Vos se rio.

—Ustedes dos, niños, nunca cambian.

De manera más elegante que su antiguo aprendiz, Obi-Wan inclinó hacia abajo la nariz de su interceptor. La superficie pareció ascender hacia ellos. Miró sus indicadores y luego usó sus propios ojos y la Fuerza.

Los puestos de escucha eran algo muy valioso. La República tenía una flota lista para defenderlos en cualquier momento y según Vos, Dooku mantenía suficiente defensa en el lugar. El diseño era similar al de la República: una estación simple con una gran torre donde se instalaba un disco. A diferencia de las estaciones de la República, que tenían una sola y pequeña pista de aterrizaje, la zona alrededor de este puesto estaba claramente diseñada para dar cabida a varias naves. Vos tenía razón: debería haber al menos unas decenas de cazas para defender el puesto. Y sin embargo… parecía…

—Está abandonado —observó Vos—. Ni una sola nave.

—Eso parece —confirmó Kenobi—. Pero de todos modos debemos ser cautelosos. Vamos a intentar un ataque aéreo a ver si podemos descubrir algún jakrab escondido.

Los tres Jedi pusieron sus naves en formación. Anakin de hecho cooperó al tomar su lugar a la izquierda de Kenobi para dejar que Obi-Wan llevara la delantera. Los clones seguían detrás de ellos en sus ARC-170. Obi-Wan, Vos y Anakin dispararon sus cañones láser simultáneamente. Una bola de fuego envuelto en humo negro se elevó. El gigantesco disco se quebró y cayó en pedazos al suelo. Los clones siguieron con un segundo ataque. Se oyó el fuego láser azul, y esta vez la propia torre sucumbió al asalto. El grupo maniobró para subir y lanzarse a otra pasada.

—Alto el fuego, todo el mundo —ordenó Kenobi—. Vamos a ver *qué* reacción tenemos. —Sobrevolaron otra vez el lugar, pero no hubo ningún movimiento en el suelo. Ni naves, ni vehículos, ni gente, ni siquiera droides. Nada.

—Los escaneos indican que no hay formas de vida —informó Anakin y agregó—: Bueno, nada más grande que un jakrab de verdad. Eh, no hay gundarks esta vez.

—¿Maestro Kenobi? Me gustaría ir allí y ver lo que podemos encontrar —se escuchó la voz de Vos.

—Bueno… nosotros… lo arrasamos con cañones láser, Vos —intervino Anakin—. No quedó casi nada que pueda sernos de alguna utilidad.

—No para ustedes —dijo Vos—, pero tal vez pueda obtener algunas respuestas para mí.

Unos momentos más tarde, ellos y los clones ya estaban en la superficie.

—Comandante Cody —ordenó Obi-Wan—, haga que su escuadrón se divida en equipos y vayan a explorar un poco. Este lugar se ve vacío, pero puede que no sea así.

—Sí, señor —respondió Cody. Mirando hacia atrás, gritó—: Vamos, todos ustedes, ya escucharon al general. —Y comenzó a dar instrucciones.

—Bueno —comentó Kenobi—, como señaló Anakin, la torre está destruida. Veamos si podemos encontrar algunas barracas que aún estén de alguna manera intactas.

Los tres Jedi saltaron fácilmente por encima de los escombros en grandes trozos que bloqueaban el camino hacia el centro de operaciones de la estación y los lugares para alojamiento. Mientras caminaban cuidadosamente por entre los escombros, Anakin dijo:

—Aunque siempre me alegra no ver cuerpos, echo un poco de menos los pedazos de droides.

Vos recogió *un* pequeño trozo de una consola destruida y cerró los ojos. Unos segundos más tarde, los abrió. Se lo veía irritado.

—Esto es inútil —protestó—. Todo está demasiado dañado y lo ha tocado demasiada gente. Necesitamos algo más personal y menos destruido.

—Supongo que los lugares para alojamiento se encuentran bajo tierra —sugirió Kenobi. Tocó su brazalete para activar el comunicador—. ¿Comandante? ¿Alguno de los hombres de su escuadrón encontró otra entrada?

—Sí, señor, efectivamente encontramos una —Cody le dio las coordenadas. La entrada estaba a varios metros de la torre, bien escondida por las rocas que eran la característica común en la zona. Un rápido escaneo reveló que la integridad estructural de los túneles todavía estaba intacta. Los Jedi activaron sus sables de luz como medida de precaución contra posibles droides que hubieran quedado, iluminando los corredores de metal con un suave resplandor azul-verde. Una serie de puertas se alineaban en la ruta de acceso. En cada una, interrumpían la marcha y se asomaban para observar.

—Depósitos —explicó Kenobi. Casi todos esos lugares estaban vacíos, salvo por ocasionales pequeñas piezas de equipo o algún cajón varío—. Este lugar parece haber estado abandonado durante años.

—No. —Vos se inclinó y recogió una pieza curva de metal—. Esto es un repuesto para un B3. Sea lo que fuere que ocurrió aquí, es reciente. —Después de un rato, el pasillo se inclinaba hacia arriba y llegaron a una puerta metálica sellada. Kenobi la cortó para pasar y los tres Jedi llegaron a un área que tenía seis camas y muy pocas cosas más.

—Bueno —dijo Anakin—, creo que esto es lo mejor que vamos a encontrar. ¿Puedes obtener algo del poste de una cama, Vos?

—Tengo algo mejor —respondió Vos. Sonriendo, le mostró un peine—. Nada demasiado emocionante, pero servirá. —Lo envolvió con sus dedos, cerró los ojos por un momento y luego los abrió.

—¿Eso es todo? —preguntó Anakin.

—Eso es todo —confirmó Vos. Se veía molesto—. Salieron corriendo hace unas dos semanas. Dooku no estaba dispuesto a correr riesgos y que yo los condujera hasta aquí, de modo que dio órdenes de abandonar el puesto.

—Supongo que a nadie se le ocurrió mencionar dónde iba a estar el nuevo puesto, ¿no?

Vos negó con la cabeza.

—Creo que cualquier cosa útil pasó por la torre. Las órdenes importantes no se discuten en los cuarteles. Puedo probar todo aquí, si te parece.

Kenobi le dio una palmada en la espalda a su amigo.

—No te preocupes, Vos. Esto tenía que ocurrir.

Vos, todavía irritado, sacudió la cabeza.

—Bueno, eso significa que más o menos cualquier información que obtuve mientras estuve… con Dooku, ahora es discutible.

—Eh… te tenemos de vuelta con nosotros —exclamó Anakin—. Eso es más importante.

Kenobi se frotó la barbilla, pensativo.

—Me pregunto —dijo— si eso es todo lo que está pasando aquí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vos.

—Bueno, tiene sentido que Dooku cambiara un poco las cosas. Todo lo que tú sabías, efectivamente, podría ser utilizado en su contra. Pero parece extraño que esto haya ocurrido dos veces seguidas. No puedo evitar preguntarme si no tendremos alguna filtración.

Vos frunció el entrecejo.

—¿Una filtración? ¿Crees que hay alguien que les pasa información a los separatistas?

—Yo no diría que eso está demasiado fuera del reino de las posibilidades —señaló Anakin—. Ya ha pasado antes, por desgracia. Sea lo que sea, nos ocuparemos de ello cuando regresemos al Templo. El maestro Yoda sabrá qué hacer.

—Ciertamente es un pensamiento inquietante —precisó Kenobi—. Tengamos esperanza de que se trate de una simple coincidencia. ¿Alguna otra cosa que puedas obtener del peine? —le preguntó a Vos.

—Bueno —contestó Vos—, su propietario tenía la costumbre de mostrar su fortaleza física frente al espejo cuando creía que nadie estaba mirando.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Kenobi pidió una audiencia privada con las dos personas en las que podía confiar absolutamente, Yoda y Mace Windu. Hizo un resumen de las circunstancias de ambas misiones y expuso sus preocupaciones.

—No hay nada que decididamente apunte a una filtración de información —finalizó—. Podría ser una coincidencia o un simple y predecible resultado de que Vos le haya dado la espalda a Dooku.

—Examinar todo, debemos —dijo Yoda—. Correcto fue que esto trajeras a nuestra atención, Obi-Wan.

—Esto no me suena bien a mí —manifestó Windu—. Creo que hay algo más que una coincidencia en todo esto. —Hizo una mueca—. Creo que existe la posibilidad de que Vos no esté del todo rehabilitado. Yo expresé mi preocupación de que podríamos estar poniéndolo en actividad demasiado pronto.

—¿Vos? —exclamó Kenobi—. Con todo respeto, maestro Windu, creo que usted puede estar saltando a algunas conclusiones bastante infundadas. No he visto ni percibido nada que indique tal cosa y yo lo conozco bien desde hace años.

—Con todo respeto, maestro Kenobi —espetó Windu—, es precisamente porque usted lo conoce desde hace tanto tiempo que me preocupa que su juicio esté nublado por la amistad.

—Yo vi de primera mano lo que Dooku le hizo —recordó Kenobi, refrenándose un poco—. ¿Cree usted que yo no estaba alerta para detectar cualquier señal?

—Veamos los hechos. Nada como esto había sucedido desde hacía mucho tiempo, hasta su primera misión directa contra los separatistas, cuando de repente vuela una enorme cantidad de valiosos suministros.

—Es algo lógico que los separatistas hicieran una cosa así —señaló Kenobi.

—Sus vidas salvó Vos con su advertencia —agregó Yoda—. Escapar a tiempo él mismo casi no logró. —Kenobi le agradeció a Yoda con un gesto.

—Todo eso es verdad —estuvo de acuerdo Windu—. Es cierto también que Vos fue, muy convenientemente, quien descubrió las bombas. Hoy atacamos un puesto de escucha separatista para descubrir que había sido abandonado. Y el único que nos puede decir exactamente por qué se emitieron esas órdenes, oh casualidad, es… Quinlan Vos.

—Vamos, Mace —protestó Kenobi—. Todo esto es un poco descabellado y exageradamente dramático, ¿no crees? Si Vos fuera efectivamente un traidor, ¿por qué no nos está induciendo a emboscadas? Él podría destruir a miles de «enemigos» de una sola vez.

—Tan obvio, un traidor bien posicionado no sería —intervino Yoda pensativo—. Demasiada atención, atraería.

Kenobi se volvió hacia Yoda, descorazonado.

—¿Usted, también, maestro Yoda? ¡Necesitamos pruebas! ¡No podemos decir que un hombre es un traidor sólo porque no nos gusta lo que estamos viendo!

—La verdad, el maestro Kenobi dice —apostilló Yoda—. Pruebas, debemos encontrar.

—Ahora me doy cuenta de que debimos haber mirado con más detalle los escombros del puesto de escucha —se lamentó Kenobi.

—¿Por qué? —quiso saber Windu—. Si Vos fuera efectivamente un traidor, él se encargaría de que cualquier cosa que encontráramos corroborara lo que él querría que pensáramos.

—Volver a ese sitio, podríamos —sugirió Yoda—. Pero ya tenemos los ojos puestos en otro.

—El asteroide —dijo Kenobi—. He estado comunicándome con Desh, pero hasta el momento no ha informado nada fuera de lo normal. —Con una cierta inquietud activó su holocomunicador, y apareció una pequeña imagen de Desh.

—Maestro Kenobi. —Desh se inclinó un poco, para añadir con algo de esperanza—: Supongo que no me estará dando otra misión, ¿no?

—Te necesitamos precisamente donde estás, Desh —respondió Kenobi—. Estoy con el maestro Yoda y el maestro Windu en la sala del Consejo. Lo que voy a decir debe permanecer confidencial.

—Por supuesto —respondió Desh, aunque sus orejas se movieron mostrando preocupación.

—Es posible, incluso probable, que tengamos una filtración.

—¿Una filtración? ¿Un Jedi? —Las orejas de Desh se aplastaron.

—Un Jedi —confirmó Kenobi y agregó—: o algún otro que tenga acceso a información crítica. Estamos reuniendo pruebas en este momento. ¿Has encontrado algo inusual al examinar los escombros?

El corazón de Kenobi se hundió ante la vacilación de Desh.

—Bueno, señor, ahora que usted lo menciona, había algo —dijo Desh—. No le dimos importancia en ese momento.

Kenobi miró a sus colegas maestros con tristeza al preguntar:

—¿De qué se trata?

—Había algunos artículos fabricados en la República entre los escombros. No es novedad que los separatistas usan todo lo que encuentran. Pero… estamos bastante seguros de que las bombas no provenían de la Confederación, lo que significa que se apoderaron de algunas de las nuestras.

Kenobi sintió que la sangre le abandonaba el rostro.

—¿Y no te pareció necesario informar esto? —espetó Windu. Yoda alzó una mano tranquilizadora.

—Mis disculpas, maestro Windu —dijo Desh—. Como dije, esto sucede en la guerra. Nosotros también lo hacemos. Una pistola bláster es una pistola bláster y una bomba es una bomba, después de todo. Son todas iguales.

«Salvo cuando no lo son», pensó Kenobi, asqueado.

—Gracias, Desh. Seguiremos en contacto.

—Entonces —dijo Windu—. Ahora lo sabemos. ¡Vos plantó esas bombas!

—No sabemos nada todavía —replicó Kenobi—. ¡Si vamos a señalar a un hombre como traidor y destruir su vida, eso tiene que depender de lo que podamos probar!

—Razón tiene, el maestro Kenobi —sentenció Yoda solemnemente—. Otra línea de investigación, yo solo perseguiré. Pero si la prueba encontramos… una tarea penosa, ante nosotros tendremos.

—

Cuando, dos días más tarde, Obi-Wan recibió una citación para los aposentos privados de Yoda, se armó de valor para no ceder ni a la esperanza ni a la desesperación. Mentalmente repitió el Código Jedi para calmarse:

> No hay emoción, hay paz.
> No hay ignorancia, hay conocimiento.
> No hay pasión, hay serenidad.
> No hay caos, hay armonía.
> No hay muerte, existe la Fuerza.

Eso ayudó. Estaba en control de sus emociones en el momento en que llegó a la puerta de Yoda y entró. Yoda estaba, como de costumbre, sentado junto a la fuente hecha de piedras cantoras. Los olores familiares de los aceites calentados invadieron las fosas nasales de Kenobi mientras se sentaba al lado de su viejo maestro.

—¿Usted me convocó, maestro Yoda? —preguntó en voz baja—. ¿Esto se refiere a Quinlan? ¿Hay… hay noticias?

Yoda no había estado meditando, sino que había estado concentrado en el fluir de la fuente. Entonces se volvió hacia Kenobi. No necesitó decir nada más. La respuesta estaba en sus maravillosos ojos cálidos, en ese momento llenos de tristeza y de una profunda compasión.

—Oh, no. —Kenobi respiró hondo.

Suavemente, Yoda puso una pequeña mano sobre la mano de Kenobi.

—A Vos, vi hoy. Su ayuda por medio de su habilidad única, yo reconocí. Toqué yo su mano, a través de la cual fluye la Fuerza. Puedo a veces, ver lo que oculto está. La Fuerza estaba conmigo ese día. La verdad a mí concedida me fue. Tomado por el lado oscuro, Quinlan Vos ha sido, aunque bien lo oculta. —Yoda vaciló—. Perdido para nosotros, me temo que está.

Kenobi se desmoronó.

—Ella tenía razón —susurró, pensando en Ventress; en su pena y su dolor, en su determinación de «liberar» a Vos. Qué ciegos habían sido todos ellos, salvo ella. Asajj Ventress, ella que había danzado tanto tiempo con el lado oscuro, había sido la única que

lo reconoció cuando contaminó a aquel que Kenobi ahora sí creía que ella realmente había amado—. Ella estuvo en lo cierto todo el tiempo.

—Los sentidos el apego entorpece, pero los ojos la traición abre —Yoda continuó con su voz siempre amable, siempre comprensiva—. Abiertos están ya y actuar debemos.

Unos momentos más tarde fue convocada discretamente una reunión de emergencia. Yoda, Mace Windu, Obi-Wan Kenobi, Plo Koon y Ki-Adi Mundi —todos los miembros del Consejo que estaban en el lugar— se reunieron en la Cámara del Consejo. Kenobi estaba demasiado inquieto como para sentarse; optó por permanecer de pie, mirando por las enormes ventanas mientras las actividades de Coruscant pasaban en un remolino. A pesar de que sabía que debía de parecer distraído, escuchaba con atención la conversación.

Yoda repasó todo lo que sabían: cuánto tiempo había estado Vos en poder de Dooku; que Ventress había afirmado que él había caído en el lado oscuro; que las bombas fabricadas en la República, suficientemente pequeñas como para ser escondidas en la amplia túnica de un Jedi y «descubiertas» por Vos, habían destruido la base de suministros en el asteroide; que un puesto clave de escucha había sido abandonado y que la única información de por qué ocurrió eso, de nuevo, fue descubierta por Vos de una manera que sólo él podía verificar.

—En su corazón, oscuridad encontré —se lamentó Yoda con tristeza—. Profunda, secreta, poderosa. La historia de los objetos, la Fuerza permite a Vos conocer. La historia de un alma, me permite la Fuerza a mí comprender. Inaceptable en un tribunal de justicia es, pero de mentir ningún Jedi me acusará. —El comentario era tan indiscutiblemente cierto que nadie sintió la necesidad de expresar su acuerdo. Unido a todo lo demás, la declaración de Yoda pintaba una imagen condenatoria—. Reunirnos ahora debemos, para hablar de su castigo.

—Si él ha estado en comunicación con Dooku todo este tiempo —reflexionó Ki-Adi Mundi—, entonces debemos suponer que Dooku sabe todo lo que Vos hace. Y eso es, por desgracia, mucho.

Kenobi cerró los ojos brevemente. «No hay emoción…».

—Este es por lejos el mayor abuso de confianza que los Jedi han visto desde que el mismo conde Dooku nos traicionó —continuó un Mace triste—. Incluso el engaño del general Krell resultó menos dañino. Vos no sólo es un Jedi, es un maestro Jedi con habilidades únicas. Y él es un maestro Jedi en tiempos de guerra que ha trabajado codo a codo con Dooku. Esto va a tener repercusiones enormes.

—Todos nos damos cuenta de cuan grave es esto, maestro Windu —aseguró Kenobi, con un cierto tono de dureza.

—¿En serio, maestro Kenobi? Por mi parte, creo que necesitamos considerar seriamente la posibilidad de la ejecución.

—*¿Qué?* —Obi-Wan se volvió para mirarlo, horrorizado.

Ki-Adi-Mundi asintió con un gesto.

—Estoy de acuerdo —lo manifestó con voz solemne—. Muchas vidas se perderán debido a lo que Quinlan Vos ha hecho. Una vez más, la Orden ha sido sacudida hasta sus cimientos en un momento en que no podemos permitirnos otra cosa que solidaridad y confianza entre nosotros. Capeamos mal una tormenta como ésta con la traición de Barriss Offee. Ninguno de nosotros podría haber imaginado que un padawan aparentemente ideal se convirtiera en un terrorista separatista. Ahora que esto ha vuelto a ocurrir, debe ser tratado de la manera más firme posible.

—¿Una ejecución? —Absolutamente sin poder creerlo con su mirada Kenobi recorrió una cara tras otra y sólo encontró una fría resolución—. ¡No pueden estar hablando en serio!

—¿No? —replicó Mace rotundamente.

Kenobi se volvió hacia Yoda. En la cara arrugada del maestro Jedi, Obi-Wan no vio aquella expresión despiadada que los otros compartían. De todos modos, Yoda no rechazaba por completo la idea. Miró a Kenobi durante un buen rato antes de decir, de mala gana:

—Todo, debemos tener en cuenta.

—Pero… ¡pero esto es una locura! —protestó Kenobi—. No somos Sith… no pensamos en extremos. Y pocas cosas son más extremas que la muerte. Ojo por ojo no es nuestro camino. ¡Nada de lo que Vos ha hecho ha costado vidas!

—Que nosotros sepamos. Todavía no sabemos de lo que fue responsable como Almirante Enigma de Dooku. Pero en el futuro, va a costar vidas. —Windu se mostraba implacable—. Una vez que Dooku se dé cuenta de que estamos detrás de Vos, va a dejar de refrenarse. Va a explotar todo el conocimiento que el traidor le pueda haber dado. Vamos a ver más de lo que suponemos en cuanto a emboscadas y destrucción, Kenobi, ¡y todo ello podrá ser puesto en la cuenta de Quinlan Vos!

—Pero ¿no lo ves? —imploró Kenobi—. ¡Él es tan víctima como cualquiera! Todos sabemos lo que Dooku le hizo. ¡El hombre fue torturado, empujado hacia el lado oscuro! No podemos considerarlo totalmente responsable de lo que ha hecho.

—Otros han luchado contra el dominio del conde… y ganaron —les recordó Mace—. Incluso su amiga Ventress.

—¿Qué otra cosa sugieres? —dijo Plo Koon.

Kenobi no lo sabía. Estaba tan sorprendido por el giro de la discusión que le resultaba difícil ordenar sus pensamientos. Respiró hondo.

—Podríamos desterrarlo. Enviarlo al Borde Exterior. Tal vez incluso más allá. —Ya mientras pronunciaba esas palabras, se dio cuenta de lo imposible que era una solución de ese tipo.

—Con el debido respeto, maestro Kenobi —intervino Ki-Adi-Mundi, no sin amabilidad—, se trata de un maestro Jedi altamente capacitado que se ha convertido al lado oscuro. Debido a sus acciones, aunque sea indirectamente, miles morirán para apaciguar la sed de sangre derramada de su maestro Sith. Volver de un lugar tan oscuro

es difícil, incluso para el más fuerte de los Jedi. Él es demasiado peligroso para dejarlo libre por toda la galaxia.

—A prisión, entonces —Obi-Wan intentó desesperadamente.

—Ha caído en el lado oscuro —insistió Mace, como si tratara de explicarle algo a un niño—. Intentará escapar… y Dooku tratará de recuperarlo. ¿Cuánto tiempo cree usted que podríamos retenerlo?

«Vamos, Kenobi», piensa…

—¿Qué pasa si le damos la oportunidad de abandonar a Dooku?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Windu.

Kenobi lo elaboró mientras hablaba.

—Lo enviamos a matar al conde Dooku. Tal vez si Vos de nuevo ve al conde y tiene la oportunidad de asesinarlo, pueda ser capaz de resistirse al lado oscuro. Podría redimirse… volver de eso. ¿No es eso lo que realmente queremos? ¿O simplemente estamos todos buscando distraernos?

—Eso no es cierto y usted lo sabe, maestro Kenobi —lo reprendió Plo Koon.

—Lo sé, y me disculpo —dijo Obi-Wan—. Pero es de la vida de Vos de lo que estamos hablando.

Los tres que habían pedido la ejecución intercambiaron miradas. La mirada de Yoda estaba fija en Kenobi, y Obi-Wan se dio cuenta de que estaba satisfecho.

—Continúe —sugirió Mace.

—Vos ignora completamente que nosotros sabemos de su paso al lado oscuro. Entonces… pongámosle una trampa para poner a prueba su lealtad. Lo enviaremos tras Dooku. Si Vos se une a él, entonces lo sabremos.

—No logro ver de qué manera entregarle a Vos a Dooku sea algo bueno —intervino Mace.

—No lo entiendes. Vamos a seguirlo y observar todos sus movimientos.

Windu lo consideró.

—Estará usted cerca de él.

—Por supuesto.

—En caso de que Vos no ejecute a Dooku, tendrá usted que intervenir. ¿Me entiende, maestro Kenobi?

Kenobi respiró hondo.

—Creo que sí, maestro Windu.

—Nublar su juicio, sus sentimientos no deben —sentenció Yoda—. Lo que deba ser hecho, lo hará.

—Lo haré. Gracias, maestro Yoda. Esta prueba nos permitirá ver los verdaderos colores de Vos. Y —añadió—, su verdadero corazón.

Yoda asintió con un movimiento de cabeza.

—Revelarse a nosotros, Quinlan Vos lo hará. Y su propio destino él mismo decidirá.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Habían decidido reunirse en uno de los populares parques flotantes que se movían sobre la superficie de Coruscant. En un poco menos de dos mil kilómetros cuadrados, había prados, bosques e incluso una montaña creada de forma artificial y varios lagos. De diversos mundos se había traído fauna silvestre no agresiva, y los lagos estaban provistos de peces.

Cuando Vos lo sugirió por primera vez, Ventress se sintió expuesta. Ella era una criatura de los cielos oscuros del espacio y la tenue luz de una cabina de piloto; de callejones sombríos y bares con rincones apartados. Incluso en su mundo natal de Dathomir, que no estaba lleno de seres, las Hermanas de la Noche habían preferido los confines de la caverna iluminada artificialmente a los espacios a cielo abierto.

Los dos se habían estado reuniendo casi todos los días, tan a menudo como Vos pudiera escaparse del Templo.

—Piénsalo —le dijo él una vez, mientras caminaban tomados de la mano por un sendero bajo altísimos árboles—. Así es como nuestra nueva vida podría ser. Sin tener que ocultar lo que somos y lo que sentimos. —Saludó gratamente con la cabeza a un par de nautolanos que pasaban, también tomados de la mano—. Aquí somos iguales que ellos.

Ventress había pensado que la idea era como el parque mismo… una hermosa pero imaginaria huida, nada más. Pero a medida que pasaba el tiempo, sintió que cambiaba para convertirse en su nueva realidad. Se daba cuenta de que eso podría, efectivamente, ser quienes eran… sólo dos amantes, nada más y, seguramente, nada menos.

Vos llegaba tarde ese día. En primer momento no le molestó. Él casi siempre llegaba tarde, y no era desagradable sentarse en un banco junto al lago con la cara vuelta hacia el sol y esperar. Pero el tiempo pasaba deslizándose y la preocupación comenzó a deslizarse envolviéndola. ¿Acaso los Jedi habrían descubierto sus planes para escapar?

Entonces Ventress lo sintió detrás de ella, sintió su presencia cálida, fuerte y bienvenida. Las manos de él se apoyaron sobre sus hombros, con los pulgares moviéndose para aliviar los nudos en los músculos, y ella sonrió mientras se echaba hacia atrás. Él le besó la parte superior la cabeza, luego saltó sobre el banco para sentarse a su lado.

El placer de ella se esfumó cuando vio el surco en la frente de él.

—¿Qué ocurre?

—No me vas a creer —comenzó.

—Probemos.

Vos le pasó un brazo alrededor de ella mientras hablaba, y Ventress se apoyó en él.

—Los Jedi —explicó— me han asignado una nueva misión. O, más bien, se me pidió que completara una anterior.

Ventress se puso tensa y se echó hacia atrás. Sus ojos buscaron los de él.

—Estás bromeando. ¿Quieren que trates de matar a Dooku? ¿Otra vez? ¡Vos, casi saliste sin vida la última vez!

—Lo sé. Pero estoy mucho más fuerte ahora.

—¿Estás seguro de que estás listo para enfrentarte a él de nuevo?

Él asintió con firmeza.

—Estoy listo. Ahora sé exactamente lo que va a tratar de hacer y estoy preparado para ello. —Vos le levantó la barbilla y la besó suavemente, deteniéndose por un momento antes de apartarse para sonreírle—. No tienes por qué preocuparte por mí.

Ventress pasó sus dedos sobre el rostro de él, siguiendo el tatuaje amarillo, la curva de su mandíbula. Campanas de alarma sonaban dentro de ella. Aquello no era una buena idea.

—Abandona la Orden. Vámonos de aquí. Ahora. —Su voz sonaba baja y urgente.

Él se rio con ternura, su respiración le agitaba el pelo a ella.

—Tentadora —gruñó juguetonamente, luego se inclinó hacía atrás y suspiró—. No puedo.

—¿Por qué no?

Vos no respondió de inmediato. Le tomó la mano derecha con la izquierda, entrelazando los dedos. Las campanas de alarma sonaron más fuerte entonces, estridentes e insistentes, y el corazón de Ventress se aceleró. ¿Había cambiado de idea acerca de dejar a los Jedi?

—No me di cuenta hasta que me asignaron esta tarea, pero… Asajj, tú y yo… no estamos libres de Dooku. En realidad no. Todavía no. Ni nunca, hasta que esté muerto.

—Yo no creo eso —reaccionó Ventress—. No me importa si vive o muere, no me importa hacerle pagar sus culpas. Ya no. No lo necesito. Los Jedi lo van a atrapar, o tal vez no lo atrapen. Pero alguien lo hará. No tengo que ser yo. Ni tú. Quinlan… lo único que me importa ahora es estar contigo.

—Ésa es precisamente la razón por la que tengo que hacer esto —explicó Vos—. ¿Cómo podremos encontrar la vida que queremos, si siempre estamos mirando hacia atrás? Ese hombre arroja una larga sombra.

—Por favor. —A Ventress le costó pronunciar esas palabras, y él lo sabía. La sorpresa titiló en el rostro de él. Cerró los ojos por un momento.

—Asajj —dijo—, tengo que hacerlo. Es la única manera de que pueda encontrar la paz. Tú y yo nos conocimos porque yo tenía esta tarea. Ahora tengo una segunda oportunidad de verdaderamente poner fin a la amenaza que él significa. Y eso nos dará nuestra oportunidad de estar juntos.

«Juntos». Ventress recordó cuando Vos, literalmente, saltó por primera vez dentro de su vida, para derribar a Moregi en Pantora. Cuánto había insistido él para que trabajaran juntos hasta que ella estuvo de acuerdo. Era una palabra que le gustaba usar, una palabra que siempre la hacía sonreír, tal como ocurría en ese momento.

—Entonces, hagámoslo. Yo voy contigo —afirmó Ventress.

—No —replicó Vos—. Absolutamente no. No voy a correr el riesgo de perderte. No ahora.

—Pero esperas que yo simplemente me siente a un lado, retorciendo las manos a la espera de que tú vuelvas a casa en una sola pieza, ¿verdad? ¡De ninguna manera!

Vos frunció el entrecejo y empezó a protestar. Ventress le envolvió el cuello con sus brazos y lo besó profundamente. Sintió que la tensión en el cuerpo de él se disolvía cuando la atrajo hacia él. El beso la derritió y puso en él todas las cosas que sentía, pero no podía decir, todavía no. Demasiado pronto, Vos se apartó. Ambos estaban temblando.

Vos presionó su frente contra la de ella.

—Debí haber sabido que no podría convencerte de que te quedaras —susurró, sonriendo.

Ventress respondió con una cálida risita.

—Sí, debiste haberlo sabido.

—¿Juntos?

—Juntos.

—

Ventress se había permitido la esperanza de haber visto por última vez el Templo Jedi, por lo que no estaba del todo complacida al verse siguiendo a Vos al interior no sólo del Templo, sino también de la Sala de Situación Jedi. Cada una de las torres del Templo tenía una, Vos le había explicado, y ocupaba un nivel entero. Se mantuvo de pie al lado de Vos mientras subían en el turboascensor en silencio, moviendo inquieta los pies. Aunque había recibido un perdón pleno, sabía muy bien lo que ella y Vos estaban planeando, y se sentía nerviosa. Cuando las puertas blindadas se abrieron para dales paso, Ventress vio que la sala era tan imponente como Vos había dado a entender. Las paredes estaban cubiertas con pantallas tácticas, y en el centro de la sala, parados alrededor de una enorme holomesa, había varios maestros Jedi. Las diferentes expresiones de sus rostros iban desde la de Yoda, una amable y sorprendida aceptación, hasta la de confusión de Kenobi y la de indignación de todos los demás.

Después de las últimas semanas de una conexión recientemente hallada, era difícil para Ventress fingir desinterés por Vos. Él, sin embargo, parecía no tener esa dificultad, tal vez porque ya había estado escondiéndoles a los Jedi su relación de manera cotidiana.

—¿Qué hace ella aquí? —exigió saber Mace Windu—. ¡Ésta es un área muy crítica, maestro Vos!

—Maestro Windu —respondió Vos—, el Consejo me pidió que investigara y me preparara para mi misión de asesinar al conde Dooku. Considero a Asajj Ventress el máximo recurso para esa tarea y le recuerdo al Consejo que me ordenó específicamente buscarla la primera vez. —Sus modales eran serenos, pero su voz era fuerte.

—Así lo hicimos —confirmó Ki-Adi-Mundi, con la voz cargada de pesar—. Y a ella efectivamente se le concedió un perdón total.

—Usted debería primero haber aclarado esto con el Consejo —continuó Windu.

—Con el debido respeto, he aprendido algo del joven Skywalker —replicó Vos—. A veces es más fácil pedir perdón que pedir permiso.

—Ventress —dijo Windu y le dirigió una mirada fulminante—. ¿Puedo preguntarle si Vos la invitó a venir aquí únicamente como un recurso? ¿O la invitó para que lo acompañara?

Antes de que Ventress pudiera responder, Vos intervino diplomáticamente.

—Ventress y yo estuvimos muy cerca de alcanzar el objetivo la última vez —dijo—. Hemos aprendido de los errores que cometimos entonces. Entonces trabajamos bien como equipo, y estoy seguro de que volveremos a hacerlo.

—Pero… —comenzó Ki-Adi-Mundi.

—¿Debo recordarle al Consejo sus propias acciones por segunda vez? —interrumpió Vos—. Ustedes la perdonaron, ¿recuerdan? —Por un momento, Ventress estaba segura de que iban a expulsarla por la fuerza de la Sala de Situación. Entonces el maestro Yoda habló.

—El perdón le otorgamos a ella. —Yoda estuvo de acuerdo—. En ella confiamos. —Para su sorpresa, Ventress sintió una oleada de… ¿era vergüenza?… bajo la mirada amable de Yoda. No le gustaba esto, nada de esto, y cuanto antes ella y Vos estuvieran bien lejos de ahí, más sencillo sería todo.

—Está decidido, entonces —concluyó Obi-Wan antes de que nadie pudiera pronunciar otra protesta—. Esta es la información más actualizada que tenemos sobre la actividad separatista. Activó un botón en un lado de la holomesa y aparecieron imágenes de varios mundos diferentes.

Ventress caminó lentamente alrededor de la mesa, examinando los mundos holográficos, analizándolos rápidamente y descartando opciones. No le pasó inadvertida la mirada inquisidora que Kenobi le dirigió a Vos, ni el sereno gesto de seguridad de Quinlan. Se detuvo delante de una de las translúcidas esferas azules.

—Aquí —señaló—. Christophsis. —Tocó el holograma e hizo zoom sobre una ciudad, que no era pequeña, pero tampoco obviamente destacada—. Grievous va a estar aquí.

—¿Esta batalla? —preguntó Windu—. Es tan… irrelevante.

Ventress le sonrió levemente.

—No para Dooku. Él tiene sus propios ajustes de cuentas. Y el jefe de Grievous estará… —Amplió aún más la imagen, y luego deslizó una mano hacia arriba. La imagen cambió de estar mirando la ciudad desde los cielos, a otra que miraba al cielo desde abajo. Expandió de nuevo la imagen y señaló triunfalmente con un dedo delgado a un acorazado separatista—… Aquí —ronroneó.

—¿Está segura? —preguntó un dubitativo Kenobi.

Ventress entrecerró los ojos.

—¿Por qué —replicó—, después de todo lo que Dooku me hizo a mí, existiría la posibilidad de que yo les mintiera acerca de esto?

—Un punto a su favor, Ventress tiene, ¿no? —comentó Yoda. Para Vos, añadió—: Círculo completo, tú habrás hecho, cuando completa quede esta tarea. Que la Fuerza esté con ustedes.

Vos hizo una reverencia y se dio vuelta para retirarse. Mientras lo seguía, Ventress murmuró en voz baja:

—Hurra.

—

—Muy bien hecho —le dijo Vos mientras se acercaban a la *Banshee*. Estaba estacionada en medio de una fila de naves Jedi. Ventress pensó que era un fiel reflejo de su propia posición hacía unos momentos.

—Tú no estuviste tan mal —replicó ella—. No es de extrañar que me llevara algún tiempo ponerme a la par tuya. Eres bueno para esto.

—Somos buenos para esto. Nosotros dos.

Él le sonrió. Y ella le devolvió la sonrisa. Por un momento fue todo como en los viejos tiempos. Luego Ventress se puso tensa. Vos se dio cuenta de inmediato.

—¿Que ocurre? —le preguntó.

Hizo una pausa y miró a su alrededor en la plataforma de aterrizaje.

—¿Estás seguro de que se trata de una misión para nosotros solos? Parecían estar un poco nerviosos allí… Me pregunto si nos están siguiendo.

—En realidad —explicó Vos—, cuento con que así sea.

Ventress lo miró fijo.

—¿Qué clase de juego estás jugando, Vos?

—Ningún juego, te lo aseguro —respondió—. Bueno. tal vez sea una apuesta. Pero es un riesgo que tengo que correr.

—Esto no me gusta —le advirtió ella.

—Lo sé, y te prometo que todo pronto quedará claro.

—Hubo un idiota guapo que me dijo una vez que para que un equipo funcione tiene que haber confianza.

El dolor apareció en los ojos marrones de él. Vos puso sus manos sobre los hombros de Ventress.

—Eh… —exclamó él—. A veces hay que mantener los secretos por un tiempo. Eso no quiere decir que no puedas confiar en mí.

—No para mí, Quinlan —protestó Ventress—. No debes tener secretos para mí.

—Podría decir algo realmente cruel en este momento sobre el maestro Tholme, pero no voy a hacerlo. Tú podrías decir algo cruel como respuesta. O —dijo Vos, levantándole la barbilla con el dedo índice—, puedes confiar en mí. O, por lo menos tener confianza en lo que siento por ti.

Ventress todavía se sentía incómoda, pero asintió con la cabeza. Eso era algo de lo que ella estaba segura. Tendría que ser suficiente.

—Vamos —decidió ella—. Vamos a matar a un conde.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

La *Banshee* salió del hiperespacio cerca de Christophsis.

—Vaya —exclamó Vos, mirando la flota de naves de guerra a la distancia—. Yo ni siquiera sé de qué se trata esta venganza. ¿Tú sí?

—No lo sé —respondió secamente Ventress—, ni me importa. —Tocó los controles—. Bueno, bueno, vale la pena llegar cuando hay una batalla en curso. Las puertas están abiertas y todos los escudos de hangar están desactivados para que las naves puedan entrar y salir según sea necesario.

—Asajj —dijo Vos en voz baja.

Ventress se congeló ante el tono de su voz y lo miró.

—No te atrevas —lo detuvo ella, su propia voz era una advertencia.

—No hay manera de que podamos ocultar esta nave en el hangar. Además… ésta es mi batalla. Tú misma dijiste que no necesitas ver muerto a Dooku. Yo todavía tengo que hacerlo. Quiero hacerlo por mí, y quiero hacerlo porque sé cuánto bien eso le hará a la galaxia.

—¿Quieres que me quede por aquí, dando vueltas, conduciendo el vehículo para la huida, y eso es todo?

Vos se arrodilló al lado de su asiento.

—Quiero que estés a salvo —dijo, tomándole la mano—, y me esperes. Porque regresaré de nuevo a ti cuando este trabajo esté terminado. Lo prometo.

Los ojos de Ventress buscaron los suyos. Luego extendió la mano, agarró la parte delantera de su túnica y lo arrastró hacia ella, inclinando la cabeza para darle un beso. Él devolvió el beso con entusiasmo, casi con desesperación, con una mano en la parte de atrás de su cabeza y la otra alrededor de sus hombros. Luego Ventress lo liberó.

—Será mejor que lo hagas —dijo—. Porque si no lo haces, voy a ir tras de ti. Esa es mi promesa.

—Trato hecho —le aseguró él y se levantó. Ella lo vio dirigirse hacia la parte posterior de la nave y tomar posición junto a la puerta, y volvió a los controles. Suavemente, dirigió su nave (invisible por el dispositivo de camuflaje activado) hasta el enorme acorazado de Dooku, llevándola lentamente y con cuidado hacia las puertas abiertas del hangar. Vos tenía razón, una sola persona podría deslizarse sin ser descubierta, pero no su nave.

—Abriendo las puertas —informó ella y pasó a la acción después de pronunciar esas palabras.

—Casi, casi… —la dirigía Vos—. Apenas un poco más cerca.

Ventress se hundió profundamente en sí misma, usando su percepción del entorno en la Fuerza para mover la puerta lo suficientemente cerca de Vos como para que pudiera saltar con seguridad, pero no tan cerca como para estrellarse contra el hangar. Cerró los ojos, movió sus dedos sobre los controles, luego los abrió. Allí estaba.

Ventress se volvió para mirarlo.

—¡Ahora! —gritó.

Sus ojos se encontraron. Vos le dedicó una sonrisa confiada y saltó.

—

El transbordador había sido idea de Anakin. Naturalmente.

Habían traído un transbordador separatista requisado a bordo de la nave *Vigilancia*, completo con dos droides de combate inutilizados que Anakin había reprogramado para ser operados de forma remota. Escondidos detrás de los dos «pilotos» droides sentados en la cabina, Kenobi y Anakin iban ambos apretados en el estrecho espacio.

—Anakin —dijo Kenobi, maniobrando los controles de mano—, este plan, al igual que casi todos tus planes, es completamente loco.

—Trate de no ser pesimista. Sólo por esta vez. Hágalo por mí. —Anakin habló por un comunicador improvisado, y su voz salió entonces por la boca metálica de los droides. Le dirigió a Obi-Wan una mirada de triunfo.

—Vas muy rápido. Ellos van a saber que algo está mal —le advirtió Kenobi. A diferencia de Anakin, él eligió no hablar a través del comunicador improvisado. El droide de Anakin le dio un golpe en el brazo a Obi-Wan con un ligero exceso de placer.

—Levante el ánimo, por favor. ¿Sí? Nuestra información muestra que Ventress y Vos se han separado, y Vos está dentro de ese crucero. Ahí debe de ser donde se encuentra Dooku.

—Y claramente, ya estás pensando en cómo invitarte a entrar.

—Precisamente —confirmó Anakin, y sonrió.

Los droides reprogramados siguieron siendo útiles incluso después de que el truco les permitió a los Jedi invitarse a entrar, como había dicho Obi-Wan. A pie y a una buena distancia detrás de las Latas, Anakin y Obi-Wan los enviaron por los pasillos, viendo lo que los droides veían. En un punto, Kenobi dijo:

—Tenemos que averiguar dónde está Dooku. Yo diría que en el puente.

—Espere un momento —dijo Anakin. Envió a su droide por un corredor hacia un grupo de droides de combate, pistola bláster en mano.

—Anakin…

—Shhh —lo silenció Anakin. Sus dedos tocaron los controles, y su droide apuntó a su propia garganta—. Mi vocalizador se rompió —explicó.

—Vaya, suenas terrible. Mejor haz que te reparen eso —dijo uno de los otros droides de combate.

—Comprendido. Tengo información para el conde Dooku. ¿Dónde está? —preguntó el droide de Anakin.

—Está en el puente, pero se dirige a la sala de observación ahora. Sin embargo, yo cambiaría tu voz antes —le aconsejó el otro.

—Comprendido —aceptó el droide de Anakin y partió.

Kenobi se volvió y con renuente admiración dijo:

—Bien hecho, Anakin.

—Comprendido, compr…

—No —interrumpió Kenobi—. Vamos a la plataforma de observación antes de que llegue Dooku.

Continuaron usando sus droides para reconocimiento y finalmente, los «estacionaron» en un rincón alejado. Los droides serían descubiertos en algún momento, pero los Jedi esperaban haber terminado sus asuntos para entonces y estar en el camino de regreso a Coruscant… de una manera u otra. Aunque tomaron una ruta indirecta, llegaron antes que el capitán de la nave, pero con apenas unos pocos minutos de diferencia. Miraron a su alrededor, descorazonados.

—¿Por qué Dooku tiene que ser tan… ordenado? —murmuró Anakin. Sólo había un lugar para esconderse, y era dolorosamente obvio: debajo del enorme escritorio curvo a un costado.

—Espacio desordenado, mente desordenada —murmuró Kenobi sin prestar demasiada atención—. Bueno, al menos no es una difícil decisión. Ambos podemos encajar ahí si lo intentamos. Pero será mejor que nos apresuremos. —Kenobi tenía razón en ambas cosas. Él y Anakin se ubicaron en una posición en la que, si lo hacían con cuidado, iban a poder espiar desde el borde del escritorio cuando se abriera la puerta.

El conde Dooku entró solo, y por un momento Kenobi pensó que los había detectado. El conde se detuvo, frunciendo el entrecejo, recorriendo el lugar con la mirada. Tanto Kenobi como Anakin se echaron hacia atrás, agarrando las empuñaduras de sus sables de luz. Dooku caminaba directamente hacia el escritorio cuando la puerta se abrió de nuevo.

Parado en la puerta, flanqueado por un grupo de droides de combate, estaba Quinlan Vos pero no se parecía en nada al alegre Jedi que Kenobi había conocido durante años. Este hombre parecía frío, arrogante… malo. Junto a Kenobi, Anakin hizo un sonido suave, de enojo, y comenzó a levantarse. Obi-Wan le puso una mano en el brazo y movió los labios para pronunciar sin ruido la palabra: «espera».

—Acá se lo traemos, señor, tal como usted lo ordenó —informó uno de los droides de combate.

—Vos —dijo Dooku—. ¿Tuviste éxito?

—Aquí estoy, ¿no? —respondió Vos. Su voz era tan helada como su expresión.

Dooku se rio entre dientes, mientras miraba al otro hombre de arriba abajo, evaluándolo.

—Te ves… libre de cargas. Percibo una mayor fuerza en ti.

—Estoy de acuerdo —confirmó Vos—. Estoy más tranquilo. Más centrado. Más fuerte que antes. —En un abrir y cerrar de ojos, tomó y activó su sable de luz. El resplandor verde le bañaba el rostro mientras sonreía—. Lo suficientemente fuerte como para matarte.

Esta vez aliviado, Anakin se movió para levantarse. Una vez más, Kenobi lo detuvo.

—Veamos cómo sigue esto —susurró—. Tenemos que estar absolutamente seguros.

El sable de luz de Dooku también se activó, y ambos hombres se observaron mutuamente. Dooku suspiró.

—¿Tenemos que hacer esto una vez más? ¡Esta vez me aseguraré de aplastar a esta mosca molesta!

El conde pasó de estar parado, perfectamente inmóvil, a convertirse en una mancha difusa en movimiento, pero Vos fue más rápido. Saltó hacia arriba y por encima de Dooku, justo a tiempo para evitar que la hoja roja le cortara las piernas. Dooku giró sobre sí cuando la espada de Vos bajó y chocó con la suya. Vos dio una patada que lo elevó en una amplia voltereta, la cual le dejó el cuerpo en el ángulo adecuado para hacerle bajar el sable a su enemigo. Dooku se dejó caer, apoderándose de Vos en la Fuerza y lanzándolo al otro extremo de la habitación. El conde extendió un brazo y un rayo de la Fuerza salió de su mano.

Pero Vos no estaba allí. Extendió su propia mano y el sable de luz de Dooku voló hacia su palma abierta. Vos sonrió. Fue una sonrisa de satisfacción y crueldad. Dooku no mostró alteración alguna y disparó otro rayo de la Fuerza. Mientras Vos cruzaba dos sables de luz verde y roja delante de él en una X protectora, Dooku hizo un movimiento de tracción con la otra mano, y Vos fue empujado hacia atrás. El sable de luz roja volvió a su dueño, y la lucha continuó.

Los dos Jedi que observaban estaban listos para actuar en caso de ser necesario. De hecho, Anakin estaba más que dispuesto a hacerlo. Pero, la verdad sea dicha, Vos parecía poder mantener su posición contra Dooku. Daba saltos, rebotaba, se agachaba y se revolcaba. Dooku podría haber sido un maestro de la técnica, pero la característica imprevisibilidad de Vos —incluso muy posiblemente para sí mismo— a menudo le daba a él la ventaja.

Como ocurría en ese momento. Vos casi danzaba alrededor de Dooku, obligando al contrincante de más edad a girar sobre sí, golpear y bloquear por todos lados. Y entonces allí sucedió. Dooku se extralimitó apenas un poco y lo siguiente que Kenobi vio fue que el sable de luz del conde estaba en el otro extremo de la habitación y el conde mismo estaba en el suelo, boca arriba.

Vos le sonrió al derrotado Sith. La punta de su sable de luz estaba a un centímetro de la garganta de Dooku.

Incluso en ese momento, Kenobi esperó. ¿Por qué Vos no daba el paso final?

Dooku, desafiante hasta el final, tomó la palabra.

—¿Qué es lo que tú puedes pensar que ganarías con mi muerte? —se burló—. ¿Una sensación de satisfacción? ¿Una insignia de honor?

Vos se acercó más, su mirada fija en Dooku.

—Un nuevo maestro —precisó.

—¿Qué está haciendo? —susurró Anakin.

Dooku, también, pareció sorprendido.

—¡Imposible! —espetó.

Vos tomó con calma a Dooku por el pelo y golpeó su cabeza con violencia contra el suelo.

—¿Lo es? —preguntó—. ¿Después de todas tus traiciones? ¿De todos tus errores? ¿Crees que tu señor renegaría tan rápido de mí?

—¡Sidious te va a matar apenas te vea! ¿Crees que él acepta a cualquiera como aprendiz? ¿A un Jedi mediocre, nada menos?

—¿Mediocre? ¿Quién tiene el sable de luz? —Una vez más, Vos golpeó la cabeza de Dooku contra el implacable metal de la cubierta, esta vez con la mano apretándole el cuello al contrincante de más edad. Vos apretó los dedos.

—Necesitas… una presentación… —dijo Dooku ahogándose.

—Obi-Wan —dijo Anakin en voz baja y apremiante. Kenobi levantó una mano. Sentía que había más que aprender antes de intervenir, quizás incluso la identidad de este segundo Lord Sith.

—Estás mintiendo —dijo Vos, pero Kenobi notó que había relajado su agarre para que Dooku pudiera hablar con más facilidad.

—¿Ah, sí? Entonces ve. Encuéntralo. Observa qué pasa. O podrías unirte a mí otra vez. ¡Podríamos derrotar a Sidious juntos!

—¡No voy a ser tu aprendiz! —Vos comenzó a ahogar a Dooku de nuevo.

—¡No, no! —jadeó Dooku—. Un equipo. Iguales.

—Los Sith no funcionan de esa manera.

—¿Acaso tú y yo somos Sith comunes?

Vos todavía se mostraba escéptico.

—¿Sabes dónde está? ¡Y no me mientas!

—Por supuesto que lo sé. ¡Yo soy el único en quien confía!

Pasó un largo, tenso minuto. Kenobi esperaba desesperadamente que Vos no diera ese paso final, el paso que lo condenaría. «No dejes que se vaya, viejo amigo…».

Vos soltó a Dooku.

—Entonces vamos a buscarlo…

Como si fueran uno solo, Anakin y Obi-Wan saltaron de su lugar de escondite. Dooku se levantó de un salto, siseando.

—¡Jedi!

Obi-Wan estaba demasiado devastado como para hablar. Se lanzó sobre Dooku, pateándole las piernas al conde debajo de él, y luego estiró la mano. El sable de Dooku voló hacia él desde el rincón de la habitación adonde había rodado. Obi-Wan lo encendió y puso la punta a un pelo de distancia del pecho de Dooku.

Anakin había apuntado a Vos, le dio un cabezazo y se apoderó de su sable de luz. Se puso de pie sobre Vos, con el dolor y la ira luchando por imponerse en su rostro mientras hablaba.

—¡Me alegra decir que esta pequeña alianza impía que ustedes dos han formado está oficialmente terminada!

—Conde Dooku, Quinlan Vos —anunció Kenobi, sorprendido por lo fuerte y firme que sonaba su voz—, ambos están bajo arresto acusados de traición.

—Obi-Wan —comenzó Vos, mirando con expresión de asombro a su viejo amigo.

—Tuviste tu oportunidad —espetó Kenobi—. Más de una. Vamos.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

La oscuridad de la sala de guerra de la nave *Vigilancia* se correspondía con lo sombrío de las noticias. La única luz era la que brindaban las pequeñas pantallas multicolores en las diversas consolas negras, y el frío azul del holograma del adusto rostro del maestro Kenobi. Al lado del mahrano, Kav Bayons, un caballero Jedi chagriano, estaba estupefacto, con la boca ligeramente abierta. Hasta el comandante Cody parecía atónito.

—Debe… debe de haber algún error —balbuceó Desh.

—Ojalá lo hubiera —señaló Kenobi. Se lo veía… viejo y más triste de lo que Desh jamás lo había visto—. La única buena noticia es que ahora también tenemos al conde Dooku bajo custodia. El general Skywalker y yo nos reuniremos en breve con ustedes, llevando a los prisioneros. —Kenobi vaciló—. Bayons, Desh… ustedes deben saber que las órdenes que me dio el Consejo en primer momento indicaban la ejecución. Puede todavía llegarse a eso, y nosotros podríamos ser los encargados de llevarla a cabo.

—¿Ejecución? ¿Para ambos? —«Esto no puede estar pasando…», pensó.

—Para ambos —repitió pesadamente Obi-Wan—. Me presentaré ante el Consejo inmediatamente después de mi llegada, y espero que estén dispuestos a reconsiderar la sentencia. Quería que ustedes dos comprendieran la gran importancia de esta situación. Por favor, espérennos en el hangar… y lleven suficientes hombres para brindar una adecuada escolta de los presos y llevarlos al calabozo.

—Sí, maestro Kenobi —respondió automáticamente Desh. La imagen de Kenobi parpadeó y desapareció. Desh quedó inmóvil por un momento, aturdido.

Cody lo miró con una mezcla de piedad, compasión y determinación. Bayons tenía una mirada de simpatía en su rostro azulado. Alto, más joven que Desh, se había distinguido en batalla, pero el mahrano sospechaba que éste era el primer encuentro del chagriano con el verdadero poder del lado oscuro. A decir verdad, era la primera vez de Desh, también, y fue más devastadora de lo que jamás podría haber imaginado.

—Desh, lo siento mucho —dijo Bayons—. Sé que tú y el maestro Vos eran amigos.

—Sí… conozco a Quinlan de casi toda mi vida. No puedo creerlo.

—Siempre es una sorpresa cuando uno de los tuyos te traiciona —sentenció Cody—. Nosotros los clones tuvimos una situación similar hace un par de años. Uno de nuestros hombres, Slick, se volvió contra nosotros. Estaba trabajando con el enemigo. Dijo que amaba a sus hermanos, pero estaba vendiendo información a Ventress y saboteando nuestros suministros… estaba haciendo cosas que podrían terminar llevando a la muerte a una gran cantidad de hermanos. Curiosa manera de mostrar amor, creo yo. —Sacudió la cabeza—. Espero que me perdone por decir esto, señor, pero… casi preferiría que un compañero fuera seducido por el lado oscuro y no que se convirtiera en un simple traidor.

—No hay nada que perdonar —lo tranquilizó Desh—. Pero de cualquier manera, es una tragedia. —Enderezó los hombros y se recompuso. Tenían un trabajo que hacer—. Comandante —dijo— ¿cuántos hombres debemos llevar al hangar?

Cody se rio sin ganas.

—¿Para el conde Dooku y Quinlan Vos? Doscientos tal vez sean suficientes.

—

Fueron considerablemente menos de doscientos, pero sí dos docenas completas de clones armados, escogidos por Cody, estaban reunidos en el cavernoso hangar de la nave *Vigilancia* para esperar la llegada de los infames prisioneros. Aun habiendo sido advertido con anticipación, Desh no estaba preparado para ver salir a su viejo amigo del transbordador Jedi con las muñecas atadas junto al infame conde Dooku. El general Skywalker parecía estar deseando poder cortarle la cabeza a Vos en ese mismo momento. El maestro Kenobi tenía igualmente una sombría mirada de enojo, pero también había dolor en ella.

Desh tocó la Fuerza y se serenó. Entonces pudo verlo y se dio cuenta de la expresión fría, sin vitalidad, en los ojos de Vos. La cruel expresión de su boca, era muy parecida a la de Dooku. Sin duda, Vos sintió su mirada y se volvió para mirar a su viejo amigo Desh. No había atisbo alguno de remordimiento o de súplica, o de ninguna otra cosa que no fuera odio frío en esas conocidas facciones. Desh tragó saliva. Aquello iba a ser lo más difícil que jamás hubiera hecho.

—Señor —informó Cody—, hemos traído dos docenas de nuestros mejores hombres para servir de escolta, y he ubicado clones cada dos metros entre este lugar y la celda.

Skywalker estaba prácticamente empujando a Vos hacia Desh cuando Kenobi dijo:

—Buen trabajo, comandante. —El maestro Jedi entregó a Dooku a Bayons con mucho decoro, aunque no menos disgusto. Desh advirtió que Kenobi parecía incapaz de siquiera mirar a Vos.

—Estos dos tienen tendencia a escapar.

—No en mi turno, señor.

—Vamos a hablar con el Consejo, Anakin —dijo Kenobi. Con una última mirada a Dooku y a Vos, Skywalker se volvió para seguir a Kenobi.

Y entonces Desh quedó cara a cara con Vos. Se encontró a sí mismo mostrando sus dientes blancos y afilados en un gruñido silencioso. Sin decir palabra, hizo una seña con la cabeza a los clones. Cuatro de ellos —incluyendo a Cody, quien avanzó directamente hacia Dooku— se adelantaron para agarrar a los prisioneros de los brazos y conducir a los cautivos a la bodega.

—Desh, estás cometiendo un error —le advirtió Vos.

—Tú ya cometiste uno —le espetó Desh. Tenía los pelos del cuello de punta y las fosas nasales tensas, mientras trataba de tomar aire para tranquilizarse—. Y ahora podrías tener que morir por eso.

Sabía que no debía decir nada más. Debía permanecer tranquilo, recordó para sí el Código Jedi. Permanecer sin ataduras. Simplemente no era posible.

—¿Qué demonios estabas pensando, Vos? —La voz de Desh se quebraba ligeramente—. ¿Por qué hiciste esto?

—Sus razones son cosa de él —intervino Dooku suavemente.

—Usted cállese la boca —espetó Bayons.

El grupo continuó en silencio. Los cuatro clones que custodiaban a los prisioneros tenían un férreo control sobre los brazos esposados. Una docena de clones caminaban delante de ellos. Los Jedi seguían detrás, y el resto de los clones formaban la retaguardia. De alguna manera, para sorpresa de Desh, ni Vos ni Dooku ofrecieron resistencia.

Abruptamente, Vos se detuvo y se volvió hacia Desh.

—¿Quieres saber por qué lo hice? —preguntó, y Desh no pudo interpretar su expresión.

—No te molestes en alegar nada —dijo el clon a la derecha de Vos, tirándole del brazo.

—Señor —le advirtió Cody—, no lo escuche.

Desh levantó una mano.

—No, espere. Está bien, comandante. Quiero escuchar esto. —Se ubicó directamente delante de Vos y se cruzó de brazos, las orejas aplastadas contra la cabeza—. Adelante.

—Los Jedi no entienden —explicó Vos, su voz llena de desprecio—. Ustedes no pueden comprender todo el poder del lado oscuro. Tienen demasiado miedo de manejarlo. No están dispuestos a hacer los sacrificios necesarios. Son débiles, Desh. Débiles. Y patéticos. Y yo…

El sable de luz de Desh voló a las manos de Vos.

—… lo siento. —Vos terminó violentamente, impulsando con la Fuerza al estupefacto Jedi hacia los clones detrás de él. Todos salieron volando.

Desh se puso en pie, justo a tiempo para ver que Vos cortaba las ligaduras de Dooku. El conde emuló a su aliado, apoderándose del sable de luz de Bayons. En rápida sucesión, Dooku derribó a un clon de la escolta, empujó con la Fuerza a Cody por el corredor contra el mamparo, liberó a Vos y luego atacó a todos los que estaban delante de él, incluyendo a Bayons, con un rayo de la Fuerza. El chagriano y los cuatro clones cayeron, retorciéndose de dolor.

Con el sable de luz azul de Desh en la mano, Vos lo atacó. Sus miradas se encontraron. Desh gruñó y se lanzó contra su viejo amigo, pero justo cuando estaba por agarrar a Vos en la Fuerza, el ex maestro Jedi voló por encima de las cabezas del mahrano y de los clones para seguir corriendo por el pasillo de regreso al hangar. Dooku lo siguió.

Desh miró hacia atrás. Todos los clones, menos uno, yacían en ángulos tan antinaturales que estaba claro que nunca volverían a levantarse. Cody parecía estar herido, aunque con vida. Bayons estaba un poco aturdido, pero rápidamente sacudió la cabeza y se unió a Desh en su persecución.

Los pocos clones aún en pie estaban disparándoles a los prisioneros fugados. Vos giró sobre sí, bateando para rechazar los disparos y gritándole a Dooku:

—¡Llévalos afuera!

—Con mucho gusto —ronroneó Dooku. Hizo una pausa, lanzó las dos manos hacia adelante y levantó los puños apretados. Los clones fueron levantados en la Fuerza, dejando caer sus pistolas bláster, ya que sus manos fueron a sus cuellos para librarse de manos invisibles. Desh oyó un crujido horrible, y ambos quedaron rengos. Burlón, Dooku arrojó los cadáveres directamente contra Bayons y Desh. Los dos Jedi los esquivaron y siguieron avanzando.

Sólo había un pensamiento en la mente de Desh cuando convocó hacia él a la Fuerza y la usó para saltar hacia un hombre al que había considerado un gran amigo: «Tengo que matar a Vos». Ya era claro para Desh que la única manera de hacerlo era matándolo.

Matarlo… y morir con él.

El mahrano quebró la muñeca derecha al saltar, extendiendo la mano. Una astilla de hueso de seis centímetros, resbaladiza con veneno negro, apareció directamente debajo de la palma de su mano. La acción de exponer el aguijón liberó su toxina en el torrente sanguíneo de Desh. No era doloroso… no todavía. Justo cuando su salto estaba a punto de llevarlo a caer encima de Vos, el aprendiz de Sith —pues para entonces Desh ya sabía que eso era— lanzó una mano. Desh fue rápidamente girado sobre sí. Para su horror, Vos le había arrojado directamente hacia Bayons.

Desesperadamente, Desh intentó girar hacia un lado, con al ángulo de su aguijón lejos de su compañero Jedi, pero ya era demasiado tarde. *La* punta letal pasó rozando la cara azulada del chagriano para dibujar una fina línea de sangre. La carne que la rodeaba comenzó a hincharse inmediatamente. Los ojos de Bayons se agrandaron mientras miraba, conmocionado, a Desh. Se tambaleó hacia un lado, para apoyarse en la pared.

El veneno ya se movía con más libertad por todo el cuerpo de Desh. Yacía donde había caído, temblando de dolor mientras su sangre se convertía en fuego líquido, quemándolo con cada latido de su corazón. Se tragó un aullido, y de su hocico goteaba espuma. Su visión empezaba a deteriorarse. En unos momentos, quedaría completamente ciego, pero por el momento, podía vagamente distinguir la figura que se alzaba junto a él.

Vos conocía los efectos del veneno sobre los mismos mahranos. Y sabía que la muerte, si bien inevitable, a veces podía tardar hasta diez minutos y podía ser un tormento insoportable.

Así fue que, cuando Vos levantó el sable láser de Desh y lo bajó con fuerza, Desh no estaba seguro de si Vos daba ese golpe de muerte como una crueldad o como un acto de bondad.

—

Kenobi respiró hondo. No tenía sentido posponer aquello por más tiempo. Apretó un botón en la mesa holográfica de la sala de guerra y apareció una imagen del Consejo Jedi. Miró primero a Yoda, que lo miró con solemnidad.

—Atrapado fue Vos. —Era una afirmación, no una pregunta.

—Sí, maestro Yoda —respondió Obi-Wan. Incluso a sus propios oídos, su voz sonaba descorazonada—. Hemos detenido a los dos, a Vos y a Dooku. —Les dio un breve resumen de los acontecimientos.

—Estoy verdaderamente apenado de que las cosas ocurrieran de esta manera, maestro Kenobi —dijo Windu—. Pero… creo que todos estamos de acuerdo en que este asunto ha sido resuelto. Quinlan Vos ha firmado su propia sentencia de muerte.

Todo el Consejo parecía consternado, incluso Windu. En la mente de Kenobi no había ninguna duda de que el otro maestro hubiera preferido estar equivocado.

Yoda asintió moviendo la cabeza con tristeza.

—Su sentencia él firmó.

—Nosotros, mmm… podemos hacernos cargo de la cuestión aquí, si lo desea. —«Palabras sin sangre para un hecho sangriento», pensó Kenobi mientras las pronunciaba.

Yoda movió la cabeza.

—La captura de ambos, no fue prevista por nosotros. Al Templo los llevarás. Si información de ellos obtenemos, preservadas sus vidas podrán ser. Pero al final… ejecuciones, debemos tener.

—Sí, maestro Yoda. —Kenobi apretó un botón y el holograma desapareció. Puso sus manos sobre la mesa e inclinó la cabeza por un momento.

—Eh —dijo Anakin—, esto no es su culpa.

Kenobi le dirigió una risita sin sentido del humor.

—¿No? Yo soy quien sugirió su nombre para la misión en el primer lugar.

—Usted de ninguna manera podía…

—¡General Kenobi! ¡General Skywalker! —La voz de Cody que salía por el comunicador de Kenobi era frenética—. ¡Han escapado! Parece que mis hombres están todos muertos. También cayeron Desh y Bayons. Van por el corredor, de regreso al hangar.

—¿Puedes alcanzarlos? —preguntó Kenobi. Mientras hablaba, él y Anakin habían ya activado sus sables de luz y se dirigían a la puerta.

—Lo siento, señor, negativo, mi pierna se quebró como una ramita.

—La curaremos, Cody, no te preocupes —dijo Anakin y añadió, murmurando—: Esos resbaladizos, viscosos…

—Ahorra tu aliento —dijo Kenobi— y corre.

—

—¿Ventress?

Ventress cerró los ojos con alivio.

—¿Vos? ¿Todo listo?

—Te estoy enviando las coordenadas de nuestra ubicación. —Su voz era tensa.

—¿Coordenadas? ¿Nuestras? ¿Quién está contigo?

—Te lo explicaré más tarde.

—Vas a explicármelo ahora.

—Ahora realmente no es el momento. —Su voz subía de tono y se lo escuchaba distraído.

Una vez más, las campanas de alarma sonaron en la mente de ella.

—Bien. Estoy en camino. Pero esto no me gusta, Vos.

Marcó las coordenadas y sus ojos se abrieron grandes. ¡Vos estaba en un crucero Jedi! Por un momento, Ventress vaciló. Algo había salido claramente mal. Pero Vos se percibía oscuro. Los Jedi tenían que saber eso. Tal vez debía comunicarse con Kenobi…

Ya mientras lo pensaba, Ventress descartó la idea. No. Mejor rescatar a Vos y desaparecer de inmediato. Que los Jedi piensen lo que quieran. Su opinión ya no iba a importar.

Ventress llevó su nave junto a la puerta del hangar justo cuando se abrió. Al activar la puerta de la *Banshee*, oyó dos golpes cuando Vos y su compañero desconocido saltaron adentro. Tocó los controles para cerrar la puerta y partir a toda velocidad, marcando coordenadas aleatorias para confundir a los perseguidores, luego se liberó del cinturón de seguridad y se dirigió a la parte de atrás a recibir a Vos.

—Veo que todavía estás en una… —Su voz se apagó. «¡Dooku!». Parado en la bodega y mirándola, el conde parecía casi tan sorprendido como ella. Una ira hirviente atravesó a Ventress y ésta se volvió hacia Vos—. *¿Qué* has hecho?

—No es lo que tú… —comenzó Vos.

—¿No es lo que yo creo? ¿Cómo puede esto no ser lo que pienso? ¿Dooku? ¿En persona? ¿Aún con vida?

—¿Nuestros planes de escape dependían de ella? —exclamó Dooku casi al mismo tiempo, con los labios apretados—. ¿La asesina más abismal de todos los tiempos?

El rostro de Vos se endureció y empujó a Dooku.

—¡Cuida tu lenguaje!

—¡No confío en ella!

—Pues yo sí, y tú estás libre gracias a mí. Teníamos un trato. ¿Comprendes? —El desprecio y la resignación parpadeaban en el rostro patricio de Dooku, y luego asintió con un movimiento de cabeza—. Bien. Ahora ponte el cinturón de seguridad.

—Vos —dijo Ventress, apenas refrenando su ira—, tenemos que hablar. Ahora. —Sacudió la cabeza señalando la cabina del piloto. Vos asintió y rápidamente subió la escalera. Mirando hacia atrás, a la bodega, Ventress le susurró—: *¿Qué* demonios está pasando?

—Te lo diré. Lo prometo.

—Sí, claro que lo dirás —acordó Ventress—. Ahora mismo. —En este momento, tenemos un crucero Jedi persiguiéndonos. Vamos a algún lugar seguro primero, y luego te lo diré todo.

—¿Dónde hay un lugar «seguro»?

—Christophsis. Nos reuniremos allí con un crucero separatista que nos está esperando.

Mientras hablaba, su mirada recorría la bodega y sus ojos se entrecerraron. Ventress lo miró con incredulidad por un momento. Ella observó el rostro de él, buscando respuestas allí. Tenía razón. Estaban escapando y Dooku necesitaba absolutamente ser vigilado en todo momento.

—Muy bien —ella estuvo de acuerdo—. Pero no conozco nada que puedas decir que pueda convencerme de que traerlo a él no es gigantesco error… uno que podría hacer que nos maten.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Skywalker y Kenobi estaban en el puente de la *Vigilancia,* que rápidamente achicaba la distancia.

—Obi-Wan —dijo Anakin, al ver que la *Banshee* iba directamente al encuentro de un acorazado separatista—, no podemos permitir que se escapen de nuevo. Tenemos que disparar contra ellos.

—¿Y el riesgo de matarlos a todos a bordo? —Obi-Wan negó con la cabeza—. No. Debemos llevarlos de vuelta con vida al Templo. Son muchas las cosas que ellos saben y que nosotros tenemos que averiguar. —«Sí», pensó con amargura, «desde ya, vamos a asegurarnos de mantenerlos con vida, sólo para finalmente matarlos de todos modos».

—Sólo un rasguño. Lo prometo —insistió Anakin—. Dañaremos su nave y se van a ver obligados a aterrizar. Es mucho mejor que la alternativa de que ellos escapen.

Kenobi se acarició la barba, meditando. La nave de Ventress seguía achicando la brecha.

—Muy bien —aceptó.

Anakin se volvió hacia Threepwood, el clon al mando del puesto de armamentos.

—¡Fuego cuando esté listo! ¡Derríbalos! —¡Sí, señor!

—

Casi habían llegado al acorazado que los esperaba. Ventress estaba muy atenta al crucero Jedi detrás de ellos. Ella se debatía entre comenzar maniobras evasivas o hacer que la *Banshee* entrara tan pronto como fuera posible al hangar. Entró en contacto con la Fuerza…

—¡Un momento! —exclamó ella. Ventress llevó la nave bruscamente a babor, pero no a tiempo como para evadir el ataque de los Jedi. La *Banshee* se sacudió violentamente. El humo comenzó a llenar la cabina, los controles se volvieron locos. Frenética, Ventress trataba de mantener la *Banshee* en dirección al hangar abierto, pero como si fuera un rancor lanzado ciegamente al ataque, la nave ya no la obedecía. No podía llegar a la nave, pero tal vez podría aterrizar en Christophsis. Ya no quedaba ninguna duda de que iba a estrellarse. La pregunta era con qué intensidad lo iba a hacer.

—¡Un momento! —gritó—. ¡Ajústense los cinturones y prepárense, voy a tratar de descender!

Se precipitaron a través de la atmósfera y el implacable terreno cristalino parecía acercarse como si estuviera deseoso de encontrarse con ellos. Ventress luchaba con los controles, tratando desesperadamente de frenar la caída, de hacer que la nariz de la nave subiera.

Soltó los controles y se concentró en su miedo y en su ira, convocando a la Fuerza. Ella no iba a morir en un ridículo accidente. Había preguntas que necesitan respuestas.

Apeló a toda su voluntad, insistiendo, exigiendo, que la *Banshee* disminuyera la velocidad, que fuera más lento, que se equilibrara, y…

Se estrelló contra la superficie.

Obi-Wan piloteó el transbordador Jedi hasta el lugar del accidente y lo sobrevoló. Él y Anakin lo observaron en silencio. Había sido fácil de localizar; Ventress había dejado una estela de astillados cristales azul-verde en lo que fue, obviamente, un aterrizaje apenas controlado.

—Me aseguraste que sería apenas un rasguño —comentó Obi-Wan.

—Lo siento, señor —dijo Threepwood—. Ellos se desviaron en el último minuto.

—Esperemos que haya sobrevivientes —auguró Kenobi—. Prepárense para recibir heridos.

Cuando el transbordador se detuvo sobre una superficie plana cerca de los restos de la nave estrellada, Obi-Wan no se sintió optimista. El destrozo era grave. El clon había tenido razón. Probablemente usando su sensibilidad a la Fuerza, Ventress había hecho una repentina maniobra en el último minuto. Lo que se suponía iba a ser un rasguño había terminado siendo un importante golpe en la popa de la nave, y los motores habían quedado dañados. Christophsis era un mal planeta para estrellarse y la *Banshee* no había aterrizado suavemente. Restos de diversos tamaños estaban esparcidos por todas partes.

Los dos Jedi, con sus sables de luz encendidos, y Threepwood, Tracker y Boil, los clones que los habían acompañado, formaron un círculo en silencio alrededor de la nave derribada. Anakin les hizo señas a los demás para que se quedaran atrás mientras él avanzaba para cortar un agujero en la puerta de la nave con su sable de luz. Usó la Fuerza y sacó el trozo circular de metal para ponerlo en el suelo. El humo se elevaba. Metió la cabeza en el interior, luego se volvió hacia Kenobi. Tenía el rostro desencajado por la ira.

—¡No están aquí!

—Señor, —llamó Tracker—, hay sangre aquí. Creo que salieron saltando por las ventanillas anteriores de la cabina.

Kenobi miró. Efectivamente, había sangre, mucha sangre.

—Bueno —dijo—, alguien quedó herido. No pueden haber ido muy lejos, entonces. Empiecen en el bosque.

—

La ira, Ventress pensó con amargura, era buena para muchas cosas. En ese mismo momento estaba haciendo el trabajo excelente de mantenerla en pie, incluso moviéndose con algo que se aproximaba a la velocidad, a pesar de que su rodilla y el hombro izquierdos habían sido casi arrancados por los controles destrozados cuando se estrellaron contra el suelo implacable. Se dirigían a una torre donde, Dooku les aseguró, iban a encontrar naves esperando para llevarlos fuera del planeta hacia su próximo destino. No tenía ni idea de a dónde sería, por supuesto. Nadie se lo iba a decir.

Vos tenía algunos moretones, pero por lo demás parecía haber escapado ileso. Dooku era el más gravemente herido de los tres. No se había ajustado los cinturones de seguridad correctamente en la bodega de la nave cuando los Jedi les dispararon y él estaba pagando el precio por ello. Llevaba un brazo alrededor de Vos que le servía de apoyo mientras se abrían camino a través de enormes hexágonos que salían del suelo y que eran lo que funcionaba como un bosque en Christophsis.

Como si fuera una señal, oyó aquella voz suave como la seda, en ese momento tensa por el dolor, la agitación.

—Yo… tengo que detenerme.

—Ventress, detente —dijo Vos. Bajó a Dooku al suelo, apoyándolo contra un obelisco natural azul-verde. El conde hizo una mueca y se llevó una mano a un costado.

Ventress apretó los dientes.

—Por supuesto, el que vinimos a matar es quien va a hacer que nos maten a todos. —Moviendo la cabeza, se fue cojeando hacia Vos y lo empujó con fuerza—. ¡Me prometiste que esto terminaría!

Sus palabras hicieron que Dooku soltara una risita, aunque se estremeció ligeramente por el dolor.

—¿Terminado? Mi querida Ventress, todo lo contrario. Esto recién empieza.

Ella sintió que un frío dedo de aprehensión le recorría la columna vertebral.

—Vos —dijo lentamente—, ¿de qué está hablando? ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Vos señaló con la cabeza a Dooku, luego la tomó a ella del codo e intentó llevarla a una distancia donde no pudieran ser escuchados. Ella liberó su brazo, pero lo acompañó.

—Tengo algo mejor reservado para nosotros —dijo Vos en voz baja—. Tienes que confiar en mí en este caso, Asajj, ¿de acuerdo? —Sus ojos suplicaban.

—Esto no se trata de ti —replicó ella—. Este plan era sobre nosotros. Juntos. ¿Recuerdas?

—¡Es acerca de nosotros, te lo aseguro!

—Has estado asegurando muchas cosas en la última hora —remarcó Ventress. Si él fuera cualquier otra persona, ella simplemente se habría ido por su cuenta en ese momento. Pero, ¿a dónde podría irse? Ella había ayudado a Vos a escapar, y con el conde Dooku a la rastra, nada menos. De todas maneras, no creía que los Jedi le fueran a ofrecer un perdón por segunda vez. Además… ella todavía podía sentir los sentimientos de Vos por ella. Cualquiera que fuese este «plan», él, en realidad, estaba haciendo lo que consideraba que era mejor para los dos. Ella tenía que seguir confiando en él, al menos por el momento. Esta vez, cuando él, vacilando, le tocó la cara, consciente de que antes ella se había alejado, ella suspiró e inclinó la mejilla para apoyarla en la mano de él.

—¡Si ustedes dos tortolitos han terminado con sus desagradables demostraciones —se oyó la voz inoportuna del conde—, probablemente deberíamos continuar nuestro camino!

Ventress se volvió hacia él, sin molestarse en ocultar su desprecio.

—Usted fue quien nos pidió detenernos —le recordó. En ese momentó su intercomunicador comenzó a parpadear. Lo miró con sorpresa, luego comenzó a apagarlo con el dedo.

—No —la detuvo Vos—. Ve por allí. Atiende el llamado.

Ella asintió con la cabeza. Se alejó de ellos rengueando un metro o dos, se apoyó contra un trozo de piedra, y respondió. Apareció un holograma de Obi-Wan Kenobi que levantaba las manos como un suplicante.

—Ventress —dijo—, no cortes la comunicación, por favor. Escúchame.

En un susurro, ella replicó:

—No tengo tiempo para esto, Kenobi.

—Voy a ser breve. El maestro Yoda ha percibido que Vos se ha convertido al lado oscuro. Se ha asociado con el conde Dooku. ¡Debes convencerlo para que se rinda, o nos veremos obligados a ejecutarlo!

Inhaló rápidamente. ¿Ejecutarlo? Primero Dooku, ahora Vos… ella nunca había esperado esto de los Jedi. Luego, prestó atención a las otras palabras que el Jedi había pronunciado.

No. No era posible. Ella había podido sentir la oscuridad en Vos antes, pero eso había desaparecido. Él había salido de eso, como ella lo había… pero… sin importar lo mucho que ella creía que Vos la amaba, él había insistido en traer a Dooku, y sin duda él seguía ocultándole algo. Ventress miró a los dos hombres. Ambos estaban observándola, pero ninguno podía oír lo que ella o Kenobi estaban diciendo. Manteniendo su voz baja, ella susurró:

—Se equivoca, Kenobi. Él va a completar su misión. ¡Usted debe darnos tiempo!

Ventress apagó el comunicador y respiró hondo. Vos se acercó a ella.

—¿Qué te dijo? —preguntó él en voz baja, ya que no quería que Dooku escuchara.

Ella habló sin rodeos.

—Obi-Wan me dijo que te has convertido al lado oscuro. Dice que nos van a matar a todos a no ser que te rindas.

Los ojos de Vos se abrieron grandes ante la palabra «matar», pero negó firmemente con la cabeza.

—¿Rendirme? ¿Ahora? De ninguna manera. No cuando estamos tan cerca.

—¿Cerca de qué?

La expresión de él se suavizó. Él tomó la blanca cara de ella entre sus oscuras manos.

—Cerca del final. Cerca de ser total y completamente libres. —Se inclinó y la besó tiernamente, y Ventress devolvió el beso casi con desesperación, esperando con todas sus fuerzas que él tuviera razón.

—

—Ella está cegada por el amor —dijo Anakin, no sin simpatía.

Kenobi no estaba en desacuerdo. Lo único que dijo fue:

—Tenemos que encontrarlos.

Su intercomunicador sonó de nuevo y él respondió rápidamente, esperando que fuera Ventress. En cambio, apareció la imagen de un enfadado Mace Windu.

—¿Cuál es su situación, maestro Kenobi?

—Estábamos persiguiendo a la nave y la bajamos a la superficie. Parece que todos a bordo sobrevivieron y, por desgracia, lograron escapar. Los estamos siguiendo ahora. Al menos uno parece estar herido. —Obi-Wan vaciló—. Hablamos brevemente con Ventress, pero poco fue lo que dijo. Ella no cree que Vos se haya convertido. Dice que está a punto de completar su misión… —Se lamentó del tono de inseguridad de su voz.

Mace, sin embargo, decididamente no sonó inseguro en su respuesta.

—Si estaba cerca, debería haberla completado ya. El momento de actuar es ahora. Tratar de traerlos vivos fue claramente un error. Encuentre a los fugitivos y ejecútelos.

Una pequeña y serena voz dentro de Obi-Wan Kenobi le dijo: «Esto está mal».

—¿A todos ellos? —preguntó sin poder creerlo.

—A cualquiera que se interponga en su camino —fue la respuesta de Mace.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Ventress, Vos, y Dooku seguían adelante. Al principio la prometida torre parecía no ser más que otra de las bellas y gigantescas formaciones naturales que adornaban la superficie del planeta. Pero a medida que se fueron acercando, Ventress vio que, efectivamente, lo que simplemente había sido nada más que otro cristal —aunque uno particularmente enorme— había sido ahuecado hábilmente. Brillaba a la luz del sol, pero parte de esos brillos eran de ventanas y armas. Efectivamente, era una torre, un lugar donde se practicaba la muerte y el engaño, y Ventress sintió una peculiar y quemante oleada de odio ante la violación de algo que alguna vez había sido a la vez extraordinario e inocente. Estaban lo suficientemente cerca como para caminar a la sombra de la torre, pero antes de que se detectara su llegada, Dooku pidió otra parada.

—¿Y ahora qué? —espetó Ventress.

—No debo verme débil —respondió—. La mayoría de los que vamos a encontrar son droides, pero hay algunos productos orgánicos entre ellos. Vos… ayúdame…

Ventress se cruzó de brazos y observó. Había esperado que Dooku se desangrara en el viaje. De ese modo, ella y Vos podrían haber vuelto a los Jedi, habiendo completado la misión. Una vez que las cosas se hubieran calmado, entonces, por fin, podrían irse como habían planeado. Desafortunadamente, Dooku se mostró tan decidido a esto como acerca de muchas otras cosas e insistía en aferrarse a la vida. Mientras Vos lo ayudaba a cortar las partes más ensangrentadas de su camisa y a envolver la tela exterior para ocultar la herida, Ventress reprimió un comentario mordaz.

«Vos, es mejor que estés en lo cierto sobre lo que sea que estás planeando».

—Eso está mejor —aprobó Dooku.

—¿Y nada de decir «gracias»? —Ventress no pudo evitarlo. El conde le dirigió una desdeñosa mirada, se enderezó y se adelantó. Ventress tuvo que admitir que no daba muestras de nada. Era efectivamente un maestro del engaño.

Cientos de droides se agrupaban en la base de la torre, y más formaciones hexagonales hasta ahí habían servido para ocultarlos. Era una desconcertante sensación esa de tener tantas armas apuntándolo a uno al mismo tiempo.

—¡No disparen! —gritó Dooku, saliendo del bosque de cristal al terreno abierto con las manos levantadas en un gesto de mando—. ¡Soy yo, su señor!

—¡Conde Dooku! —Hubo un ruido metálico cuando todos los droides bajaron con precisión sus armas a la vez.

—Esa es una mejor manera de saludar a su amo. Ahora llévenme a la sala de comando.

—¿Y ellos? —Uno de los droides miró a los acompañantes de Dooku. Ventress se puso tensa. Contra tantos droides, el resultado era indudable, pero ella iba a caer peleando. Si Dooku iba a traicionarlos, ése sería un momento ideal, ya que estaban completamente a su merced.

—Sí, ellos están conmigo —respondió Dooku sin problemas. Ventress se relajó, apenas un poco.

—Entendido. Por aquí, señor.

La piel de Ventress se erizó al estar en el corazón de un sitio separatista. Tuvo que reprimir las ganas de cortar por la mitad a todos los droides que veía. Para cuando… cualquiera que fuese el tiempo que se necesitara… aquello hubiera terminado, ella sabía que iba a quedar completamente agotada.

Pero entonces, ella y Vos estarían juntos y lejos de todo eso: los Jedi, los separatistas, Dooku, todo. Y por eso valía la pena el desgaste de adrenalina de ese momento.

Siguieron a Dooku hasta un ascensor que los llevó a uno de los pisos superiores, y entraron en una gran sala. Vidrios, seguramente polarizados envolvían el lugar de piso a techo, bridando una vista de 270 grados. Incluso a simple vista se podía ver varios kilómetros y, al escuchar los zumbidos y murmullos de varias pantallas y consolas, Ventress se dio cuenta de que desde allí, los separatistas también podían controlar casi todo en Christophsis. La composición única del planeta había proporcionado a Dooku el mejor camuflaje para una base que era clave.

La sala había sido un hervidero de agudos sonidos del parloteo droide, pero quedó en silencio cuando entró Dooku. Vos y Ventress se echaron un poco hacia atrás. Ella miró a Vos, pero la mirada de él estaba fija en Dooku. Ventress se preguntó si él estaría empezando a tener dudas. Ella esperaba que así fuera.

—Señor —dijo uno de los droides con voz chillona—, Darth Sidious ha estado tratando de comunicarse con usted. ¡Dice que es urgente!

—¿Urgente? ¿En serio? —preguntó Dooku—. Me pregunto qué puede querer. Comuníqueme con él inmediatamente. —Miró a Ventress y a Vos—. Ustedes dos, esperen aquí. —El conde se volvió y entró por una puerta lateral a la derecha del ascensor. Vos rápidamente se deslizó detrás de él sin mirar a Ventress. Furiosa con los dos, ella los siguió justo cuando las puertas se cerraban. La cámara estaba oscura, la única luz provenía de una tola holomesa en el centro.

Dooku se volvió, irritado.

—¡Te dije que esperaras fuera!

—De ninguna manera —respondió Vos—. Dijiste algo acerca de una presentación, sí mal no recuerdo. —Se desvaneció entre las sombras cerca de la puerta, haciéndole un gesto a Ventress para que fuera al otro lado de la holomesa. Ella se metió en un rincón, ocultando la mayor parte de su muy visible cara blanca con un brazo en caso de que, por alguna razón, Sidious se diera vuelta. Con el otro tomó la empuñadura de su sable de luz.

El conde parecía querer protestar, pero en ese momento apareció un holograma. Dooku cayó de rodillas, con la cabeza inclinada. Ventress había visto a Darth Sidious antes, pero nunca había visto su rostro. Y era poco probable que lo llegara a ver en ese momento. Vestía las mismas ropas pesadas y la capucha oscura que siempre usaba, ocultando sus rasgos incluso en ese momento, cuando se suponía que sólo iba a estar hablando con Dooku.

—Darth Tyranus —dijo con su voz monótona el maestro del conde Dooku. A pesar de que no estaba físicamente presente, el simple sonido de su voz, áspera, de alguna manera crujiente como el susurro de antiguos pergaminos, produjo un escalofrío en Ventress. Este hombre estaba inmerso en el lado oscuro de la Fuerza, saturado de él, de una manera en que, ella estaba segura, Vos, tal vez ni siquiera Dooku, jamás habían estado. Ella apretó el puño en su sable de luz.

—Maestro —respondió Dooku, su voz teñida con un tono que Ventress nunca le había oído: servilismo.

—Parece que desapareciste por un buen tiempo.

—Mis disculpas, mi señor. Estuve detenido brevemente por las fuerzas de la República, pero logré evadirlos.

La figura encapuchada volvió la cabeza.

—¿Quién está contigo? ¿En las sombras?

Vos dio un paso adelante.

—Éste… éste es mi nuevo… asesino —respondió Dooku, su actitud serena se tambaleó un poco.

—¿Asesino? —La voz crujiente había descendido a un timbre más bajo, envuelto en desaprobación y advertencia—. Ya conoces mis sentimientos acerca del tipo de ayuda a la que puedes recurrir.

—Él no va a ser ningún problema —le aseguró rápidamente Dooku.

—Estoy seguro de que no lo será. —El tono de Darth Sidious era un ronroneo peligroso.

Dooku cambió rápidamente de tema.

—Maestro, estamos demasiado expuestos aquí en Christophsis. Tenemos que encontrar un refugio seguro. Tal vez usted pueda enviar una nave.

Hubo una pausa. Luego:

—Tal vez —dijo Darth Sidious. Su holograma desapareció. Ventress exhaló lentamente.

—¿Tu asesino? —espetó Vos.

Dooku, una vez más altivo y desdeñoso, respondió:

—¿Qué quieres que diga? ¿«Mi *rival*»?

Antes de que Vos pudiera replicar, se oyó un crujido atronador y toda la torre se estremeció.

—¿Qué fue eso? —exclamó Dooku, poniéndose de píe y yendo a tumbos hacia la puerta. La abrió para encornarse con ruinas. Las ventanas que envolvían las tres cuartas partes del espacio habían sido borradas por una explosión, junto con las consolas en ese costado. Trozos de cristal incongruentemente hermosos cubrían el suelo. Lenguas de fuego ascendían lamiéndolo todo y la habitación estaba empezando a llenarse de humo acre. Los droides disparaban, inútilmente, y mientras Ventress observaba, el transbordador Jedi regresaba para una segunda pasada.

—¡Abajo! —gritó Vos, y Ventress y Dooku obedecieron, arrojándose al suelo. Ventress se apoyó en un codo, apartando los escombros con la otra mano. La torre tembló, una vez más, y luego se sacudió violentamente.

—¿Dónde están las escaleras? —preguntó Vos con voz urgente, sacudiendo a Dooku.

—¡Por aquí! —Dooku se puso de pie y se dirigió a la puerta en el lado opuesto del ascensor. Ventress supo de inmediato que, aunque no eran estrechas, bajar por las talladas y relucientes escaleras en espiral les llevaría demasiado tiempo. Armándose de valor para el dolor que su pierna herida iba a experimentar con el impacto, con la ayuda de la Fuerza saltó a un punto abajo. Contuvo un grito y advirtió con satisfacción que Dooku no pudo reprimir el suyo. Una y otra vez, los tres saltaron, siguiendo la espiral descendente. Ventress sólo esperaba que llegaran a tierra antes que los Jedi hicieran que la torre entera se derrumbara sobre ellos.

—

«Esto está mal».

La voz suave y apacible no dejaba tranquilo a Obi-Wan. Seguía envolviendo sus pensamientos, de manera suave pero persistente. «¿Qué parte?», se preguntaba. «¿Matar a los tres, incluso Ventress, que intentaba ayudar? ¿Ejecutar a Vos sin juicio?». «¿Enviar a Vos para asesinar a Dooku?».

Arriba, el transbordador y los ARC-170 que Kenobi había pedido como refuerzo continuaban con su ataque aéreo mientras decenas de soldados se habían unido a él y Anakin en el terreno.

—¡Fuego! —gritó Anakin.

Los clones obedecieron, lanzando una serie de granadas a los droides agrupados en la base de la torre. El ataque derribó a la mayor parte de los droides de combate y los cañones abrieron un enorme agujero en el magnífico trozo de cristal. Llamas anaranjadas enviaban espirales de humo negro hacia el cielo incongruentemente azul, salpicado de algunas nubes.

—¡Necesitamos más potencia de fuego! —gritó Anakin—. ¡Envíen a los caminantes!

«Esto está mal».

De repente, Obi-Wan no pudo resistir más aquella suave insistencia.

—Anakin —llamó—, tenemos que retroceder. No van a sobrevivir a esto si seguimos disparando.

Anakin le dirigió una mirada de sorpresa.

—Usted escuchó lo que el maestro Windu dijo. ¡Matar a cualquiera que se interponga en nuestro camino!

—Yo sé lo que dijo —replicó Obi-Wan—, pero creo que si hay una posibilidad, aún debemos tratar de sacarlos de aquí sanos y salvos. ¡Te digo que retrocedas!

Las cejas doradas de Anakin se unieron en un entrecejo fruncido.

—No voy a ir contra las órdenes del maestro Windu. Especialmente no por Dooku, un traidor y una…

Sus palabras fueron ahogadas por el rugido de los caminantes, todos disparando a la vez a un solo punto en la torre. Un crujido ensordecedor se oyó aun por encima de la cacofonía de los tanques. Tan limpiamente como si hubiera sido partida en dos por un gigante invisible, la torre se rompió. La parte superior, un poco más de dos tercios del obelisco, cayó lentamente pero de manera inevitable. El tiroteo continuó, esta vez al interior así expuesto. El humo subía junto con el brillante polvo de cristal, y comenzaron a producirse pequeños incendios.

—¡Tenemos que encontrarlos! —gritó Kenobi, tosiendo por el polvo que hacía que su garganta estuviera tan seca como en Tatooine—. ¡Todavía están dentro!

CAPÍTULO CUARENTA

Ventress volvió en sí a oscuras. Algo pesado la aplastaba y sus párpados estaban cerrados y sellados con una sustancia pegajosa. Intentó levantar una mano para limpiar eso que los cubría, pero el dolor la atravesó cuando se movió y casi perdió el conocimiento por segunda vez. Lo último que recordaba era estar a mitad de un salto. Un sonido que no se parecía a nada de lo que había oído en su vida había resonado como un trueno en sus oídos, y entonces…

La Torre. Se había destrozado. Vos… ¿estaba él…?

—¡Ventress! —A pesar del sufrimiento físico, el alivio la envolvió. Todavía estaba vivo. Tal vez la torre había arrastrado a Dooku consigo terminando con él a la vez que se destruía ella misma.

—¡Ventress!

Ella trató de llamarlo, pero su torso estaba tan apretado que apenas si podía respirar.

—Vos —susurró.

—Tenemos que salir de aquí. —La voz de Dooku se oía irregular, pero imperiosa como siempre—. Van a atacar por aquí en cuestión de minutos. ¡Déjala! —Ventress no pudo ver la reacción de Vos, pero oyó un gruñido agudo de ira. Se descubrió a sí misma sonriendo. Aun cuando pudiera esperar de manera razonable que ella estuviera muerta o más allá de toda ayuda, incluso cuando su propia vida estuviera en riesgo, Vos no iba a abandonarla.

—¡Ventress! —Él ya estaba más cerca, y ella lo intentó de nuevo. Un gemido escapó de sus labios; débil, pero suficiente. Oyó ruidos chirriantes por encima de ella y se obligó a abrir los ojos, arrancándose algunas pestañas al hacerlo. Luz, un torbellino con polvo brillante, fue lo que encontró su mirada. Y luego, el rostro amado. Él había sufrido una lesión en la cabeza, y un hilo color escarlata contrastaba vivamente tanto con su piel oscura como con su brillante tatuaje amarillo. Ventress no conocía todavía el alcance de sus lesiones, pero por la expresión de él, supo que eran graves. Él se arrodilló a su lado.

—Pon los brazos alrededor de mi cuello —le dijo. Ella trató de hacerlo, pero sospechó que tenía un brazo roto. El otro estaba pesado, muy pesado. Ventress dejó escapar un gemido de frustración, y él la tranquilizó—. Está bien, te tengo. Te tengo. Vamos, salgamos de aquí y vamos a un lugar seguro.

Deslizó un brazo alrededor de los hombros de ella, que reprimió un grito. Dooku los estaba mirando; sin duda deseaba poder atravesarlos a ambos con su sable de luz en la primera oportunidad. Él también había sido herido al caer la torre. El trozo de cristal que le había hecho un largo corte en el pecho debió de haber tenido un filo como el de una cuchilla finamente pulida. La sangre brotaba de un desgarro tanto de la tela como de la piel.

Un sonido muy bien conocido les llamó la atención, el de pies con botas corriendo hacia ellos.

—Los Jedi y sus clones —gruñó Dooku.

Vos le arrojó al conde su sable de luz.

—Lo vas a necesitar —dijo, a la vez que deslizaba el otro brazo por debajo de las rodillas de Ventress—. Esto va a doler —le dijo a ella—, y lo siento.

Un grito brotó de la garganta de ella. El dolor aumentó cuando Vos empezó a trotar para sacarla del edificio en ruinas, siguiendo a Dooku hacia una gran roca de cristal que en realidad era un edificio periférico camuflado. Ventress tuvo la leve esperanza de poder ganar tiempo suficiente como para que la nave de Sidious llegara hasta ellos.

Si Sidious, quienquiera que fuese, iba efectivamente a enviar una nave.

Si todos ellos sobrevivían a sus heridas.

Si…

Los droides seguían obediente y ruidosamente detrás de ellos, algunos se detenían para hacer fuego contra los clones que se acercaban. Ventress podía ver los disparos rojos y azules de pistolas bláster que atravesaban el aire, y el destello ocasional de verde y azul pálido que indicaba la presencia de los sables de luz de los Jedi. Todo se convirtió en una gran mancha y ella cerró los ojos.

Vos se arrojó a la derecha, haciendo que un dolor punzante atravesara todo el cuerpo de Ventress. Sus ojos se abrieron de golpe para ver el fuego azul que pasó muy cerca de ella, apenas unos pocos centímetros, y luego ya estuvieron dentro del edificio cristalino. Otro rayo desintegrador y esta vez, dio en el blanco. Dooku había llegado al umbral cuando de pronto se arqueó de dolor y se desplomó. Vos bajó a Ventress lo más rápido que pudo y arrastró el cuerpo inerte de Dooku al interior con una mano, rechazando los disparos de rayos con su sable de luz. Las puertas se cerraron, pero Ventress aún podía oír el ruido de la embestida que continuaba. Afuera, los droides luchaban para protegerlos. El cristal en este caso no era parte del edificio, sino simplemente una segunda capa protectora. El interior lucía como si alguien hubiera hecho un gran esfuerzo por diseñar la prisión más perfecta o el mejor de todos los refugios.

Ventress dejó escapar una débil risita mientras miraba el cuerpo de Dooku.

—Se necesitaron varios intentos —murmuró—, pero finalmente alguien acertó a darle.

Vos se arrodilló junto a Dooku y presionó un dedo en la garganta.

—No, todavía está vivo. Sólo está inconsciente —dijo.

Ventress cerró los ojos, frunciendo el entrecejo.

—Maldito sea.

Vos inspeccionó la herida, y luego dio la vuelta al cuerpo inerte de Dooku.

—No hay nada que podamos hacer ahora por la quemadura del bláster, pero esta herida debida a la caída de la nave se ha vuelto a abrir. —Con suma delicadeza, Vos levantó a Ventress y la puso al lado del inconsciente Dooku. Él la tomó por el brazo sano y lo colocó sobre la lesión de Dooku—. Mantén la presión ahí —le dijo.

Ventress retiró la mano, sin importarle que ese repentino movimiento enviara oleadas de dolor a través de todo el cuerpo de ella.

—¡No! —le espetó—. Déjalo que se desangre. Eso es lo que queremos. Esto es lo que necesitamos. ¡Él debe morir!

Vos negó con la cabeza.

—¡No! Lo necesito vivo. Mantén la presión sin apartar la mano. —Apretó los labios—. Este lugar es bastante inexpugnable. El único punto débil es esa puerta. Voy a ayudar a los droides a emparejar las fuerzas… a darnos tiempo hasta que la nave de rescate llegue hasta aquí.

—Pero…

La besó, con fuerza, luego salió corriendo hacia el frente del edificio. Tan preocupada como enojada, Ventress lo vio alejarse y luego oyó los ruidos del fuego de los blásteres y el zumbido de su sable de luz.

—¿*Por qué* estás tan desesperado por salvarme? —La voz de Dooku era débil, pero, como siempre, el sólo hecho de escucharla la enfureció.

Ella se volvió hacia su antiguo maestro.

—¿Ya despertaste? En realidad, prefiero ver que te pudras.

Él sonrió con suficiencia.

—Dudo que eso vaya a ocurrir en el corto plazo. Vos es un Lord Oscuro, como yo, y él sabe que no debe volverse contra los suyos.

Ventress se puso rígida.

—¿Un Lord Oscuro? —¿Podría Obi-Wan haber estado en lo cierto?

—Oh, sí —dijo Dooku en un tono de indiferencia—. Ha jurado lealtad al lado oscuro. Él y yo vamos a derrocar a Lord Sidious de una vez por todas y vamos a gobernar juntos la galaxia. —Y añadió—: Con suerte, para entonces ya habremos terminado contigo.

Ventress entrecerró los ojos e hizo una presión mayor de la necesaria en la herida de él, que quedó sin aliento de manera muy satisfactoria.

—He oído ese discurso antes. ¿Acaso alguna vez no tuvimos planes similares?

Por entre los dientes apretados, Dooku habló.

—No, no. Debes de haberte confundido. Nunca estuviste preparada para algo más que para el trabajo no calificado. Vos es diferente. Él nació para la oscuridad. Tú sólo… —sonrió con crueldad—… coqueteaste con ella.

Ventress sintió que las dudas se apoderaban de su corazón y echó otro vistazo a la puerta. Vos había dicho que necesitaba a Dooku vivo. Que tenía «planes más grandes». ¿Era esto realmente lo que quería decir?

Dooku aprovechó su ventaja.

—Si Vos me iba a matar, ¿por qué me protege? ¿Por qué esperar tanto tiempo? Ha tenido muchas oportunidades…

Ventress entrecerró los ojos. Esto era lo que Dooku hacía. Era la forma en que controlaba a las personas. Plantaba dudas en un suelo que encontraba fértil y la oscuridad se arraigaba en esas dudas. Gruñendo, ella se arqueó y puso todo su peso en la herida.

—¡No tienes ni idea de lo que él está planeando!

Una vez más, Dooku hizo una mueca, pero se las arregló.

—Aparentemente, tú tampoco.

Esa verdad llegó al fondo.

—

—Creo que tienen a Dooku —dijo Anakin, mirando a través de un par de electrobinoculares—. Y no veo a Ventress. Pero Vos y los droides están algo más que resistiendo.

Pasó los electrobinoculares a Obi-Wan, quien lamentablemente estuvo de acuerdo con él.

—Esto no está funcionando —dijo Obi-Wan con un suspiro—. Podemos dañar la capa externa de cristal que los oculta, pero el interior está construido como una bóveda de seguridad. Es probable que fuera diseñada precisamente con este propósito.

Anakin lanzó un gruñido de pocos amigos.

—Apuesto a que Dooku arregló para que alguien lo proteja. Si pueden mantenernos a raya por el tiempo suficiente, pronto podríamos encontrarnos superados en número. ¡Tiene que haber otra manera!

Kenobi se acarició la barba, pensando. Parecía que solo había un punto débil: la única entrada. Pero en realidad, ¿acaso un edificio bien diseñado no tiene más de una única entrada?

—Un alto el fuego —propuso.

Anakin lo miró como si le hubiera sugerido invitaran a Dooku a una reunión. A tomar el té. Con flores y todo.

—¿Un alto el fuego?

—Como lo escuchas.

Anakin negó moviendo la cabeza.

—No. No, no, no. No vamos a hablar con ellos. El momento del diálogo ya pasó. Vos ya ha tenido todas las oportunidades posibles. Basta.

Kenobi levantó una mano en gesto pacificador.

—Yo no he dicho nada de hablar.

Anakin entrecerró los ojos, pero su postura se aligeró.

—Entonces, ¿qué propone?

—Tú vas a declarar un alto el fuego. Y luego, tú y yo furtivamente daremos la vuelta por la parte de atrás para tratar de encontrar otra manera de entrar.

—Furtivamente por la parte de atrás —repitió Anakin, escéptico.

—Hoy estás repitiendo mucho lo que yo digo.

—Porque me estoy preguntando si usted no se estará volviendo loco. ¡Maestro, este lugar es una fortaleza!

—¿Y en qué se convierte una fortaleza con una sola puerta de entrada y de salida? —preguntó Kenobi.

Una lenta sonrisa se expandió por el rostro de Anakin.

—En una trampa —dijo.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Vos se veía pálido pero decidido cuando regresó. La sangre se secaba en su cara.

—Creo que se han detenido. Por ahora. —Ventress estaba todavía muy dolorida, aunque estaba acostumbrada a controlar el dolor. Y en ese momento, se obligó a ponerse de pie y caminar con dificultad hacia Vos. Preocupado, él la detuvo a mitad de camino—. Ventress, deberías…

—Ven conmigo —dijo ella. Él la siguió, sosteniéndola, a otra habitación en el refugio. Varios cajones de provisiones se alineaban a lo largo de las paredes, pero ella no tenía ningún interés en ellos. Se dio la vuelta y se enfrentó a Vos—. ¿Es verdad?

—¿Qué cosa es verdad? —Él parecía realmente confundido.

—¿Que te has unido a Dooku? ¿Que has… que has jurado tu lealtad al lado oscuro? —A pesar de su esfuerzo por hablar en voz baja, alzó la voz.

Vos cerró los ojos y levantó una mano.

—Ventress, éste no es el momento.

—Oh, sí, éste es exactamente el momento, maldita sea. Éste es el único momento. Todos podríamos estar muertos en diez minutos, y después de todo lo que hemos hecho, de todo lo que hemos pasado juntos, de todo lo que pensé que significábamos… vas a decirme la verdad. Por lo menos eso me lo debes.

Vos miró hacia otro lado. Un miedo frío se apoderó del corazón de Ventress. Finalmente, él habló.

—Lo hice por nosotros.

Por un momento, ella no pudo hablar.

—¿Por nosotros? —logró articular finalmente. Él asintió con la cabeza. Ella sacudió la suya, aturdida—. Vos… tú sabes lo que es él. ¡Te destruirá en la primera oportunidad que tenga!

—Yo lo puedo manejar. Sé lo que estoy haciendo. Asajj, te dije que lo estamos haciendo por nosotros, y eso es lo que hago. —Le tomó la mano sana entre las suyas—. Tú me dijiste que tu existencia ha sido nada más que dolor y pérdidas. Que jamás te has sentido segura. Que nunca tuviste un hogar. Te mereces eso, y puedo lograrlo para nosotros. La vida que podremos tener juntos una vez que…

—¿Qué clase de vida va a ser esa, Quinlan? —La voz de ella se quebró—. ¿Una clase de vida en la que seremos esclavos de nuestro odio? ¿De nuestra rabia? Eso es lo que el lado oscuro me hizo a mí. Eso es lo que hace. Nada le es suficiente, nunca. Tienes cada vez más, y más, pero nunca eres feliz. Es una trampa con el cebo de todas las cosas que más quieres. Esa vida… no vale la pena vivirla. —Ella le apretó la mano, implorando—. Yo ya dejé eso atrás. Tú también puedes. Tienes la opción de hacerlo.

De pronto, el calor la envolvió. Era como si estuviera siendo bañada con una luz suave. Lavó el dolor, el miedo y la ira, y se los llevó para dejar sólo una claridad perfecta en su estela. Ventress se dio cuenta de que era la Fuerza, pero nunca la había sentido así. Y le estaba otorgando un don.

El tiempo se desaceleró para convertirse en un paso lento cuando una súbita sensación de serenidad y sabiduría la atravesó. Vio, a la vez, todos los posibles resultados del giro de esa fracción de segundo.

Cada circunvolución, cada manifestación, cada repercusión que tendría su eco en el futuro. La muerte y la vida, las nuevas posibilidades de marcar un camino. La restauración del equilibrio. El miedo y el desastre, una existencia que nunca se podría llamar «vivir», sino simplemente un arrastrarse por ahí en una cascara de carne que carecía de toda chispa de alegría… eso, también, podría ser el futuro; la quemante venganza que sólo aumentaba el hambre por más.

Ella acababa de decirle a Vos que él tenía una opción acerca de qué camino quería seguir, y la Fuerza le estaba revelando a ella el resultado de sus propias opciones, en ese mismo momento, en ese instante, ese aliento.

Ventress eligió.

—

Vos vio que los ojos de Ventress se abrían enormes. El cuerpo de ella se tensó y parecía estar mirando algo que él no podía ver. El miedo estalló en él, temblando en el fondo de su vientre, y él la sacudió con delicadeza.

—¿Asajj?

—No —susurró ella, con los ojos todavía fuera de foco, aterradoramente en blanco. Y luego continuó—: ¡No!

Violentamente, empujó a Vos, apartándolo, poniendo la Fuerza en ese movimiento con tanto poder que lo lanzó a través de la habitación. Cuando golpeó la pared, él oyó un sonido terriblemente conocido: el chisporroteo y el crepitar del rayo de la Fuerza.

Dooku se puso de pie, mostrando los dientes en una mueca salvaje de victoria. Ventress estaba atrapada entre los disparos del rayo de la Fuerza más violentos que Vos jamás había visto. Bailaban y crujían hambrientos alrededor de ella, casi como seres vivos. El cuerpo de ella sufrió un espasmo y su rostro se contrajo en una máscara de absoluto dolor. La sangre rebotaba de sus orejas, sus ojos y su nariz.

—¡Asajj! —gritó Vos, mientras saltaba entre Ventress y Dooku. Activó su sable de luz, desviando el rayo de la Fuerza de vuelta a Dooku. Los ojos del conde se abrieron para comprender, una fracción de segundo antes de que su propia arma se volviera hacia él, desleal, como siempre eran las cosas de la oscuridad. Dooku fue arrojado hacia atrás y quedó en el suelo, gritando y temblando, y luego inmóvil cuando los disparos se desvanecieron.

Ventress yacía inmóvil en el suelo. De su ropa —y de su mismo cuerpo— salían volutas de humo.

—No —gimió Vos. Ella estaba respirando, pero su pulso era débil y ella seguía inmóvil, tan terriblemente inmóvil—. ¡Asajj… no… no…!

La furia, tan intensa y primaria como los rayos que casi la habían matado, se estremeció a través de él, y el mundo se volvió rojo. Vos echó atrás la cabeza y gritó su rabia, girando hacia el conde que yacía, temblando y sin aliento, en el suelo de piedra.

Tres pasos llevaron a Vos al conde Dooku. Apretó la hoja que zumbaba cerca del cuello de Dooku.

—Haz… lo —dijo con voz áspera Dooku. Increíblemente, estaba sonriendo—. El rayo no era… para ella. Era para ti. Ella simplemente… se puso en el camino. Adelante. ¡Lleva a cabo… tu venganza!

El corazón de Vos hacía que su cuerpo se sacudiera con su latido, su dolor, sus demandas. Su mirada parpadeó ante Ventress, que yacía tan terriblemente inmóvil. Su visión se hizo borrosa. Le tomó un momento darse cuenta de que las lágrimas le caían por el rostro en un río de dolor. La marea oscura, llena de rabia, dentro de él retrocedió, dejando en su corazón sólo la verdad de las lágrimas. El conde todavía sonreía, todavía anticipaba el paso final que convertiría a Vos irrevocablemente al lado oscuro.

—Yo no soy como tú —dijo Vos, su voz densa—. No me alimento de la venganza. —La verdad era tranquila. No necesitaba gritar o exigir. Simplemente existía—. Soy un Jedi.

Vos desactivó su sable de luz. Ventress estaba todavía viva, y la esperanza, cruel, hermosa y agonizante, ardía en su pecho mientras corría hacia ella.

—Vos. —No se volvió al oír el sonido de la voz de Obi-Wan. De alguna manera, le sorprendía que Obi-Wan estuviera ahí, en este momento—. Ahora nosotros nos haremos cargo de él.

Vos simplemente asintió con la cabeza. Él todavía podría ser ejecutado. Ciertamente lo llevarían de vuelta al Consejo con cadenas. Pero nada de eso importaba. Lo único que importaba estaba ahí, justo delante de él. Se sentía en carne viva en ese momento, su interior abierto y sin defensa. Sus sentidos se había agudizado y era casi dolorosamente consciente de todo: del olor de la sangre y la carne quemada; del deslizamiento constante de las lágrimas hacia sus pómulos angulosos y de su sabor salado; del sabor metálico de la sangre y del miedo en la boca. Vio que dibujos extraños decoraban en ese momento la piel blanca como la leche de Ventress; rastros de carne más oscura que parecían disparos de rayos. El rayo de la Fuerza la había marcado.

La respiración de Ventress se hizo más dificultosa. Quería abrazarla, mantenerla viva por la pura fuerza de su voluntad, pero tenía miedo de que al tocarla le causara más dolor. Sus hermosos ojos azules como el hielo se abrieron y sonrió. Trató de devolverle la sonrisa y fracasó miserablemente.

—Hola, hermoso —murmuró Ventress.

Vos dejó escapar una risa temblorosa por entre las lágrimas.

—Hola, tú misma.

—No me voy a romper, ya sabes. —No. Ella nunca se rompería. Asajj Ventress no se rompe. Alentado por ella, Vos la tomó tan suavemente como le fue posible en sus brazos. El movimiento la hizo toser violentamente—. Estoy…

De su boca salió sangre que empapó la camisa de él. Éste contuvo un sollozo.

—No trates de hablar.

Ventress le dirigió una mirada que era tan propia de ella que lo desgarró.

—No me… digas lo que debo hacer, idiota.

Una pequeña sonrisa lo sorprendió.

—Jamás podría… —admitió.

—Tienes toda la razón. —Otro ataque de tos estremeció su delgado cuerpo y por un devastador instante que le quemó el corazón, Vos pensó que eso terminaría con ella. Pero ella continuó—: Estoy orgullosa de ti por… lo que hiciste allí. Elegiste amarme en vez de odiarlo. —Sus labios cubiertos de espuma sanguinolenta se curvaron en una sonrisa—. La mejor decisión que jamás has tomado en tu vida.

Vos lloró sin vergüenza, acunándola, acariciando su rostro. Quería memorizar cada una de sus curvas, grabarlas en su memoria, y luego se dio cuenta de que ya lo había hecho.

—Lo fue —estuvo de acuerdo. Tragó saliva—. Asajj… tenías razón. Yo… caí en el lado oscuro. Y he estado allí todo este tiempo. Yo simplemente… no… ¡no lo sabía!

—Te engañabas a ti mismo —susurró Ventress—. Por eso fue… que no podía darme cuenta.

—Te amo, y nunca dejé de hacerlo, ni por un momento. —Ahí, en el final, Vos tenía que asegurarse de que ella…

—Lo sé —dijo Ventress—. Pero dejaste de mentir. —Ella se estremeció profundamente. Vos sintió que su corazón crujía. Los dedos de ella se clavaron con fuerza en el brazo de él y su mirada penetró la de él—. Recuerda… siempre tienes la opción de ser mejor. Siempre tienes la opción de… escoger el camino correcto. —Sonrió con tristeza—. Aun cuando esa decisión llegue un poco tarde.

No, no podía ser demasiado tarde. Vos todavía tenía que decirle todo lo que él había sentido. De qué manera su corazón había saltado la primera vez que ella lo tocó con ternura, al curarle la herida en la *Banshee*. Parecía que eso había ocurrido en otra vida. Cuando ella le había preguntado cómo se veía con el vestido de fiesta, debería habérselo dicho. Y cuando se besaron por primera vez… Asajj Ventress lo había cambiado todo en el mundo de él, seguía cambiándolo en ese mismo momento. Pero había demasiadas cosas para decir, y no había suficiente tiempo para decirlas, y las palabras se amontonaron en su garganta y lo ahogaron en el silencio.

Con un esfuerzo, Ventress pudo tocarle el rostro, siguiendo la línea del tatuaje amarillo, deteniéndose en sus labios. Cuando habló, su voz era tan débil que él tuvo que esforzarse para oírla.

—Y siempre recuerda… que te amé, con todo mi corazón.

Él lo había sabido. Pero nunca antes lo había escuchado de sus labios. Entonces él descubrió que podía hablar, podía decir las más simples de las palabras.

—Lo haré.

Ventress respiró temblorosa. La tensión abandonó su cuerpo, y ella se relajó en sus brazos mientras sus ojos comenzaron a cerrarse.

«No».

—Asajj —suplicó Vos—. Asajj. Por favor, no te vayas.

Los ojos de ella se abrieron, y una esquina de su boca se levantó.

—Tengo que hacerlo, Quinlan. Es mi momento ahora. Mis hermanas… están esperando.

Un miedo como nunca había conocido se apoderó de Vos y apretó sus brazos alrededor de ella, como si aferrándose a ella de alguna manera pudiera evitar que la muerte se la llevara.

—Por favor… por favor, no…

—Debes dejarme ir, mi amor —dijo Ventress, con voz muy suave, muy tierna, y sonrió amorosamente—. Es el camino del Jedi.

Y ella se fue.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Habían sido unos meses largos y atroces.

Después, Vos mantuvo a Ventress en sus brazos. No sabía por cuánto tiempo, pero en algún momento escuchó disparos de pistolas bláster y a Obi-Wan Kenobi que gritaba su nombre, pidiendo ayuda. Vos había acudido. Los tres Jedi lucharon juntos y, una vez más, Dooku eludió la captura. Darth Sidious, cuya identidad seguía oculta a pesar de que Vos había sacrificado tanto para descubrirla, al parecer había decidido ayudar a su aprendiz, después de todo.

Vos no recordaba el viaje de regreso a Coruscant. Sospechaba que se había vuelto un poco loco. Anakin lo había puesto en el calabozo de la nave. Vos había aceptado de buena gana, pero cuando se dio cuenta de que sería separado del cuerpo de Ventress, exigió estar con ella. Kenobi le había asegurado que Ventress estaba en estasis y que sería cuidada con respeto. De alguna manera, en algún momento, Vos había dormido.

Tal como sabía que iba a suceder, fue llevado ante el Consejo Jedi, y allí, agotado y con el alma enferma, confesó cada uno de sus crímenes. Les dijo que había caído, pero había negado esa verdad incluso a sí mismo. Su intención había sido utilizar a Dooku para llegar a Darth Sidious y así eliminar a los dos Lores Sith de una vez por todas. Aceptó plena responsabilidad por la campaña que había llevado a cabo bajo la guía de Dooku; por plantar las bombas en el asteroide; por advertir al conde sobre el ataque contra el puesto de escucha. Por matar a Bayons y a los clones a bordo de la nave *Vigilancia*.

Por el asesinato de su amigo Akar-Deshu.

Vos habló hasta que quedó ronco. Había estado en calma durante la mayor parte del interrogatorio, pero cuando se le preguntó acerca de Asajj Ventress, se derrumbó.

—Ella me salvó —dijo llorando—. ¡Ella me salvó! —Lo presionaron para que diera más detalles, pero Vos se mostró incapaz de decir nada más que esas tres palabras. Entonces, para su sorpresa, Obi-Wan Kenobi se adelantó dispuesto a hablar, no sólo en favor de Vos, sino también en favor de la mujer que alguna vez fue considerada uno de los mayores enemigos de los Jedi. Al final, resultó que él y Anakin habían sido testigos de todo lo ocurrido durante los momentos finales de Ventress.

—Asajj Ventress apartó a Vos del peligro, para recibir ella misma todo el peso del rayo de la Fuerza que lanzó Dooku —explicó Kenobi—. Ella sacrificó su vida para salvarlo.

—Eso es encomiable —había dicho Mace Windu—. Que diera su vida por otro habla bien de ella.

Pero Kenobi estaba sacudiendo su cabeza castaño rojiza. Una sonrisa amable, indeciblemente extraña apareció en su rostro.

—Usted entiende mal, Maestro Windu. Todos ustedes. Ella no sólo salvó la vida de él. Salvó a Quinlan. Y… creo que ella podría habernos salvado a todos nosotros.

Yoda había hecho callar las preguntas y las protestas y le dijo a Kenobi que expresara lo que había en su corazón.

—Perdimos nuestro rumbo —había dicho Kenobi—. Lo perdimos cuando decidimos recurrir al asesinato, una práctica tan claramente propia del lado oscuro, para nuestros propios fines, por bien intencionados que pudieran haber sido. Todo lo que ha sucedido desde entonces, la caída de Vos al lado oscuro; las muertes que él directa e indirectamente provocó; los secretos filtrados; los mundos puestos en peligro; todo eso se remonta a esa sola decisión. Maestros, les digo que la caída de Vos fue obra nuestra. Y la muerte de Asajj Ventress está en todas nuestras manos. Que Vos esté aquí con nosotros hoy, devastado, pero en el camino de la luz, una vez más, no es mérito nuestro, sino de ella. Ella murió siendo una verdadera amiga de los Jedi, y creo que ella merece ser puesta a descansar con respeto y cuidado, con toda gratitud por la vida que dio y la vida que restauró para nosotros, y por esta amarga lección que llegó a un precio tan alto. Somos Jedi y debemos, todos nosotros, siempre recordar lo que eso significa.

Vos subía que nunca podría pagarle a Kenobi por eso, pero tenía el resto de su vida para intentarlo.

Trabajó estrechamente con Yoda durante un tiempo, haciendo todo lo que se esperaba de él. Lentamente pero sin pausa, comenzó a recuperar la confianza del Consejo. Nunca iba a poder reparar los terribles males que había producido, pero Vos se acercaba a una posición de, por lo menos, comenzar a expiarlos. Finalmente, Yoda accedió a dejarlo al cuidado de Kenobi para llevar a Asajj Ventress en un último viaje.

Así fue que Vos y Obi-Wan llegaron a Dathomir.

El ataúd de Ventress flotaba entre ellos sostenido por rayos de suspensión. Vos caminaba con una mano apoyada sobre él. Se dio cuenta de la reacción de su amigo ante los esqueletos esparcidos por todos lados mientras los dos Jedi avanzaban solemnemente hacia la fortaleza.

—Dooku los mató a todos porque se habían puesto del lado de Ventress —le explicó Vos a Kenobi—. Y aún así, ella fue capaz de dejar de lado la venganza.

Kenobi no dijo nada, pero Vos vio que él también ponía su mano sobre el ataúd. Cuando se acercaron a la boca abierta de la fortaleza, Kenobi le dijo:

—¿Estás absolutamente seguro de esto, Quintan? El lado oscuro es muy fuerte dentro.

—Lo es —estuvo de acuerdo Vos—, pero en este momento, el lado oscuro no es nuestro enemigo. ¿No puedes sentirlo?

Observó cuando Kenobi respiró hondo para conectarse con la Fuerza. Sus cejas se alzaron cuando experimentó lo que Vos podía sentir. La perplejidad se dibujó en su rostro barbudo y miró a Vos con curiosidad.

—¿Por qué no?

—Aquí, el lado oscuro pertenece a las Hermanas de la Noche. Y les estamos devolviendo a una de las suyas. No… no sé cómo sé esto, pero lo sé.

—Te creo —dijo Kenobi simplemente. Vos sintió una oleada de gratitud. Se introdujeron en las sombras frescas, caminando entre los pilares tallados con retratos de

mujeres fuertes. Vos recordó lo que había sentido la primera vez que entró allí. Había estado persiguiendo a Ventress con ira en su corazón. Pero en ese momento sólo había dolor, una dolorosa sensación de pérdida que él sabía disminuiría con el tiempo, pero que nunca lo abandonaría del todo. Y él no quería que eso ocurriera. Por extraño que parezca, comprendió que había gracia y fuerza en ese dolor; un recordatorio de lo que nunca debe ser olvidado.

—Nunca esperé encontrar belleza en Dathomir —admitió Kenobi mientras se internaban de lleno en la caverna que había albergado al pueblo de la familia de Ventress.

—Ella era hermosa —dijo Vos en voz baja.

Caminaron hasta una grieta en la piedra plana que contenía una oscura y serena laguna. A diferencia del azul luminoso de las lagunas que proporcionaban gran parte de la iluminación de la caverna, lagunas que alguna vez habían albergado al antiguo Durmiente, el agua de ésta —si es que en realidad se trataba de agua— era completamente negra. Ni un soplo de viento, ni el movimiento de criatura alguna perturbaba su superficie lisa como un espejo. Diferentes niveles excavados en la piedra servían como escalones.

Vos puso ambas manos sobre el ataúd. En ese momento, cuando había llegado el momento de dejarla partir, se dio cuenta de que iba a necesitar toda la tuerza en él para hacerlo.

—Te puedo dejar un rato solo, si quieres —ofreció Kenobi.

—Gracias. Creo… creo que me gustaría estar a solas con ella, por un momento.

Kenobi se movió incómodo.

—Voy a tener que mantenerte…

—A la vista, lo sé —dijo Vos—, y entiendo por qué. Está todo bien. —No estaba enfadado. Dejarlo solo en un lugar inmerso en el lado oscuro no era algo que Kenobi o el Consejo pudieran permitir. No todavía. Algún día, tal vez. Kenobi asintió con la cabeza y le dirigió una sonrisa triste antes de alejarse unos pocos metros. Vos se volvió de nuevo hacia el ataúd. Entonces, armándose de valor, lo abrió.

El cuerpo de Ventress había sido puesto en estasis poco después de su muerte y todo fue preparado respetuosamente en el Templo. Vos sabía que Kenobi había recuperado alguna ropa de Ventress de entre los restos de la *Banshee*, pero no estaba de ningún modo preparado para lo que le esperaba cuando levantó la tapa.

El rostro de Asajj Ventress se veía sereno. Tenía el pelo lavado y peinado. Sus brazos, sus heridas reparadas, habían sido colocados doblados sobre la mitad de su cuerpo. Todavía se veían los rastros oscuros del rayo de la Fuerza que se habían llevado su vida, pero las marcas eran extrañamente hermosas, enmarañadas, delicadas. Estaba vestida con el elegante vestido de noche negro que había llevado la noche en que él…

—Lo siento mucho —dijo Vos, a sabiendas de lo inadecuadas que eran las palabras, pero necesitaba decirlas de todos modos—. Daría cualquier cosa por volver atrás. Si yo pudiera… —Una triste y amarga risita escapó de sus labios—. ¿Por dónde empiezo? Hay tantas cosas que debería haberte dicho, tanto que debí haber…

Su garganta se cerró abruptamente y sus palabras cayeron en el silencio profundo de la caverna.

—Y ahora, ya es demasiado tarde, y nunca voy a dejar de lamentarlo. Pero estoy en el camino, Asajj. Tú me compraste esta oportunidad con sangre, y no la voy a desperdiciar, te lo juro. Cada día, cada minuto de mi vida, voy a vivirlo. Por mí, y por ti. Voy a luchar, porque tú no puedes, y voy a reír y voy a hacer todo lo que me sea posible, con todo lo que tengo en mí para hacer que las cosas sean mejores, porque esta galaxia ha conocido demasiada oscuridad.

Vos le acarició suavemente la mejilla.

—Descansa ahora, mi amor. Te he traído a Dathomir. Tus hermanas no tienen que esperar más. Me dijiste que renaciste aquí, en esta laguna. Espero que devolverte a estas aguas sea lo correcto.

Dio un suspiro tembloroso. Había pensado que iba a temer este momento, pero se sorprendió al sentir más una sensación de paz serena que dolor. Esto era lo que había que hacer, y él lo sabía hasta lo más profundo de sus huesos. Lentamente, con reverencia, levantó los brazos como si estuviera sosteniendo a Ventress en ellos. El cuerpo de ella se elevó en el aire como respuesta. Vos la sostuvo en la Fuerza sobre la inmóvil y oscura laguna y la bajó con suavidad. Poco a poco, las negras aguas se fueron cerrando sobre ella, recibiéndola en su abrazo. Su rostro fue lo último de su cuerpo que desapareció, pálido y con una expresión de serenidad que ella nunca había conocido en vida.

Parpadeó. El agua… ¿estaba cambiando de color?

Hilos de niebla comenzaron a subir, verdes y brillantes. Verdes, como la magia de Dathomir de la que Ventress había hablado; verdes, al igual que el Agua de la Vida. Vos recuperó el aliento. Susurros suaves llegaron a sus oídos, sonando casi como…

Kenobi estuvo de inmediato junto a él, su sable de luz apagado, pero listo en su mano.

—Vos, ¿qué está pasando?

Poco a poco, con cierta incredulidad, Vos comprendió. Su corazón le dolía con una alegría agridulce.

—Escucha —fue lo único que dijo.

Los ojos de Kenobi se abrieron muy grandes. Él también oyó, en ese momento, los susurros de voces de mujeres. La Fuerza había recuperado a su hija descarriada de Dathomir, y mientras Vos extendía la mano para enviar a la mujer que amaba una despedida final, pensó que podía distinguir una sola palabra: «hermana».

Asajj Ventress, por fin, había regresado al hogar.

SOBRE LA AUTORA

Christie Golden es una escritora galardonada y reconocida en la lista de libros más vendidos del *New York Times*, autora de casi cincuenta novelas y varios cuentos en los géneros fantástico, de ciencia ficción y terror. Sus obras relacionadas con los medios de comunicación masiva incluyen el lanzamiento de la línea Ravenloft en 1991 con *Vampire of the Mists*, más de una docena de novelas de *Viaje a las estrellas*, las novelas de Warcraft *Rise of the Horde, Lord of the Clans, Arthas: Rise of the Lich King*, y *War Crimes*, así como de las novelas *Star Wars: Fate of the Jedi, Omen, Allies* y *Ascension*.

christiegolden.com

Encuentre a Christie Golden en Facebook

@ChristieGolden

CHRISTIE GOLDEN es la autora de casi treinta novelas en la lista de libros más vendidos del *New York Times*, entre ellos las novelas de *Star Wars Fate of the Jedi: Omen, Allies* y *Ascension.* Sus obras relacionadas con los medios de comunicación masiva incluyen el lanzamiento de la línea Ravenloft en 1991 con *Vampire of the Mists, Fable: Edge of the World;* más de una docena de novelas de *Viaje a las Estrellas*, y numerosas novelas de Warcraft y Starcraft, entre ellas *World of Warcraft; Thrall; Twilight of the Aspects* y *Starcraft II; Devils' Due*

Por Christie Golden

STAR WARS

Star Wars: El destino de los Jedi: Presagio
Star Wars: El destino de los Jedi: Aliados
Star Wars: El destino de los Jedi: Ascensión
Star Wars: El discípulo oscuro

STAR TREK

Star Trek Voyager: The Murdered Sun
Star Trek Voyager: Marooned
Star Trek Voyager: Seven of Nine
Star Trek: Voyager: The Dark Matters Trilogy, Book 1: Cloak and Dagger
Star Trek: Voyager: The Dark Matters Trilogy, Book 2: Ghost Dance
Star Trek: Voyager: The Dark Matters Trilogy, Book 3: Shadow of Heaven
Star Trek Voyager: No Man's Land
Star Trek Voyager: What Lay Beyond
Star Trek Voyager: Homecoming
Star Trek Voyager: The Farther Shore
Star Trek Voyager: Spirit Walk, Book 1: Old Wounds
Star Trek Voyager: Spirit Walk, Book 2: Enemy of My Enemy
Star Trek The Next Generation: Double Helix: The First Virtue
Star Trek: The Last Roundup

WORLD OF WARCRAFT

Lord of the Clans
Rise of the Horde
Beyond the Dark Portal
Arthas: Rise of the Lich King
The Shattering: Prelude to Cataclysm
Thrall: Twilight of the Aspects
Jaina Proudmore: Tides of War
War Crimes

STARCRAFT

The Dark Templar Series, Book 1: Firstborn
The Dark Templar Series, Book 2: Shadow Hunters
The Dark Templar Series, Book 3: Twilight
Devils' Due
Flashpoint

RAVENLOFT

Vampire of the Mists
Dance of the Dead
The Enemy Within

ASSASSIN'S CREED
Assassin's Creed IV Black Flag: Blackbeard: The Lost Journal
Assassin's Creed Unity: Abstergo Entertainment: Employee Handbook

HEX
The Accidental Knight

ORIGINAL NOVELS
On Fire's Wings
In Stone's Clasp
Under Sea's Shadow
Instrument of Fate
King's Man & Thief
A.D. 999 (as Jadrien Bell)